



TODAS
MIS NOCHES
SERÁN PARA TI

LINA GALÁN



zafiro

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. EL ENGAÑO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

SEGUNDA PARTE. LA VERDAD

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

TERCERA PARTE. EL ACUERDO

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CUARTA PARTE. LAS CONFESIONES

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Jean Olsen continúa con su lucha diaria contra los fantasmas del pasado que lo acosan en Olsen House. Su chófer, que se ha convertido en su amigo y en su mayor apoyo, decide que la mejor forma de combatir sus adicciones es teniendo a una mujer diferente cada noche, por lo que le confecciona una lista de citas fáciles.

Por error, la primera que acude al encuentro es Emma, de la que se enamora desde el primer instante. Pero Emma es la última mujer en la que debería haberse fijado...

Años más tarde vuelven a coincidir en circunstancias muy diferentes. Jean continúa con su batalla personal, pero Emma está dispuesta a decidir su propio futuro, para lo que ha trazado un plan que incluye engañar y utilizar a Jean. Y, de paso, vengarse del hombre al que ha amado y odiado al mismo tiempo durante los dos últimos años.

Una lista, un malentendido y un efímero instante de felicidad que cambió sus vidas para siempre.

A mis padres

PRÓLOGO

A pesar del giro radical que había dado su existencia, Jean todavía tenía un par de asignaturas pendientes: el sexo y las mujeres.

Tras el tortuoso camino que le había supuesto la rehabilitación de su adicción al alcohol, una nueva vida llena de esperanza se había abierto para él. Ahora, el trabajo ocupaba casi el ciento por ciento de su tiempo, donde se dejaba la piel para que el negocio de la prestigiosa marca deportiva que llevaba su apellido continuara subiendo como la espuma. Aunque, en realidad, todas esas horas tras el escritorio de su despacho, enganchado al teléfono, de reuniones con clientes o de visita en alguna de sus fábricas, tenían el cometido añadido de no dejarlo pensar, de no permitirle recordar.

Su infancia había durado exactamente trece años, la edad que tenía cuando murió su madre. Los dos años siguientes transcurrieron envueltos en una oscura bruma, de los cuales no le quedaba más recuerdo que días de pena y noches de lágrimas.

Y después..., después llegó Diana. Su madrastra acabó con cualquier posibilidad de recuperar su infancia. Más bien, se encargó de destruirla.

De vuelta al presente, Jean se removió de nuevo, inquieto, en la silla. Su chófer y amigo, Julio, exalcohólico como él, había sido una pieza clave en su regreso al mundo de la sobriedad... Una mano que sujetara la suya temblorosa; una voz que le recordara una y otra vez que él podría hacerlo; un amigo en quien confiar.

Hasta llegar a la cuestión más espinosa: las chicas, el sexo y las relaciones con el sexo opuesto en general. Julio se había ofrecido como guía, para que Jean conociera lo que era estar con una mujer sin estar borracho, o sin que ellas lo estuvieran. Y para lo más importante: para que su amigo tuviera ocupados cuerpo y mente sin necesidad de cambiar la adicción al alcohol por la adicción al trabajo. Por experiencia, Julio sabía que tener compañía en la cama por las noches era la forma más sana y estimulante de distraer la mente y mantener el cuerpo en plena forma.

Por todo ello, Jean se encontraba en esos momentos en aquella lamentable situación. Sentado a la mesa de un bar, aferrando con una mano un vaso de zumo de arándanos con demasiada fuerza, esperaba a la que sería la primera cita de la lista confeccionada por Julio. Su mano derecha, húmeda por el sudor, comenzaba a

resbalar sobre el cristal del recipiente, mientras que, con la izquierda, no dejaba de tamborilear sobre la mesa con la yema de los dedos, componiendo una monótona melodía que empezaba a ponerlo nervioso a él mismo. Y eso que no era consciente del veloz movimiento de sus piernas, que se mecían bajo la mesa haciendo chocar sus rodillas.

Tampoco parecía reparar demasiado en lo que lo rodeaba. Aquel estiloso lugar era la terraza del bar de uno de los hoteles más prestigiosos de la ciudad, donde, a aquella hora de la noche, tenían lugar varios eventos importantes, como lo demostraba el animado ambiente y los elegantes atuendos de los clientes que en esos instantes tomaban sus copas entre música y risas. Julio ya le había hablado de la peculiaridad de aquella lista, en la que únicamente constaban chicas de cierto nivel social.

«Lo único que vas a hacer con ellas es echar un polvo, pero, al menos, será un polvo con clase», le había comentado su amigo.

¿Y por qué tardaba tanto esa mujer? Tal vez a él los minutos le estaban pareciendo horas. Según Julio, una chica rubia vestida de rojo aparecería por la puerta que daba al restaurante y, en cuanto lo viera —era el único hombre sin compañía en aquella terraza—, ella misma se dirigiría a él, le diría «hola, ¿me esperabas?», y luego subirían a la habitación que habían reservado previamente.

Bien. Fácil.

No, no tan fácil. Aunque no fuera técnicamente un hombre virgen, él mismo se consideraba así, puesto que nunca había disfrutado de una mujer estando lúcido y apenas recordaba las sensaciones, ni sus rostros de placer, el tacto de sus cuerpos o el sonido de unos susurros excitantes. Nunca había amado a ninguna, ni ninguna lo había amado...

Sin poder evitarlo, la imagen de su cuñada se formó en su mente. Marina, la esposa de su hermano Víctor, era la mujer más maravillosa que había conocido en su vida. No es que hubiese conocido a muchas, y menos mantenido una relación con alguna, pero su pobre conocimiento sobre ellas le fue más que suficiente como para reconocer en Marina a una mujer valiente, decidida, inteligente y especial. No era de físico espectacular, pero sus ojos azules y su largo cabello oscuro armonizaban a la perfección, junto a su piel blanca y sus adorables pecas...

Pero... la única chica que lo hizo sentir persona por primera vez, resultó ser la que acabó casándose con su hermano. Hacían una pareja perfecta y se amaban con locura.

Marina estaba prohibida. Aun así...

«Olvida a tu cuñada. Mírala como a una hermana. Ni se te ocurra pensar en ella como mujer.» Tres ejemplos de frases que Julio se encargaba de recordarle casi cada día.

Jean dio un leve trago a su vaso y levantó la vista. Por fin, su cita aparecía. Una joven rubia con un vestido rojo. Tragó con dificultad el zumo que todavía retenía en la boca y se levantó con torpeza, volcando la silla que luego tuvo que recoger.

Al menos, le reconocería el buen gusto a su amigo. La joven era preciosa. Se limpió el sudor de las manos en el pantalón con disimulo, trató de ralentizar los latidos de su corazón y se dispuso a esperar.

* * *

Emma bufó por enésima vez. Entendía que ya tenía edad como para acompañar a sus padres en aquellas reuniones plagadas de políticos y empresarios, máxime cuando su progenitor acababa de ser elegido como próximo secretario general del partido y, por ende, como candidato a presidente del país en las futuras elecciones generales. Con veinte años, ya había llegado el momento de honrar con su presencia aquellos actos en los que, junto a su madre, apoyaba a su padre mostrando una perfecta sonrisa en cada uno de los interminables saludos a todas aquellas personas que, a partir de entonces, se convertirían en incondicionales «amigos» de su progenitor.

Pero todo tenía un límite, por favor. Necesitaba un poco de aire, salir de aquel lugar y estar sola unos minutos antes de que su cara se quedara de forma permanente con aquella extraña mueca entre sonrisa y hastío. Con disimulo, aprovechando que sus padres parecían muy entretenidos, se retiró del atestado salón, recorrió uno de los pasillos para dirigirse a una de las vidrieras que daban al exterior y salió de allí con rapidez.

Aunque, ¿a quién pretendía engañar? Sus progenitores nunca la echaban de menos, y menos cuando estaba en juego la carrera política de su padre.

Nada más salir, se encontró con una bonita terraza en un jardín, donde una buena cantidad de personas reía, conversaba y bebía, en un ambiente relajante, inundado de suaves luces y amena música. Pese a la hora y al leve relente que ya parecía envolver la noche, la temperatura resultaba agradable y podría pasear perfectamente con aquel vestido rojo de finos tirantes que había lucido para la ocasión. Más tarde recogería su chaqueta y su bolso del salón.

Todas las personas allí reunidas, sobre todo en parejas o pequeños grupos,

parecían divertirse. Todas, menos una. Había un chico sentado, sin más compañía que una bebida de tono rojizo, en la mesa más apartada, en la penumbra de un rincón. Al verla, se había levantado algo turbado, volcando la silla en su torpe movimiento, con una tímida sonrisa tan irresistible como él mismo. No dejaba de mirarla, como si la conociera.

Pero no era así; ella lo recordaría. Recordaría a ese hombre alto y guapo, su atractivo rostro de suaves facciones, y sin duda recordaría esos ojos. Unos ojos grises preciosos, pero apagados y tristes, como si fueran mucho más viejos que su dueño.

Ojalá la esperara a ella. Mientras también lo miraba, Emma imaginó que aquel atractivo chico venía a rescatarla, que se la llevaría de allí y la apartaría de su vida anodina, artificiosa y dirigida, en la que nunca decidía ni opinaba. Como tantas otras veces, dejó volar su mente en busca de sus sueños más ocultos.

Él la seguía observando y le sonreía tímidamente. Emma, tan curiosa como interesada, pensando todavía en su absurda fantasía, se acercó a él, intentando congeniar sus altos tacones con la gravilla del suelo. Cuando estuvo frente a él, le devolvió la sonrisa y le preguntó:

—Hola, ¿me esperabas?

Jean tembló como un niño de la emoción. Tal vez aquella muchacha no era más que una chica fácil de la disparatada lista de Julio, pero, al tenerla así, tan cerca, se olvidó de esa nimiedad. Le pareció demasiado joven, aunque él no era capaz de calcular su edad y tal vez sólo lo aparentaba. Únicamente podía admirar a la fémica más bonita que había visto en su vida, con el cabello más dorado y los ojos más oscuros y profundos.

—Sí, te esperaba a ti —contestó él.

Sin poder evitarlo, alzó una mano para apartarle un rubio mechón de la cara y poder acariciar su tersa mejilla con sus temblorosos dedos. Y como si una inexplicable fuerza lo arrastrara, acercó sus labios a los de ella y la besó. Sintió un ramalazo de placer difuminado por toda su columna, mientras saboreaba la dulzura de aquellos labios llenos y suaves. Acunó su rostro entre sus manos y continuó saboreando, disfrutando de una sensación desconocida para él, casi mágica. No hubiese querido que terminara nunca, deseaba seguir lamiendo aquella boca, enlazando su lengua con aquella otra que parecía tan tímida como la suya.

De repente, recordó dónde se encontraban, aunque nadie parecía reparar en ellos. Se separó de ella sólo lo suficiente como para poder ver su rostro, sus ojos cerrados de satisfacción y sus maravillosos labios húmedos y brillantes.

—¿Te vienes conmigo? —le preguntó Jean, pensando en que pasar la noche con aquel ángel iba a ser lo mejor que le deparara su nueva vida de abstinencia alcohólica. El problema vendría cuando comprobara que no tendría suficiente con una noche. No tendría más remedio que pedirle a Julio que hiciera pedazos la puñetera lista.

—A donde quieras —contestó ella.

Emma pensó, feliz, que aquello debía de ser un sueño, o, en su defecto, la respuesta a todas sus plegarias. ¿Vendría a salvarla de su triste vida el hombre más guapo y que mejor besaba del mundo? Era verdad que no tenía con quién compararlo, pero estaba segura de que habían sido los segundos más emocionantes de toda su gris existencia. En aquel breve lapso de tiempo había sentido emoción, ternura, ansia, anhelo, excitación...

La había inundado su sabor desconocido, a misterio; su olor a ropa nueva y a la fruta que emanaba de su aliento. Y ya no los olvidaría jamás.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jean, sin dejar de admirar su precioso rostro.

—Emma —susurró la chica, flotando todavía sobre ella una nube de felicidad. En aquel instante sonaba de fondo su cantante favorito, Shawn Mendes, y su maravillosa *Life of the party*.^[1] Le venía tan perfecta para aquella ocasión...

—Eres tan bonita, Emma —la piropeó él mientras pasaba la yema de los dedos por cada ángulo de su rostro—. Lo más bonito que he visto jamás.

—Gracias —murmuró ella—. Tú también. Quiero decir que... bueno, yo...

Jean rio ante la timidez de la muchacha. Julio no habría podido elegir mejor. Tal vez lo de la lista no había sido más que una excusa para presentarle a la mujer ideal para él, una que fuera así de dulce y en cuyos ojos se pudiesen reflejar aquella ilusión e inocencia, tan necesitado él de ambas en su vida.

—Ven conmigo, Emma.

La cogió de una mano y tiró de ella hacia la entrada del hotel, que daba al vestíbulo, para tomar un ascensor y subir a la habitación que había reservado. Quizá la noche de sexo que él esperaba se convirtiese en una sencilla velada, pero estaba dispuesto a cambiar unas horas del mejor placer físico por el placer de hablar con Emma, conocerla, mirarla. Sin renunciar a besarla o abrazarla...

Sólo de pensarlo, el corazón le latió veloz, al mismo tiempo que su miembro cobraba vida. Eso era lo que él pretendía hallar, pasión, pero con algo más, a pesar de que Julio le hubiese dicho miles de veces que eso no existía.

Pero él lo había encontrado.

—Un... un momento —titubeó Emma—. Me he dejado dentro mi abrigo y el bolso.

¿Me esperarás si voy a por ellos?

—Creo que te he esperado siempre, toda mi vida —contestó Jean, abrazándola de nuevo para darle un suave beso en los labios. Abrazado a ella se sintió como en casa. Mucho mejor, si recordaba el lugar donde tenía la desgracia de vivir—. Y podré resistir unos minutos más. A duras penas. —Sonrió.

Emma corrió, deshaciendo el camino, buscando de nuevo el salón donde había dejado sus pertenencias sobre alguna de las sillas. La euforia que sentía no tenía límites; corría, reía, casi lloraba, dejando ondear tras ella su claro cabello y la falda de su vestido rojo, pensando en que aquello que le había pasado era cosa de película, casi de cuento, pero que, por alguna extraña coincidencia del destino, le había pasado a ella y era real.

Antes de llegar a su destino, en uno de los pasillos, se topó de bruces con una pareja que iba en dirección contraria. Tan fuerte era la emoción que experimentaba que en ningún momento los vio venir.

—Pero ¿qué coño...? ¿Emma? —preguntó Julio en cuanto la agarró de los hombros para que no cayera de espaldas por el impacto—. ¿Qué haces aquí?

—¡Julio, qué sorpresa! —exclamó con alegría la joven al ver aparecer a su hermano—. Papá está aquí, en uno de sus muy aburridos eventos políticos —le explicó con una mueca de resignación.

—Tu padre, querrás decir —apuntó él.

—Es nuestro padre, Julio, por mucho que te pese. Llevas sus genes y, para colmo, eres su viva imagen en joven.

—Déjalo, Emma —replicó éste con hastío—. Ya puedes irte con tu papá y tu mamá, que yo tengo cosas mejores que hacer hoy.

—Ya veo —dijo ella, señalando a su acompañante, una rubia despampanante con un atrevido vestido rojo que mostraba las curvas de sus grandes tetas—. ¿Tu nueva conquista? —planteó divertida.

Le encantaba que su hermano le contara sus aventuras con infinidad de mujeres. Era una forma de asomarse a un mundo que estaba vetado para ella, tal y como la tenían de protegida sus padres, como una muñeca de porcelana en una urna de cristal.

—No —soltó en tono confidencial, mientras la rubia exuberante miraba impaciente hacia las cristaleras que daban al jardín—; esta preciosidad está destinada a mi nuevo jefe, Jean Olsen, del que ya te he hablado. Les había preparado una cita a ciegas, pero mi amiga ha venido a buscarme para decirme que no ha visto a ningún hombre que estuviera solo. Qué extraño —añadió frunciendo el ceño—. ¿Mi jefe

acompañado? En fin, voy a ver si lo aclaro.

—Es aquel del fondo que espera de pie con una sonrisa tan sensual, ¿verdad? —preguntó la rubia, señalando hacia la terraza exterior—. Si antes no estaba solo, no he podido fijarme en él, pero está para hacerle un buen favor. Creo que la espera ha valido la pena.

Julio contestó afirmativamente, con una carcajada, mientras Emma miraba en la misma dirección de la pareja y sentía su alma desmoronarse como un castillo de naipes.

Ahora lo entendía todo. Su maravilloso encuentro con el príncipe azul no había sido más que un terrible malentendido. No la esperaba a ella; no había ido a buscarla ni a salvarla. La había creído una vulgar cita orquestada por su hermano. No tuvo más que fijarse en la coincidencia de su color de pelo o del vestido para ver la luz.

Jean Olsen. Recordaría para siempre ese nombre. Aunque no fuera de forma magnánima, precisamente.

—Bueno, hermanita —se despidió Julio tras darle un beso en la mejilla—, que tengas suerte esta noche y te diviertas en tu fiesta de políticos mientras yo le hago un favor a un amigo.

Emma los vio salir por la cristalera y se quedó tras ella para cerciorarse de la verdad. Julio colocaba a la guapa mujer junto a Jean para que lo tomara del brazo, mientras señalaba hacia las ventanas de las habitaciones del hotel. Todos ellos reían, aunque Jean parecía algo perplejo...

Destrozada, apoyó su frente en el cristal, sin apenas sentir el frío en su piel, porque ella ya estaba completamente helada. El vaho de su aliento empañó la superficie y la imagen que observaba se tornó borrosa y difusa. Cerró los ojos cuando un par de lágrimas rodaron por sus mejillas y, sin volver a mirar, se giró y comenzó a correr por los largos corredores en busca de algún servicio donde poder lavarse la cara y que nadie pudiese sospechar lo idiota que había sido.

Mientras tanto, Jean trataba de asimilar las palabras de su chófer y amigo.

—Alexia es tu cita, Jean —le anunciaba pícaro, como si lo hubiera salvado de un destino peor—. Me ha comentado que no ha reparado en ti antes porque debías de estar acompañado. ¿Con quién estabas, si puede saberse?

—Pues... —titubeó Jean, sin tener una explicación plausible para aquel embrollo.

—¡Por cierto! —lo interrumpió Julio—. ¿Sabes a quién me he encontrado aquí, en el hotel? A mi hermana Emma. ¿Recuerdas que te he hablado de ella? La hija del político, del cabrón que dejó embarazada a mi madre y que después se largó para

cambiarnos por su carrera política. Pues están aquí, en un mitin o algo así. A Emma la veo poco últimamente, porque está estudiando en Inglaterra, y hoy la he encontrado muy cambiada —continuó relatando—. Sigue siendo una niña, por supuesto, pero con vestido largo y tacones parece más mayor y más madura. Habrá que tener cuidado con los tíos que pretendan algo con ella. Al primero que vea que se le acerca con malas intenciones, le corto los huevos y...

«Emma. La hermana de Julio», pensó Jean, sin escuchar apenas la diatriba de su amigo. De nuevo otro fiasco, otra desilusión, lo mismo que con Marina. Debía de tener imán para las chicas imposibles.

Aturdido, dejándose arrastrar, permitió que la rubia tetuda se agarrara a su brazo como un pulpo mientras no dejaba de lanzarle miradas cargadas de lujuria. Él, antes de emprender el camino hacia la habitación, no dejó de mirar hacia la puerta por donde había visto aparecer a aquel ángel de pelo dorado y ojos oscuros, intentando por todos los medios que su imagen desapareciera de su cabeza para siempre.

PRIMERA PARTE

EL ENGAÑO

CAPÍTULO 1

Olsen House, dos años después

El chirrido de la verja de aquella mansión al abrirse continuaba produciéndole una extraña emoción a Jean Olsen. Casi percibía el movimiento de su propia barbilla al elevarse, tratando de plantarle cara a esa maldita casa, a los recuerdos que albergaba. Pero no pudo evitar que alguno de ellos, alguno rezagado que tardaba más de la cuenta en desaparecer, resurgiera en su mente en aquel preciso instante.

El sonido de la puerta, el olor de los jazmines de la entrada, la visión de las robustas paredes de ladrillo rojo y sus elegantes galerías con arcadas... Demasiado asalto a sus sentidos.

Julio paró el coche junto a la entrada principal, dejando bajar a su jefe antes de dirigirse al garaje. Una vez dentro de la casa, Jean volvió a tratar de ignorar la avalancha de sensaciones que lo asaltaban. Accedió al vestíbulo, donde perduraba la decoración original, muy al estilo *cottage* inglés, con el gran tapiz representando una escena de caza, las flores frescas que nunca faltaban sobre la consola y el aroma a limón de la cera para abrillantar la madera de la balaustrada que conducía a la planta superior. Continuó por el largo corredor mientras se iba deshaciendo de la corbata, y terminó en el salón, dejándose caer en su sillón mientras se desabrochaba la chaqueta y emitía el último suspiro del día.

Cuando levantó una pierna y la colocó sobre la mesita de centro, un fuerte manotazo la hizo volver al suelo de golpe.

—Digo yo que el señorito tiene una cama muy hermosa donde poder tumbarse, y no poner los pies sobre los muebles que sus pobres sirvientas se desriñonan para limpiar.

—Vamos, Amparo —dijo Jean, cogiendo el vaso de zumo de arándanos con el que su empleada lo recibía a diario—, cualquiera que te oiga pensará que os tengo esclavizadas. ¡Si apenas os doy faena, con el poco tiempo que paso aquí!

—Hay días en que usted y el golfo de su amigo dan faena por diez —replicó la mujer con los brazos en jarras.

—¿Ya te estás quejando, Amparito? —intervino Julio nada más aparecer en el

salón. Imitando a su amigo, se dejó caer sobre el sillón contiguo y aceptó el otro vaso de zumo que le ofreció la empleada—. Vamos, mujer, alegre esa cara, que hoy es viernes. ¿No tienes planes? Seguro que sí, con lo guapa que eres —le dijo guiñándole un ojo, con la habitual zalamería con que acababa ganándose la.

—Es usted de lo que no hay —contestó Amparo, esbozando una sonrisa que no pudo ni quiso esconder—. Más valdría que ustedes dos se decidieran a llevar una vida más tranquila.

—Seguro que te refieres —añadió Julio con una mueca—, como siempre, a que nos echemos una novia, que sea buena chica y nos haga sentar la cabeza, y blablablá... Ni de coña, vamos. Si acaso, cuando cumpla los cincuenta, me lo replantearé. Y estoy convencido de que nuestro jefe piensa lo mismo.

Amparo puso los ojos en blanco mientras dejaba a solas a la pintoresca pareja de amigos.

Jean Olsen era considerado un hombre extraño por el resto de los miembros de la sociedad. Pese a reconocerse que era muy joven para ser un rico e importante empresario, se lo tildaba de marginado porque no interactuaba con nadie, no asistía a fiestas ni presentaciones, ni tenía amigos ni apenas enemigos, y se lo veía como a un excéntrico, porque sus únicas amistades eran los integrantes del servicio que se encargaba de su mansión. Se rumoreaba que comía con ellos en la cocina, que dejaba que le hablaran sin formalismos y que los trataba como a iguales, lo mismo al ama de llaves que a las mujeres de la limpieza, los jardineros o al encargado del mantenimiento. Y, sobre todo, destacaban la extraña amistad que lo unía a su chófer, otro ex alcohólico rehabilitado como él.

La vida de Jean en sí constituía un enigma: el fallecimiento de su madre cuando él y su hermano eran adolescentes; la boda de su padre con su tía, la hermana pequeña de su madre; la inesperada muerte de su padre y luego la de su madrastra en extrañas circunstancias; la marcha de su hermano, el heredero, a Canarias; su alcoholismo y su rehabilitación...

Nunca había ofrecido una entrevista, ni siquiera a una publicación seria que hubiera jurado y perjurado que sólo le plantearía preguntas sobre la compañía Olsen, la marca de ropa y calzado deportivo que fundó su abuelo y que constituía una de las más importantes y sólidas del sector.

Y todo ello no hacía más que alimentar el mito del misterio que se había creado alrededor de la figura de Jean Olsen.

—¿Planes para hoy, jefe? —le preguntó Julio una vez estuvieron solos.

—Adivino que tú ya los tienes decididos —respondió Jean, antes de terminar de beberse el zumo—, como cada fin de semana. ¿Y de qué clase son esta vez? —preguntó divertido—. ¿Rubios? ¿Pelirrojos?

—Soy un as, pero no tanto —contestó el chófer, bastante pagado de sí mismo—. Hoy sólo he quedado con una. Se llama... —consultó la agenda de su móvil—, Sara, creo. O Rosa, no sé si he apuntado bien el nombre. Yo siempre las llamo «princesa» y así no me equivoco.

—¿Princesa? —planteó Jean divertido—. Te imaginaba más bien llamándolas «churri» o algo semejante.

—Perdona, colega, pero que yo sea tu subalterno no te da derecho a creer que sólo me follo a chonis de barrio. Que uno tiene su clase —comentó con fingida indignación—. Vivir tanto tiempo en la Mansión Fantasma me ha servido también para codearme con amistades de categoría. O únicamente con sus mujeres e hijas, claro.

Jean sonrió. Sólo Julio tenía la suficiente confianza como para hablarle con esa ironía de las pesadillas que esa casa le seguía provocando.

—No imaginas —continuó Julio— el morbo que despierta en las pijas el chófer, un tipo de clase baja que suponen rudo y masculino, con tatuajes y pelo largo. Y, para colmo, con uniforme. Tardan un pestañeo en acompañarme a mi casa bragas en mano.

—De esa manera no hace falta que te esfuerces mucho —bromeó Jean—. Tu apariencia y tu uniforme hacen la mitad del trabajo.

—¿Insinúas que no las dejas satisfechas? —interrogó indignado.

—Dios me libre —afirmó Jean alzando las manos—. Es sólo que nunca hubiese llegado a imaginar que un tipo tan rudo y masculino y una vivienda situada sobre un garaje fuesen un imán tan irresistible para ligar —bromeó de nuevo.

—No es una vivienda sobre un garaje —puntualizó Julio—, es un apartamento tipo *loft*. Lo tengo decorado con mucho mejor gusto que esta vetusta y enorme casa estilo panteón familiar.

—Lo que tú digas —replicó su jefe con una mueca, mientras se ponía en pie—. Que te diviertas.

—Eh, alto ahí —lo frenó Julio sin moverse del sillón—. ¿Y tus planes para hoy? Suelen ser más discreto que yo, pero no he dejado de ver chicas entrar y salir de tu dormitorio en estos dos últimos años, desde que te ofrecí mi lista, aquella por la que muchos hombres sacrificarían una parte de su alma. O de su bolsillo.

—Hoy quiero descansar —comentó Jean con la mirada apagada, aún más de lo

que solía estar—. Prefiero estar solo.

—Ya pasas solo los sábados y domingos —se quejó Julio—, encerrado en tu despacho y en ese abominable gimnasio. Es viernes y deberías aprovechar.

—Hazlo tú por mí —se despidió mientras salía del salón.

—Como quieras —contestó Julio, mientras veía desaparecer a su jefe y amigo por el pasillo.

Frunció el ceño unos instantes, preocupado por aquel semblante apesadumbrado. Más tarde hablaría con él, pues sabía por experiencias cercanas que nunca es tarde para recaer en la bebida, y Jean tenía demasiado que olvidar y ahogar en alcohol. Era mucho más que el hombre que le pagaba un sueldo, era su amigo y volvería a tenderle su mano una y mil veces.

De momento, trataría él mismo de olvidar sus propios recuerdos. Se levantó y se dirigió a su *loft*, donde en breves momentos aparecería una chica, una más de las muchas que, para él, habían sido el mejor sustituto de la bebida.

* * *

Para ser la primera vez que Emma viajaba en metro y autobús, no se le había dado nada mal, y eso que no se había podido permitir el descuido de preguntar a nadie, para que no pudiesen reconocerla o recordarla. Con su atuendo masculino —pantalón ancho, sudadera y gorra—, todos parecían haber dado por hecho que se trataba de un chico, uno cualquiera, y no de la hija del futuro candidato a presidente del Gobierno. Incluso hubo un momento en el que intentó lanzar un escupitajo al suelo, en plan tío, pero sólo consiguió dejarse un chorro de saliva colgando de la barbilla.

«Mejor no hacer nada. Pasaré más desapercibida.»

Por fin, tras bajarse del último autobús de su trayecto y caminar unos diez minutos, Emma paró frente a una gran mansión de estilo inglés. Comprobó la dirección y, camuflándose tras una gran adelfa que adornaba aquel tramo de acera, se dispuso a esperar el siguiente paso.

Todo estaba perfectamente calculado. Llevaba planeando aquello desde unas semanas atrás, el tiempo que hacía que se había dado cuenta de su equivocación. Pero todavía estaba a tiempo de rectificar. Antes se escaparía de casa que terminar siendo lo que siempre había odiado, por mucho que fuera eso, precisamente, lo que esperaban sus padres de ella. Y eso había sido, ni más ni menos, lo que había planeado, decidido y llevado a cabo: largarse.

Como ya esperaba y había comprobado en su momento, un vehículo con un emblema de jardinería paró ante la verja de entrada a la propiedad. El conductor pulsó el videoportero y la gran puerta de hierro se abrió ante él. Emma, con celeridad pero con precisión, se colocó al otro lado de la furgoneta, esquivando el objetivo de la cámara de seguridad, algo a lo que ella estaba acostumbrada y que se le daba a la perfección. Corrió paralela al vehículo a la misma velocidad, traspasó la puerta y se lanzó con rapidez al suelo tras un bonito arbusto de lilas. Miró a través de los huecos que dejaban las hojas entre sí y comprobó que tenía el campo libre para el siguiente movimiento, que sería correr agachada y ocultarse tras cada arbolillo del camino de entrada, hasta desviarse en dirección al garaje. Miró por un instante hacia las cámaras, situadas en varios lugares estratégicos de la fachada de la casa, lo mismo que al grupo de personas que se movían por la propiedad a esa hora de la mañana, como los jardineros o el ama de llaves dando instrucciones a un par de chicas que limpiaban los cristales de las ventanas. Inspiró, espiró fuerte y se lanzó de nuevo a correr hasta que llegó al edificio que era su destino. Pegó la espalda a la pared y se deslizó sobre ella, sin perder de vista cualquier movimiento que la alertara de que su presencia había sido descubierta. Sin perder más tiempo, dejó a un lado las grandes puertas de entrada del garaje, que aún permanecían cerradas, y subió de tres en tres los peldaños de la escalera lateral que llevaba a una pequeña vivienda sobre el edificio. Cuando ya estuvo frente a la puerta, probó a girar el pomo y comprobó que estaba abierta. Una vez dentro, se adaptó a la penumbra del ambiente, donde la única claridad era proporcionada por una claraboya del techo, que dejaba entrar la luz de la mañana.

Le fue fácil orientarse y dio enseguida con la cama. Se acercó y tocó el hombro del chico que dormía plácidamente en aquellos momentos.

—¿Julio? ¡Julio, despierta!

Sin embargo, no fue el joven el primero en abrir los ojos, sino una chica rubia que dormía a su lado tan desnuda como él. Al ver a Emma, pegó un grito, un salto, y salió de la cama despavorida, tapándose con la sábana.

—¡Joder! ¿Quién coño es éste? —gritó la mujer—. ¡Oye, gilipollas! —le espetó a Julio—. ¡Me dijiste que vivías solo, no con... con un hermano pequeño o algo así!

—Pero ¿qué dices? —balbució Julio, aún medio dormido—. ¿De qué estás hablando? —Abrió sólo un ojo y lo fijó en la figura masculina que se erguía ante él—. ¿Quién coño eres tú y cómo has podido entrar aquí?

—¡Julio, soy yo! —exclamó Emma mientras se deshacía de la gorra y dejaba caer

su largo cabello rubio por la espalda.

—¿Emma? —preguntó alucinado su hermano.

Rápidamente, se puso en pie y, trastabillando y mascullando toda clase de maldiciones, buscó unos calzoncillos y se los colocó a tal velocidad que cayó al suelo de morros pero sin dejar de subirse la prenda. Antes se rompería la nariz que dejar que su hermana lo viera en pelotas un segundo más.

—Tranquilo, hermanito —dijo Emma, poniendo los ojos en blanco—, no voy a asustarme a estas alturas por verte el culo. Y eso que te cuelga entre las piernas apenas se distingue.

«¿Que no se distingue? —pensó Julio, indignado—. ¿Qué cree ésta que pasa cuando a un tío lo pilla su hermana en bolas? ¡Pues que encoge como si te echaran un vaso de cubitos de hielo en la bragueta!»

Emma, con tranquilidad, se dirigió al ventanal y abrió las cortinas, dejando que el sol iluminara todo aquel espacio sin apenas separaciones que no fuera el tabique del baño. Julio recibió aquel impacto de luz como un puñetazo en cada ojo.

—¡Joder! —se quejó encogiéndose sus facciones—. A ver, vayamos por partes. Tú —le dijo a la chica que, todavía semidesnuda, los miraba boquiabierta—, como te llames, vístete ahora mismo y vete de aquí. Y tú, jovencita —se dirigió a su hermana—, me vas a explicar qué haces aquí, en mi casa y con esas pintas.

—Me vengo unos días a vivir contigo —soltó de sopetón mientras miraba de reojo cómo se marchaba la joven y rubia desconocida entre insultos e improperios.

—¡¿Qué?! —chilló Julio—. ¿Te has vuelto loca? ¡Mañana mismo tenemos aquí al ejército en tu busca y a mí me llevan a la más profunda de las mazmorras!

—No exageres —replicó Emma, mirándose con calma sus bonitas uñas rosas—. Todo está pensado. Les he dicho que me iba el fin de semana a casa de una amiga.

—¿Y tu escolta?

—Despistada. Soy la reina de la fuga. Se pasarán dos días delante de la casa de mi amiga.

—¿Y cuando llegue el lunes? —preguntó Julio mientras terminaba de vestirse y recogerse el pelo en una pequeña coleta.

—Será cuando tú tengas que echarme un cable y hablar con papá.

—¡Olvídalo! —le gritó de nuevo su hermana a un palmo de distancia, abriendo al máximo sus ojos oscuros—. Ni hablar. No me da la gana. Jamás de los jamases. Ni por todo el oro del mundo. ¿Te lo digo más claro? ¡Que no!

—Julio, por favor —le suplicó Emma, sujetando las solapas de su camisa—. No

tienes ni idea de lo que tienen pensado para mí. Ni siquiera me dejan seguir estudiando. Creen que ya es hora de buscarme un prometido aceptable y que me dedique a labores filantrópicas, a tomar café con otras mujeres o a recaudar fondos en subastas benéficas. ¡Creen que hemos retrocedido en el tiempo un par de siglos!

—Pero tú ya habías acabado tus estudios —afirmó Julio, con el ceño fruncido.

—Sí, ya he acabado derecho, pero fue la carrera que ellos me obligaron a hacer. Yo quiero estudiar antropología —afirmó cruzando los brazos como una niña cabezota—. Y hacer un máster, o dos...

—Como si lo oyera —dijo su hermano—: «Eso no te sirve para nada» —gruñó, imitando la voz grave de su padre.

—Por favor, Julio, apiádate de mí —le volvió a rogar—. Sólo será por un tiempo breve, hasta que comprendan que no pueden manejar mi vida. Tal vez sólo te parezca una forma infantil de llamar la atención, pero, créeme, con ellos no puede ser de otra forma, no atienden a razones ni a explicaciones. Es lo único que te he pedido en todos estos años. Por favor...

Julio contempló aquel bonito rostro tan querido. Era su hermana pequeña, la niña que, sin haberse criado junto a él, con madres distintas y en mundos diferentes, él siempre había intentado proteger, reconociendo al final que era de sí mismo de quien debía protegerla. En un principio, había ignorado su existencia, procurando apartar de su vida todo lo que tuviese que ver con el hombre al que nunca había llamado padre. Pero, un día, con tan sólo doce años, aquella cría de aspecto frágil convenció a su niñera para poder encontrarlo. Lo abordó un día en la puerta de su casa, en un barrio que a ella le debió de parecer otra galaxia, y le dijo que se había enterado de que era su hermana y quería conocerlo.

A partir de entonces, a pesar de que él trataba de esquivarla porque representaba el recuerdo constante de lo que le habían arrebatado, no había sido capaz de resistirse a sus grandes ojos oscuros, a su carácter cariñoso y a sus continuos intentos de acercamiento, dejando que lo visitara en su casa todo lo a menudo que a ella le permitía su imaginación para inventarse maneras de poder acercarse hasta allí.

Se habían distanciado desde que Julio comenzó con sus problemas con el alcohol y su posterior rehabilitación, y, desde que trabajaba y vivía en Olsen House, se habían visto sólo en contadas ocasiones, alejándose cada vez más del único vínculo que él mantenía con el hombre que lo había engendrado. A Emma la habían enviado a estudiar a Inglaterra, pero no habían cesado las llamadas telefónicas por su parte, demostrando así mucho más amor por su hermano del que él le demostraba a ella, a

pesar de los continuos rechazos que la joven había sufrido por su parte y de las veces que su padre la había amenazado, para que evitara cualquier relación con aquel hermanastro borracho y pendenciero.

Normal que Julio la rechazara. Ella era la parte inocente de toda la historia, pero su inconsciente no dejaba de acusarla de ser la persona que se había quedado con su padre, con la gran fortuna y con el apellido, mientras que él se había pasado su infancia preguntándole a su madre por qué su padre no los había querido.

A pesar de todo, sentía un fuerte vínculo con Emma, un cariño casi inexplicable que crecía día a día, aunque hiciera todo lo posible por disimularlo con su continua pose de hermano mayor borde y antipático.

—Emma, no puedes quedarte aquí —aseveró señalando su pequeño apartamento—. Éste no es lugar para una chica de tu clase. Estamos sobre el garaje, porque soy el chófer, no el dueño de la casa. ¿Lo recuerdas?

—Pues podemos hablar con el dueño —propuso ella cargada de optimismo—. Me dijiste que ahora es el hermano de Víctor Olsen quien dirige la compañía y la casa. Tal vez no le importe cederme una habitación. Seguro que hay un montón de ellas vacías.

—Joder, Emma —soltó el joven, mesándose su cabello castaño—, me vas a meter en un puto lío, con tu padre, con Jean... Además, no has traído tus cosas, ni ropa, ni zapatos...

—Tranquilo, ya te he dicho que lo tengo todo controlado. He ido sacando de casa, poco a poco, algunas de mis pertenencias y las he ido llevando a casa de mi amiga. Hoy mismo vendrá hasta aquí y me las traerá. ¿Algún horrible problema más que te parezca imposible de resolver?

—Mierda —gimió él frotando su rostro. Después, sin el menor aviso, sus hombros comenzaron a mecerse y rompió a reír ante la alegría de Emma—. ¿Sabes una cosa, hermanita? —le preguntó después de la risa—. Voy a hacerte el favor. Te quedarás aquí el tiempo que necesites y te ayudaré a esquivar a tu padre. Nada me hará más feliz que saber que contribuyo a joder a ese desgraciado.

—Julio, no empieces —le recriminó Emma con una sonrisa indulgente.

—Ven conmigo —le propuso señalando la puerta—. Vayamos a hablar con Jean y de paso te lo presento.

Emma se tensó. Por nada del mundo pensaba decirle a su hermano que ella ya conocía a Jean Olsen, aunque su conocimiento se limitara a unas cuantas frases y... a un beso.

Y a una humillación.

Aunque el recuerdo de aquella boca en la suya hubiese alimentado desde entonces su monótona existencia, desde hacía unos meses se había convertido en el mayor aliado de su objetivo. Una jugada perfecta que esperaba que pudiese solucionar el caos en el que se había convertido su vida.

Y el remate final. De esa forma, podría matar dos pájaros de un tiro: conseguir sus propósitos y tomarse una pequeña venganza como compensación por las lágrimas que derramó durante tantas y tantas noches.

¿La recordaría él? ¿Habría pensado alguna vez en ella?

Lo más seguro era que la hubiese olvidado nada más tener en sus brazos a la rubia de las tetas gordas.

—Espera —la paró Julio—. Mira la pinta que llevas —dijo señalando su masculina y ancha vestimenta.

—Mi amiga ya no puede tardar mucho en traerme mis cosas —aseguró Emma, mirando su reloj de pulsera.

En ese instante, Amparo apareció por la puerta. Como siempre, vestía con su atuendo diario, compuesto de falda negra y blusa blanca, y su largo cabello azabache recogido en un perfecto moño. A sus cuarenta y muchos años, su semblante seguía siendo juvenil, a pesar de su serio aspecto y de las finas arrugas que rodeaban sus ojos, compensadas por su tierna y sincera sonrisa permanente.

—Julio, hay una joven que pide entrar en la casa y... —De pronto, fue consciente de la presencia de la desconocida—. Pero ¿tú no tienes vergüenza? —exclamó—. Hace un rato que vi salir a una de tus amiguitas y todavía te queda otra. ¿A qué esperas para echarla también?

—Amparito —la tranquilizó el chófer, sujetándola por los hombros—, no te dispares. Ésta es Emma, mi hermana. Tiene problemas en casa y me ha pedido pasar unos días aquí. En cuanto hable con Jean, me gustaría que le prepararas una de las habitaciones de la mansión.

—Perdone la confusión, señorita —se disculpó Amparo—. Entonces, ¿usted debe de ser la hija de ese político, Manuel Montalbán!

—Pues... sí —dijo Emma, mirando a su hermano con mirada interrogante.

—En esta casa ya no quedan secretos —explicó éste—. Somos como una gran y atípica familia.

—¿Y dices que tiene problemas en casa? —preguntó el ama de llaves con las manos en las caderas—. ¡Pues como se quede a vivir aquí, los problemas los vas a

tener tú, Julio, y todos nosotros!

—No te preocupes, Amparo —intentó convencerla Emma—. En cuanto mis padres se den cuenta de mi ausencia, y para eso aún pasarán días, yo asumiré mi responsabilidad.

—Ya veremos —replicó la mujer poco convencida.

—Será mejor que envíes a alguien a ayudar a la amiga de mi hermanita —intervino Julio—. Que dejen de momento sus pertenencias en la cocina, hasta que hable con Jean, y allí nos vemos en unos minutos.

Una vez trasladadas las dos maletas hasta el interior de la casa, se encontraron todos en la cocina, donde dos chicas del servicio recogían platos y tazas y ayudaban a la cocinera con la comida, canturreando y moviéndose entre sartenes y fogones. Amparo y Julio observaron con emoción el abrazo que se dieron las dos amigas al encontrarse.

—¡Dios, Emma, lo has hecho! —gritó su amiga todavía dentro del abrazo—. ¡Nunca pensé que te atreverías!

—¡Sí! —contestó Emma—. ¡Lo he hecho! Espero que sigas con nuestro plan.

—¡Por supuesto! Hacía tiempo que no nos pasaba nada tan excitante.

—Discreción, por favor —rogó Emma.

—¡Que sí! Pero —dijo su amiga de pronto, frunciendo el ceño—, ¿qué hacemos hablando aquí, en la cocina, rodeadas del servicio?

—La chica tiene razón —convino Amparo—. Será mejor que hablen ustedes en una de las salitas de recibir.

—Gracias, Amparo —agradeció Emma, mientras Julio las dirigía a una bonita sala con un par de sofás tapizados en azul zafiro y una mesa de centro con un jarrón lleno de crisantemos amarillos. Las paredes estaban adornadas con cuadros de bodegones y una gran ventana dejaba pasar la luz de la mañana a través de sus cortinas de color crema.

—¿Y éste? ¿Qué pinta aquí? —planteó la invitada, señalando a Julio, que cerró la puerta y permaneció en la sala con las dos muchachas—. Viste uniforme de chófer. Por no hablar de las pintas que me lleva —añadió señalando su coleta a la altura de los hombros.

—*Éste* es su hermano —intervino Julio.

Miró con desprecio a la joven, que le pareció rematadamente altiva y esnob, con un perpetuo gesto de disgusto en la boca por encontrarse cerca de personas trabajadoras. Tal vez fuera que estaba demasiado acostumbrado a que las mujeres de

su clase le dedicaran miradas lujuriosas. Llevaba su corto pelo oscuro peinado con ondas estilo retro, un llamativo maquillaje con los labios en rojo brillante y un atuendo de lo más estiloso de algún diseñador en boga.

—Es verdad, es mi hermano —confirmó Emma—, del que ya te he hablado y que me va a ayudar con todo este lío. Él es Julio —dijo como presentación—, y ella es mi amiga Chantal.

—¿Chantal? —soltó Julio con desdén—. ¿Qué cojones de nombre es ése? ¿De chihuahua?

—Julio, por favor, es mi amiga, la hija de un conocido banquero colega de papá. No me vengas con prejuicios ahora —lo reprendió su hermana.

—¿Y quién ha sido aquí la de los prejuicios, sino ella?! —voceó Julio—. Pues si tu intención era echarme porque te molesta mi plebeya presencia —se dirigió a la muchacha—, te diré que la has cagado, guapa, porque soy hijo del mismo padre cabrón de Emma.

—¡Julio! —gritó, alucinada, Emma.

—Dirás del desliz que tuvo con una camarera —replicó la chica.

—No vuelvas a mencionar a mi madre —espetó Julio cargado de ira.

—¡Chantal! —volvió a gritar Emma.

—Ha empezado él —se defendió su amiga tras un suspiro—, pero no importa. Haré como siempre hago delante del servicio: ignorarlo. Y ahora, tengo que irme. Espero que todo te vaya bien, que consigas todo lo que te has propuesto y que tu padre no sea demasiado duro contigo. *Bye, bye*, cariño —se despidió, junto con un par de besos que marcaron ligeramente de rojo carmín las mejillas de Emma—. Nos vemos. Ya me contarás.

—Por supuesto. Hasta pronto, Chantal. No recuerdo bien el camino hasta la salida —dijo Emma—. ¿Podrías acompañarla tú, Julio?

—Faltaría más —aceptó él con sorna encaminándose a la puerta—. La señorita puede seguir al insignificante chófer hasta la salida.

Julio comenzó a andar delante de ella, dando largas zancadas, ignorando a conciencia los altos tacones que la obligaban a dar demasiados y rápidos pasos. La condujo por el jardín a través de los senderos de tierra y gravilla, sonriendo de forma taimada mientras ella no dejaba de despotricar a su espalda.

—Sé que lo haces para fastidiarme —soltó la chica, dando un ligero traspies—, pero no se puede esperar otra cosa de un vulgar empleado rencoroso como tú.

—Me encanta tu descripción —se mofó Julio—. Sobre todo por lo de «vulgar».

Si yo te contara lo vulgar que soy... Aunque no entiendo lo de rencoroso.

—Eso es lo que eres —contestó ella tras un gemido por torcerse un tobillo—, vulgar. Y lo de rencoroso está claro: no soportas a la gente rica porque tienen lo que tú quieres y no puedes tener.

—Perdona —dijo Julio, parando de repente antes de darse la vuelta, furioso—. ¿Qué coño sabe la niña rica de lo que yo quiero?

—Dinero, como todos —sentenció elevando la barbilla—. Pero, como no lo tienes, pagas tu frustración con los que lo tenemos. Y procura hablarme con un mínimo de respeto. Yo no soy tu jefe, con el que todos sabemos que mantienes una extraña relación de colegas.

—Hablo con modales a quien se lo merece —aclaró Julio, cada vez más enfadado—. Y a mi modo de ver, no se lo merecen las tías huecas que sólo piensan en arreglarse, en ir de compras y en gastar la tarjeta de papá a manos llenas. Las que nos miran a los demás por encima del hombro porque somos los que nos encargamos de llevarlas de acá para allá o de limpiar lo que ensucian. Mejor dicho, ni se molestan en mirar.

—Por lo que tengo entendido —replicó ella, apretando sus puños— acabas de describir a tus favoritas para llevarte a la cama, sobre todo por lo de huecas. No me extraña —añadió con desdén—. A ti seguro que sólo te importa que tengan buenas tetas y nada de cerebro, y a ellas parece interesarles únicamente lo que hay ahí debajo —concluyó señalando su bragueta.

—Tal vez andes loca por probarlo, como todas ellas.

—¿Qué pasa, chófer, es ésa tu fantasía? —pinchó la chica con ironía—. ¿Tirarte a chicas finas porque representan lo que tú nunca serás ni tendrás?

—Ya puede usted marcharse, señorita Chantal —dijo Julio, tenso, mientras se abría la verja de entrada—. Que tenga un buen día. —Y le hizo una manida reverencia.

—Imbécil, capullo... gilipollas —refunfuñó la joven mientras se dirigía al coche que la estaba esperando—. No sé qué hago discutiendo con este empleaducho. —Y se montó en el vehículo antes de desaparecer calle abajo.

—¡Julio! —oyó gritar a Emma, mientras se acercaba a su hermano por el jardín, ya con su propia ropa—. ¿Se puede saber qué te pasa? Nunca te había visto tan antipático con nadie.

—¿Yo? —preguntó de forma exagerada—. Yo me he comportado de forma muy normal. Ha sido ella, que me ha tratado como a una mierda pegada a su zapato. Pija

rematada de mierda...

—Chantal es una buena chica. No la conoces de nada.

—Será mejor que vayamos a ver a Jean —gruñó él, comenzando a caminar—, antes de que me arrepienta y te mande de vuelta a casita.

CAPÍTULO 2

El hecho de ser fin de semana no cambiaba casi nada la rutina que caracterizaba la vida diaria de Jean, salvo que no solía aparecer por el despacho de la sede de la compañía. Sentado ante su ordenador, en el despacho de su casa, era como dejaba pasar las horas de los días festivos, porque su trabajo era prácticamente su vida, y porque se levantaba a la misma hora que cada día, exactamente a las cinco de la mañana. Como por un resorte, sus ojos se abrían a esa hora, y ya le resultaba completamente imposible volver a cerrarlos.

Casi nadie sabía que, a esas alturas de su vida, dormía con una pequeña luz auxiliar, como las que los padres suelen instalar en las habitaciones de sus hijos pequeños cuando éstos padecen pesadillas nocturnas. Era la única manera en la que podía llegar a conciliar el sueño, contando con que lo hacía a altas horas de la noche, después de que su cuerpo ya no resistiera más. Aun así, el tenue resplandor de la suave luz amarillenta provocaba un inquietante contraste con la oscuridad de la noche, produciendo turbadoras sombras que, en cuanto se despertaba de madrugada, ya no lo dejaban dormir más. Entonces no le quedaba más remedio que levantarse y bajar al sótano, donde se había hecho instalar un moderno y equipado gimnasio. Allí, volvía a agotarse para pasarse después varios minutos bajo la ducha, vestirse y esperar a que Julio lo llevara a la oficina o, como ese sábado, encerrarse en su despacho durante el resto del día.

Todo pensado y calculado para que no le sobrara un solo minuto del día en el que poder pensar, hecho que lo abocaría irremediablemente a la bebida de nuevo.

Unos toques en la puerta lo obligaron a desconectarse un instante, aunque sin despegar la vista de la pantalla del ordenador.

—Jean, ¿tienes un minuto? —le preguntó Julio, asomando únicamente su cabeza por la puerta—. O más bien unos cuantos —rectificó con una mueca.

—Pasa, Julio. ¿Qué sucede? —le dijo su jefe sin mirarlo todavía.

—Verás, se trata de... —el chófer entró en el despacho y dejó pasar a su hermana —... que necesito un pequeño favor. O más bien un gran favor. —Volvió a corregirse con otra mueca.

—Tú dirás.

Jean levantó la vista, y los ya frágiles cimientos de su mundo volvieron a tambalearse. A un par de metros de distancia se encontraba el rostro que había alimentado a la vez que atormentado todos sus sueños durante los dos últimos años. Su corazón se aceleró como la primera vez que la vio y todo su cuerpo tembló de nuevo como si fuera un niño asustado.

Emma. Cuántas veces habría soñado con ella...

Él nunca hubiese tenido nada con ella sabiéndola la hermana de su amigo, pero no por ello había dejado de hacerse algunas preguntas.

¿Supo ella que todo había sido una confusión? ¿Lo vio todo o simplemente no deseó volver? ¿Qué hubiese pasado si ella no hubiese vuelto en busca de su bolso y su abrigo? ¿Habrían subido a la habitación y habrían acabado haciendo el amor?

¿Tenía una puta erección en ese momento?

Sin embargo, nadie fue consciente de todo aquel caos dentro de su mente y su cuerpo. Permaneció totalmente impasible, indiferente. Tal vez, ella ni tan siquiera lo recordara.

—Ella es mi hermana, Emma —la presentó Julio—, de la que ya te he hablado en algunas ocasiones. Ha estado terminando sus estudios en Inglaterra, pero ahora desearía seguir, y sus padres no se lo permiten... Total, que se ha largado de casa y me ha pedido estar unos días aquí, conmigo. ¿Te importa? —preguntó—. Podrías darle una de las habitaciones de invitados y...

Emma no continuó escuchando a su hermano. Simplemente, contemplaba con fascinación a Jean Olsen. Le pareció aún más atractivo que la primera vez que lo vio, más hecho, más seguro, aunque sus preciosos ojos grises seguían manteniendo aquella vulnerable tristeza que tanto la había conmovido. Revivió con nítida precisión los instantes en los que se besaron y estuvo entre sus brazos, la ilusión que le hizo sentir. Pero, al mismo tiempo, un ramalazo cargado de rencor atravesó todos sus músculos, manteniéndolos completamente rígidos. Ése era el hombre que, al mismo tiempo, le había proporcionado la mayor felicidad y la más grande de las humillaciones. Sentía fascinación por él con la misma fuerza que lo odiaba.

Estaba segura de que no la recordaría. Sabía por su hermano la clase de vida desatada que llevaban, lo a menudo que se acostaban con mujeres variadas y diferentes. Contuvo una sonrisa sibilina al pensar que ese hecho en concreto era el que le iba a allanar el camino para conseguir su propósito.

En cierto modo, le dolía saber que iba a utilizarlo, incluso había pensado y repensado su plan una y mil veces. Pero no había otra salida. Haría lo que fuera por

tener el control de su propia vida y, si para ello debía valerse de algunas personas... en fin, se contentaba apoyándose en la idea maquiavélica de que el fin justifica los medios. Además, le proporcionaba una extraña satisfacción el saber que iba a convertirlo en un ser patético, que lo iba a tener comiendo de su mano para después darle el golpe de gracia. El mismo que recibió ella aquella noche de hacía dos años.

Jean tampoco escuchaba apenas a su amigo. La visión de Emma lo ilusionaba a la par que lo ponía furioso, porque esa chica no estaba a su alcance ni lo estaría jamás. Era demasiado joven, demasiado inocente, demasiado protegida y demasiado hermana de Julio.

Cuántas veces había soñado con que esa chica hubiese sido, en realidad, la cita que le había preparado su amigo, que sólo hubiese accedido a estar con él por aparecer en aquella lista. No le habría importado, pensando exclusivamente en cumplir su más ansiado deseo, que era haber pasado aquella noche con ella, y muchas más después. Obviando el enamoramiento clandestino que sentía por su cuñada, ella había sido la primera por la que su corazón había latido más aprisa, como un primer amor. Había sentido la misma ilusión inocente de un chiquillo que se enamora por primera vez de una chica del colegio. Y todo justo después de su rehabilitación, cuando más vulnerable se encontraba, recién salido de un largo y oscuro túnel lleno de borracheras y síndromes de abstinencia.

Pero ahora ya no era el mismo. Muchas cosas habían cambiado en esos dos años.

Para empezar, ella misma había cambiado, pues ni siquiera lo había reconocido. Sus ojos oscuros, opacos y apagados, sin rastro de emoción, así lo habían confirmado. No lo recordaba a él, ni a su beso, ni la emoción que habían compartido como dos adolescentes que se enfrentan al mundo.

Por cierto, ¿había escuchado bien? ¿Vivir en su propia casa?

Ni hablar. Su casa era un territorio demasiado íntimo, con la que mantenía una extraña relación de amor-odio. Todavía se enfrentaba cada día a muchos de sus fantasmas y la guerra aún no había acabado, ni tan sólo se intuía quién podría resultar vencedor. Olsen House continuaba plantándole cara y no se podía permitir una sola distracción, por muy bonita e inocente que pareciera.

—Encantado, Emma —saludó Jean de la forma más cortés e impersonal que pudo—. Me alegra conocer por fin a la famosa hermana de Julio.

—Igualmente, señor Olsen —contestó ella igual de fría. Su voz, sin embargo, seguía siendo la misma, ronca pero dulce, como la sensación que deja en la garganta una taza de chocolate negro bien caliente.

—Pero —continuó Jean con el tono más formal que le surgió—, aunque lamente mucho los problemas que hayas tenido con tus padres, no creo que venirte aquí sea la mejor solución. Deberías hablar con ellos y tratar de arreglar vuestras diferencias. Todavía eres muy joven.

—Sé lo que estás pensando, Jean —intervino Julio—, pero ya te he hablado en alguna ocasión de... sus padres. No es un berrinche momentáneo. Son un par de retrógrados y vivir con ellos tiene que ser un auténtico coñazo.

—Pero sabes que la vida que llevamos aquí no es la adecuada para una chica de su clase que acaba de salir de la universidad —argumentó Jean con el ceño fruncido.

—¿Te refieres a las idas y venidas de nuestros ligues? —planteó Julio con una sonrisa—. No te preocupes, ya le he hablado a mi hermana de eso, ¿verdad, Emma? —le preguntó—. Aquí, mi jefe, tiene aún más éxito con las mujeres que yo, que ya es mucho decir. Debe de ser por esa mirada tristonza, que pide a gritos que lo mimen. Me he cruzado con tantas mujeres en esta mansión que entran o salen de su dormitorio que la lista que yo mismo le confeccioné se ha quedado a la altura de sus zapatos.

—Basta, Julio —lo cortó Jean secamente—. Creo que los detalles sobran.

—Perdona, Jean —aceptó Julio, frotándose la nuca—. El caso es que sólo será unos días, y no hará falta que cambies tu rutina o tus hábitos. La mansión es lo suficientemente grande como para que no nos incordiemos unos a otros. Es un favor personal, Jean...

—¿No tiene otro sitio a dónde ir? —demandó Jean.

—Será el último lugar donde sus padres la busquen. Además, yo soy su única familia y tú siempre podrías protegerla de la ira del cabronazo de su padre.

—Eso es lo último que deseo, Julio, enfrentarme a Manuel Montalbán.

—Perdonad que os interrumpa —cortó Emma—, pero me está dando la sensación de que os habéis olvidado de mi presencia. Julio, gracias por intentar convencer a tu jefe, pero me gustaría hacerlo yo solita. ¿Te importaría dejarme a solas con el señor Olsen?

—¿Estás segura? —preguntó su hermano con el ceño fruncido.

—No creo que vaya a comerme, ¿verdad, señor Olsen?

—Puedes dejarnos solos, Julio —asintió Jean, tan tenso que sus uñas se clavaron en la negra piel de los apoyabrazos de su sillón.

—Está bien —aceptó el chófer, saliendo del despacho, aunque no muy convencido por la extraña petición de su hermana.

—¿Y bien? —planteó Jean una vez a solas con la joven—. ¿Qué querías hablar

conmigo?

—Pues... verá, señor Olsen —comenzó a decir mientras se cruzaba de brazos. Con ese gesto sólo consiguió marcar sus pechos bajo la blusa sin mangas de cuadros escoceses, con lo que Jean sintió caer las primeras gotas de sudor sobre su frente. Después, miró hacia abajo y contempló su juvenil vestimenta, complementada con un *short* negro y unas botas. Y entonces recordó quién era y lo joven que era—, todo lo que le ha dicho mi hermano es la verdad —continuó Emma—, pero, además, mi intención al permanecer en su casa es otra que requiere un favor más grande de su parte.

—A saber...

—Yo... he venido para convertirme en su amante.

Jean se quedó petrificado. Además de congelado, aturdido y excitado. A partes iguales. Casi.

—Perdona, Emma —articuló por fin, después de carraspear para deshacer el nudo de su garganta—, me parece que no eres muy consciente de lo que acabas de decir.

—Lo soy perfectamente —afirmó ella, aparentando seguridad, pero sin que a su interlocutor le pasara desapercibida la tensión que desprendían sus continuos cambios de postura—. Sé por mi hermano el tipo de vida que llevan, y he deducido que no le importaría que yo fuera una de esas mujeres que hacen cola para acostarse con usted. De forma discreta, por supuesto.

—Hasta ahora —replicó él aún envarado— he tenido el suficiente criterio como para elegir yo mismo a las mujeres que me llevo a la cama, y todavía —corroboró sus palabras echando su cuerpo hacia delante— no he optado por una como tú.

—¿Una como yo? —preguntó Emma, titubeante.

—Eres una cría. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?

—Veintidós —contestó ella alzando su barbilla.

—Pues eso, una cría —sentenció Jean—. Procuro que sean mujeres experimentadas, casadas la mayoría de las veces. Son las que menos exigen.

—Sí, una cría, eso piensa todo el mundo —farfulló Emma, dejando caer sus brazos a lo largo del cuerpo—. Pero ya no lo soy, ¿no le parece? —preguntó invitando a que mirara su cuerpo adulto.

—¿Qué pretendes con este juego de seducción infantil, Emma? ¿Que hable con tu hermano o que llame a tu padre?

—No, por favor, señor Olsen. —Conteniendo en vano su desesperación, se colocó frente a Jean y se dejó caer de rodillas en el suelo de madera mientras

apoyaba sus manos en las piernas del hombre—. Perdóneme, por favor, por haberle parecido impulsiva y torpe o infantil, pero lo único que le he demostrado así es lo poco que sé del mundo, lo protegida que me ha tenido mi familia toda mi vida. No he salido apenas sin ellos, ni me he divertido con amigas, no he estado en fiestas y mucho menos he estado con algún hombre.

—¿Por qué me cuentas eso? —preguntó Jean confuso, turbado por su cercanía. Le inundó de pronto su olor a perfume, femenino, sensual, intenso.

—Porque he pensado que usted, con su experiencia, y yo, con mi falta de ella, podríamos ser el tándem perfecto para tener una pequeña aventura, sólo para... enseñarme ese aspecto de la vida que yo aún desconozco.

—¡Basta! —exclamó Jean, sintiendo ya la humedad del sudor empapar su espalda. Se levantó del sillón y la obligó a ella a hacer lo mismo—. Tú lo único que quieres es fastidiar a tu padres, pero déjame que te diga que tendrás que hacerlo buscándote a otro. ¿Crees que me dedico a desvirgar a crías que pasan por una fase rebelde en busca de una respuesta a su vida vacía?

—Yo... pensé que un hombre tan experimentado no tendría mayor problema. Se trataría únicamente de practicar un poco de sexo. Sin ningún tipo de compromiso u obligación. Como entiendo que debe de estar usted acostumbrado.

—Deja de decir esas cosas —exigió él, más furioso de lo que recordaba haber estado nunca—. ¿No tienes un ápice de vergüenza?

—Créame si le digo que no he sentido mayor humillación en toda mi vida —confesó con las mejillas ruborizadas—. No pensé que fuera a rechazarme de esta forma.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Jean, indignado—. ¿Que aceptara sin vacilación? ¿Qué clase de hombre crees que soy? Aunque —rio con sorna—, ése es el problema, que no tienes ni puñetera idea de quién ni cómo soy.

—Me ha demostrado ser bastante honesto —dijo ella con una triste sonrisa.

—No te fíes de las apariencias —replicó él.

—De todos modos —ella volvió a mirarlo con sus ojos oscuros suplicantes—, no avise a mi padre, ni le diga nada a mi hermano, por favor. Si no tiene inconveniente por mi comportamiento, me quedaré en su casa sólo unos días, mientras le hago ver a mis padres que no pueden controlar mi vida, y, en cuanto consiga algún tipo de tregua, me marcharé. Tiene mi palabra.

—Está bien —suspiró Jean—, lo haré por Julio, pero ni se te ocurra volver a proponerme nada semejante, o yo mismo te meteré en un coche y te llevaré con tu

padre. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, por supuesto. Gracias, señor Olsen.

Cabizbaja, caminó hacia la puerta y desapareció tras ella.

Jean se sentó de nuevo en su sillón, apoyó los codos en la mesa y comenzó a pellizcarse los labios con la punta de los dedos. Obviando el sentimiento dulce que esa chica le inspiraba, él ya era perro viejo a pesar de sus escasos treinta años. No acababa de descifrar el porqué del comportamiento de una chica tan joven de buena familia, suplicando sexo a un desconocido. Porque, a pesar de la intensa conexión que los había unido durante aquellos inolvidables instantes de su beso, no dejaban de ser unos auténticos desconocidos.

¿Cuál era realmente el objetivo de aquella joven inocente y atrevida al mismo tiempo? ¿Hasta dónde había dicho la verdad y hasta dónde había mentido?

Emma abandonó el despacho y prácticamente salió disparada en busca de cualquiera de los baños que pudiera encontrar en aquella parte de la casa. En cuanto divisó uno, espacioso, con las paredes de mármol y bonitos apliques dorados en la pared, se encerró en él y se apoyó en la puerta. Respiraba velozmente y el corazón galopaba desbocado en su pecho. Después de dar un largo suspiro, se dejó caer sobre el mármol que rodeaba el lavamanos y abrió el grifo de color bronce para refrescarse las mejillas, que aún le ardían por la vergüenza. Se miró en el espejo y emitió una sorda carcajada cargada de ironía, al contemplar su rostro, el rostro de una consumada actriz.

Al final, se había visto obligada a contar una parte de la verdad, pues, ciertamente, ella carecía de experiencia, y con sus actos esperaba que sus padres se dieran cuenta de su error. Pero, la verdadera razón de su absurda propuesta... no la había mencionado. Ni siquiera Julio la conocía.

Su hermano le había hablado en varias ocasiones del tipo de vida que llevaban él y su jefe, la cantidad incesante de mujeres con las que se acostaban, y fue entonces cuando ideó el plan. Imaginó a Jean Olsen más cambiado desde su encuentro fortuito en el hotel, más cínico e inmoral, como la mayoría de los millonarios que manejan a las personas como al dinero que malgastan. Como la mayoría de los que ella conocía.

Sin embargo, se había topado con un hombre tan extraño como se murmuraba que era en sus círculos: serio, callado, aparentemente recto, volcado en sus empresas, pero con el mismo brillo de fragilidad que percibiera en sus ojos la primera vez que lo vio. Aunque, seguro que esa seriedad desaparecía en la cama, cuando estuviese con una mujer que hubiese sido una tentación para él...

Por un brevísimo instante, imaginó cómo habría reaccionado si él hubiese accedido a su petición. Sintió ablandarse todo su cuerpo, calentarse por dentro, incluso una sonrisa se le formó en los labios y los ojos se le cerraron al imaginarse haciendo el amor con Jean Olsen.

Él acabaría cediendo, aunque tuviese que echarse en sus brazos a traición. Un hombre como él no se negaría a lo que una mujer le ofreciese gustosamente.

Se secó las manos en la toalla, se puso recta ante el espejo y volvió a recordar por qué estaba ella allí; el único cometido que tenía era meterse en la cama de aquel hombre.

—Estás jugando con fuego, Emma, y te acabarás quemando, lo sabes —le dijo a su imagen en voz alta—. Pero a nadie le amarga un dulce. —Sonrió.

Si a su objetivo final le sumaba conocer la pasión en los brazos de Jean, pues se consideraría doblemente ganadora.

CAPÍTULO 3

Tal y como aseguraban los rumores, el dueño de Olsen House comía en la cocina junto a los componentes del servicio de la mansión. Alrededor de la mesa de madera se habían dispuesto Amparo, Julio, Pilar y Ana —las chicas de la limpieza—, Luisa, la cocinera, y Tomás, el jardinero. En un extremo se situó Jean y, al frente, Emma, en calidad de invitada.

La cocina era una estancia espaciosa, no demasiado elegante pero muy funcional, pensada precisamente para compartir una buena comida o una tertulia alrededor de tazas de café. Además de la gran mesa, destacaban la enorme campana, la robusta cocina de fogones o los pequeños detalles, como los visillos de cuadros rojos o las lámparas en forma de cilindro que colgaban del techo atravesado por vigas de madera.

Emma se dedicó únicamente a comer mientras observaba con atención. Advirtió a un Jean mucho más amigable y relajado, compartiendo risas con sus empleados, aunque tampoco hablara mucho. Julio era el que llevaba el peso de la conversación, si se entiende conversar por bromear, sobre todo con las chicas que se sentaban frente a él.

—Así que no pensáis quedaros esta tarde a hacerme compañía —se lamentó el chófer teatralmente dirigiéndose a las dos jóvenes limpiadoras.

—Nuestra jornada ha terminado, Julio —contestó Ana—. Ya no nos verás el pelo hasta el lunes. Deja que al menos el fin de semana disfrute de mi novio, que me paso la vida en esta casa.

—¿Cuántas veces te he dicho que dejes a ese soso y te diviertas un poco más? Un contable, ¡por el amor de Dios!, qué aburrimiento.

—¿Te refieres a divertirme contigo? —replicó Ana—. Ni de coña, guapo. Tú no entiendes conceptos básicos como fidelidad o respeto.

—Pues no, no los entiendo —aceptó él—. Pero ¿y lo bien que lo íbamos a pasar tú y yo? —le dijo guiñando un ojo—. ¿Qué me dices, Mari Pili? —le planteó a la otra joven.

—Anda, calla, golfo. Ya sabes que estoy casada y tengo un niño pequeño.

—Pues ésas son las mejores —apostilló Julio mientras rebañaba su plato con

apetito—. La experiencia en una mujer es un regalo para un hombre. Huyó despavorido de las inocentes y virginales. ¿No es cierto, Jean? —le preguntó a su jefe con orgullo.

Por un instante, las miradas de Jean y Emma se cruzaron, alertados por la continua alusión a la experiencia o la inocencia. Pero cortaron el contacto visual con rapidez, como si cada uno de ellos se hubiese arrepentido de mirar al otro.

—Vamos, Julio —lo reprendió Amparo—, deja de ligar con todas las chicas que se te pongan por delante. Y deja de hablar de vuestra... hombría, que estamos comiendo.

—Ay, que mi Amparito se pone celosa —bromeó colocando un brazo sobre sus hombros—. No te preocupes, preciosa. Ninguna de ellas significa nada para mí. —Y le dio un sonoro beso en la mejilla que arrancó las risas de los comensales.

—Mira que eres pegajoso —dijo la mujer, sonriente, sacándoselo de encima—. Más vale que hagas algo productivo esta tarde.

—Pues sí —contestó Julio, poniéndose en pie—. El deber me llama. Tengo toda una flota de coches que requieren mi atención.

—Te acompaño —propuso Emma, levantándose también de la mesa.

—Claro, ven conmigo, hermanita —aceptó Julio—. Pero cámbiate esa ropa. —Suspiró—. A falta de pan, buenas son tortas.

Como bien había mencionado el chófer, una buena flota de vehículos dependía de sus cuidados, tanto mecánicos y de puesta a punto como de limpieza. Sus estudios de mecánica le habían servido para encontrar y mantener ese trabajo a pesar de su pasado alcohólico, y él, por mucho que algunas esnobs lo miraran como a un insecto, se sentía orgulloso de su profesión.

Durante un buen rato se dedicó a levantar un capó tras otro ante la atenta mirada de su hermana, comprobando niveles de aceite, del agua del circuito o del líquido de frenos. Emma lo observaba con sincero interés, ayudándolo a sujetar las herramientas o a buscar lo que él le iba demandando.

—¿No te avergüenza que tu hermano tenga que llenarse las manos de grasa? —le preguntó a Emma mientras se las limpiaba con un viejo trapo.

—No digas tonterías, Julio —replicó la joven antes de darle un beso en la mejilla—. Te quiero y me siento afortunada de tenerte. Siempre has sido mi héroe y mi hermano favorito.

—Claro, porque soy el único —dijo él con una mueca—. A no ser que el cabronazo de tu padre haya ido diseminando su semilla por todo el país y seamos

unos cuantos los desgraciados que llevemos su sangre.

—Es mi padre, Julio...

—¿De verdad no sientes un ápice de rencor hacia él? —planteó Julio—. Te tiene encerrada en una jaula de oro. Mira lo que ha conseguido, que te largues de casa. Y sé que tu madre es más de lo mismo, son tal para cual. ¿No te ahogas en tu casa? ¿No sientes el impulso de hacer algo que los joda de verdad?

«No te puedes imaginar lo que los voy a joder...»

—Deja de hablar de mis padres y sigamos con la tarea —propuso jovial y animada mientras salía del garaje e iba en busca de la manguera—. ¿No íbamos a lavar el Bentley?

—¿Tú con un cubo y una esponja? —se burló Julio, siguiéndola al exterior, donde los esperaba el elegante coche—. Seguro que el peso máximo que has levantado en tu vida es el del móvil.

—¿Quién es el de los prejuicios ahora?

Sin previo aviso de su próximo movimiento, Emma desenrolló la manguera de su soporte, accionó la boquilla a la máxima presión y apuntó directamente a su hermano, que recibió el impacto de agua en el pecho, salpicando con fuerza su rostro y el resto del cuerpo.

—¡Maldita mocosa! ¡Ahora verás!

Con determinación, Julio asió el cubo por su asa metálica y lanzó su contenido contra la cabeza de su hermana, bañándola por completo en agua y detergente. Emma quedó un momento en *shock*, tratando únicamente de desprenderse de la espuma que cubría sus ojos, su nariz y su boca.

—La has cagado, hermanito —soltó ella con voz amenazante al tiempo que tomaba de nuevo la manguera y accionaba la palanca—. ¡Es la guerra!

Los dos hermanos forcejearon durante minutos, completamente empapados. Las risas llenaron el ambiente, haciendo que Tomás, el jardinero, los observara sonriente mientras recogía las hojas que salpicaban el césped, lo mismo que Amparo, que los miraba a través de una de las ventanas de la mansión.

—Joder, Emma —se quejó Julio cuando los chorros del agua corrían por su rostro y todo su cuerpo—, vamos a pillar una pulmonía. Será mejor que nos cambiemos de ropa. Yo subiré a mi apartamento sobre el garaje, pero tú tendrás que buscar tu habitación. Procura que Amparo no te vea y te eche la bronca del año por mojar su preciado suelo de madera recién encerado.

Emma, riendo a pesar de la tiritera de su cuerpo empapado, entró veloz en la

mansión. Dejó sus deportivas en la entrada y caminó descalza y de puntillas sobre el frío suelo del vestíbulo. Cuando su mano derecha se posaba sobre la baranda de la escalera, paró automáticamente su movimiento. Miró hacia el pasillo que conducía al despacho principal y pensó que las oportunidades a veces sólo se presentan una vez en la vida, y que había que aprovecharlas. Con sigilo, siguió caminando descalza hasta llegar a la puerta del despacho de Jean. La suerte volvió a acompañarla cuando, tras sólo esperar unos minutos, la puerta del despacho se abrió.

Expectante, se apostó tras la esquina y, en cuanto los pasos sonaron justo detrás, dio un paso, giró y se topó de bruces con él.

—¡Señor Olsen! —exclamó, fingiendo sorpresa—. Lo siento, yo... buscaba mi cuarto.

—Pero ¿qué demonios te ha pasado? ¡Estás empapada!

—Un accidente lavando su coche —dijo con un delicioso mohín.

Jean tragó saliva. Y volvió a tragar de nuevo, como si una espesa bola se resistiera a desaparecer. Emma aparecía ante él como una provocativa sirena. Las gotas de agua se deslizaban por su cabello, creando suaves ondas que se pegaban a su cráneo, enmarcando un hermoso rostro que, del mismo modo, aparecía mojado, invitando a que se lo secara con pasadas de su lengua.

Desafortunadamente, miró también hacia abajo. Su fina camiseta rosa dejaba traslucir el encaje de su sujetador y el relieve de los tensos pezones que el frío había endurecido. Bajo los *shorts* vaqueros, los regueros de agua lamían sus piernas y aterrizaban en sus pies descalzos, que temblaban por el frío igual que el resto de su cuerpo.

Jean se mantuvo hipnotizado, perdido en la profundidad de aquellos grandes ojos oscuros, envuelto en la nube de vapor húmedo que ella parecía desprender mezclado con su perfume y que lo aturdiría hasta más allá de los límites de su cordura.

—Tu habitación está en el piso de arriba —gruñó él con voz áspera y seca—. No sé qué buscas por aquí abajo.

—Claro, qué tonta —contestó ella, manteniendo su mirada unos instantes más, provocando, seduciendo. Sólo le faltó abanicarlo con sus pestañas—. Perdón otra vez, señor Olsen.

Y entonces sí que giró sobre sí misma y se dirigió a la escalera, cuyos peldaños subió de dos en dos, repleta de una energía que hacía vibrar cada músculo entumecido.

Una vez en su cuarto, cerró la puerta y se dejó caer sobre ella, con una sonrisa tan

taimada que no dejó de enorgullecerse de sí misma.

«Poco a poco, Jean Olsen, poco a poco. Como la gota que desgasta la piedra.»

Le habían asignado una habitación muy bonita y espaciosa. A pesar de no ser tan femenina como la de la casa de sus padres, que todavía permanecía en blanco y rosa, era muy acogedora. La seriedad de los muebles era compensada por el color amarillo claro de las paredes, la colcha blanca y las vaporosas cortinas de encaje. Un bonito baño de mármol estaba incluido, donde Emma se secó con una toalla y volvió a vestirse con su ropa anterior al lavado de coches, la blusa de cuadros y el *short* de raso negro.

Ella era mucho más de vaqueros y camisas, pero su imagen había sido uno de los temas clave que tener en cuenta en aquella especie de misión, puesto que todo estaba calculado, desde su indumentaria hasta el perfume, mucho más intenso del que ella solía utilizar. Con ropa que parecía sacada de un desfile de modas, ofrecía una imagen más vulnerable, de pobre niña rica... que por otro lado se correspondía con la cruda realidad, por mucho que vistiera normalmente con prendas más sencillas que le otorgaran la sensación de ser alguien más normal, con una vida más corriente; pero debía cuidar hasta el mínimo detalle si quería lograr su objetivo.

Con cuidado, abrió la puerta de la habitación y miró hacia el pasillo. El silencio dominaba aquella parte de la casa, así que aprovechó para explorar y —para qué engañarse— para buscar la ubicación exacta del dormitorio de Jean. Fue abriendo puertas para ir mirando el interior de las estancias, hasta que, cuando ya creía que estaba dando vueltas en círculo por la semejanza de algunas de ellas, localizó el que seguro debía de ser su dormitorio, porque era enorme, muy masculino, y porque varias fotografías adornaban la parte superior de una cómoda.

Emma entró y las estudió con detenimiento. Algunas de ellas se veían algo desvaídas; por ejemplo una en la que una mujer joven, la que supuso su madre, tomaba a un niño en sus brazos y a otro de la mano, los tres tan sonrientes que parecían oírse las risas brotar del papel. En alguna de ellas estaba la familia al completo, cada uno de los hermanos junto al padre o la madre. El resto, ya más actuales, mostraban la boda de su hermano Víctor con su guapa y flamante novia.

Ninguna foto suya de adulto. Nada desde su infancia.

—¿Busca algo, señorita Emma? —oyó a su espalda la voz de Amparo, que le hablaba desde el vano de la entrada.

—Yo... —dijo, intentando disculparse sin encontrar las palabras—, la puerta estaba abierta...

—Pronto se servirá la cena —anunció el ama de llaves de manera adusta sujetando la puerta, invitándola a salir de la estancia.

—Sí, claro, gracias —titubeó Emma mientras caminaba junto a la balaustrada de madera detrás de la mujer—. Perdona, Amparo —añadió de forma inocente—, ¿fue por esta escalera por dónde cayó la madrastra de Jean?

—Yo no estaba presente —contestó ésta, algo rígida, sin dejar de bajar los peldaños y sin girarse—, ni Jean tampoco, así que no puedo darle detalles, pero sí, cayó por esta escalera y murió al golpearse la cabeza.

—Parece ser que discutía con el hermano de Jean y alguien más... —intentó indagar de modo sutil.

—No sé más, señorita. Y ahora, si me disculpa...

Emma suspiró. Como ya le había explicado su hermano, los actuales habitantes de Olsen House, a pesar de no compartir parentesco alguno, eran como una atípica familia, y parecían guardar sus secretos ante la curiosidad de cualquier extraño que osara investigar. Como ella.

La cena resultó menos entretenida que la comida, a solas con su hermano en su bonito apartamento, pero le sirvió a Emma para compartir buenos momentos con Julio, al que adoraba, a pesar de las distancias que él le obligaba a mantener. Tras minutos de bromas, confidencias y una pizza, ya con el helado de turrón de postre, Emma creyó que había llegado el momento de saber algo más del enemigo a batir.

—Durante años me hablaste de Víctor —comenzó—, pero apenas me has contado nada de tu jefe actual, Jean. Entiendo que comenzara su alcoholismo por la muerte prematura de su madre, pero ¿por qué siguió bebiendo durante tantos años?

—¿Le haces esa pregunta a otro exalcohólico? —expuso su hermano con una triste sonrisa.

—Se rumoreó que su padre murió de un infarto —prosiguió—, pero también llegaron a sospechar de su propio hijo...

—Víctor no tuvo nada que ver —sentenció tenso.

—Y poco después su madrastra cayó por la escalera. ¿Cómo ocurrió? Me contaste que Víctor y su entonces novia estaban presentes...

—Emma —la cortó Julio, negando con la cabeza—, éstos son temas de la familia que yo no puedo ni quiero divulgar. Eres mi hermana y confío en ti, pero le soy leal a Jean y a su hermano.

—Pero... tres muertes en poco tiempo, alguna en extrañas circunstancias...

—No voy a hablar de ello, ya te lo he dicho —sentenció Julio.

—Háblame entonces de él —insistió—. Qué clase de persona es, la relación con su hermano...

—Es un tío algo especial, Emma —suspiró—, que ha pasado por algunos episodios desagradables en su vida, tan legal como su hermano pero bastante menos sociable. En cuanto a la relación que mantiene con Víctor, es buena, a pesar de los años que su alcoholismo lo apartó de todos y del mundo en general.

—Entonces, ¿por qué se marchó Víctor, nada menos que a Lanzarote? —preguntó ella tratando de ignorar su codicioso interés.

—Lo agobiaban los recuerdos de esta casa —contestó él algo reticente—. Jean prefirió enfrentarse a ellos.

—¿Recuerdos de infancia? ¿Traumas que persisten? —volvió a cuestionar con naturalidad—. He visto que no hay retratos de él de adulto en toda la casa, ni siquiera de adolescente.

—¿A qué viene tanto interés, Emma? —preguntó Julio, exasperado. Sabía dónde estaba el límite para no continuar sin desvelar los oscuros secretos de la familia Olsen. Y el límite ya lo estaba rebasando su hermana. Hasta ahí podía contar—. No son recuerdos agradables, hermanita, así que deja de fisgar y acuéstate de una vez, que tengo cosas que hacer.

—Tus cosas que hacer siempre son mujeres —bromeó Emma, dejando las preguntas para otra ocasión. Mejor ir dosificando—. Y dime, ¿has quedado aquí? ¿Con quién? ¿Es guapa? —preguntó divertida, para que su hermano no sospechara su interés especial sobre aquella casa y la familia.

—Largo, mocosa —le dijo empujándola hacia la puerta. La acompañó hasta la entrada de la mansión y se despidió de ella con un beso en la mejilla—. Hasta mañana, hermanita. Aprovecha esta tregua lejos de tus papás.

CAPÍTULO 4

Ya era medianoche. Las doce campanadas del reloj del vestíbulo resonaron por toda la casa hasta llegar a la habitación de Emma, que todavía permanecía despierta en su nueva cama temporal. Resuelta, se deshizo del confortable edredón de plumas y salió de su refugio para acercarse hasta la puerta, comprobar que no había nadie al otro lado y dirigirse por el pasillo a la habitación de Jean.

Sin desprenderse de su pijama rojo con corazones blancos, Emma caminó a través del largo corredor que la llevaría al ala opuesta de la mansión, donde había localizado el dormitorio del dueño esa misma tarde. A pesar de los suaves calcetines que cubrían sus pies, no podía evitar los leves crujidos que emanaban del suelo de madera a cada paso que daba.

Por un instante, la recorrió una leve inquietud. No era una chica asustadiza, ni siquiera tenía pesadillas con las películas de terror, pero aquel silencio, tan sólo roto por los chasquidos de sus pisadas, resultaba perturbador. Las luces de los apliques de la pared emitían una luz demasiado tenue, provocando que su propia sombra la acompañara en todo momento, como un acompañante mudo que se deslizara por cada cuadro y cada objeto que adornaba el largo pasillo.

Ella misma se sacudió esa sensación. Seguro que era su propia sugestión, al recordar las últimas muertes producidas en la residencia, y una en extrañas circunstancias.

Por fin, reconoció la puerta que buscaba. Con sigilo, acercó la cabeza y prácticamente pegó su oreja a la fría madera, esperando averiguar si la persona al otro lado se encontraba sola o acompañada.

Según Julio, Jean no acostumbraba a tener compañía femenina en días festivos, puesto que sus amantes solían ser mujeres casadas y éstas podían hacer sus escapadas con mayor facilidad en días laborables, cuando sus maridos estaban en viaje de negocios y sus hijos, en los colegios.

Sin embargo, decepcionada —no pudo evitarlo—, oyó unos ruidos sordos tras la puerta, bastante claros, con una cadencia rítmica que evidenciaba su origen.

«Toc, toc, toc»; como golpear contra madera. Como un cabezal de una cama contra la pared...

Furiosa, como no llegó a creer que estaría, asió el pomo de la puerta y lo giró, aunque con el suficiente temple como para hacerlo despacio.

En el interior de la habitación dominaba la oscuridad casi absoluta, con lo que apenas se distinguiría un solo mueble si no fuese por el suave resplandor proveniente de la pared del fondo, donde aquella inesperada claridad iluminaba de forma tenue una pequeña zona del dormitorio. En un principio, a Emma le pareció que podía provenir de alguna vela que hubiesen dispuesto los amantes como decoración, pero pronto frunció el ceño cuando divisó la silueta de Jean, completamente solo, en un sillón, parcialmente visible gracias a una pequeña lámpara portátil situada en un enchufe.

El ruido lo provocaba él mismo, con el balanceo de su cuerpo, hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, haciendo que la madera del mueble chocara contra la pared que tenía detrás. A pesar de la escasa luz, Emma pudo distinguir el vacío en su mirada, mientras la mantenía fija en una pequeña mesita que había dispuesto frente a él, donde una botella de licor y un vaso lleno parecían ser los culpables de su infierno personal.

—¿Señor Olsen? —susurró Emma. Él no hizo ademán de haberla oído simplemente seguía tal y como lo había encontrado, con su cadencioso balanceo, los rítmicos golpes y su mirada opaca y perdida—. Jean, ¿no me oyes?

Con sumo cuidado, sin perder el contacto visual con su rostro, Emma cogió el vaso y la botella, muy despacio. Caminó hacia atrás y entró en el baño, donde le dio al interruptor de la luz con el hombro y, sin contemplaciones, vertió todo el contenido del vaso y la botella por el desagüe del lavabo. Después, tiró ambos a una papelera y volvió con rapidez junto a Jean, que seguía exactamente igual a como lo había dejado. Se agachó frente a él e intentó que la mirara, sin conseguirlo.

—Jean, ¿has vuelto a beber? —Al no obtener respuesta, siguió insistiendo—. El vaso no parecía haber sido usado. ¿Has sentido el impulso de hacerlo o te estabas probando a ti mismo? —preguntó con preocupación—. Jean, por favor, háblame, o mírame.

Durante unos segundos, Jean desvió la cabeza y dirigió la mirada hacia Emma, pero no dio muestras ni de reparar en su existencia, como si mirara a través de ella.

—¿Por qué te haces esto, Jean? —le susurró. Todavía poniendo el máximo cuidado, posó la mano en su áspera mandíbula.

Y entonces sí que pareció que la viera. Por unos breves instantes, conectaron sus miradas, como si el contacto de sus pieles hubiese sido el detonante. Emma sintió una

clara corriente eléctrica recorrer todo su cuerpo, entrando por la palma de su mano a través de la aspereza de su barba y atravesando cada nervio hasta llegar a cada centímetro de su piel. Fue una corriente de entendimiento, pero demasiado breve como para poder descifrarla. Un tanto asustada por aquella sensación, Emma retiró la mano y él volvió a mirar al vacío.

—Creo que será mejor que te metas en la cama.

De nuevo muy despacio, con el temor de que él reaccionara en cualquier momento y la echara con viento fresco, Emma lo agarró de los brazos y lo hizo ponerse en pie; él no opuso ningún tipo de resistencia. Abrió la cama, lo sentó en el filo y a continuación lo instó a tumbarse sobre las blancas sábanas tomándolo por sus pies descalzos. Únicamente vestía un pantalón gris de algodón y una camiseta blanca que marcaba sus anchos hombros y que, al estirarse sobre la cama, se remangó, mostrando su abdomen plano con una línea oscura de vello que se perdía bajo el pantalón.

A punto estuvo Emma de posar allí su mano, tentada de comprobar la calidez y suavidad que parecían emanar de aquella porción de piel. Tras permanecer unos instantes embobada, despertó del ensueño sensual que acababa de vivir y tapó a Jean con el edredón. Pero él seguía igual, despierto sin estarlo, rígido, como en trance, como un sonámbulo que no acaba de despertar.

Emma sabía por lo que su hermano había pasado. Se había informado sobre el tema y conocía el infierno diario al que debían someterse, los años que seguirían luchando contra sus demonios, la continua tentación que suponía todo lo que los rodeaba relacionado con el alcohol, como la publicidad, los comercios o las reuniones sociales, donde el alcohol forma parte de lo cotidiano y es socialmente aceptado.

Y entonces la invadió una oleada de ternura por aquel hombre que parecía un frágil muñeco bajo las sábanas. Cuando ya caminaba rumbo a la puerta, se giró hacia la cama y hasta le pareció percibir que temblaba. Decidida, deshizo de nuevo sus pasos y se introdujo bajo el cálido edredón, acercándose a Jean todo lo posible sin asustarlo. Colocó su mano sobre el pecho masculino y apoyó su frente en su hombro. Sólo unos minutos después, él cerró los ojos y comenzó a respirar de forma cadenciosa. Y poco después, Emma lo acompañaba en aquel tranquilo sueño.

Las pesadillas volvieron a los sueños de Jean, esta vez con más virulencia, mucho más vívidas. Aun sabiéndose dormido, sabía que estaba en su cama, como cada noche cuando todo comenzaba: el peso tras su espalda, el calor, una presencia...

Tratando de aplacar su corazón, se deslizó hasta el filo de la cama y echó una

mano hacia atrás para cerciorarse de que no había nadie, como siempre hacía. Pero esta vez sí había alguien.

Retiró la mano de golpe y, muy lentamente, fue dándose la vuelta hasta ahogar un grito mudo que se negó a salir de su garganta. Ahí estaba, como cada noche que lo visitaba y decidía quedarse para atormentarlo. Y esta vez parecía tan real...

De pronto ella se incorporó y lo miró, con aquellos ojos claros llenos de lujuria que lo atravesaban, como si desearan convertirlo en piedra, como los ojos de Medusa. Incluso docenas de serpientes rodeaban su cabeza y lo amenazaban con sus bífidas y repelentes lenguas...

—¡Vete de aquí! —gritó Jean mientras daba manotazos al aire—. ¡Deja de perseguirme, por favor! ¡Y aparta esas serpientes de mi cara, te lo suplico! —Después su voz bajó hasta el susurro—. No me atormentes más, por favor, por favor, por favor...

Pero Medusa lo seguía torturando. Reía, con su risa cruel, mientras las serpientes lo envolvían, lo acorralaban, y a él comenzaba a faltarle el aire.

—¡Jean! —gritó Emma, mientras trataba de sacarlo de su trance zarandeándolo por los brazos—. Por el amor de Dios, ¿qué te ocurre? ¡Soy yo, Emma!

Jean dejó de gritar. Sudaba copiosamente y su respiración acelerada iba al paso de su corazón. Por fin, sus ojos se desprendieron del velo de lo irreal. Frente a él, Emma, en su habitación, a su lado, en su cama.

—Pero ¿qué coño...? —masculló al tiempo que salía de la cama dando un salto hacia atrás—. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—Pues... —titubeó ella—, anoche me pareció que te ocurría algo, y...

—¡Viste acaso un letrero de «entrada libre» en mi puerta? —la interrumpió. Caminaba arriba y abajo y no dejaba de mesarse el cabello, húmedo de sudor. Incluso su camiseta se pegó a su cuerpo, marcando cada ángulo y cada parte de él.

—No, yo...

—¿No aceptaste mi negativa y pensaste que meterte en mi cama a traición te daría resultado? —volvió a vociferar.

—¡No! —respondió Emma—. Tal vez sí quise entrar en tu habitación, pero sólo para hablar contigo. ¡Me metí en la cama porque parecías... como ido! ¡Me preocupaste!

—No vuelvas a hacerlo —exigió él de forma ominosa. Lanzó su dedo índice contra ella y sus ojos grises desprendieron rayos de odio—. No vuelvas a entrar en mi habitación; no vuelvas a meterte en mi cama. ¡Y no vuelvas a ponerte en mi camino!

—Ibas a beber, Jean...

—¿Y a ti qué cojones te importa? —chilló él, tironeándose de nuevo de sus cabellos revueltos.

—Y te has despertado gritando —insistió ella—. Decías algo sobre Medusa y las serpientes de su cabeza. ¿Tienes pesadillas desde que dejaste de beber?

—Largo de aquí. —Con furia, Jean la agarró del brazo, la arrastró hasta la puerta y, de un empujón, la echó al pasillo—. Y considera una suerte que sólo te eche de mi habitación y no de mi casa a las cinco de la mañana. —Dicho esto, dio un fuerte portazo.

* * *

Al cabo de un par de horas, Emma se levantó de la cama, incapaz de soportar dar más vueltas en ella sin poder dormir. Apartó un poco las cortinas y miró hacia el exterior, para observar la pequeña parte del jardín que se divisaba desde su ventana. La noche había sido húmeda pero el sol brillaba ya con fuerza, extrayendo brillos de las gotas de agua que todavía se adherían a las hojas de los árboles y las flores, que parecían cubiertas de miles de diminutos diamantes. Pero ni la belleza de sus vistas aplacó la ira que la embargaba. En realidad, ira y algo así como «¿Qué coño pasó anoche?».

El surrealismo de la situación la frustraba aún más. Sí, era cierto que ella se había acercado al dormitorio de Jean con oscuras intenciones, pero no pensó en ello ni un solo instante desde que atravesó su puerta y lo vio allí, en su sillón frente a la bebida, solo y perdido. Como tampoco pensó en nada ni lo más remotamente parecido a tener sexo con él cuando se metió en su cama.

¡Joder, sólo le inspiró ternura y ganas de protegerlo!

¿Con quién la habría confundido? ¿Representaba Medusa alguno de sus miedos?

Tal vez, pero temía que no a las serpientes, precisamente.

¿Y a quién le importaba? Ella debía conseguir practicar sexo con él. Punto. Fin de la historia y de su estancia en Olsen House. Para siempre.

Tras darse una ducha y ponerse ropa cómoda de domingo —consistente en unos vaqueros estrechos, unas botas altas y una camiseta blanca que mostraba uno de sus hombros—, Emma bajó a la primera planta en busca de la cocina y de una buena dosis de cafeína que la despejara. Al llegar a la puerta, se dejó caer en el marco antes de entrar y de que advirtieran su presencia. Julio, por supuesto, bromeaba con Amparo,

sentado en el filo de la mesa con una taza en la mano. Jean, mientras tanto, los miraba sonriente, relajado, como si no hubiese tenido pesadillas terribles, ni se hubiese encontrado a una intrusa en su cama en mitad de la noche.

Emma lo miró de arriba abajo, sorprendida de que se hubiese deshecho, por fin, de la seriedad de uno de sus trajes. Llevaba unos vaqueros y una camiseta oscura de manga larga, incluso su cabello aparecía alborotado, y su mandíbula, sin afeitar. Soltó de pronto una risotada y Emma la sintió penetrar certera en el centro de su pecho, regresando de nuevo a aquella noche en que lo conoció y le pareció el hombre más sexy de la tierra. En realidad, se lo seguía pareciendo, aunque el rencor acumulado en ese tiempo la hiciese verlo desde otra perspectiva, como el tipo que se llevaba a la cama a una mujer diferente cada noche —casada, como había mencionado—, y al que le importaban una mierda los sentimientos de las jovencitas que se enamoraban de él.

—¡Emma! —exclamó su hermano, sobresaltándola—. ¡Ya estás levantada! — Amparo le relleno la taza de café e hizo lo mismo con la de Jean. Emma contó hasta cuatro ocasiones en que lo había hecho mientras ella estaba allí.

Pero ¿cuánto café ingerían esos dos?

—Buenos días a ti también, Julio —saludó la joven—. Buenos días, Amparo. Señor Olsen...

—¿Quiere desayunar, señorita? —preguntó el ama de llaves.

—Oh, gracias, yo misma puedo prepararme algo si me indica dónde están las cosas.

—¿Qué ven mis ojos? —ironizó Julio—. ¿Mi hermana trasteando entre cacharros de cocina? Seguro que papi procura que no tengas que mover un dedo por temor a estropear la manicura. Para lucir perfecta en las fotos de la campaña, claro.

—Tranquila, Amparo —dijo Emma después de sacarle la lengua a su hermano—, yo puedo hacerlo. ¿No es hoy su día libre?

—¿Día libre? —La mujer rio—. Yo no tengo de eso. Estos dos procuran que así sea.

—Pero a cambio te tratamos como a la dueña de la casa, ¿verdad, Amparito? —intervino Julio, zalamero, con uno de sus achuchones—. Porque eres la mejor.

—Oh, cielo santo. —Se deshizo de él—. Anda, hazme el favor de hacer lo que sea que tengas que hacer.

—Sí —suspiró el chófer—, tienes razón. Tengo que ir a buscar a un importante cliente de la compañía al aeropuerto y llevarlo a su hotel. Otra vez a hacer el gilipollas con el letrerito —bufó—. Por cierto, Emma, no puedo llevarte conmigo,

pero prometo dedicarte toda la tarde. Puedo invitarte a un helado.

—No puedo salir de aquí y arriesgarme a que alguien me vea, Julio —le explicó Emma—. No te preocupes, leeré un rato en el jardín, pero te cojo la palabra en cuanto a la tarde. Podríamos ver películas románticas en tu *loft*.

—Sólo si prometes no llorar.

—Sólo si prometes traerme un montón de chuches.

Los hermanos se despidieron con un abrazo afectuoso ante la risueña mirada del ama de llaves. Jean, por su parte, no había dicho una palabra durante toda la conversación. Se limitó a seguir bebiendo café a litros hasta que desapareció por la puerta con un inaudible saludo. Emma lo miró de reojo y continuó tomando su café con leche.

—Es un hombre demasiado complicado —comentó Amparo mientras recogía las tazas, como si hablase del tiempo—. Ha tenido un pasado muy duro y usted no se merece que le hagan daño. Es demasiado joven aún y puede encontrar a alguien que le corresponda.

—¿Quiere decirme algo, Amparo? —preguntó Emma, extrañada.

—He visto cómo lo mira —continuó la mujer.

—Es muy guapo —dijo Emma con naturalidad, como razón suficiente para no dejar de mirarlo.

—Sí, lo es. —Amparo dulcificó su semblante y habló como una madre amorosa—. Los dos hermanos siempre han sido muy guapos. Víctor es más llamativo, con esos ojos azules, tan risueño y vivaz a pesar de... —Ensombreció su mirada un solo segundo—. Pero a mí me parece que Jean posee una belleza diferente, menos evidente, pero, cuando lo has mirado dos veces, te quedas prendada de él. Es un buen muchacho, pese a ese vicio que tuvo durante tantos años, siempre con un vaso en la mano y lleno de cinismo. Ahora es distinto —sonrió de nuevo—, hasta demasiado serio, diría yo.

Emma estuvo a punto de replicar. ¿Cuándo lo miras dos veces? A ella le había bastado con mirarlo un mero instante para quedarse colgada de él.

—No tengo intención de mantener ningún tipo de relación —aclaró Emma—, al menos seria, así que no se preocupe por mí.

—Pues entonces —dijo Amparo antes de salir de la cocina—, procure que no tenga que preocuparme por él.

Momentos después, Emma bajaba de su habitación con un libro y una ligera manta, para leer en el jardín como le había comentado a su hermano. Sin embargo, volvió a

parar frente a la puerta del despacho de Jean, porque ella tenía un cometido desde que llegara a esa casa y el tiempo comenzaba a apremiar. O puede que estuviese realmente preocupada por él desde que lo viera tan vulnerable frente a aquel vaso de licor.

Antes de tocar a la puerta, con un suspiro, reconoció que sus motivos se habían dividido en dos grupos: el primero, el original, que consistía en acostarse con él para poder librarse de un futuro indeseado. Y el segundo, la sincera preocupación que sentía por que Jean estuviese pasando algún mal momento y volviera a caer en la bebida, o por aquellas pesadillas que parecían atormentarlo.

Tras recibir el permiso, la chica entró en la estancia, intentando ignorar el revoloteo que se adueñó de su estómago cuando lo vio sentado tras su mesa, inclinado ante sus papeles. Ya no era la emoción de volverlo a ver tras dos años, ni el ansia de cumplir con su objetivo o pensar en que había llegado su anhelada venganza. Era otra cosa, una sensación más dulce, más caliente. Decidió ignorarla del todo.

—¿Qué quieres, Emma? —la saludó cortante sin apenas mirarla—. Tengo mucho trabajo.

—Pero hoy es domingo —le recordó ella, sonriente—, y hasta mi padre descansa en domingo.

—Gracias por tu interés —replicó Jean más seco aún—. Si eso es todo...

—Venía a preguntarte cómo te encuentras. Anoche...

—Estoy perfectamente —la cortó.

—Pero parecía una especie de dura prueba —insistió ella—; mantenerte ahí, con la tentación al alcance de la mano. Necesitas a alguien que te guíe, no puedes arriesgarte a recaer.

—¿Te estás ofreciendo voluntaria para cuidarme por las noches? —inquirió mordaz—. No necesito a nadie, y menos a una... cría mimada cuya única preocupación diaria es elegir modelito.

—¡Pero bueno! —exclamó indignada—. ¡Serás... capullo!

—¿Cómo dices? —preguntó Jean, desconcertado ante aquella explosión vulgar de alguien aparentemente educado.

—¡Pues eso! ¡Un capullo! —reiteró—. ¡Me preocupo por ti y me lo pagas insultándome!

—Yo no te he insultado...

—¡Me has llamado cría, otra vez, y estoy hasta las narices de que lo hagas!

—Emma, por favor, no necesito tu ayuda, de verdad. Me las he apañado muy bien

sin ti, gracias. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo. —Volvió a sus papeles y a fijar la vista en el ordenador.

—Pues que te aproveche —masculló mientras salía del despacho—, capullo.

Jean levantó la vista en cuanto oyó el golpe de la puerta. Y, desconcertado, se sorprendió a sí mismo sonriendo.

Emma, por su parte, caminó decidida hasta la parte del jardín que previamente había elegido tras el cálculo que había llevado a cabo, descubriendo de esa manera cuál era la zona a la que daba la ventana del despacho de Jean.

¿No quería aceptar disculpas ni preocupaciones de su parte? Pues nada, lo haría como había pensado desde el principio, a saco.

Sin mirar hacia la ventana, como si hubiese decidido en ese instante que ésa era la parte idónea para ponerse a leer, estiró la manta en el suelo, se sentó sobre ella y abrió el libro sobre sus rodillas. Leyó durante diez minutos —o hizo ver que leía— y apartó su lectura a un lado para dejar que los rayos del sol primaveral bañaran directamente su rostro. Resultaba muy agradable sentir ese calor, así que se acomodó lo máximo posible: se quitó las botas y los calcetines para dejar que los pies también recibieran ese tibio masaje, estiró las piernas y se apoyó en los codos, elevando al mismo tiempo la cabeza hacia el cielo azul.

«¿No te gusto ni un poquito, Jean?»

Al otro lado de la ventana, éste se encontraba de pie hablando por teléfono cuando distinguió un movimiento en el exterior. Se acercó al ventanal, apartó ligeramente la cortina... y casi se le cae el móvil al suelo. Ahí, en medio del césped, bajo el sol de la mañana, estaba la chica que se había presentado en su casa para trastocar su ordenada vida. Le pareció una imagen casi irreal, verla echada hacia atrás, con los ojos cerrados, dejando que los cálidos rayos la envolvieran. Su largo cabello dorado caía por su espalda y rozaba la hierba del suelo, hasta podía distinguir las uñas de sus pies pintadas de rosa.

—¿Señor Olsen? ¿Me está escuchando? —oyó al otro lado de la línea.

—Eh... sí, claro, señor Muntaner. —Tenía de interlocutor al presidente de la constructora más importante del país, hombre poderoso donde los hubiera, que intentaba llegar a un acuerdo con la compañía Olsen para firmar un contrato millonario. Pero Jean no había prestado atención a una sola de sus últimas palabras, porque se había quedado embobado con la belleza natural de una jovencita tomando el sol—. Perdona, ¿qué decía?

—Pues...

Jean volvió a perder el hilo, una y otra vez, durante la conversación. Emma no dejó de cambiar de postura, boca arriba o boca abajo, sobre aquella manta tendida en el suelo. Se sujetó el pelo con las manos, se lo echó hacia atrás y volvió a sentarse cruzando las piernas. A cada movimiento resultaba más sensual, inocente por su espontaneidad, incluso erótica. Volvió a recordarla cuando se la encontró totalmente empapada, con el cabello y las ropas pegados a su piel, y su miembro se endureció de nuevo como aquella vez.

Miró de nuevo por la ventana. Ella leía, concentrada, mientras sujetaba un mechón de su pelo detrás de la oreja. Y suplicó mentalmente que, en deferencia a su cordura, se marchara de allí lo antes posible.

CAPÍTULO 5

Esa noche no esperó a que dieran las doce. Emma volvió a salir de su habitación y emprendió su camino hasta la de Jean. Dio un suspiro de alivio al comprobar que el pomo giraba, que no había cerrado la puerta por dentro. Entró con sigilo, avanzó entre la misma penumbra y lo localizó en el mismo lugar, sólo que no parecía tan abstraído como la noche anterior. Sentado en el mismo sillón, delante de la misma mesita que contenía la bandeja con la bebida, esta vez se disponía a llevarse a los labios un vaso con licor.

—¡No, Jean! —gritó Emma al lanzarse veloz sobre él. De un manotazo, le arrancó el vaso, que salió disparado hacia el suelo y rebotó contra la alfombra, salpicándola con el líquido ambarino—. ¡No lo hagas!

—Pero ¿se puede saber qué coño haces? —vociferó él mientras se ponía en pie de un salto—. ¿Y qué haces aquí otra vez?

—Quería comprobar si lo de anoche fue aislado o te dedicas a castigarte cada velada —soltó ella con decisión—, y acabo de comprobar lo segundo. ¿No te parece demasiado castigo?

—Pero... ¡esto es el colmo! —bramó Jean levantando los brazos—. ¿Ahora tengo que darte detalles sobre mi terapia? ¿O pretendes hacerme creer que te importa una mierda si vuelvo o no a beber?

—¡Claro que me importa! —contestó ella. Vistiendo de nuevo el pantalón de algodón y la camiseta ajustada, la aturdió un poco con su cercanía. Aquel pecho duro a la altura de su rostro, su mandíbula sombreada de barba, su olor particular...—. ¡Conozco tu historia! ¡¿Cómo no me va a importar?!

—¡Porque a ti lo que te interesa es acosarme y martirizarme, que es lo único que has hecho hasta ahora! ¡Pretendes meterte en mi cama a toda costa, aunque no tengo muy claro por qué!

—Sí, tienes razón —aceptó ella más calmada—, pretendía meterme en tu cama, pero desde que te vi anoche estoy preocupada, no he dejado de pensar en que tal vez estás a punto de caer de nuevo, y sería una catástrofe para ti, después de tanto tiempo sin beber, del esfuerzo tan enorme que sé que te costó. No puedes rendirte y exponerte otra vez a convertirte en el de antes. Piensa también en tu hermano, que se preocupa;

en Julio, en el resto de tus empleados o en la enorme cantidad de personas que se ganan la vida trabajando para ti.

—Qué coño sabrás tú —soltó de forma despectiva— del tiempo que llevo sin beber, de mi esfuerzo o de quién era antes. No tienes ni puta idea de nada, señorita feliz en tu mundo feliz. ¿Qué sabrás tú del mundo, de los borrachos y de las barbaridades que yo haya podido cometer estando bebido? No sabes nada de nada.

—¿Que no sé nada? —gritó ella, apretando sus puños—. ¿Qué te crees, que mi hermano pudo apartarme de su lado cada vez que me lo exigió? Pues no, señor Olsner sabelotodo. Vi a Julio ebrio muchas veces, convertido en un ser tan penoso que parecía la mera caricatura de una persona. Lo vi tirado en el suelo, rodeado de su propio vómito, insultándome y maldiciéndome mientras yo lo arrastraba bajo una ducha y lo obligaba a mantenerse bajo el agua helada. Lo vi llorar una y otra vez, avergonzado de que su hermana adolescente hubiese tenido que lavarlo y cambiarlo y presenciar tal espectáculo. —Tomó aire durante unos segundos, pero no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas—. Para colmo, tuve que aguantar dejar de verlo durante muchos meses, mientras se rehabilitaba, porque me prometió que jamás volvería a verlo borracho. Y ahora —añadió limpiándose la cara con la manga del pijama—, no hay día en que no tenga miedo de que vuelva a caer, miedo a que cualquiera le ofrezca una copa y la acepte, miedo de volver a perder a mi hermano. Así que no se te ocurra volver a decirme que no tengo ni puta idea de nada, porque volverás a equivocarte y a cagarla conmigo.

—Basta, Emma —dijo Jean, totalmente sobrecogido por sus palabras, por sus lágrimas y por su propia estupidez—. No llores más. Lo siento, lo siento mucho —trató de calmarla acercándose a ella.

—¡No me toques! —chilló ella—. Ni siquiera has aceptado mi consuelo, ni una sola vez.

—¡Viniste a mi casa y me soltaste que querías ser mi amante! —gritó él también—. ¿Qué querías que pensara?

—Sí, y aún pretendo serlo —le espetó ella levantando la barbilla—, pero no a base de fingir que me preocupo por ti. Preferiría pensar que te gusto, que me deseas como yo te deseo a ti. Pero ya veo que no es así, que prefieres a tus mujeres casadas y experimentadas.

—Joder, Emma, no es eso —replicó él frotando su rostro—. Eres la hermana de Julio, acabas de salir de la universidad...

—Tranquilo, no necesito tus excusas —sentenció apartándose de él. Jean la

interceptó apresándola del brazo.

—Emma, espera...

—¿Qué?! —gritó ella al encararlo.

Jean notó perfectamente cada una de las gotas de sudor que brotaron por cada poro de su piel. En este caso, sí llevaba razón al creer que Emma no tenía ni idea. Por supuesto que la deseaba. Su miembro clamaba por ella cada vez que la veía, incluso con sólo pensar en ella, y eso representaba un alivio para sus temores. Pero, hacer el amor con Emma... No sabía qué podría resultar de eso, de un acto entre una virgen y alguien como él.

A pesar de todo, su cuerpo comenzaba a demandarle algo, mejor dicho, a exigirselo, y él lo tenía ahí mismo, a mano, suplicándole sexo a cambio de nada...

Movido por una fuerza que llevaba tiempo aletargada, tiró de ella por el brazo que sujetaba y la lanzó sobre su cama. A continuación, se abalanzó sobre ella y buscó su boca para unirla a la suya. La besó con pasión, con fuerza, con ardor, devorando sus labios con demasiado ímpetu, haciendo chocar sus dientes, enredando sus manos en sus rubios mechones para tirar de ellos, para acercarla lo máximo posible a él. Supo que le hacía daño, con sus dientes, con su peso, con sus gestos bruscos, pero su desesperación era demasiado apremiante. Ella no tenía ni idea...

Cuando se vio lanzada contra la cama y con el peso de Jean sobre ella, Emma se sorprendió y casi se asustó, sobre todo al sentir la fuerza descomunal con que la besaba. Le hacía daño al tirarle del pelo y le laceraba los labios con sus dientes, al tiempo que la aspereza de su barba arañaba la piel de sus mejillas. Pero, en un solo instante, ese temor se transformó en comprensión, cuando lo oyó gemir dentro de su boca, con un sonido desgarrador; cuando sus manos comenzaron a recorrer su cuerpo, su pelo, sus pechos, sus caderas, con movimientos que a ella se le antojaron algo torpes y bruscos, aunque desestimó ese pensamiento por absurdo. Con cuidado, Emma decidió apaciguar su ansia, deslizando sus manos sobre su espalda, frotando arriba y abajo, suavemente, intentando calmarlo. Después colocó las manos en sus mejillas y trató de adaptarse al ritmo de sus besos. Jean pareció entender el mensaje y ralentizó sus movimientos. De repente, su beso se volvió mucho más íntimo y apasionado. Esta vez fue Emma la que gimió, cuando notó la lengua de él enroscarse en la suya, deslizarse por todo el interior de su boca. Ella lo imitó e hizo lo mismo, lamer sus labios, sus dientes, su lengua cálida. Las manos de Jean también suavizaron sus movimientos y comenzaron a deslizarse mucho más despacio, provocando mucho más ardor en Emma cuando pellizcaron sus pezones o abarcaron sus glúteos, haciendo que

ella notara la presión de su duro miembro en su sexo y abriera las piernas para sentirlo más adentro. Comenzó a frotarse contra él, a gemir, y fue cuando Jean despertó y se separó de ella, que seguía con la mirada perdida, aferrada a sus hombros. Incluso sonreía, curvando los labios hinchados que él había magullado.

—¿Por qué paras? —preguntó ella con voz lánguida.

Se encontraba en una nube de sensualidad. Tenía una ligera idea de lo que se iba a encontrar, pero sentir de verdad a un hombre sobre ella... Nada la había preparado para el pálpito que había brotado de entre sus piernas, la dureza de sus pezones bajo su pecho duro, el anhelo de unos besos que no debían acabar nunca...

—Vete de aquí, Emma —pidió Jean después de levantarse de la cama en un par de saltos. Su rostro parecía desencajado y sus ojos estaban enrojecidos, como si acabase de revivir una de sus pesadillas.

—¿Por qué, Jean? —demandó ella incorporándose. Su pijama infantil estaba arrugado; su cabello, enmarañado, y su boca, roja e hinchada, tan tentadora que Jean ya no pudo soportarlo más.

—¡Porque me da la gana, joder! —gritó—. A partir de mañana —le dijo secamente—, tu padre te echará de menos y te buscará. ¡Así que vuelve a tu casa y deja de intentar meterte en mi cama!

—¿Perdona?! —exclamó ella poniéndose en pie—. Has sido tú el que me ha metido esta vez en ella. ¡Y no me ha parecido que haya sido una molestia para ti!

—Vete, por favor —le pidió Jean dándole la espalda. Parecía tan hundido que, por un momento, Emma pensó que algo no iba bien, que algún remordimiento o recuerdo lo atormentaba.

—¿Me prometes que no beberás? —susurró ella.

Él se giró y Emma casi suelta un gemido al ver su rostro descompuesto.

—Te lo prometo —susurró él.

Cuando ella salió de la habitación, Jean se dirigió al baño con celeridad, dando trompicones contra los muebles y la puerta. Se situó bajo el agua helada de la ducha y se mantuvo allí no supo cuánto tiempo, porque cada vez necesitaba mucho más de esa terapia para que su cuerpo soportara lo que ya le parecía insoportable.

Emma, mientras tanto, corrió hacia su habitación. Los golpes amortiguados de sus pies contra el suelo resonaron hasta que cerró la puerta tras ella y se lanzó contra su cama. Abrazada a la almohada, lloró de rabia, de pena y de frustración.

De rabia, porque nada parecía salir como ella había planeado; de pena, porque la entristecía que Jean estuviese pasando por aquella tortura, y de frustración, porque su

cuerpo se había quedado caliente, anhelante, deseando mucho más.

A la mañana siguiente, a Emma la despertó la luz de primera hora de la mañana que entraba por la ventana. Con un gemido, se giró hacia el otro lado y se mantuvo aún unos minutos bajo el edredón, hasta que, recordando de nuevo dónde se hallaba, decidió levantarse a regañadientes para darse una ducha y cambiarse. Antes de hacerlo, comprobó su móvil. Sólo mensajes de Chantal, a los que contestó, puesto que habían quedado en verse esa misma tarde, en espera de su padre y de los acontecimientos.

Pero nada más. De momento ninguna muestra de que sus progenitores la hubiesen echado de menos. Ella sabía que era cuestión de horas que su padre averiguara que no estaba en casa de su amiga, y sólo algunas más en descubrir su paradero. Apenas le quedaba ya tiempo para llevar a cabo sus planes e iba a verse en la necesidad de apelar a la buena mano que tenía con su padre para intentar convencerlo, ya que con su madre se le daba bastante peor.

Bajando la escalera, observó a través de una ventana del vestíbulo a su hermano ya junto al coche, con su uniforme y su gorra. Veloz, terminó de bajar los últimos peldaños y se lanzó a abrir la puerta de entrada antes de que Julio se marchara.

—¡Julio! —lo llamó—. ¡Espera! —Le dio un abrazo y un beso, dando un impulso sobre la gravilla del suelo que bordeaba la entrada principal.

—Pensé que dormías —le dijo él, mientras le colocaba un mechón de cabello en su lugar en un amoroso gesto—. Sólo son las siete.

—Hoy va a ser un día de nervios —comentó ella. Con disimulo, miró hacia el interior del vehículo, donde Jean ya esperaba sentado en el asiento de atrás—. A partir de ahora comienza la cuenta atrás —suspiró—, y en cualquier momento papá se pondrá en contacto conmigo. Espero que, si lo hace contigo, no le digas nada.

—Ni bajo tortura —afirmó él con exagerada expresión, levantando una mano—. Que le jodan al futuro señor presidente. —Rio—. ¿Qué vas a hacer esta mañana? ¿Por qué no llamas a tu amiga la megapija?

—Tal vez lo haga, aunque estoy acostumbrada a estar sola y aburrirme —explicó ella, volviendo a fijar la vista en el vehículo. Jean se miraba el reloj, impaciente—. No quiero entreteneros más. Hasta luego, Julio. —Y de nuevo lo obsequió con un beso en la mejilla.

* * *

A media mañana, mientras leía en el jardín, Emma recibió la temida llamada. Más pronto de lo que ella creía. Un punto para su padre.

—¿Emma? —bramó al otro lado de la línea—. ¿Vas a decirme dónde demonios estás?

—Tranquilízate, papá —contestó ella—. Estoy bien.

—¡Que estás bien! —gritó—. ¡Por el amor de Dios! ¡Nos hemos llevado un susto de muerte al recibir la llamada de tu escolta! Que, por cierto, ¡hemos despedido de inmediato! ¡Dime ahora mismo dónde estás!

—Lo siento mucho, papá —dijo ella muy tranquila—, pero no voy a hacerlo, al menos de momento. No, mientras mamá y tú sigáis con vuestros planes de futuro para mí.

—¡Tu madre y yo sólo queremos lo mejor para ti, Emma! ¿Por qué nos haces esto? ¿No tienes todo lo que necesitas? ¿Por qué este ataque de rebeldía a estas alturas?

—¡Querrás decir lo mejor para tu carrera! Y no es un ataque —siguió ella—. Si no me dejáis decidir, no volveré a casa. Si os retractáis de vuestra última absurda propuesta, me lo pensaré.

—Sabes que te encontraré, Emma —la amenazó su padre—. No nos lo pongas más difícil. Tienes a tu madre preocupadísima.

«Sí, seguro, preocupadísima por mí. Más bien por lo que pueda decir la gente, o la prensa. Por el nombre de la familia.»

—Sólo os digo que razonéis —concluyó—, porque yo no formo parte de tu campaña política. Quiero mi vida al margen de la vuestra. Es lo único que pido. Adiós, papá.

—¡Emma, no cuelgues! ¡Emma!

Pero ella colgó. El móvil no había dejado de vibrarle mientras hablaba. Su amiga Chantal la estaba llamando al mismo tiempo.

—¡Lo saben, Emma! —le advirtió su amiga—. Esta mañana, en casa, se ha armado una buena. He tenido que escabullirme antes de que tu escolta avisara a tu padre.

—Lo sé —suspiró—. Ahora sólo espero que me den unos días más de tregua. ¿Por qué no te vienes y me haces compañía?

—Estaba pensando en ello —comentó Chantal—, antes de que tu padre me encuentre y me someta al tercer grado. Salgo ahora mismo de hacer unas compras, pido un taxi y voy para allá. Hasta lu... ¡¡eh!! —la oyó gritar Emma. Luego ruidos y más gritos. Y luego nada.

—¡Chantal! ¿Qué ocurre? ¡Chantal!

* * *

Después de realizar algunos encargos, Julio regresaba de nuevo a las oficinas Olsen en espera de algún pedido más de su jefe o, en su defecto, de poder dar una vuelta por los alrededores del edificio y conversar con alguna guapa chica que se sintiera atraída por su sonrisa, su uniforme y su elegante coche, en el que la llevaría a pasear por la ciudad, como solía suceder en cuanto las conocía. Sólo tenía que mantenerse atento al teléfono para cualquier llamada de Jean, pero disponía de horas para sus «actividades sociales».

Aunque, en ese momento, un gran atasco lo obligara a permanecer parado en una gran avenida. Aburrido en un semáforo interminable, miró hacia su izquierda, por donde una guapa joven salía de un centro comercial cargada de bolsas.

—Vaya —dijo tras un silbido—, si es la pija con nombre de perro. Tengo que reconocer que estás muy buena, chica insoportable. Podrás ser una gilipollas engreída, pero tienes un cuerpazo digno del mejor polvo, cielo.

Se quitó la gorra, la echó al asiento de al lado y se dedicó a contemplar a la muchacha. Caminaba deprisa, dando pequeños pasos a los que la obligaban sus taconazos y su estrecha y corta falda, marcándose de esa manera a la perfección hasta el más mínimo detalle de su trasero y su tanga, y Julio fantaseó con tomar en sus manos esos redondos montes y embestirla desde atrás.

Mierda. La calidad de sus polvos debía de haber bajado bastante últimamente para andar pensando en follarse a la estirada aquella, que lo trataba como si fuese un repugnante insecto.

La joven hablaba por teléfono, aguantando el aparato entre la oreja y el hombro mientras sostenía demasiadas bolsas entre sus manos. Despistada como iba, no vio las intenciones de un tipo que pasó corriendo junto a ella, que tiró de su bolso y la hizo caer al suelo por la fuerza del tirón. Las bolsas con las compras cayeron diseminadas a su alrededor, lo mismo que las piezas del móvil, destrozado, que el ladrón se encargó de pisotear.

—Pero ¿qué coño...? ¡Eh! —bramó Julio al ver a la muchacha arrastrada por el suelo. En pocos segundos, subió el coche a la acera, accionó el freno de mano y salió corriendo en auxilio de la chica—. ¡Cabrón! —le gritó al ladrón, que ya se largaba corriendo por un callejón—. ¡Róbame a mí si tienes huevos! —Ya no podía hacer

nada por recuperar el botín, pero un gemido a sus pies le hizo recordar lo que le había hecho saltar del vehículo—. ¿Estás bien? —le preguntó a la muchacha, intentando incorporarla después de arrodillarse junto a ella. Su rostro, tan cerca de él, aún le pareció más perfecto, y su perfume saturó su nariz. Le resultó algo incongruente que fuese un aroma fresco y suave, como a flores silvestres.

En su caso, debería de oler a preciosos pero espinosos cardos .

—Joder, ¿qué ha pasado? —preguntó la chica, aturdida. Julio, durante unos instantes, creyó ahogarse en las profundidades oscuras de sus ojos, mientras ella, apoyada en su hombro, no dejaba de mirar sus brillantes ojos castaños—. Me duele la rodilla —se quejó.

—Un desgraciado te ha dado un buen tirón —le explicó Julio mientras, furioso, observaba los rasguños que había provocado la caída en la satinada piel de su mejilla. Desvió la vista también hacia la rodilla, totalmente magullada, lacerada y con una buena cantidad de sangre que bajaba por sus medias destrozadas. La furia volvió a inundarlo al pensar que la chica pudiera ir por ahí sola y pudiera pasarle algo mucho peor, siendo la hija de quien era—. ¿Se puede saber dónde coño está tu escolta?

—No quiero escolta —afirmó ella tratando de levantarse, a pesar del caos de las bolsas desparramadas a su alrededor y los brazos fuertes que la sujetaban.

—¿Cómo que no quieres escolta? —planteó él, exasperado—. ¿Tal vez los guardaespaldas son de clase demasiado baja para ti? ¿Exiges tener la escolta real? —bufó—. ¡No puedes ir sola por ahí, joder!

—Oye, chófer de pacotilla —soltó ella, tensa—. Tú eres el único, de la clase social que sea, al que odio tener cerca; no te soporto. Y quítame las manos de encima y deja que me levante.

Intentó incorporarse, pero emitió un gemido al intentar apoyar una mano en el suelo.

—Has debido de hacerte daño en la muñeca al caer —comentó él, sujetando su brazo—. Deja que te lleve a tu casa para que llamen a tu médico.

—Pensaba ir a ver a Emma —anunció ella alzando su barbilla—. No necesito un médico.

—Pues te llevaré con mi hermana —le propuso poniendo los ojos en blanco. No le apetecía discutir con ella—. Agárrate a mi cuello y te levanto.

—¿Me vas a coger en brazos aquí en medio? —chilló ella—. ¡Ni hablar! ¿Y si alguien nos ve? Además —refunfuñó—, no pienso dejar aquí toda mi compra. Acabo

de adquirir toda la colección de verano y hay prendas muy exclusivas.

—¿Tienes miedo de que te vea alguien en brazos de un simple chófer? —preguntó él exasperado. Se acabaron las buenas intenciones de no discutir—. Pues te vas a joder, guapa.

Con celeridad, Julio comenzó a recoger todas las bolsas, introduciendo en ellas, sin orden ni concierto, los paquetes que se habían salido. Cuando lo tuvo todo recogido, se encaminó con presteza a un contenedor de basura cercano y tiró todas las bolsas en su interior.

—Me cago en la puta Paris Hilton esta, maldita sea.

—¿Qué has hecho, cabronazo?

—A la hora de decir tacos, ya no es tan fina mi niña, ¿verdad? —Antes de que ella lo advirtiera, Julio la había tomado en brazos. Ella no dejó de darle puñetazos hasta que él la soltó en el asiento trasero del coche y la hizo rebotar en él—. Y ahora, quietecita. —Le puso el cinturón y cerró la puerta antes de colocarse al volante.

—¡Joder, imbécil, me falta un zapato!

—Seguro que tienes unos cuantos más en tu vestidor —contestó Julio impasible, incorporándose al tráfico.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! —gritó ella. Julio miró por el retrovisor interior al advertir su voz quebrada. Los nervios y el miedo parecían comenzar a aflorar.

—Toma —dijo el joven chófer, tendiéndole su propio teléfono—, será mejor que llames a tu banco y cancelen todas tus tarjetas hasta que hagas la denuncia. Y no me mires con esa cara —añadió, intentando que ella olvidara la tensión—. Los trabajadores vulgares también disponemos de teléfonos móviles.

—Gracias —aceptó ella, arrancándoselo de las manos—, pero me será suficiente con llamar a mi padre. Él se ocupará de todo.

—Oh, claro, perdona —replicó Julio mordaz—. Olvidaba que el banco es de papá.

La joven habló con su padre para que se encargara del tema de sus tarjetas y asegurarle que pondría la denuncia en cuanto pudiera. No le comentó nada de sus heridas, de dónde o con quién se encontraba, como si todo un presidente de banco tuviera cosas más importantes en qué pensar que su propia hija, y Julio pensó que, al igual que su hermana, no era más que otra pobre niña rica, de las que tienen de todo y a la vez no tienen nada.

Hizo una mueca para sí. Él era el menos indicado para opinar, puesto que se pasó su infancia ansiando tener más dinero, envidiando a quien lo tenía, odiando a su padre

por haberlos abandonado a él y a su madre. Si había algo peor que ser pobre niña rica, era ser pobre niño pobre.

Una vez estacionado junto a la puerta principal de Olsen House, Julio salió del vehículo para abrir la puerta trasera y ayudar a salir a Chantal.

—Ni se te ocurra volver a cargar conmigo —le advirtió ella cuando él hizo el intento de cogerla en brazos—. Puedo andar perfectamente yo solita.

—Como desee la princesa —se burló Julio con otra de sus fingidas reverencias.

Chantal puso los pies sobre el suelo enlosado, salió del vehículo y, cuando fue a dar el primer paso, una de sus piernas se dobló debido a la diferencia de altura, puesto que únicamente calzaba uno de sus altos zapatos. Cayó al suelo en medio de un gemido, tratando de no llorar por el dolor que volvió a sentir en la muñeca y en la rodilla. Aunque el peor golpe fue el que sintió en su dignidad.

—¡Joder! ¿No vas a ayudarme? —dijo, tratando de tragarse las lágrimas de la impotencia.

—¿En qué quedamos? —preguntó Julio divertido, cruzando sus brazos—. ¿Te ayudo o no te ayudo?

—Te lo estás pasando en grande, ¿no es cierto, capullo? —soltó la chica, furiosa—. Viéndome tirada en el suelo mientras suplico tu ayuda.

—Todo un espectáculo —contestó él con una sonrisa al agacharse a su lado. Se había dado cuenta, nada más socorrerla en medio de aquella acera, que prefería verla cabreada a verla triste, que lo insultara a que tuviera que guardarse sus lágrimas. Y prefirió no pensar en ello de momento—. Vamos, no seas rencorosa y agárrate a mi cuello.

Ella obedeció y alargó sus brazos para enlazarlos tras su cuello. Él la cogió y la alzó con facilidad del suelo. Cuando la tuvo pegada a su pecho, de nuevo lo invadió aquella extraña sensación que ya había advertido nada más tenerla cerca. Aquel cuerpo suave entre sus brazos provocaba extraños anhelos en él.

«Joder, qué falta me hace un buen polvo. Más vale que esta noche triunfe.»

Chantal, por su parte, se quedó callada durante el recorrido hasta la puerta, sin poder apartar la vista del rostro de Julio. Le reconoció un perfil atractivo, de rasgos muy masculinos y marcados. Sintió la suavidad de su largo cabello enredado entre sus dedos y el olor que emanaba de él, a colonia de marca bastante cara. Seguro que era una de sus bazas para atraer a las mujeres, junto a su atractivo, su carisma, su sonrisa, su uniforme...

Afortunadamente, ella sólo lo veía como lo que era, un trabajador a su servicio.

La única forma en que jamás podría verlo, después de lo que había ocurrido hacía un año... con Álex...

Ya no podría verlo como un hombre, ni siquiera como un simple revolcón, y mucho menos como una posible relación. Ahora, mantener las distancias con según qué tipos se convertía en algo prioritario.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —gritó Emma al verlos entrar de esa guisa en el vestíbulo—. ¡Chantal, estás herida!

—No es nada —la tranquilizó su amiga, todavía refugiada en los brazos del chófer.

—Por favor, Emma —le pidió Julio—, busca a Amparo y dile que llame al médico de la familia.

—¡Ahora mismo! —contestó su hermana mientras se marchaba corriendo.

—Te dije que no necesitaba un médico —refunfuñó Chantal mientras entraba con Julio en uno de los baños y éste la depositaba sobre la taza del inodoro—. ¿Qué vas a hacer? —chilló al verlo trastear en uno de los armarios y extraer un botiquín.

—Curarte un poco esas heridas.

—¿No iba a venir un médico?

—¿Ahora sí quieres un médico? —preguntó Julio al tiempo que se lavaba las manos y rebuscaba lo que necesitaría para limpiar y desinfectar las heridas.

—No pensaba que fueses a hacer tú mismo de médico —gruñó la chica—. Cualquier cosa antes de que tú me metas mano en ninguna parte.

—Cuidado con las palabras que usas en mi presencia —se burló Julio, riendo, mientras abría un bote de agua oxigenada e impregnaba unas gasas. Se inclinó ante ella, introdujo sus manos bajo la falda y tiró con fuerza de las medias destrozadas—... Porque podrías dejar claro que estás malinterpretando lo que estoy haciendo.

Hizo el movimiento sin dejar de mirarla a los ojos con su pícara sonrisa, para que ella no advirtiera el dolor que iba a sufrir al despegar la tela de la herida.

—Antes me dejo meter mano por un desatascador de fosas sépticas —gruñó Chantal.

Al menos, la maniobra de despiste surgió efecto, aunque aquellas duras afirmaciones continuaran haciéndole hervir la sangre a Julio por la furia.

—¿Valoras a la gente por el trabajo que realiza? —planteó.

Presionó la botella del agua oxigenada y roció abundantemente la herida de la rodilla para lavarla bien.

—No —contestó ella—, los valoro según...

Su tono de voz bajó al susurro cuando Julio, con la mayor delicadeza, comenzó a limpiar con una gasa impregnada en yodo los rasguños de su mejilla.

—¿Qué decías? —preguntó el chófer con una sonrisa.

Su estrategia volvía a dar resultado. La cabreaba y al mismo tiempo desplegaba sus encantos, tal y como solía hacer con las mujeres. Bastó una sonrisa, mirarla directamente a los ojos y la caricia de sus manos, aunque esta vez tuviese el único objetivo de curar la herida de su rostro.

—No sé —refunfuñó ella—, he perdido el hilo.

—¿De verdad? —soltó Julio divertido.

Durante unos instantes volvió aquella conexión en sus miradas. Chantal casi emitió un suspiro cuando los dedos de Julio tocaron su mejilla, y él, casi se quedó hipnotizado mirando sus labios rojos y carnosos entreabiertos.

Debieron reaccionar los dos al mismo tiempo, en cuanto Emma se asomó al baño.

—¿Cómo estás, Chantal? —los interrumpió.

—El capullo de tu hermano —gruñó su amiga, despertando de repente—, que ahora va de tío preparado y capacitado intentando hacer de médico. ¡Por no contar que casi me ha secuestrado!

—Oye, pija del culo, ¿no olvidas algo? —preguntó Julio, poniéndose en pie, tan furioso que el rostro se le tornó púrpura—. ¡Que te he rescatado cuando estabas tirada en el suelo, por ejemplo!

—¿Rescatarme? —chilló ella—. ¡Me has lanzado dentro del coche! ¡Y con un zapato de menos!

—Pues recuérdamelo la próxima vez —replicó él, encaminándose a la puerta—, y te dejaré tirada como una colilla.

—Pero ¿de qué demonios estáis hablando? —intervino una Emma totalmente alucinada.

—¡De que tu hermano, entre otras cosas, me ha tirado toda mi compra a la basura! —volvió a gritar Chantal—. ¡Vas a tardar tanto en pagarme lo que me has tirado que tendrás que hacer horas extras trabajando como chófer-gigoló!

—¿Quieres empezar tú como clienta? —soltó Julio, mordaz—. Tranquila, princesa, usaré condón y mi polla plebeya no tendrá que tocar tu noble vagina.

—No me hagas vomitar —rebató ella con una mueca de asco.

—¡Parad los dos, joder! —saltó Emma—. ¿Qué coño os pasa a vosotros?

—Vigila esa lengua, jovencita —apuntó Julio—. A falta de tu padre, estoy yo para vigilarte, aunque en vista de tus compañías...

—¡Lárgate de aquí, Julio! —le exigió Emma mientras lo empujaba.

—Me voy a buscar a Jean —anunció el chófer mientras se iba y elevaba su dedo corazón—. Que te den, pija.

—Supongo que entiendes que no lo soporte —bufó Chantal mientras se miraba la rodilla. Recordó por un instante que no había notado molestia alguna mientras Julio la curaba.

—Su razón tiene, Chantal. Él te socorrió y te trajo a casa.

Al tiempo que hablaba, Emma ayudó a su amiga sujetándola del brazo y la acompañó hasta una de las salitas para que tomara asiento en uno de los sillones.

—Por favor, Emma, me trató como a un saco de patatas.

—Conmigo no has de fingir —le dijo Emma comprensiva, agarrándola de la mano—. Sé que todo este despliegue de antipatía y de parecer la tía más borde y esnob del mundo es por Álex, y te entiendo, pero no lo pagues con mi hermano. Tú no eres así, deja de ponerte esa máscara. Si le contara lo que ocurrió a Julio, tal vez él te comprendería y os podríais llevar mejor...

—¡Ni se te ocurra! —le prohibió Chantal—. Sólo me faltaba eso, contarle al chófer mis problemas amorosos.

—Como quieras —suspiró Emma.

—¿Qué vas a hacer con lo tuyo? —preguntó su amiga para cambiar de tema.

—Pues... —volvió a suspirar—, dispongo de un máximo de tres días para acostarme con Jean.

—¿Tres días?

—Sí —confirmó—; ése es el tiempo que mi madre me ha «sugerido» que puedo tomarme para recapacitar y regresar a casa. Como si hubiese montado todo esto como un capricho de niña mimada, y no como mi última oportunidad para librarme del cadalso.

—¿Te ha llamado tu madre? —quiso saber Chantal levantando una ceja.

—Oh, sí, me ha llamado —explicó Emma con ironía—. Para decirme que está muy disgustada y que la carrera de mi padre está en juego. Y como si fuese la madre más comprensiva del mundo, me ha concedido unos días de asueto, en plan regalo. Debe de creer que, ante tal muestra de benevolencia, volveré corriendo a ellos, como siempre he hecho.

—¿Y tienes algo pensado? —quiso saber Chantal—. Ya te dije que lo mejor era lanzarse de cabeza en sus brazos y restregarse como una gata en celo. Un tío como él, con su historial, no se resistirá. Además —añadió traviesa—, no creo que te cueste

mucho hacerlo. Lo he visto alguna vez de refilón y me parece muy guapo. Guapísimo. Un bombón. Ferrero Rocher, por lo menos.

Emma titubeó. No quería mentirle a su única amiga, pero tampoco contarle más de la cuenta, como si el pasado y los problemas de Jean fuesen algo demasiado íntimo y sintiera que traicionaba su confianza si desvelaba cualquier detalle. Como, por ejemplo, decirle que lo de lanzarse en sus brazos ya lo había hecho y no había resultado, al menos no como esperaba. O contarle que se le encogía el corazón cada vez que lo veía en su eterna lucha por combatir su alcoholismo. O confesarle que empezaba a no poder distinguir la obligación que tenía de liarse con él del deseo personal de hacerlo.

Afortunadamente, Amparo apareció con el médico antes de que pudiera responder.

CAPÍTULO 6

—¿Qué te ocurre, cielo? Hoy te he notado un poco... frío.

La mujer onduló sensualmente su cuerpo desnudo sobre Julio, que yacía igualmente desnudo sobre la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó él algo molesto—. ¿No has disfrutado? ¿Acaso esos gemidos eran fingidos?

—No, no, claro que no —contestó ella al instante—. Es sólo que parecías estar ausente, no sé... —De nuevo, la joven desplegó sus encantos y comenzó a lamer uno de los duros pezones del chófer mientras con la otra mano rodeaba su miembro y lo acariciaba—. ¿Ya no te gusto? —gimoteó.

—Claro que sí —afirmó él con fastidio.

Pero la respuesta era no. Ya no lo atraía en absoluto. Sí, estaba buena, era una máquina sexual y estaba casada, la total perfección, pero, a pesar de que él se acostaba con mujeres diferentes casi a diario, con ésta ya había repetido demasiadas veces, y comenzaba a aburrirlo.

—O es que pensabas en otra... —intentó curiosear su amante.

—Claro que no —volvió a mentir.

Porque sí, por supuesto que había pensado en otra, y ése era el motivo real de su malhumor. Ojalá hubiese sido simple aburrimiento, pero durante todo el tiempo que había durado aquel olvidable polvo, su mente lo había torturado con imágenes de la pija, de sus grandes ojos oscuros, de sus gruesos labios rojos, de su culo. Hasta la suavidad de su piel había llegado a extrañar bajo sus dedos.

«Mierda, ¿qué coño estoy haciendo?»

Tenía a un pedazo de fémica desnuda acariciando su polla, suspirando por que la follara...

—Ven aquí, preciosa —le ordenó—. Vas a tener tu polvo, pero no como tú esperas.

Con brusquedad, la sujetó de la cintura, la colocó de rodillas y él se situó detrás. Aferró sus glúteos con fuerza y la penetró de un golpe, tan fuerte que la cabeza de la mujer chocó contra el cabezal de la cama hasta hacerlo crujir, aunque su respuesta fue un largo y lujurioso gemido.

Julio comenzó a embestirla a una velocidad casi imposible, mientras clavaba sus dedos en la carne de sus caderas y echaba el cuello hacia atrás, cerrando los ojos, intentando que aquel largo cabello castaño que vislumbraba se convirtiera en otro corto y moreno. Volvió a enfurecerse por tal pensamiento y aceleró aún más sus envites, haciendo resonar los choques de la carne y los crujidos de la cama. Golpe, gemido; golpe, grito; cada vez más rápido; cada vez más fuerte.

La tensión en sus testículos acabó provocando que el orgasmo estallara con fuerza, acompañado de sus gemidos y los gritos de su acompañante. Cuando cayeron sobre la cama, ambos respiraban con esfuerzo, y el sudor cubría con su brillo la piel de sus cuerpos.

—¡Joder! —jadeó ella—. ¡Ha sido el polvo más alucinante!

—Gracias, cielo —dijo él, mientras se apartaba el pelo de la cara—. Pero creo que ya es hora de que te marches.

—¿Marcharme? —exclamó ella mientras se acurrucaba sobre el pecho masculino—. Ni hablar, Julio. Tú y yo sabemos que no volverás a llamarme, no soy tan tonta como te crees. Así que esta noche vas a volver a follarme como despedida, y quiero que sea igual que antes.

—Por favor, tengo que madrugar... —se quejó él—. Estoy cansado...

—Yo te repongo rápido.

Con destreza, ella bajó sobre su cuerpo, aferró su miembro aún duro y se lo llevó a la boca.

Julio cerró los ojos. Tal vez sí podría... si imaginaba que aquella boca era otra, de gruesos labios y sedosa lengua viperina...

* * *

Unas horas antes, Emma ya había salido de su habitación en dirección al cuarto de Jean, pero el silencio que solía acompañarla a través de los pasillos pareció romperse antes de llegar. Unas risas femeninas hicieron que parase y buscara con rapidez dónde esconderse. Probó a girar el pomo de una puerta y cedió, encontrándose con un baño. Entró y se mantuvo en el interior a pesar de la oscuridad, manteniendo abierta sólo una rendija para poder ver cómo Jean entraba en su dormitorio acompañado de una mujer, de aspecto elegante y sofisticado. No pudo verle bien la cara, pero parecía mayor que él, de unos cuarenta, aunque bien llevados gracias a la ropa, el maquillaje... y tal vez algo de cirugía. Más que nada, por la

mueca de estreñida que ponía al reír de aquella forma tan falsa.

Hacía tiempo que Emma no sentía tantas ganas de tirarle de los pelos a nadie.

Si no contaba a la rubia tetona de hacía dos años...

Cuando oyó el «clic» de la puerta al cerrarse, salió con rapidez de su escondite y se abalanzó sobre la entrada de la habitación. Dudó un instante, y se obligó a quedarse quieta y a actuar con tranquilidad y coherencia, temiendo fastidiarla antes de tiempo. Si seguía sus instintos, entraría y se abalanzaría sobre aquella zorra para echarla de allí sin contemplaciones, y de esa forma se ganaría el odio de Jean.

Mejor calmarse, respirar hondo y entrar con toda la inocencia del mundo.

Con el máximo sigilo, accionó el pomo y se introdujo en la estancia, envuelta en la misma penumbra de siempre. Observó a la mujer al fondo de la habitación, que se desprendía de su chaqueta, la tiraba sobre una silla y se acomodaba en el borde de la cama. Jean servía una copa para luego ofrecérsela.

¿Fue Emma la única en advertir el tintineo de los cubitos de hielo producido por los temblores de las manos de Jean al servir la copa?

Si antes ya odiaba a esa guarra, ahora quería matarla. ¿Cómo coño se le ocurría beber en su presencia?

«Piensa, piensa...»

Caminó titubeante y se fue acercando, procurando mantener en todo momento la más inocente de las expresiones. Se alegró de llevar un pijama más infantil que el anterior, rosa con ositos blancos. Se sacó los calcetines por fuera de las perneras de los pantalones y se alborotó el pelo para tapar parcialmente su rostro. Parecía una niña, sí, y además loca de remate.

—¡Joder, qué susto! —exclamó la mujer, que fue la primera en verla. Se levantó de la cama y se llevó la mano al pecho—. ¿Quién es, Jean? ¿Y cómo entra en tu cuarto sin llamar?

—¿Emma? —dijo Jean al girarse y contemplar tan fantasmagórica aparición.

—Hola, Jean —susurró Emma con fingida voz infantil, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado y mantenía sus brazos a lo largo del cuerpo—. ¿Es ésta la señora que tengo que mirar esta vez mientras le haces cosas?

—¿De qué está hablando, Jean? —gritó la mujer mientras soltaba el vaso sobre la bandeja—. ¡Por Dios! ¿Haces que te mire mientras follas?

—Alicia, por favor, no es lo que parece... —titubeó Jean.

—¿Y si me porto bien me darás de comer? —volvió a susurrar Emma.

—Pero ¿qué coño te pasa? —vociferó Jean mientras la zarandeaba de un brazo—.

¿Estás chiflada?

—Por favor, por favor, no me pegues —suplicó Emma, mientras trataba de cubrirse el rostro, con el pánico reflejado en sus ojos—. Haré lo que tú me pidas.

—¡Déjala en paz! —exigió a gritos la mujer, horrorizada—. ¡Mírala, por favor! ¡Debe de ser retrasada o algo así! —Con presteza, cogió su chaqueta y se apresuró a abrir la puerta—. Me habían dicho que eras rarito, pero esto es el colmo. —Dicho esto, se marchó dando un portazo.

Emma se apartó el pelo de la cara y miró a Jean desafiante.

—Dame una razón ahora mismo —gruñó Jean con los dientes apretados— para no estrangularte.

—Esa mujer no era apropiada para ti —contestó ella resuelta.

—¿Que no era apropiada?! —gritó Jean tirando de su propio cabello—. ¡Sólo buscaba sexo, joder! ¿O todavía no te has enterado?

—¿Y por qué estás dispuesto a dárselo a cualquier zorra y no a mí? —voceó ella, exasperada—. ¿Por qué no puedes tener sexo conmigo? —Decidida, se sacó los pantalones del pijama, quedándose con unas braguitas blancas, y comenzó a desabrocharse los botones de la parte de arriba—. Dime que no te gusto, Jean.

—Joder —gimió él al verla. Antes de que pudiese reaccionar, la tenía pegada a su torso y comenzaba a desabrochar su camisa.

—¿Por qué no me enseñas lo que es el placer, Jean? Por favor —suplicó, deslizando su mano sobre la suave mata de vello de su pecho.

A Jean comenzó a darle vueltas la cabeza. El sudor saturaba cada poro de su piel y su corazón golpeaba en sus costillas hasta causarle dolor. Por no hablar de la agonía que sufría su miembro, tan duro que amenazaba con estallar dentro del pantalón.

Un momento. Ella le había pedido que le enseñara lo que era el placer. Tal vez fuese capaz de hacerlo, si se limitaba a esa petición.

—¿Es eso? —gruñó Jean mientras la sujetaba de los hombros y la tumbaba sobre la cama—. ¿Quieres conocer el placer de un hombre?

Al caer sobre las sábanas, a Emma se le deslizó la camisa del pijama hacia los lados, mostrando sus redondos pechos, erguidos y firmes. Sobre el resto de su cuerpo, tan sólo unas braguitas blancas cubrían su parte más íntima.

Jean se sentó a su lado, en el filo de la cama, y su mano insegura se posó sobre uno de sus pechos. El labio inferior le tembló, mientras notaba bajo sus dedos aquella sedosa piel y la dureza del pequeño pezón. Lentamente, bajó su cabeza y atrapó el otro con la boca, volviendo a experimentar un nuevo temblor cuando se vio inundado

de su sabor, del sabor a piel de la mujer con el que él tan sólo había llegado a fantasear. Sus labios envolvieron el pezón y su lengua comenzó a lamerlo, cada vez más aprisa, mientras con la otra mano pellizcaba el otro pecho.

Emma emitió un profundo gemido. Por primera vez, un hombre adoraba su cuerpo y le hacía saber con caricias lo que era el deseo. El placer que experimentaba superaba con creces sus expectativas, incluso sabiendo que aquello no había hecho más que empezar. Sus pechos cada vez pesaban más y sus pezones ardían entre los labios y los dedos de Jean. Onduló su cuerpo, buscando lo que más ansiaba, y sus súplicas obtuvieron su recompensa cuando una mano de Jean bajó hasta sus braguitas y comenzó a acariciarla sobre la fina tela.

Envuelto en un placer irracional, Jean fue bajando la cabeza mientras deslizaba su lengua sobre el vientre de Emma, cuya piel suave y dulce saturaba sus sentidos.

Se detuvo al llegar a sus braguitas. Abrió sus piernas separando sus muslos y hundió su rostro sobre aquella parte íntima para inhalar su olor, su esencia de mujer. Excitado y aturdido, comenzó a chupar y lamer el sexo de Emma por encima de la tela, mientras con una mano seguía atormentándole un pezón. Ella se arqueó lanzando un grito de sorpresa y placer, golpeando el rostro de Jean con su sexo una y otra vez.

Sin poder evitarlo y sin poder soportarlo más, Jean colocó la mano que le quedaba libre sobre el bulto de su erección, presionando con fuerza. Por instinto, embistió con sus caderas contra su propia mano, cada vez más rápido y más fuerte. Emma seguía gimiendo, retorciéndose sobre la cama, susurrando su nombre, hasta que, en medio de un grito de éxtasis, dejó que el clímax la alcanzara, dejándose llevar por aquel ardiente placer que la boca y las manos de Jean habían provocado en su cuerpo.

Y entonces Jean ya no pudo más. Ante el grito de Emma, lanzó una última embestida contra su mano y explotó en un abrasador orgasmo, mientras seguía con su boca lamiendo las húmedas bragas de Emma y sentía el chorro de ardiente semen empapar su ropa interior.

Cuando levantó la cabeza, observó a Emma, con su dorada cabellera esparcida en su almohada, las piernas abiertas y las manos aferradas a la colcha. Su expresión era de pura satisfacción, y una leve sonrisa curvaba sus labios, aunque la sorpresa aún se intuyera en sus grandes ojos oscuros.

—Por favor, Jean —susurró—. Hazme el amor, ahora. Por favor...

—Tú lo que querías era conocer el placer, ¿no es cierto? —preguntó él, aún conmocionado, mientras se levantaba de la cama y se dirigía al baño—. Pues ya lo

has conocido. Ahora, lárgate de una puta vez.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella aturdida mientras se incorporaba—. ¿Y tú? ¿No deseas tu placer a cambio? ¿Por qué no quieres hacer el amor conmigo?

Cómo explicarle que ya había experimentado placer. Que en esos momentos no podía hacerle el amor. Que lo único que necesitaba era una ducha para borrar los restos de tan patética reacción. Que se avergonzaba de no ser un hombre completo.

—¿No me has oído? —gritó él, todavía dándole la espalda, para que no advirtiera la mancha de su bragueta—. ¡Que te largues, joder! —bramó en su frustración—. ¡No me hagas sacarte de aquí de una patada!

—Pero... pero... entonces, lo que ha pasado... —titubeó ella mientras se colocaba el pijama.

—¡Hostia puta! —volvió a gritar antes de introducirse en su baño, con un portazo tan fuerte que todas las fotografías de la cómoda oscilaron peligrosamente.

Emma salió como una flecha del dormitorio, corrió por el pasillo y entró en su habitación para lanzarse sobre su cama y caer rebotando, abrazándose después a la almohada mientras el llanto sacudía sus hombros y no la abandonaba hasta pasada gran parte de la noche.

Y así, hecha un ovillo, la encontró Amparo a la mañana siguiente, después de entrar en su cuarto y abrir las cortinas para que entrara el sol del día.

—Señorita Emma —le dijo—. He pensado que podía usted encontrarse mal. Ya son casi las once.

—Eh, sí, lo siento —se disculpó mientras se incorporaba con rapidez. Sus cabellos caían como cortinas y ayudaban a tapar su ojeroso rostro—. Me ha dolido mucho la cabeza esta noche y me he dormido hace poco.

Era algo relativamente cierto.

—En cuanto se asee, puede bajar a desayunar —le propuso Amparo, observando su desaliñado aspecto—, aunque a este paso se le juntará con la comida —añadió risueña.

—Voy ahora mismo —contestó Emma después de levantarse y comenzar a caminar en dirección al baño arrastrando los pies—. Sólo tomaré café. Que sea bien cargado, por favor. Y a poder ser, en taza gigante.

—Se lo preparamos enseguida —aceptó Amparo—. Y si lo desea, puede tomárselo fuera. Hace un día magnífico y su hermano anda por ahí abajo limpiando el coche.

—¿Mi hermano está en casa? —preguntó, abriendo por fin sus párpados pegados

—. ¿No está Jean, quiero decir, el señor Olsen, en su oficina?

—No, señorita. Esta mañana temprano, Julio llevó al señor Olsen al aeropuerto para coger su avión y marcharse a Lanzarote, a casa de su hermano.

—¿Lanzarote? —inquirió alicaída. Aquello podía representar un grave contratiempo. Su tiempo comenzaba a expirar—. ¿Por cuánto tiempo?

—Oh, el señor acostumbra a ir y volver en el mismo día. Nunca ha permanecido más de unas horas en casa del señor Víctor.

Con aquella afirmación, la empleada parecía entender a la perfección la inquietud de la chica, y sabía que la tranquilizaba si le aclaraba la situación.

—¡Estupendo! —gritó Emma entusiasmada mientras elegía algo de ropa—. Ahora mismo me ducho y voy en busca de mi hermano. Muchas gracias por todo, Amparo. — Le dio un fuerte beso en la mejilla, ante la grata sorpresa de la mujer.

Ya en la cocina, Emma charló con Ana y Pilar, y rio con las extrañas bromas de Tomás, quien, a pesar de su rostro serio y taciturno, te obsequiaba de tarde en tarde con algunas ocurrencias que te hacían reír, precisamente, por la seriedad con que las contaba.

—Gracias a todos, de verdad —agradeció Emma, tras ingerir una cantidad de café inusual en ella—. Por lo bien que me hacéis sentir aquí. Y a pesar de las muchas cosas raras que se digan de esta casa, puedo afirmar que me he sentido más a gusto que en la mía propia.

—Gracias a usted, señorita —dijo una de las chicas—. Ojalá pueda volver por aquí.

—Lo prometo —contestó mientras salía por la puerta.

Aunque después pensó que, a veces, se prometen cosas que luego no se pueden cumplir.

Dando largos pasos a través del jardín, Emma inspiró el aire cálido de la mañana, feliz y llena de esperanza. A pesar de lo ocurrido la noche anterior, de lo mortificada que se sintió después de experimentar el más dulce placer, estaba segura de que había abierto una brecha en el hermético Jean Olsen.

De lo que no estaba tan segura era del motivo real de su felicidad.

Divisó a su hermano frente a la puerta del garaje. Le sacaba brillo al Bentley con una gamuza, deslizándola con suavidad sobre cada parte del coche, casi con cariño, como si fuese el cuerpo de una mujer. Pensó de pronto que, aunque siempre se había sentido orgullosa de que a Julio se lo rifaran las mujeres, empezaba a hacerle ilusión pensar en una posible cuñada, en una mujer que fuese capaz de hacerle olvidar todos

esos ligues de una noche y un pasado algo tormentoso.

Lo miró detenidamente con ojos de mujer y no de hermana. Llevaba unos pantalones vaqueros descoloridos y una camiseta negra de manga corta que dejaba a la vista parte de los tatuajes de sus brazos, y marcaba los músculos cada vez que se agachaba y levantaba. Se había soltado el pelo, que le caía por la cara, y el sol le arrancaba destellos dorados a sus mechones castaños. Unos simples movimientos de trabajo resultaron de pronto elegantes y sensuales.

—¿Te vas a quedar mirando ahí todo el día? —preguntó Julio, disimulando su sonrisa.

—Hola, hermanito. Estaba pensando que tratas con más delicadeza a este coche que a tus mujeres.

—¡Tú qué sabes de cómo trato yo a las mujeres!

—Nunca te has enamorado —replicó Emma mientras se acercaba más a él—. Por eso lo imagino.

—Tampoco puedes saber eso.

—¿Ah, sí? —planteó ella con expresión taimada—. ¿Te has enamorado alguna vez? ¡Cuéntamelo ahora mismo!

—Yo no he dicho eso —dijo él frunciendo el ceño—. Y tampoco pienso explicarte nada, así que...

La melodía del teléfono móvil del chófer los interrumpió. Julio se lo sacó del bolsillo del pantalón y se quedó unos segundos mirando la pantalla.

—Un número desconocido y demasiado largo. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser? —le preguntó a su hermana de forma irónica.

—Mierda —susurró ella.

—¿Sí? —contestó Julio después de descolgar.

—Dime —oyó tronar la voz de su padre—, tu hermana está contigo, ¿no es cierto?

—Perdón, ¿quién es usted? —lo picó al tiempo que le guiñaba un ojo a su hermana y ésta ponía los ojos en blanco.

—No me cabrees, Julio —respondió el candidato a presidente al otro lado—. Sabes que puedo presentarme ahora mismo en esa maldita casa y en tu cochambrosa vivienda-garaje. Y que tu jefe se vería obligado a abrirme las puertas, ya que se trata de mi hija.

—Pero tú y yo sabemos que no lo harás —lo retó Julio—, porque podría representar una mancha en tu historial político, intachable hasta ahora. La gente se enteraría de que tu amada hija no lo es tanto porque se ha largado de casa. Además, es

mayor de edad y no puedes obligarla a regresar.

—Julio —tronó de nuevo su padre—, no me jodas. Quiero que hagas lo posible por hacerla entrar en razón; que disfrute todo lo que le dé la gana de su hermano y de hacerse la rebelde, pero que vuelva a casa y deje de comportarse como una niña. Dile de mi parte que le doy cuarenta y ocho horas, ni una más.

—Y esas ganas de que vuelva tu hija —dijo Julio, intentando que Emma no notara su furia—, ¿son porque la echas de menos o porque su huida puede resultar perjudicial para tu campaña? Porque todavía estoy esperando algún indicio de tu preocupación paternal. Oh, perdona. De eso tú no tienes.

—No empieces, Julio. ¿Quién coño crees que se encargó de pagar tus estudios? ¿O los recibos de tu casa cuando tu madre se quedó sin trabajo?

—Gracias, oh, misericordioso padre —soltó Julio, mordaz—. Lástima que te las hayas arreglado para que nadie sea capaz de seguir el rastro de las cuentas de donde provenía el dinero y no se te pueda relacionar conmigo. Pero, como te comportes como un cabrón con Emma, todavía estoy a tiempo de denunciarte y pedir una prueba de paternidad. No quiero ni una mierda de tu parte, pero joderte me satisfaría más que cualquier cosa.

—Basta, Julio —murmuró Emma, intentando hacerle ver con los ojos muy abiertos que se estaba pasando.

—Puedes hacer lo que quieras —aseveró su padre—, pero recuerda que, cualquier daño que me infrinjas a mí o cualquier escándalo que salpique a la familia, repercutirá también en Emma.

—¿Y por qué coño te crees que no lo hago? —exclamó Julio, justo antes de colgar y tirar el móvil, que cayó rebotando sobre el césped—. ¡Joder! ¡Mierda!

—Cálmate, Julio —le pidió su hermana, tranquilizándolo con un fraternal abrazo—. No te preocupes tanto por mí. No quiero que por mi culpa tengas algún problema.

—No voy a volver a beber, si es eso lo que temes —refunfuñó él, aún dentro del abrazo de su hermana—. Ese cabrón no va a joderme más, nunca más.

—A veces tengo miedo —confesó Emma con la cabeza apoyada en el pecho de su hermano— de que vuelvas a caer.

—Habría que joderme mucho esta vez —sentenció él tras darle un beso en el pelo a su hermana—. Y yo ya soy inmune. Pero no te preocupes, Emma. Nunca más volverás a verme borracho. Eso te lo juro.

CAPÍTULO 7

Marina, arrodillada sobre el negro suelo volcánico de su jardín, se entretenía quitando hierbas y replantando algunas plantas de aloe vera. Ese día había terminado temprano de dar clase en el instituto y, hasta que volviese su marido, estar casi enterrada entre tierra, plantas y flores era la mejor forma de relajarse y dejar de pensar en literatura castellana y alumnos adolescentes por unas horas.

Se irguió cuando oyó el motor de un coche y se puso la mano sobre la frente como visera para esquivar el sol. Era demasiado pronto para la vuelta de Víctor y no esperaba visita alguna. Aunque sonrió al pensar que sólo una persona viajaba hasta allí y nunca avisaba. Sabía perfectamente de quién se trataba.

—Lo conoces, ¿verdad, *Tigre*? —le dijo a su gato, que tomaba el sol tranquilamente junto al resto de felinos adoptados por Marina.

Con rapidez, se sacó los guantes manchados de tierra y el pequeño delantal con el que protegía sus *shorts* rojos y su camiseta blanca. Sacudió en el suelo sus pies calzados con las viejas deportivas que utilizaba para el jardín y salió corriendo en busca de su inesperado, aunque bienvenido, invitado.

Jean dejó el todoterreno alquilado a las puertas de la finca y echó a andar a través del camino bordeado de palmeras que llevaba hasta la casa de su hermano. Le encantaba hacer a pie ese último tramo y sentir el calor del sol en su piel o inspirar el olor de la brisa del mar que llegaba hasta allí. Le parecía que el aire de Lanzarote poseía un ingrediente especial que, al penetrar en los pulmones, dotaba a su cuerpo de una paz imposible de alcanzar en otro lugar.

Un ramalazo de anhelo atravesó su corazón cuando divisó a Marina correr hacia él. Su larga cabellera oscura se ondulaba al viento y su rostro se veía colmado por una sonrisa radiante. Una sonrisa para él.

En cuanto lo alcanzó, se echó sobre él y lo envolvió en risas y besos en las mejillas. Jean la rodeó con sus brazos y la elevó para dar unas cuantas vueltas que la hicieron reír a carcajadas. Inhaló su fragancia femenina, tan querida, a tierra, viento y sal.

—¡Jean! ¡Qué sorpresa! —comentó Marina, feliz, cuando la soltó en el suelo—. Tú y tu manía de no avisar... Víctor no está, y mira la pinta con la que me pillas —

añadió señalando sus desgastadas ropas.

—No pasa nada —repuso él—. Víctor no tardará en llegar y, mientras tanto, sabes que me gusta, simplemente, pasear por aquí. Además —sonrió—, estás perfecta, como siempre.

—Tú sí que estás guapo —lo piropeó Marina, observando su atuendo, entre informal y elegante. Vestía unos vaqueros oscuros y una camisa blanca con rayas azules, complementado todo ello con su barba de dos días, su cabello alborotado y unas gafas de sol con espejos—. Cada día lo estás más, así que, si no te importa acompañar a esta campesina, hoy el paseo será conmigo. —Le sacó las gafas, se las colocó sobre la cabeza y enlazó su brazo para comenzar a caminar en dirección a la playa—. Y dime, ¿tienes algún motivo especial para esta visita inesperada?

—¿Debería tenerlo? —contestó él, volviéndose a colocar las gafas para evitar el brillante destello de los rayos de sol que se reflejaban sobre la superficie del mar.

—Bueno —prosiguió Marina mientras se aferraba más fuerte al brazo de su cuñado—, tú sabes que la mayoría de tus viajes relámpago a la isla han sido provocados por algún mal momento. Tal vez creas que unas horas aquí pueden con todo, pero necesitas hablar más con alguien. Con tu hermano, aparte de la compañía y los negocios, sé que continúas hablando de tus pesadillas, pero a mí me lo contabas todo, hasta que, en cierto momento, dejaste de hacerlo. Por muy amigo que te hicieras de Julio, no creo que le cuentes hasta el último de tus sentimientos o desvelos.

—Ya sabes —continuó él mientras se iban acercando a la orilla— que mi problema de alcoholismo siempre está presente, siempre estará ahí. No puedes preguntarme si tengo algún motivo para escaparme de vez en cuando de Barcelona y presentarme en este lugar, porque, sencillamente, lo necesito.

—Ya —replicó ella dándole un pequeño empujón—. ¿Una mujer?

—Joder, Marina —contestó risueño—, siempre estás con lo mismo.

—Siempre lo intento —observó con un mohín—, a ver si un día acierto. ¿Lo he hecho esta vez? —inquirió Marina juntando sus manos. Su expresión era entre esperanzada y divertida, y Jean sintió cómo se ablandaba por dentro al contemplar esos grandes ojos azules y las bonitas pecas que seguían dotándola de aquel aire infantil.

—Pues...

—¡Lo sabía! —exclamó Marina. Aferró a su cuñado por el brazo y lo hizo sentarse sobre la dorada arena de la playa. El rumor de las olas les ofrecía la banda sonora perfecta—. ¡Cuéntame!

—Yo no he dicho nada, todo te lo dices tú solita.

—Vamos, Jean —lo apremió, expectante—. Seguro que hablar de ello te irá bien.

—Tramposa... —dijo él sonriente. Después, volvió a colocarse las gafas de sol sobre la cabeza y miró algo más serio a Marina mientras jugueteaba con la arena y las pequeñas piedrecillas volcánicas que se habían desprendido de las rocas colindantes—. No sé cómo explicártelo. Con ella me siento más libre, más yo mismo. Me habla de mi problema y no me molesta, todo lo contrario. Me gusta que lo haga con naturalidad. Me hace sentir menos... raro.

—¿Y se lo has hecho saber a ella o has utilizado el buen carácter que te caracteriza últimamente? Por cierto, es ironía.

—Qué bien me conoces. —Sonrió con tristeza—. No puedo dejar que se acerque más a mí.

—¿Por qué? —demandó su cuñada, cruzando los brazos—. Y quiero una buena razón. Más de una, si puede ser.

—Está recién salida de la universidad.

—Es culta, me parece bien —replicó Marina—. Siguiente.

—Es demasiado joven.

—Las chicas de hoy en día son muy maduras. Siguiente.

—Su padre es político.

—Un coñazo, pero nada insalvable. Siguiente.

—Es la hermana de Julio.

—¡Es Emma! —profirió Marina—. ¡La chica que besaste hace dos años por aquella absurda equivocación!

—¿Cuándo te he contado yo eso? —gruñó Jean.

—Ya te he dicho que antes me lo contabas todo, como lo de aquella lista de Julio. Menuda chorrada —bufó—. Entiendo que los tíos os ayudéis en esas cosas y tú necesitabas vencer tus complejos, pero en las relaciones con chicas simplemente deberías haber seguido tu instinto.

—Él lo hizo con buena intención, y yo le agradezco mucho haber estado ahí —defendió a su chófer y amigo—. Piensa que él mismo tendrá que luchar con su adicción de por vida.

—Julio es maravilloso, yo también lo quiero mucho —Marina sonrió—, pero dime, ¿has vuelto a ver a Emma? ¿Cómo ha sido eso? ¿Habéis hablado de aquello?

—No te entusiasmes tanto —la frenó Jean—. Sí, la he vuelto a ver. Y no, no hemos hablado porque, sencillamente, no me recuerda. Además —suspiró—, se

presentó en mi casa huyendo de sus padres, haciéndome la absurda propuesta de acostarse conmigo para perder la virginidad y joder a su familia de paso.

—Caray con la hermanita de Julio —soltó Marina, abriendo mucho los ojos—. Y tú, ¿qué le has dicho? ¿Le has contado la verdad sobre tus relaciones con las mujeres?

—Supongo que eso también te lo he contado en alguno de mis momentos de bajón —expresó Jean con los ojos en blanco.

—Pues claro —volvió a sonreír—, para eso estamos los amigos, puesto que me considero amiga tuya más allá del mero hecho de estar casada con tu hermano. Tal vez —continuó ella con semblante pensativo— deberías considerar contarle la verdad a esa chica. Da la impresión de que ella te necesita y tú la necesitas a ella. Y contar la verdad siempre es una buena idea, Jean. Recuerda cómo empecé mi relación con Víctor, basada en una mentira, ocupando el lugar de mi hermana gemela. Cuántas lágrimas nos habríamos ahorrado si hubiese sido sincera desde el principio.

—Eso es diferente —gruñó Jean—. Vosotros os enamorasteis. Aquí sólo hablamos de sexo y de que yo... no soy del todo normal. ¿No te parece incongruente que un tipo como era yo, cínico y borracho, cuyo lema se basaba en «todo y todos me importáis una mierda», crea en flechazos y cuentos de hadas? Incongruente y patético.

—Escúchame, Jean —le dijo Marina más seria, mientras agarraba sus manos—. No debes avergonzarte porque consideres que para estar con una mujer no sólo es necesario el deseo sexual. A ti te hace falta algo más y ese algo es lo que te inspira Emma. ¿No te ocurre que, cuando te mira o te sonríe, sientes un dolorcillo aquí? —preguntó colocando las manos sobre el estómago—. Pues eso es porque, además de desearla, te gusta. Por eso creo que no sería tan mala idea hacer el amor con Emma. Ella ha visto en ti al hombre hábil y experimentado que se supone que eres para poder introducirse en el mundo del sexo, con el añadido de la confianza que le supone que seas tan amigo de su hermano. Y a ti... pues te vendría genial hacerlo con alguien que te atrae, y no porque debas hacerlo para ser más hombre o lo diga una puñetera lista.

—No lo puedo creer —volvió a gruñir Jean mientras se pasaba las manos por el rostro—. Estoy aquí, en una playa alejada de todo, hablando con mi cuñada sobre sexo, deseo sexual y hacer el amor. Debo de estar tan loco como la gente piensa.

—De eso nada, cariño —replicó Marina, asiendo de nuevo una mano de Jean—. Eres un hombre sensible y tierno como pocos, así que no te creas raro por eso. Ojalá hubiera más como tú. Y hazme caso. Ve con la verdad por delante y, sobre todo, escúchate a ti mismo. Supera tus miedos y vécelos. No pierdas un minuto de tu tiempo preocupándote por lo que la gente pueda opinar de ti. Ya te enfrentaste a tu

adicción apoyado sólo por unos pocos mientras al resto le importabas un comino. Ahora, sólo debes perseguir tus sueños, Jean.

—¿Te he dicho alguna vez lo maravillosa que eres? —Jean sonrió—. ¿La suerte que tuvo mi hermano y blablablá?

—Unas cuantas. —Marina también sonrió—. Sabes que suelo comportarme así con los que me importan —le dijo a su cuñado acariciando su áspera mejilla—. Y para que no creas que únicamente me dedico a escuchar secretos —añadió como si despertara de golpe—, voy a resarcirte contándote uno mío del que ni siquiera Víctor sabe nada. Atención —exclamó antes de imitar un redoble de tambores—: ¡Estoy embarazada!

—¿Embarazada? —titubeó Jean, sin saber qué decir.

Se decidió, tras unos segundos de duda, después de mirar los brillantes y hermosos ojos azules de Marina, aquellos que Víctor siempre había descrito como «llenos de luz», a darle un fuerte y cálido abrazo. Por ella, por su hermano, porque deseaba sinceramente la felicidad de ambos; porque los quería a los dos.

Y entonces, por primera vez, desde que un día tuvo el privilegio de recibir algún gesto afectuoso de esa mujer, pensó en otra al tenerla en sus brazos. El largo y oscuro cabello de su cuñada lo imaginó rubio, dorado como el sol, mientras lo enredaba entre sus dedos, y su olor familiar a sal de pronto se tornó intensamente perfumado.

Porque se imaginó a Emma.

Una pesada carga que llevaba instalada sobre los hombros desde hacía más de dos años pareció desaparecer de repente. Jean se sintió de pronto más ligero, más relajado, más optimista, desprendiéndose del sentimiento de culpabilidad que lo asaltaba cada vez que pensaba en Marina y luego recordaba a su hermano. Abrazó más fuerte a su cuñada, la besó en el pelo y se alegró más que nunca de haber hecho ese viaje.

Una sombra en movimiento les tapó la luz del sol de improviso.

—Si no fuera por la confianza ciega que os tengo, pensaría que mi hermano y mi mujer se están besando en la playa que tengo junto a mi casa.

—¡Víctor! —gritó Marina al tiempo que se despegaba del abrazo de su cuñado. Jean se hizo a un lado y dejó que Víctor se acuclillara detrás de Marina y la rodeara con sus brazos.

—Por lo menos veo que te alegras de verme —bromeó el recién llegado—. Es una buena señal.

—Calla, tonto —susurró Marina, mientras, todavía sentada en la arena, ladeaba la

cabeza para recibir el beso de su marido. Percibió la calidez de sus labios, la humedad de la punta de su lengua, y sintió las mismas burbujas en su estómago que había sentido siempre. Si acaso, todavía más agitadas—. Por cierto —le dijo sin apenas separar su boca—, ¿cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente —contestó Víctor con una mueca—. Me acabo de enterar de que voy a ser padre mientras se lo contabas a mi hermano, pero me hace feliz igualmente. ¿Estás segura?

—Segurísima —susurró de nuevo Marina, antes de volver a besar a Víctor.

Jean se puso en pie y se alejó de la pareja a una distancia prudencial. Volvió a colocarse las gafas de sol y miró hacia la línea del horizonte, disfrutando de la paz que le otorgaba aquella fantástica vista del océano Atlántico.

«¿Recuerdas cuando una escena así te ponía celoso?», se dijo sonriente.

—Perdona, Jean —se disculpó su hermano—, por haberte ignorado descaradamente, pero una noticia así...

—Tranquilo, Víctor —respondió éste con un afectuoso abrazo—. Y enhorabuena, hermano. Me alegro. Os lo merecéis.

—Gracias, Jean —contestó Víctor, tomando bajo cada uno de sus brazos a las personas que más amaba—. Vayamos a casa y comamos en el porche, antes de que nos demos la vuelta y ya decidas marcharte. ¿Algo nuevo que contar sobre la compañía? —preguntó mientras se dirigían hacia la vivienda—. ¿Todavía te sigue dando el coñazo el gilipollas de Alberto Muntaner, el constructor?

—Sigue insistiendo en que sea su constructora la que se encargue de erigir nuestras nuevas fábricas y el nuevo edificio de oficinas Olsen —explicó Jean—, pero ya sabes que seguiré dándole largas. No me gustan los tipos corruptos que consiguen contratos millonarios a base de acuerdos con políticos.

—Tal vez nunca nos hagamos tan ricos como ellos —añadió Víctor, palmeando la espalda de su hermano—, pero el mayor legado que nos dejó papá fue su integridad. Me enorgullece saber que los dos la heredamos por igual.

—Yo también —murmuró Jean, nublando ligeramente su mirada. El recuerdo de su padre y su injusta muerte volvía a ellos por unos instantes.

—¿Y algo que contar de tu vida? —inquirió Víctor, para tratar de relajar el ambiente—. ¿Algún nuevo ligue interesante?

—Pues... —titubeó Jean.

—Tranquilo, cuñado —intervino Marina, que ya servía zumo de arándanos frío en tres vasos altos—. Ya lo contaré yo. —Y le guiñó un ojo.

—Gracias, Marina.

Las risas de los tres no dejaron de flotar durante las pocas horas que pasaron juntos, antes de que Jean dejara atrás de nuevo aquel paradisíaco lugar y regresara a coger el avión de vuelta a su mundo real.

La sensación de ahogo y el sudor frío que lo acompañaban cada vez que accedía a Olsen House parecieron desinflarse, atenuarse, a la vuelta de su viaje relámpago de la Isla Afortunada. Después de que Julio lo dejara en la puerta, bajo las primeras sombras del crepúsculo, Jean notó la ligereza en sus pasos nada más entrar, mientras atravesaba el vestíbulo y uno de los corredores, y llegaba al salón principal.

Esperaba, como siempre, el televisor encendido, la bienvenida de Amparo, observar cómo se marchaba a la cocina en busca de su refresco mientras él se dejaba caer con los ojos cerrados en su cómodo sillón.

Y sí, todo eso sucedía, pero, en cuanto volvió a abrir los ojos, quedó momentáneamente sin respiración al ver cómo Emma se levantaba del sofá en el que había estado viendo la tele con Amparo y se dirigía a él con una hermosa sonrisa en su rostro. Una sonrisa auténtica, de bienvenida, que se extendía a sus ojos y los dotaba de un anhelo y una felicidad por verlo que jamás nadie externo a su círculo había mostrado por él.

—Hola, Jean —lo saludó con fervor. Lo había echado tanto de menos ese día que a punto había estado de echarse en sus brazos en cuanto lo había visto aparecer—. ¿Qué tal el viaje? ¿Tu hermano y tu cuñada están bien?

—Pues sí, gracias, Emma. Todo está bien —murmuró Jean con otra sonrisa.

Qué maravilloso era encontrar a alguien en casa que te recibía de esa forma.

Aunque disimularon en cuanto el ama de llaves apareció con los vasos y ofreció uno de ellos a Jean y el otro a Julio, que ya se había acomodado en el sillón más cercano.

Por primera vez desde la marcha de su hermano, Jean experimentó una sensación de pertenencia a aquel lugar, de familia, de hogar. Amparo, Julio y Emma, con sus risas y sus bromas, se convertían en lo más parecido a la familia que llevaba tanto tiempo anhelando y que apenas había llegado a disfrutar.

CAPÍTULO 8

La lectura de un libro y el intercambio de docenas de wasaps con su amiga Chantal habían ayudado a Emma a pasar las primeras horas de la noche, en las que le había sido imposible dormir. Nada había salido como ella había esperado y Jean no había resultado ser el capullo que ella había imaginado. Tras vueltas y vueltas a su cabeza, había llegado a la triste conclusión de que, si quería enfrentarse a sus padres y a su propio error, no le iba a quedar más remedio que hacerlo de otra forma, y no arrastrando consigo a Jean. Él no lo merecía.

La culpable era ella, solamente ella, porque la había cagado en dos ocasiones: la primera, cuando se enamoró de un desconocido en un hotel dos años atrás. La segunda, cuando se presentó en Olsen House para aquella ridícula propuesta.

Tanto una como otra no representaban más que su inmadurez, o quizá el miedo que tenía de plantar cara a sus padres y decirles que no volvieran a contar con ella para sus aires de grandeza. Si había sido capaz de montar todo aquel tinglado para rebelarse, tendría que ser capaz de desmontarlo ella misma, sin tener que perjudicar a Jean.

Se levantó de la cama con presteza y se encaminó a la puerta. Titubeó unos segundos, dudando si presentarse de nuevo en su habitación o esperar al día siguiente para pedirle disculpas, para que no pensara que ella era como había demostrado ser, alguien que va por el mundo pisoteando a los demás en su propio beneficio.

Decidió que no podía esperar y abrió la puerta. Emitió un audible jadeo de sorpresa cuando se encontró a Jean frente a ella.

—¡Jean! ¿Qué haces aquí?

—Yo... —dudó él. A pesar de permanecer frente a la puerta, Jean ya se hallaba de espaldas, y a Emma le pareció obvio que había ido con la intención de acercarse a su habitación para algo, pero que después se había arrepentido—. Quería hablar contigo, pero he pensado que tal vez sería mejor esperar a mañana.

Mentira podrida. Se había cagado de miedo nada más encontrarse allí.

—Yo también tengo que hablar contigo, Jean —le dijo Emma—. ¿Por qué no entras y conversamos?

—No sé...

—Vamos, Jean. Recuerda que no se debe dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy.

Lo asió de la mano y tiró de él hacia el interior. Él se dejó, todavía algo confuso por no saber si estaba obrando bien al entrar en el dormitorio de Emma. Ella cerró la puerta y lo instó a acomodarse en una butaca, pero él declinó su oferta, quedándose de pie frente a ella. Como cada noche, volvía a llevar puesto un pantalón de algodón y una camiseta blanca, tan ajustada que Emma creyó sentir el calor que emanaba de su piel, y se arrepintió por primera vez de llevar uno de aquellos pijamas infantiles.

—Quería decirte algo, Jean...

—Por favor, Emma —la cortó él—, déjame a mí primero. —Él sabía que su iniciativa de hablar con ella no iba a resultar perenne, así que lo mejor sería hacerlo ya. Bastantes vueltas le había dado a la loca idea de presentarse en su cuarto a medianoche—. Yo... quería pedirte disculpas por haber sido un borde contigo, después de ver que sólo te preocupabas por mí. Tienes que comprender que, cuando me soltaste aquello de ser mi amante el primer día en mi despacho, no tuve más remedio que desconfiar de ti, pero ahora me he dado cuenta de que me gusta que te preocupes por mí, casi nadie lo hace ya. Y de que... me gustas tú.

—Jean... —susurró ella al sentir que él se acercaba y le acariciaba la mejilla con dedos temblorosos.

—Que ya me gustaste hace dos años, el día en que te conocí, tan preciosa, con aquel vestido rojo... y te besé.

—¡Lo recuerdas! —exclamó ella, emocionada.

—¿Lo recuerdas tú? —preguntó Jean, frunciendo el ceño—. Pensé que lo habías olvidado.

—¿Olvidarlo? —inquirió ella con una triste sonrisa, al tiempo que ladeaba la cabeza y tomaba la mano de Jean que todavía la acariciaba—. ¿Cómo olvidar aquel día? Lo normal era suponer que lo habías olvidado tú, después de ver cómo me ignorabas y te largabas con una rubia tetona. Me enteré de lo de la lista de mi hermano.

—¡No, no te ignoré! —le aclaró—. ¡Me enteré de que eras la hermana de Julio y no podía decirle que comenzaría mi andadura en el sexo sin borracheras con su propia hermana!

—Entonces, ¿todo fue por respeto a Julio? —demandó ella, esperanzada—. ¿No te reíste de mí? ¿No te parecí una niña tonta a quien gastarle una broma de mal gusto?

—¿Reírme? —alucinó él, mirándola a los ojos más intensamente que nunca—. En

todo caso fue el destino el que se estaba partiendo a mi costa, porque, si te hubieses venido conmigo, no hubiera tenido más remedio que romper en pedazos la puta lista. Tú no estabas en esa lista, pero para mí pasaste a ser el único nombre que figuraba en ella. No quería a otra, sólo a ti.

—Oh, Jean, perdóname —gimió Emma, al tiempo que se abrazaba a su cintura y apoyaba la cabeza en su pecho.

Él se quedó estático unos instantes, sin saber qué hacer. Ni siquiera recordaba qué se sentía al ser abrazado por una mujer, pero, al final, decidió seguir su instinto y responderle rodeándola con sus brazos. Inhaló el aroma de su pelo y dejó que el calor de su cuerpo traspasara su ropa, su piel, y llegase hasta sus huesos.

—¿Perdonarte? —susurró él, con su boca todavía pegada a su rubio cabello—. ¿Por qué?

—Por pensar que eras un capullo desgraciado, un cerdo miserable, por pensarlo durante tanto tiempo.

—Supongo que te perdono —soltó él con una mueca divertida—. Pero no es necesario que te disculpes.

Enmarcó el rostro de Emma con sus manos y observó los dos finos regueros de lágrimas que surcaban la suave piel de sus mejillas. Con ternura, besó sus párpados, intentando secar su llanto con sus besos. Su boca fue resiguiendo el húmedo camino y acabó sobre sus labios, saboreando en ellos la sal de las lágrimas. Emma abrió su boca anhelante y dejó que él introdujera su lengua para deslizarla sobre la suya, mientras los dos aumentaban la presión de su abrazo. El tierno beso se tornó profundo, febril, con lenguas enlazadas, alientos confundidos, audibles gemidos y manos que acariciaban.

—Espera, Jean —jadeó ella, separándose de él no más de un palmo—. ¿Cómo puede un hombre como tú desear a una chica como yo? Sé que he utilizado algunas ridículas tretas para atraerte, pero he sido una estúpida al pensar que podrías preferir a una virgen antes que a todas esas mujeres tan experimentadas con las que te acuestas.

Jean se tensó visiblemente. Emma pudo percibir a la perfección cómo se separaba de ella y su rostro se volvía pálido y sudoroso. Había decidido ser sincero con ella, aunque sólo pensar en abrirse tanto a una persona le producía sudores y escalofríos.

«Con lo fácil que resultaba estando borracho...»

—Ven aquí, Emma. —La cogió de la mano y la hizo sentarse sobre el filo de la cama antes de hacer él lo mismo y acompañarla a su lado—. Verás, yo... ¿cómo

decírtelo? —murmuró, mientras se frotaba el rostro desencajado y se daba fuertes tirones del cabello—. Yo... no me he acostado con esas mujeres. En realidad, no me he acostado con ninguna durante estos dos últimos años, y, anteriormente a mi rehabilitación, ni siquiera sé cuándo fue la última vez, puesto que seguramente estaría ebrio, como siempre.

—No entiendo —dijo Emma, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Eso no puede ser... ¿Y la lista?

—Pues sí que lo es, créeme —afirmó él—. En cuanto a la famosa lista... Tu hermano, con toda la buena intención del mundo, se propuso ayudarme a que venciera mi timidez con las mujeres, haciendo una recopilación de nombres de algunas de sus conquistas fáciles y poco problemáticas. Nunca he querido quitarle la ilusión de que lo había conseguido.

—¿Y ellas? —preguntó Emma—. ¿Cómo sabes que ninguna dirá nunca nada?

—¿Por qué te crees que las elijo casadas? Sólo de esa forma sé que no revelarán nada, puesto que yo podría informar a sus maridos.

—¡Les haces chantaje!

—Llámalo como quieras. Y que conste que no lo hago por parecer más normal a ojos de la sociedad. Me importa una mierda ésta y la gente que me rodea. Únicamente lo he hecho para que tu hermano no siga insistiendo. Para que crea que utilizo la misma terapia que él para alejarme de la tentación del alcohol. Para agradecerle su ayuda.

—Pero, Jean —insistió Emma, sacudiendo la cabeza—, sigo sin entender. ¿Y la rubia de aquella noche en la terraza del hotel? Subiste con ella a una habitación.

—Sí, pero no ocurrió nada, Emma. Nunca ha ocurrido nada, ni con ella ni con ninguna.

—Pues... me alegra que te hayas decidido a contármelo —expresó Emma, mientras lo miraba y contemplaba el tormento y la pena reflejados en sus ojos grises, sombras que ella ya vislumbrara la primera vez, cuando le parecieron los más bonitos y tristes que había contemplado nunca—, que confíes en mí.

—Bueno —sonrió—, más que nada, por si esperabas que fuese un tío experimentado o un maestro del sexo, porque no soy nada de eso.

—Ni falta que te hace —bromeó ella, riendo—. Cuando estés con una mujer, será porque ambos lo deseáis.

—Yo sólo te deseo a ti, Emma —le confesó Jean, acariciando su mejilla y sus labios con la punta de sus dedos, deslizándolos como plumas—. Te deseo desde

aquel día en que te conocí, y te he vuelto a desear desde que volviste, mucho más intensamente. Como si te hubiera estado esperando todo este tiempo...

—Jean, por favor... —se lamentó Emma, cerrando sus ojos tras la súplica—. Creo que es mejor que mañana vuelva a mi casa.

—Cuando viniste, hace sólo unos días, me pediste precisamente esto —dijo él señalando la cama.

—Lo sé —susurró ella—, pero ya no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque nada ha resultado ser como yo pensaba, empezando por ti.

Después de haber estado semanas perpetrando aquel plan, después de días preparando el terreno para llevarlo a cabo, Emma se dio cuenta de que ya no era eso lo que quería. Ya no se conformaba con pensar que Jean se acostara con ella porque lo había provocado y casi suplicado para que lo hiciera. Además, si lo hacían, se sentiría culpable por haberlo engañado. Prefería esperar a volver a casa y enfrentarse a sus padres, sin mentiras ni engaños, hablar luego con Jean y asegurarse de que podían tener algo real y sincero.

Porque, a esas alturas, ya no podía negar que algo dulce y profundo se había vuelto a instalar en su corazón.

Enamorada del mismo hombre por segunda vez.

—¿Y qué esperabas? —le dijo con una sonrisa—. ¿Un tío de esos interesantes y sofisticados versados en el sexo?

—Claro que no. —Sonrió—. Es sólo que sería mejor que me fuera y dejásemos pasar un tiempo...

—No te vayas, Emma —suplicó—. He necesitado a alguien como tú desde hace mucho tiempo. Te dejé ir una vez, pero no pienso dejarte marchar de nuevo.

—Creo que, de verdad, te debo una disculpa, Jean —confesó Emma—. No quiero que pienses que voy por ahí ofreciéndome a cualquiera, o que me falta algún tornillo, por las cosas que he dicho o hecho...

—Claro que no, cariño —la tranquilizó Jean—. Yo sólo sé que te necesito, que quiero estar contigo como jamás he deseado estar con nadie. —Con delicadeza, tomó en su mano un rubio mechón de cabello de Emma, lo acarició, y luego fue bajando para acariciar su cuello, muy suavemente, casi con miedo. Introdujo después la mano bajo la camisola del pijama y siguió rozando la suave piel de su hombro y su escote—. Dime que tú no quieres estar conmigo y pararé.

—Yo... —titubeó Emma. ¿Qué podía decirle? Si le decía que no, mentía. Si le

decía que sí... ¿qué podía pasar?

Tal vez por fin haría algo que le apetecía de verdad. Sin pensar en rencores, venganzas, en padres o en sus malas decisiones. Sólo en ella misma y en sus propios deseos.

—Sí que quiero, Jean —le contestó—. Pero...

—Oh —exclamó Jean con una dulce sonrisa—, quizá estás un poco nerviosa. Pues, si te sirve de algo, déjame decirte que yo no había estado tan nervioso en mi vida. Creo que hacía tiempo que no necesitaba tanto un buen trago. Quisiera emborracharme ahora mismo para poder tener el valor suficiente para continuar.

—Pero ¿qué dices? —gritó Emma con el pánico en los ojos—. ¡No quiero ser la culpable de que vuelvas a caer...!

—Era broma, Emma —la cortó Jean, sonriente, acariciando sus brazos para calmarla—. Tranquila.

—No vuelvas a bromear con eso —soltó ella furiosa—. ¡Nunca más!

—¿Ves? —contestó él con ternura—. ¿Has visto cómo te preocupas por mí? Por eso quiero estar contigo. Porque eres maravillosa, Emma.

Con todo el cuidado del mundo, como si estuviera retirando el envoltorio de un preciado regalo, Jean comenzó a desabrochar los botones del pijama rosa de Emma. Deslizó la camisola por los hombros y la dejó desnuda de cintura para arriba, sin dejar de mantener sus ojos fijos en los de ella. Emma se tumbó en la cama y le facilitó la tarea de quitarle el pantalón y las braguitas para dejarla totalmente desnuda.

—Dios, Emma —murmuró Jean—. Eres como si se hubiese materializado mi más profundo deseo. No sé ni por dónde empezar.

—Tranquilo —dijo ella al ver cómo le temblaban las manos y el labio inferior. Cuando Jean intentó sacarse la camiseta, se hizo un lío con los brazos, y el cuello de la prenda se enredó de tal manera que no era capaz de sacar la cabeza por la abertura—. Deja que te ayude —murmuró Emma. Se incorporó de nuevo y le sacó la prenda.

—Lo siento. —Sonrió—. Que conste que te avisé. Un torpe adolescente seguro que me llevaría ventaja.

—Pues déjame a mí —susurró ella, antes de atrapar la cintura del pantalón y comenzar a sacárselo—. Aunque no te prometo que no haya algún que otro atasco parecido.

La última palabra le sonó ahogada en su propia garganta cuando Jean tiró el pantalón al suelo y quedó desnudo frente a ella. Le pareció tan tentador y deseable que creyó sentir su sangre espesarse en el interior de sus venas, ralentizando su ritmo

cardíaco y haciendo que todo su cuerpo se volviera pesado y lánguido.

Los dos se tumbaron sobre la cama, aunque Jean se apoyó en un codo para poder mirarla y tocarla. O, por lo menos, ésa era su intención. Se mordió el labio inferior para disimular su temblor y comenzó por deslizar su mano sobre los pechos de Emma. Pellizcó sus pezones mientras contemplaba cómo ella cerraba los ojos y dejaba escapar suaves gemidos entrecortados. Bajó después la cabeza y se metió un pezón en la boca, para chuparlo y lamerlo, y lo mismo hizo con el otro. Emma gemía cada vez más fuerte, y ya le fue imposible no colocarse sobre ella, a todo lo largo de su cuerpo. Durante un dilatado instante se miraron con los ojos muy abiertos, intuyendo sus pensamientos; la dulce y excitante sensación de sentir sobre su cuerpo el cuerpo desnudo del otro, cada músculo, cada hueco, cada porción de piel.

—Estás tan suave —dijo él, mientras no dejaba de besar su rostro, su cuello, la dulce piel de su oreja—. Es mucho más embriagador beber de ti que cualquier licor —susurró. Sus manos acompañaban sus labios, acariciando sus pechos, besándolos, ahogándose en ellos.

—Y tú tan caliente —balbució ella, abrazándolo, deslizando sus manos sobre su ancha espalda.

Abrió sus piernas para que encajaran aún mejor y casi grita cuando su miembro duro y ardiente se instaló sobre su sexo, ya mojado y anhelante. Aunque, después, decidió que debería morderse sus propios labios si no quería dedicarse a gritar continuamente, sobre todo cuando Jean bajó por su cuerpo, lamiendo su vientre y sus caderas, sus muslos y sus rodillas, para acabar situado entre sus piernas. Emma sintió su aliento caliente en su sexo y gotas de humedad bajaron por su piel.

—Esto va a ser lo más parecido a emborracharme que haré en mi vida —comentó él, antes de abrirle aún más las piernas y deslizar su lengua por toda la hendidura femenina.

Emma no pudo evitar gritar cuando sintió aquellos labios atrapar su clítoris, su lengua chupar la entrada de su vagina. Movié frenéticamente las caderas, aferrando entre sus manos el cabello de Jean para acercarlo todavía más al centro de su placer.

De lo que no era consciente era de la batalla que intentaba librar Jean para no correrse como la última vez. Intentaba concentrarse con todas sus fuerzas en conseguir que Emma tuviera su clímax antes de poder penetrarla y no sentirse tan ridículo como en la otra ocasión. Y lo consiguió, a duras penas. Sintió las primeras gotas salir de su miembro cuando ella lanzó un grito que rasgó el aire al sentir el orgasmo. Siguió chupándola con ansia hasta que ella dejó de convulsionar su cuerpo.

—Y ahora voy a hacerte el amor, Emma —gimió Jean mientras se colocaba de nuevo sobre ella—. Esta vez sí.

—Bésame primero —jadeó ella—. Por favor, Jean.

—Lo que quieras. —Le enmarcó el rostro y, durante un instante, se perdió en sus oscuros ojos, antes de bajar la cabeza y penetrar su boca con la lengua, enredarla con la suya y saborearse mutuamente, con pasión, con premura, chupando y absorbiendo cada hueco de sus bocas. Sus sexos volvían a encajar y movieron las caderas, buscando de nuevo su placer, aunque Jean temió de nuevo no estar a la altura—. Tengo que penetrarte, Emma —gimió angustiado—, o me correré antes de tiempo y no podré hacerte el amor.

—Hazlo, Jean —sollozó ella—. Ahora, por favor, por favor...

—Espero que estés bien lubricada —dijo él, mientras se colocaba en posición y buscaba la entrada de su vagina con la punta de su pene—. No quiero hacerte daño.

—¿Lubricada? —jadeó Emma con ironía—. ¡Por Dios, Jean, has hecho que me corra con tu boca y estoy a punto otra vez! ¡Estoy empapada! Así que tranquilízate, por favor —le rogó al verlo tan preocupado. Sus ojos grises parecían perdidos y docenas de brillantes gotas de sudor rociaban cada centímetro de la piel de su cuerpo.

—Si te hago daño, me lo dices —le pidió con voz atormentada. Varias de las gotas de sudor se deslizaron sobre su rostro y cayeron sobre el pecho de Emma.

—Creo que es mejor que lo hagas de golpe —explicó ella. Emma sentía el miedo normal a la primera vez, pero, al mismo tiempo, su cuerpo clamaba por ser colmado por el de Jean. Su suave glande ya había entrado en su vagina, y notaba cómo ésta se iba expandiendo—. ¡Ahora, Jean!

Con un enérgico golpe de caderas, Jean embistió con fuerza y alojó por completo su miembro dentro de la vagina de Emma. Si no se corrió al instante, fue por el grito ahogado que lanzó ella, y por el brillo de una lágrima que vio caer por su mejilla.

—Joder, joder, lo siento, Emma —gimió.

—No pasa nada, Jean, de verdad —lo tranquilizó—. Sólo ha sido una punzada. Ya ha pasado —añadió mientras trataba de secar algunas gotas de sudor de su cara.

—Dios, cariño, ya no puedo esperar más. Necesito moverme dentro de ti...

Emma aceptó su petición arqueando su cuerpo, demostrándole que lo necesitaba tanto como él a ella. Jean comenzó a embestirla, entrando y saliendo de su interior, provocándole el más delicioso y ardiente placer que ella habría podido imaginar jamás. Cuando su vagina comenzó a convulsionarse por el intenso clímax, Jean se detuvo y lanzó un gemido desgarrado, con el rostro hundido en el hombro de Emma.

Ella, todavía en los vestigios de su placer, sintió cómo aquel cuerpo fuerte se sacudía y luchaba por contener años de pasión reprimida.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo ella, acariciando su espalda y su cabello mientras él se dejaba arrastrar por el orgasmo.

Tras aquellos momentos de turbadora pasión, Jean se dejó caer a su lado, boqueando como un pez fuera del agua. Emma se volvió hacia él y buscó su boca para besarlo apasionadamente, para demostrarle sin palabras que había sido lo más maravilloso que le había ocurrido en la vida.

—¿Cómo estás? —preguntó preocupado, tras el largo beso.

—¿Y tú? —preguntó ella, divertida.

—Menudo caballero andante te has buscado —soltó él con una mueca.

—No necesito ningún caballero andante —replicó ella, palpando su áspera mandíbula—. Sólo necesito a alguien como tú.

—¿Sabes? —murmuró él—. Nadie me ha dicho nunca que me necesitase. Y me gusta escuchártelo decir. Yo también te necesito, Emma.

Tras unos instantes abrazados, Jean se levantó de la cama a pesar del breve gruñido de ella por hacerlo.

—Voy a asearme —le dijo. Al momento, volvía del baño con una pequeña toalla húmeda en la mano para limpiar los restos que habían manchado los muslos de la chica—. Soy un inepto del sexo, pero, al menos, sé que debo ayudarte a que te sientas más cómoda. —Con delicadeza, pasó la toalla entre las piernas de Emma y limpió el rastro que habían dejado la sangre y el semen.

—Gracias —murmuró ella, dejándose hacer sin vergüenza.

Sentía una confianza inexplicable hacia aquel hombre que le había abierto su corazón de par en par y que acababa de arrebatarse la virginidad, algo a lo que algunos le daban tanta importancia y que, en realidad, sólo la tenía si no se la ofrecías a quien desearas hacerlo. Como ella había estado a punto de hacer si hubiese seguido el consejo de sus padres. Por un instante, la preocupación se instaló en la boca de su estómago, recordando que tendría que arreglar muchas cosas cuando volviera a casa.

—Ahora duerme y descansa —propuso Jean después de taparla con la colcha—. Mañana hablaremos.

—Pero —protestó ella incorporándose de golpe en la cama—, ¿no vas a quedarte esta noche conmigo?

—No, Emma —negó él con tristeza. Se sentó un momento en el filo de la cama y le acarició su dorado cabello—, no voy a quedarme. Mañana debo trabajar y sólo

descanso si duermo en mi cama.

—Quédate sólo un rato —le pidió Emma—, por favor, Jean.

—Está bien —suspiró—, pero sólo un momento.

Jean, todavía desnudo, se introdujo de nuevo bajo el edredón y se acercó al calor del cuerpo de Emma. Ella apoyó la cabeza en su pecho y lo envolvió con los brazos y las piernas, rodeándolo, atrayéndolo hacia ella, porque sabía que él no iba a quedarse mucho tiempo más y temía que fuera a marcharse en cuanto se quedara dormida. Así que la mejor forma de retenerlo sería manteniéndose despierta.

—Cuando empecemos a salir —comenzó Emma, mientras su mano no dejaba de acariciar el vello que cubría el pecho de Jean y él la acunaba entre sus brazos— vamos a tener muchas cosas de que conversar. Me has contado algunos de tus secretos, pero sólo sé de tu vida pasada lo que sabe todo el mundo. ¿Me hablarás de tus padres, de tu madrastra o de sus muertes...?

—Poco a poco —contestó Jean algo tenso—. No te preocupes, acabaré hablándote de todo ello, y, si al final decides seguir conmigo —le dijo mirándola sonriente—, seguro que podremos con todo.

—¿Tan malo es? —preguntó Emma, colocando su barbilla sobre el ancho pecho para poder mirarlo a los ojos.

—Me han ocurrido cosas infames e injustas —contestó él, dirigiendo su mirada al techo, pero sin mirar a nada en concreto—, y al mismo tiempo yo he cometido actos del todo despreciables.

—No te atormentes, Jean —le pidió ella mientras acariciaba su áspera mandíbula—. Todos tenemos algo que callar, cosas que esconder, secretos inconfesables...

Por un instante, Emma se sintió como una estafadora, consiguiendo que él la viera como a un ángel mientras se mostraba tan duro consigo mismo.

—De lo que más me arrepiento es de haber sido un cobarde.

—Por el amor de Dios, Jean, ¿de cuándo estás hablando? —exclamó Emma irguiendo un poco más su cuerpo—. ¡No tienes ni treinta años! ¿Acaso se puede ser un cobarde cuando se es casi un niño? Además —añadió colocando las manos sobre sus mejillas sombreadas de barba—, para mí eres un buen chico, y lo mejor de todo es que, en el fondo, tú también lo crees así, porque seguro que no te consideras culpable de todo lo que te haya pasado, sea lo que sea.

—¿Cómo haces para darme tanta paz? —planteó Jean, girando su cuerpo para posicionarse sobre ella. Acarició su rostro, su pelo, y se sumergió en las profundidades de sus ojos oscuros—. Me la inspiraste ya en cuanto te conocí, cuando

apareciste y te acercaste a mí con aquella mirada inocente pero resuelta. Tu compañía, tu presencia, tus palabras... Tú, Emma Montalbán, haces que me sienta mucho más digno y más decente.

—Pues ahora mismo —sonrió ella de forma pícara, aunque emocionada por aquellas palabras—, contigo encima no siento una pizca de decencia.

—¿Ah, no? —sonrió también, cuando embistió suavemente sus caderas y frotó su miembro duro sobre el sexo resbaladizo de ella—. Pues al final va a ser la señorita virginal la que corrompa al tío vicioso y disoluto.

—Hummm.. —gimió ella—, yo también quiero ser una disoluta. Pero sólo contigo.

Y arqueó su cuerpo, al tiempo que sus manos tomaban los prietos glúteos de Jean y su boca buscaba ávida la de él. Su sexo se humedecía más y más por la fricción; sus pezones se endurecían ante el roce con el pecho masculino; estaba de nuevo excitada.

—¿Estás segura? —jadeó Jean entre besos ardientes—. No quiero hacerte daño.

—Me da igual el dolor —volvió a gemir—, sólo quiero hacer el amor contigo otra vez.

Jean tanteó con el glande la entrada a su vagina y se deslizó en su interior, con cuidado pero hasta el fondo, ante el largo gemido que emitieron al unísono. Esta vez pareció ir más sobre seguro, embistiendo de forma más rítmica, besándola, amasando sus pechos, tomándola de las nalgas para sentirla más adentro.

Aprendiendo junto a ella.

Emma percibió una leve molestia que enseguida se transformó en placer, en deseo. En el deseo y el placer que le otorgaba hacer el amor con Jean.

Una hora más tarde, aún unidos sus cuerpos, Jean deshizo el abrazo y salió de la cama para marcharse.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte a dormir conmigo? —preguntó Emma sin poder disimular su ansia.

—Sí, lo estoy —contestó mientras se ponía el pantalón.

—No te tocaré si no quieres —bromeó ella como último intento—. Ni siquiera notarás que estoy aquí.

—Déjalo, Emma —la interrumpió poniéndose más serio—. Ya te he dicho que no descansaría. Ya has comprobado que nunca viajo más de unas horas, máximo un día, pero jamás paso la noche fuera. He de dormir en mi habitación, en esta casa.

—¿Es por las pesadillas? —quiso saber ella—. Sé que las tienes desde que dejaste de beber, porque a mi hermano le ocurría lo mismo, pero él sí duerme con sus

amantes. No entiendo que mi presencia en la cama pueda perjudicarte.

—Deja de preguntar, Emma...

—Recuerdo tu cara de pánico aquella noche al verme a tu lado —insistió—. Me llamaste Medusa, como si creyeras que yo podría hacerte daño. ¿Tiene algo que ver con el motivo por el que comenzaste a beber?

—Basta —cortó Jean, totalmente tenso—. Creo que por esta noche ya te he dado suficientes explicaciones. No me fuerces tanto, Emma.

—Por supuesto —replicó ella, furiosa—. Ya has obtenido lo que querías de mí, échame un par de polvos. Ahora ya puedo estar calladita, que te molesto.

—Eh, no, cariño, no es eso. —Le cogió las manos y la miró a los ojos—. Mañana mismo tenía pensado hablar con tu hermano y, con tacto, explicarle lo nuestro. Y en cuanto pueda, hablaré con tu padre. Le haré saber que nos gustamos y que queremos salir juntos, pero haremos las cosas bien. Tú volverás a tu casa y quedaremos para salir y vernos.

—¿Te refieres a salir como... novios?

—Pues claro —aclaró Jean, acariciando su mejilla—. Si no acepta o pone algún problema, te vienes a vivir aquí, pero espero que podamos hacerlo bien y no sea necesario que vuelvas a irte de casa.

—¿De verdad harías eso por mí? ¿Hablar con mi hermano y mi padre? —dijo ella a punto de echarse a llorar.

—Eso es sólo el comienzo. Te quiero, Emma.

—Oh, Jean...

Con lágrimas de alegría, se abrazó a su cuello y, con el movimiento, la sábana se deslizó y dejó a la vista sus suaves y redondos pechos.

—Ya te he dicho que quiero estar contigo, Emma. —No pudo evitar dejar volar sus manos hasta sus pechos y jugar con sus pezones, que volvieron a endurecerse al tacto.

—Jean...

Emma cerró los ojos ante el placer que volvía a experimentar con aquella tierna caricia. Se apretó contra su cuerpo y comenzó a besarle en el hombro, el cuello, a lamer el vello de su pecho y sus pezones, esperando que volviera a desearla y, con la excusa de volver a hacer el amor, retenerlo unas horas más a su lado.

—No dudes ni por un instante —susurró él, apartándola para que no continuara. Sabía lo que buscaba, pero ya había sido demasiado para él. Tenía que asimilar algunas cosas. Aunque sus besos ardientes y volver a lamer sus pechos le hubiesen

provocado de nuevo una erección— que volvería a hacer el amor contigo una y otra vez, Emma, toda la noche, pero tendremos todo el tiempo del mundo, cariño. Deja que me vaya y te prometo que, muy pronto, todas mis noches serán para ti.

—Está bien —claudicó ella con un mohín. Se echó sobre la cama y dejó que él volviera a taparla.

—Hasta mañana, Emma.

Se inclinó sobre ella y depositó un tierno beso en sus labios. O eso era lo que pretendía, porque ella introdujo su lengua hasta el fondo de su garganta y después lamió y mordisqueó sus labios a conciencia.

—Ahora, sí —sonrió satisfecha—. Hasta mañana, Jean.

SEGUNDA PARTE

LA VERDAD

CAPÍTULO 9

—*Mi querido Jean, no te resistas, deja que te acompañe en tu cama. ¿No te parezco deseable?*

Medusa volvía a atormentarlo, con sus maléficos ojos grises, con su risa tétrica, cuyo eco resonaba por toda la habitación. Las serpientes danzaban alrededor de su cabeza y vestía el mismo camisón blanco que llevaba el día de su muerte, el día que cayó por la escalera de la mansión.

—*Vete, Diana, por favor. Déjame en paz. ¡Deja de torturarme!*

—*Siempre fuiste el hermano débil, Jean, nada que ver con Víctor. Yo soy mucho más fuerte que tú incluso después de muerta. Puedo contigo, me meto en tus sueños, inundo tus pesadillas...*

Jean abrió los ojos de golpe. Como cada nuevo amanecer, su cuerpo despertaba por sí solo, intuyendo el desasosiego que lo invadiría si no lo hacía. Sudando y con el corazón acelerado, se dejó guiar por la luz que ya invadía la estancia y miró la hora en el reloj de su mesilla.

No podía ser. ¿Las siete de la mañana?

Claro, por eso había tanta claridad en la habitación.

Las pesadillas no lo habían abandonado, pero había logrado dormir un par de horas más, todo un récord. Aunque su piel y su cabello aparecían húmedos de sudor, su ánimo se presentaba bastante más optimista. Con una leve sonrisa, recordando la noche anterior, se introdujo en la ducha y dejó que el agua caliente y el jabón obraran su cometido e hicieran desaparecer el sudor y hasta el último resquicio de sus funestos sueños. Ese día no le daría tiempo a realizar sus ejercicios matutinos, pero no le importaba. Una nueva energía suplía con creces la falta de un esfuerzo que cada día se veía obligado a soportar.

Se afeitó, se perfumó y eligió uno de sus mejores trajes antes de disponerse a bajar y tomarse un rápido café que lo acabaría de despejar. En la oficina le esperaba un día duro, sobre todo un indeseado encuentro con Alberto Muntaner, el afamado empresario cuyo origen de su gran fortuna era cada día más cuestionado.

Antes de encaminarse a la escalera, Jean buscó la puerta de la habitación de

Emma. Frunció el ceño al verla totalmente abierta, y acabó de alarmarse al ver la cama hecha y las cortinas ondulantes ante la ventana abierta. Abrió el armario para asegurarse y sus sospechas se confirmaron al encontrarlo vacío.

En unas pocas zancadas bajó la escalinata y se presentó en la cocina. Allí estaba Emma con Amparo, Ana y Pilar, y con una maleta a sus pies.

—No sabía que te fueras a marchar esta mañana —dijo serio Jean, omitiendo los buenos días.

—Yo... pensaba que ya te habrías ido a trabajar —murmuró Emma.

—O sea, que pensabas irte aprovechando mi ausencia, sin despedirte siquiera. Pensé que anoche te dejé las cosas claras.

—Vamos, chicas —ordenó Amparo a las empleadas, que atendían la conversación con evidente interés—, seguro que tenéis habitaciones que arreglar.

—¿Dónde está Julio? —preguntó Jean a su ama de llaves, sin dejar de observar a Emma, que parecía nerviosa e inquieta.

—Le dijimos que usted dormía, así que aprovechó para hacer un par de recados en la ciudad. Lo llamaré ahora mismo. —La mujer salió de la cocina y cerró la puerta.

—¿Ni siquiera ibas a decírselo a tu hermano? —inquirió Jean una vez a solas.

—No quería molestar —contestó Emma—. Pensaba llamar a un taxi.

—¿No se suponía que deseabas alejarte de tus padres hasta que ellos te localizaran y ya no tuvieras más remedio que marcharte? —preguntó Jean, con la confusión reflejada en sus ojos.

—Ya te expliqué que debía volver a casa. He de arreglar algunos asuntos con mis padres antes de decidir algunas cuestiones.

—¿Yo formo parte de esas cuestiones? —preguntó Jean cada vez más perplejo—. ¿Todavía no sabes si quieres estar conmigo?

—No es eso, Jean, claro que quiero estar contigo. Ahora no puedo explicártelo, pero te prometo que pronto volveremos a vernos y te lo contaré todo.

—¿Por qué no pruebas a hacerlo ahora?

—¿No tienes que irte a trabajar?

—Soy el dueño. Puedo llegar tarde si me da la gana.

Unos golpes en la puerta y la voz apremiante de Amparo rompieron la conversación.

—¡Señor Olsen! ¡Tiene usted que salir un momento!

—¡No es momento, Amparo! —gritó—. ¡Ahora estoy hablando!

—Pero ¡señor Olsen! —insistió.

—¡Joder! —exclamó al abrir la puerta—. ¿Qué coño pasa?

—Es el señor Montalbán —susurró el ama de llaves cerca de su jefe—. Ha irrumpido en la mansión y exige ver a su hija. El pobre Tomás se ha puesto nervioso al verlo y le ha abierto la verja de entrada.

Jean giró levemente su rostro hacia Emma y la contempló totalmente pálida y estática como una estatua de mármol, sobre todo cuando el candidato a presidente irrumpió en el vestíbulo de la casa.

—¡Olsen! —bramó al entrar a grandes zancadas, acompañado de uno de sus escoltas—. ¡Exijo ver a mi hija!

—Estoy aquí, papá —contestó Emma con voz monocorde—. ¿No me dijiste que podía volver a casa en cuarenta y ocho horas?

—Eso era antes de conocer algunos detalles —contestó a su hija, mirándola a los ojos—. ¡Antes de saber que te habías convertido en una fulana!

—Me importa una mierda —saltó Jean— que sea usted su padre, un puto político o el mismísimo presidente del universo, pero ni se le ocurra pensar que puede entrar en mi casa y dedicarse a insultarla.

—Señor Olsen —replicó el hombre en tono cínico—, no diría usted lo mismo si supiese lo que esta jovencita ha urdido para librarse de sus obligaciones. ¿Sabía usted que está prometida?

—¿Prometida? —balbució Jean. Apenas pudo asimilar esa información, cuando fue corroborada por la mirada de pánico de Emma—. Creo que será mejor que vayamos a mi despacho y hablemos como personas civilizadas.

Jean encabezó una comitiva que acabó entrando en su despacho, incluyendo a Emma, su padre y el escolta en plan *Hombres de negro* que no se separaba de él.

—¿Es verdad lo que dice tu padre, Emma? —fue lo primero que articuló Jean nada más cerrar la puerta tras él—. ¿Tienes a un prometido esperando?

—¡No!... Bueno... —titubeó ella—, todavía no es oficial, y yo no quiero casarme con él.

—¡Pues no pensabas lo mismo hace tan sólo unos meses! —vociferó su padre—. ¡Estabas encantada de casarte!

—¡Porque así me largaba de casa y podía hacer mi vida! —chilló Emma como respuesta.

—¿Y qué ha cambiado, si puede saberse? —preguntó exasperado Manuel Montalbán.

—Él... —dudó Emma un instante, mirando de reojo a Jean, que estudiaba

inexpresivo a padre e hija. Cuánto le dolía que toda la verdad saliera a la luz de esa manera rápida y atropellada—, puede parecer un hombre encantador y amable, pero tiene algo que no me gusta. Además, sabes que sólo persigue sus propios intereses con esta posible boda, por no hablar de lo importante que le parece mi... inexperiencia.

—¿Ha sido ése el problema? —gritó su padre—. ¿Te molesta que le atraiga tu virginidad? ¿Por eso has decidido perderla con cualquiera, como cualquier golfa?

—Le advertí que dejara de insultarla —volvió a intervenir Jean.

—¿Por el amor de Dios, cállese, Olsen! —le ordenó, despreciativo, el candidato a presidente—. Usted debería ser el primero en sentirse ofendido, sabiendo cómo se ha burlado y de qué manera lo ha utilizado. ¿Acaso no se imagina por qué se presentó aquí mi querida hija? —le soltó en tono de burla—. Pues póngale un poquito de imaginación.

—¿Por eso te presentaste aquí proponiendo ser mi amante? —susurró Jean, volviendo su rostro hacia Emma. Si ella estaba pálida, él no sentía una sola gota de sangre correr por sus venas, lo que le provocaba un frío casi insoportable—. ¿Para librarte de un novio que ha dejado de interesarte?

—¡No! —intentó gritar ella sin conseguirlo—. Yo... yo... no pienses eso de mí, Jean, por favor.

—¿Hace bien en pensar lo peor de ti! —intervino de nuevo su padre—. ¡Te presentaste en esta maldita casa para acostarte con él, saltar de su cama y presentarte luego ante tu prometido con toda tu cara dura y fastidiar la boda!

—¡Eso no es cierto, papá! —sollozó Emma, tratando de ganar tiempo—. ¡Nada de lo que dices es verdad!

—¿Ah, no? —preguntó el hombre con una sonrisa triunfante—. Eric —se dirigió a su guardaespaldas—, haz el favor de dármelo. —El hombre de negro extrajo un objeto del interior de su chaqueta y se lo tendió a su jefe—. ¿Lo reconoces, Emma?

—¡¡Es mi diario!! —chilló Emma, esta vez bien fuerte—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo te atreves a espiarme, papá?

—Ni siquiera sabía dónde se encontraba mi hija —le dijo en un tono algo más calmado—. Podías estar secuestrada o muerta. ¿Es que no lo entiendes?

—No lo hagas, papá, por favor —le suplicó al ver que abría las páginas del diario, al cual le había hecho saltar la cerradura.

—No me queda más remedio —sentenció su padre—. Comenzaré por una lectura de lo más interesante.

Martes, 2 de febrero.

Querido diario:

La idea de casarme con Alberto ya no me parece tan acertada. Pensé que, si me casaba, me alejaría de mis padres, de sus putos líos de políticos y de sus cansinas reuniones, de las que tan harta estoy. Pero me da la sensación de que saldría del fuego para caer en las brasas, puesto que creo que sólo le intereso como mujer florero y acabaría basando mi vida en lo mismo que ahora detesto...

Las lágrimas comenzaron a resbalar por el rostro de Emma. Su padre iba arrancando aquellas palabras del diario como si fuesen dardos envenenados que se iban clavando en su corazón, y sabía que llegaría al momento en que todo empeoraría y se vendría abajo.

Si sólo hubiesen pasado unas pocas horas... Si ella hubiese podido hablar primero con sus padres y luego con Jean...

Miró hacia él. No hubiese podido descifrar su expresión ni en un millón de años.
—Ahora viene lo mejor... —Y su padre continuó leyendo.

Viernes, 10 de marzo.

Querido diario:

Hoy he visto a Julio y me ha hecho mucha ilusión, como siempre. Entre otras cosas, me ha vuelto a mencionar a su jefe, Jean Olsen. (Uy, se me ha escapado su nombre, porque hace ya tiempo que decidí no mencionarlo.) Cuando ha comenzado a hablarme sobre la cantidad de mujeres que se ligan entre los dos, una brillante idea ha tenido lugar en mi mente.

¿Y si me convierto en su amante y dejo de ser virgen? Un tío así seguro que pica.

¿Se retractaría Alberto de sus promesas de matrimonio cuando supiese que me he acostado con otro?

Está decidido. Me he convencido a mí misma. Me presentaré ante el lujurioso señor Olsen y le haré la proposición. De esa forma me libraré de casarme y, al mismo tiempo, me cobraré una deuda que tengo pendiente con el misterioso e inaccesible Jean Olsen.

Ahora mismo me pongo a planearlo bien y a contárselo todo a Chantal. Seguro que a ella le parece perfecto que me acueste por primera vez con un tío bueno al que no le importará añadir una más a su preciada lista.

¡Bienvenida, libertad!

Silencio.

—Jean, por favor —volvió a sollozar Emma, tras unos instantes en los que la incertidumbre y la incredulidad se respiraron en aquel despacho—, muchas cosas han cambiado desde entonces. Escúchame...

—Váyanse los dos de mi casa —exigió Jean, con una voz tan ominosa y cargada de ira contenida que no parecía la suya, lo que hizo que Emma diera un respingo—. Ahora mismo.

—Debo entender —intervino el candidato, al tiempo que cerraba el diario— que usted ha sido tan simple como para caer ante las argucias de una cría. O tan crápula.

—Sí —contestó de forma automática—, he caído, pero no por crápula, sino por simple, por estúpido. Lo siento por usted y por quienquiera que sea su futuro marido.

—Joder —se lamentó el hombre—. Cuando se entere tu madre... En fin, no sé qué dirá Alberto Muntaner de todo esto, pero...

—Perdón —interrumpió Jean, después de sentir cómo bajaba su temperatura corporal unos cuantos grados más—, ¿Alberto Muntaner es el prometido de su hija?

—Exacto —contestó el padre—. Alguien con quien usted no podrá medirse jamás.

—¿Lo dice porque es él quien financia sus gastos de campaña a cambio de tratos beneficiosos bajo manga? —le espetó Jean, sintiendo cómo el hielo de sus venas pasaba a convertirse en ácido corrosivo.

Conocía demasiado bien a ese tipo, los rumores de corrupción asociados a él, aunque la justicia aún no había podido encontrar nada de que acusarlo. Aparte de todo lo que conocía de él en otros aspectos más personales, como sus depravaciones, puesto que lo había visto en acción más de una vez en sus tiempos de borracheras, durante fiestas y orgías cargadas de alcohol, drogas y sexo duro.

Y pensar que era novio de Emma y que podía acabar casándose con ella...

Aunque... se lo tenía merecido. Por mentirosa. Por traicionera. Por romperle el corazón.

—No me joda, Olsen —le espetó en tono amenazante el político, endureciendo su expresión mucho más—. Procure no meterse en mis asuntos. Estoy en plena campaña electoral y los sondeos van a mi favor. Ya me ha jodido bastante, o a mi hija, en este caso. Si le cabrea que se haya burlado de usted, considérese recompensado, ya me entiende. Olvide que he estado aquí, que ella ha estado aquí —añadió señalando a su hija con un movimiento de cabeza—. Y olvide cualquier síntoma de hostilidad hacia

Muntaner. Le machacaría vivo.

—He dicho que se larguen —repitió Jean, comenzando a sentir bullir la ira en su interior—. ¡Fuera de aquí! —gritó con el rostro desencajado.

—Por supuesto —dijo Montalbán, soportando a duras penas los malos modales de Jean—. Vamos, Emma.

Agarró a su hija del brazo y se encaminaron hacia la puerta, la cual ya estaba abierta porque Julio, del que nadie había advertido su presencia, llevaba unos minutos presenciando la escena.

—Julio —susurró la joven. Pero su padre tiró de ella y se marcharon de la casa sin que su hermano les dedicara una sola mirada. Sin embargo, sí que levantó la vista del suelo cuando quedó a solas con Jean.

—¿Meto a mi hermana en tu casa y tú la metes en tu cama? —De repente, el volumen de su voz había aumentado al máximo—. ¿Qué coño te has creído? ¿Que mi hermana pertenece a la misma lista de tus zorras con clase? ¿De tus pijas adúlteras? ¡¿Cómo has podido, joder?! ¡Éramos amigos! Aunque no, claro —soltó de pronto con desprecio—, qué estúpido soy. Yo sigo siendo el puto empleado y tú, el jefazo ricachón, el que paga, por supuesto.

—Julio —susurró Jean—, espera, yo...

¿Qué podía decirle? ¿Que sus intenciones habían sido honorables? ¿Que pretendía pedirle permiso a él y a su padre?

No, claro que no. Al fin y al cabo, se la había tirado. Por mucho que hubiese sido ella la maldita manipuladora.

—Que te den, Jean —le espetó con desdén. Lanzó al suelo la gorra que llevaba en la mano y se quitó la chaqueta, con la que repitió el mismo brusco movimiento—. A la mierda el puto uniforme, que sólo me sirve para recordar que soy inferior a los de tu maldita clase. A partir de ahora trabajaré vestido como a mí me dé la real gana, pero no se alarme el señor —añadió con sorna—, porque, en cuanto encuentre otra cosa, me largaré de esta puta mansión de los cojones y la perderé de vista a ella, a ti y a todos los jodidos traumas que arrastráis todos los Olsen.

Cuando Julio desapareció por la puerta, Jean cerró de un portazo y se lanzó como un poseso a abrir la nevera de su despacho. Como siempre, cargada de botellas de zumos y refrescos.

Emitiendo un grito desgarrador, Jean las tiró todas, una por una, provocando sobre las baldosas del suelo todo un caos de botellas y envases, de salpicaduras de distintos colores y del afilado sonido de los cristales rotos. Desesperado, se abalanzó después

sobre cada una de las puertas y cajones de su mesa y de los armarios, buscando con ímpetu cualquier tipo de bebida que contuviera alcohol.

Pero no lo consiguió. Él mismo se había encargado de eliminar hasta la última botella después de su vuelta de Lanzarote... pensando en hacer desaparecer cualquier peligro o tentación, para agradar a Emma, para enamorarla.

Parado en medio de la estancia, rompió a reír, con una risa espeluznante que poco a poco se fue convirtiendo en extraños gemidos, y después en llanto, en un desconsolado llanto que le hizo aflojar sus rodillas y caer al suelo, donde todo su cuerpo se convulsionó, presa de unos sollozos que no sufría desde que, diecisiete años atrás, muriera su madre y lo dejara solo ante el mundo.

Como se sentía en ese momento.

CAPÍTULO 10

—¡Eres una sucia puta!

Recibir semejante frase nada más llegar a casa, acompañada de una fuerte bofetada, puede describirse como algo incómodo, incluso desagradable. Pero si eso proviene de tu propia madre... llega a resultar doloroso, en el más amplio sentido de la palabra.

—¿Qué ocurre contigo, Emma? —le espetó de nuevo su madre, aunque sin gritar. Ella nunca lo hacía, porque se podía considerar un acto demasiado vulgar—. ¿No tienes todo lo que necesitas? ¿No te hemos ofrecido los mejores colegios, las mejores ropas y cualquier capricho que nos has pedido? ¡Para luego recibir este pago!

—Claro que sí, mamá —contestó Emma, con la mano aún puesta sobre la mejilla que había recibido el impacto—. Pero a veces el dinero no lo compra todo, como te empeñas en creer.

—El dinero no es lo que más nos interesa ahora —continuó diciendo su progenitora—, sino la campaña política de tu padre, esa que tú pareces decidida a fastidiar. —Elevó la barbilla y dejó balancear su perfecta melena caoba y sus pendientes de perlas—. Tu próximo compromiso con Alberto hubiese contribuido a ofrecer una buena imagen de nuestra familia, y, que yo sepa, a ti te parecía bien. ¿Por qué has tenido que hacer esa idiotez? ¿Qué problema tienes en casarte con él?

—Ya os lo he dicho —explicó Emma, tratando de contener su furia—: Ese tío no me gusta. Te habrá encandilado a ti, mamá, o habrá llenado los bolsillos del partido político de papá, pero me sigue pareciendo un tipo en el que no confío, al que no quiero y con el que no pienso casarme ni por todo el oro del mundo.

—Pero ¿tú eres tonta? —vociferó la madre por primera vez en su vida, aunque sus mejillas púrpura delataran que se estaba conteniendo para no gritar aún más—. ¿Qué tendrá que ver el matrimonio con todas esas cosas? ¡En nuestra clase no existen! Sólo tienes que llevar una vida respetable, no dar que hablar a la prensa y tratar de aparentar que eres feliz.

—¿Quieres decir sin serlo? —replicó Emma, alucinada—. ¿Exactamente como tú? —bufó—. Pues déjame que te aclare una cosa, mamá: llevo muchos años haciendo lo que me ordenáis, tratando de agradaos y de agrandar al mundo, y tal vez por papá

continúe haciéndolo el tiempo de campaña, pero no imagines, ni por un instante, que voy a ser como tú; no me interesa.

—Entonces, ¿por qué aceptaste casarte con Alberto? —volvió a exclamar la madre.

—¡Para largarme de aquí! —chilló Emma—. ¡Para dejar esta vida patética que tenéis vosotros y no convertirme en la amargada reprimida que tú eres!

—Maldita desagradecida.

Cuando Emma se cubrió para tratar de esquivar una nueva bofetada de su madre, su padre atrapó la muñeca de su mujer y evitó que volviera a pegarle.

—Basta ya, Miranda. Creo que por hoy ya ha habido suficiente. Deja que se marche a su habitación.

—Sí, me voy a mi cuarto —anunció Emma con todo el resentimiento del mundo—. A ver hasta cuándo sois capaces de mantenerme ahí.

—¿Estás pensando en volver a escaparte? —saltó irónica su madre—. Pues dudo mucho de que el borracho de tu hermano y su jefe vuelvan a acogerte. Y si te marchas por tu cuenta, te encontrarás con tu cuenta corriente bloqueada, tus tarjetas canceladas y sólo dispondrás de lo que lleves puesto. ¡A ver hasta dónde llegas! A no ser —añadió apretando sus labios en una fina línea— que pienses volver a utilizar tu cuerpo para que te mantengan.

—¡Ya está bien, Miranda, por el amor de Dios! —la volvió a increpar su marido, mientras Emma se marchaba corriendo hacia la escalinata de mármol que conducía a la planta superior.

—No me extraña nada que la defiendas —lo censuró su mujer con malicia—. Lo lleva en sus genes y en su sangre, al igual que el hijo de la camarera. Los dos son igual a su padre.

—No empieces, Miranda...

—Eres un mujeriego, Manuel, siempre lo has sido —le recriminó con desprecio—. Saltas de cama en cama, pensando únicamente en ti mismo y en tu placer, pero luego me tienes a mí para tapar tus miserias y convertirte en el hombre respetable que la gente cree que eres y que, por ello, admira. La misma gente que te votará y hará posible que seas el presidente del país. Pero luego te permites cuestionarme delante de Emma.

—Es nuestra hija, Miranda —suspiró el candidato—, y además ya es adulta. No esperes poder seguir castigándola como cuando era pequeña.

—Sólo quedan unos días para las elecciones —recordó la mujer elevando la

barbilla—, para ese día para el que tanto has luchado. ¿Quieres o no quieres ser el próximo presidente?

—Por supuesto —se rindió él.

—Pues entonces —contestó su mujer, antes de girarse hacia la puerta—, déjame hacerlo a mi manera.

Manuel Montalbán dejó escapar un suspiro. El hombre cuyo rostro acaparaba, desde hacía semanas, vallas, carteles, fotografías, portadas de diarios y la pantalla de la televisión, se sintió de pronto impotente ante sus problemas familiares.

Su esposa tenía razón, a pesar de todo. Él había llevado su vida de placeres al margen de toda apariencia. Cometió un desliz en sus comienzos, dejando embarazada a una camarera de un bar nocturno, pero, gracias al dinero de su suegro, tan ambicioso como él, pudo tapanlo y casi borrarlo del mapa. Su entonces prometida y su padre lo perdonaron, aunque fuera únicamente porque lo consideraban muy capaz de avanzar en una prometedora carrera política y lo protegieran exclusivamente por su propia ambición; por unir la fortuna de la familia Vega a su inteligencia, su carisma y sus propias pretensiones.

Así era como a los hombres de su clase se les permitía llevar una doble vida en el tema de mujeres y sexo, siempre y cuando fuese discreto. Y eso era lo que él había hecho.

Pero ¿era ésa la clase de vida que quería para su hija?

La imagen de Alberto Muntaner apareció ante él, junto al dinero y los contratos que habían firmado de mutuo acuerdo, anunciando un futuro de lo más prometedor. Y volvió a suspirar. Era su hija, pero ni ella ni nadie iban a apartarlo de un camino que llevaba muchos años allanando.

Se recolocó la corbata y las gafas frente al espejo de la chimenea, irguió sus hombros y se marchó a la sede del partido. Sonrió. Muy pronto lo haría en coche oficial y desde la residencia oficial de la capital.

* * *

Emma continuaba encerrada en su habitación. No es que hubiesen cerrado la puerta con llave ni nada tan drástico —era suficiente con el ejército de guardaespaldas que rodeaban la casa—, sino que ella misma se sentía sin fuerzas para moverse de su cama. Rodeada de sus peluches, sobre la colcha rosa, en su dormitorio de muebles blancos con detalles violeta, continuaba sin hacer nada. No le apetecía

leer, ver la televisión ni utilizar el móvil, a pesar de que los mensajes de Chantal se habían acumulado por docenas ya. En cuanto recuperara el ánimo, hablaría con ella.

¿Habría también mensajes de Julio? ¿Qué pensaría su hermano de ella, de lo que había hecho? ¿Se habría resentido su relación de camaradería con Jean?

Jean...

La constante preocupación por él no cesaba de provocarle un hondo dolor en el corazón. Si volvía a beber no se lo perdonaría en la vida. La única noche que habían pasado juntos había llegado a vislumbrar un brillo diferente en sus ojos grises, pero cuando su padre soltó la verdad... De nuevo aquella oscuridad, aquella tristeza.

Se incorporó en la cama y miró a través de las cortinas del gran ventanal. El sol ya se estaba poniendo y la penumbra comenzaba a inundar la estancia. Otro día más había pasado, y ya iban cinco, en los que no había salido de su cuarto ni para comer.

Levantó uno de sus brazos y arrugó la nariz cuando su olor corporal le recordó que ni siquiera se había duchado ni cambiado de ropa. Tras un suspiro de resignación, se levantó de la cama, escogió algo de ropa de su armario y se encaminó al cuarto de baño para ducharse. Ya era hora de que dejara de lamentarse y se enfrentara a sus problemas. Esperaría a que pasaran las elecciones, que esperaba que su padre ganase, y después... Después ya pensaría en algo. Podría tratar de encontrar un trabajo, alquilarse un estudio...

Mientras se iba llenando la bañera, se miró al espejo. Seguía teniendo cara de buena chica, lo que siempre había sido. Durante años había procurado ser una hija obediente y comprensiva, tratando de ganarse el afecto de su madre sin conseguirlo. Los únicos buenos recuerdos que conservaba de su infancia se limitaban a la alegría de ver a su padre volver de alguno de sus viajes cargado de regalos, o las pocas noches que lo había oído entrar en su habitación para tajarla y darle un beso en la frente.

Tras un reconfortante baño y con la grata sensación de sentirse limpia, Emma se dispuso a bajar la escalera en busca de algún indicio de vida en la casa. Cuando llegó al salón principal, frenó en seco al divisar en uno de los sofás a su madre sentada, conversando con un invitado, con el que sonreía como no lo hacía nunca con su propia familia.

—Oh, Emma, mira qué sorpresa —anunció su madre mientras se ponían en pie ella y el invitado—. Alberto ha tenido la amabilidad de hacerte una visita.

—Hola, Emma —la saludó su todavía prometido, al menos hasta que rompieran—. ¿Cómo estás?

—Pues... —titubeó ella sin tener muy claro cómo proceder.

—Será mejor que os deje solos —intervino su progenitora—. Seguro que tenéis mucho de que hablar. —Miranda se marchó del salón, no sin antes dedicarle una elocuente mirada a su hija, con la que le indicó claramente «procura no fastidiarla esta vez».

Ya a solas, él le hizo un amable gesto a Emma para que se sentase a su lado y ella lo hizo. Y como ya le ocurriera con él en sus últimos encuentros, sintió un desasosiego difícil de explicar.

A sus cuarenta y cinco años, Alberto Muntaner era un hombre muy atractivo. Su mejor baza era su sonrisa encantadora, junto a su mirada cautivadora o su cabello oscuro salpicado de algunas canas que todavía lo hacían más interesante. Era amable, educado y encantador a la par que elegante. Sólo vestía trajes a medida y pulcras camisas blancas complementadas por conjuntos de alfiler de corbata y gemelos, por lo que las féminas no dejaban de revolotear a su alrededor.

A pesar de aparecer en portadas de revistas con las más exquisitas modelos colgadas de su brazo, ninguna de ellas le había hecho plantearse el matrimonio.

Hasta que conoció a Emma.

—Mira, Emma... —le dijo cogiéndola de las manos—. Ya he sido informado de tu... desliz, y quiero asegurarte que no me importa. Todos hemos sido jóvenes y hemos sentido la llamada de la rebeldía, pero te prometo que mis sentimientos por ti no han cambiado. Sabes que yo tampoco he sido un santo, pero, en cuanto estemos casados, ya verás cómo todo va perfectamente entre nosotros. Te llevaré a recorrer el mundo y te cubriré de joyas... si aceptas —añadió con una de sus sonrisas irresistibles, que a Emma le pareció más bien de suficiencia, como si llevara escrito «el mundo es mío y hago lo que me da la gana».

A pesar de todo, no escatimó en galantería y caballerosidad. Introdujo una mano en un bolsillo y extrajo una pequeña caja, de la cual sacó un pedazo de anillo de compromiso que casi obligaba a sacar las gafas de sol por el intenso brillo de sus diamantes.

—Emma —le dijo mientras se lo colocaba en el dedo anular—, ¿quieres casarte conmigo?

Esa misma pregunta, tiempo atrás, la habría hecho dudar, incluso se lo habría llegado a plantear, pensando en que, estar casada con un hombre tan interesante como Alberto Muntaner, podría haberla sacado de su aburrida y monótona vida. Pero ahora ya no. Ya no se conformaba con eso.

Además, qué poco la conocía. ¿Cubrirla de joyas? ¡Por favor!

Preferiría vivir debajo de un puente antes que casarse con él. Apurando mucho, incluso con sus padres prefería vivir.

—Alberto, yo...

—Chist... —la silenció él, al tiempo que le sujetaba las manos para evitar que ella se sacara la joya del dedo—, no me contestes todavía; por favor, no te precipites. Déjate puesto el anillo mientras tienen lugar las elecciones y vemos cómo se desarrollan los acontecimientos. Después volveremos a hablar. —Le dio un beso en la mejilla y otro en los labios, ambos castos y suaves. Se levantó y la dejó sentada en el sofá, antes de que pudiese replicarle.

Alberto salió de la residencia de los Montalbán resoplando con disimulo, recolocándose la corbata y sacudiendo las mangas de su americana en un irritado gesto. Se montó en su coche y le dio instrucciones a su chófer para que lo llevara a su destino, el lugar que frecuentaba cada vez más a menudo. Esa cría lo había vuelto a dejar tan excitado como cada vez que la visitaba en alguno de sus castos encuentros, pero por ella tendría la paciencia de un santo.

Durante el trayecto pensó en ella, en la dulce, ignorante e inocente Emma. Bueno, ya no tan inocente, técnicamente hablando, pero más de lo que encontraría entre las mujeres de su entorno, lo suficiente como para pensar en ella como esposa y madre de sus hijos.

En un principio sólo pensó en ella como un negocio. Ser yerno del presidente — con su ayuda lo sería, seguro—, le abriría las únicas puertas que le faltaban por traspasar de este mundo. Pero tenía que reconocer que, nada más verla, supo que la quería para él, para que le otorgara lo único que le faltaba, que era adquirir honorabilidad, estar casado con una buena chica, de buena familia, y que únicamente se dedicara a cuidar de sus hijos y a acompañarlo en los actos sociales, como un bonito adorno.

Mientras, como en la clase alta solía suceder, él seguiría teniendo acceso a un universo de diversión y fantasía, donde las mujeres y el placer continuarían formando parte de su vida.

Cuarenta kilómetros más tarde, ya con el oscuro cielo cubriendo sus cabezas, se adentraron por un camino de tierra que llevaba a una gran casona junto a un bosque y un pequeño arroyo. Discretamente, el chófer paró en la parte de atrás, donde varios vehículos aparcados entre la penumbra informaban de que El Círculo ya se había puesto en marcha.

Un fornido portero en la entrada trasera le permitió el paso sin dudarlo, sin saludo, discreto, como todo lo que rodeaba al misterioso y clandestino club.

Alberto bajó varios tramos de una escalera de piedra que debía de tener un par de siglos. El simple hecho de verse rodeado de aquella penumbra y del olor a humedad ya le producía una enorme excitación. Olores y sensaciones que lo transportaban directamente a pensar en placer. Y cuando traspasó la pesada cortina granate que cubría el acceso al recinto, se vio asaltado por la suave música, la casi total oscuridad, el olor del sexo y los gemidos, lo que le provocó una todavía mayor dosis de lujuria.

El Círculo era un selecto club, cuyos integrantes, hombres y mujeres, pertenecían en su mayoría a la élite social, pues sólo unos pocos podían permitirse las exorbitantes cuotas que dicho club exigía abonar. En aquel lugar se podían mantener relaciones sexuales entre todos los integrantes, en parejas o en grupos, sin normas, sin tabúes. Para la admisión se exigía un primer pago importante y una especie de ritual de iniciación, en el que el candidato debía mantener una relación sexual delante del resto, siempre en la sala principal, una enorme estancia de forma circular —de ahí el nombre— que se situaba en el sótano de una antigua hacienda.

Alberto Muntaner había sido uno de sus fundadores, el día que descubrió que todas aquellas personas importantes que acudían allí a extravagantes sesiones de sexo podrían resultar verdaderas aliadas más tarde, cuando él las necesitara y ellas no tuvieran más remedio que complacerlo si no querían que sus apariciones en el club salieran a la luz y sus respetables vidas se vieran truncadas por el escándalo.

Alberto nunca renunciaría a pertenecer a ese club. Emma y su respetabilidad por un lado; el placer y la fantasía, por otro.

En medio de sus divagaciones, contempló a una chica rubia que, a pesar de parecer muy colocada, le recordó a su ya prometida. Estaba desnuda, sentada en el suelo, fumando algo que la hacía sonreír y la envolvía en una densa nube de humo. Alberto se acercó, tomó el desvencijado cigarro de entre sus laxos dedos y le dio una profunda calada que le invadió los pulmones de una renovada energía mezclada con deseo. La joven volvió a reír mientras observaba cómo él desabrochaba su pantalón, la sujetaba del pelo y le introducía el erecto miembro en la boca. Mientras el placer de aquella lengua lo envolvía, localizó a otra mujer entre la concurrencia, a la que le hizo un gesto para que se acercara. No se parecía mucho a Miranda, su futura suegra, pero tenía una bonita melena pelirroja, lo que resultaba suficiente como para imaginarla a ella. La mujer comenzó a besarle mientras él le tocaba los pechos y la

chica rubia continuaba con su miembro alojado en su boca.

Y así, envuelto en aquella niebla de placer místico, fue pasando la noche, llevando a cabo unas fantasías que, si bien nunca podría hacerlas realidad, bien podían servirle para su propio gozo y disfrute.

CAPÍTULO 11

El aire del interior del Bentley casi se podía cortar con un cuchillo, pues sus dos ocupantes no se habían dirigido la palabra desde hacía varios días, a pesar de vivir a pocos metros, se podía decir que en la misma casa. Pero Jean apenas había pisado más estancias que su dormitorio, su despacho y el gimnasio, mientras que su empleado no había salido de la vivienda construida encima del garaje.

Julio seguía cumpliendo con sus obligaciones de llevar a Jean a la ciudad hasta que encontrara un nuevo trabajo que lo llenara tanto como el que tenía, al menos hasta ese momento, antes de que se diera cuenta de que un jefe no era un amigo.

Como había prometido, se había puesto esa mañana un pantalón vaquero oscuro y un polo azul marino que dejaba al descubierto sus tatuajes, las primeras prendas que había encontrado en su armario, después de deshacerse de todas sus mudas de uniforme y lanzarlas al contenedor gris. No sabía si Amparo las había rescatado, pero, tan discreta como siempre, no le había hecho comentario alguno, ni sobre la ropa, ni sobre su hermana o Jean. La mujer había seguido con sus quehaceres como si tal cosa, como si nada hubiese pasado, aunque, conociéndola bien, quedaba claro que se preocupaba por todos ellos, demostrándolo con su semblante demasiado serio, sin ganas de sus bromas. Aunque, también era verdad, pocas bromas había intentado hacer, por no decir ninguna, desde que Emma se había marchado.

Miró a Jean con disimulo, tras sus gafas de sol, por el espejo retrovisor interior. Seguía trabajando en su portátil, sin hacer comentario alguno. No había pronunciado una sola palabra desde hacía varios días y su cara no expresaba nada, aunque a él no le pasaban desapercibidas la palidez de su piel y las enormes ojeras, los mismos elementos que habían formado parte de él casi toda su vida de alcoholismo.

Por una parte, Julio sintió una punzada de lástima al imaginar el infierno por el que habría pasado su jefe. Pero, por otro lado, recordó que hacía días que no hablaba con Emma y mucho menos lo iban a dejar visitarla; que tampoco sabía cuándo volvería a verla para que ésta le diese una explicación plausible de todo lo que había pasado, y que su jefe se había aprovechado de su amistad para traicionarlo.

Cuando Julio estacionó el vehículo junto a la entrada del edificio de las oficinas Olsen, Jean bajó con su maletín, accedió al vestíbulo y, de ahí, al ascensor hasta la

planta veinticuatro, que acogía en su integridad la sede de la empresa.

—Buenos días, Estela —saludó a su secretaria antes de entrar en su despacho. Si la mujer de pulcro cabello blanco notó la diferencia de tono en relación con una semana atrás, en la que su jefe parecía hasta alegre, no dijo nada.

—Buenos días, señor Olsen. Perdona, pero tiene usted una visita. Me he tomado la libertad de hacerlo pasar a su despacho para que lo esperase a usted allí.

—¿Visita? —preguntó sombrío, pues no tenía ni pizca de ganas de hablar con nadie—. ¿Qué visita?

—El señor Muntaner, señor Olsen. He creído que, tratándose de él, hacía bien en dejarlo pasar —explicó, rendida, como todas, ante los encantos, el carisma y el poder de Alberto Muntaner.

Jean se tornó mortalmente pálido. Ésa era la última visita del mundo que deseaba encontrarse, y menos en su despacho.

—¿He... he obrado mal, señor? —preguntó la secretaria al ver su reacción.

—No, tranquila, Estela, atenderé a tan... ilustre visita. No me pases llamadas.

Agarró con cautela el pomo cromado de su puerta, pero abrió con decisión. El constructor lo esperaba de espaldas, mirando por la ventana y con un vaso en la mano.

—Oh, ya estás aquí —dijo dándose la vuelta—. Espero que no te importe, me he tomado la libertad de servirte yo mismo uno de tus variados refrescos. ¡Es increíble! —añadió con contenida mordacidad—. Nunca había visto tanta diversidad de bebidas sin alcohol en tan poco espacio.

—¿Qué quieres, Muntaner? —preguntó Jean sin tomar asiento. Prefirió mantenerse de pie y, al menos en cuestión de altura, no mostrarse inferior a ese tipo—. Tengo trabajo.

—Todavía no he recibido respuesta sobre mi oferta —contestó el magnate—. Suculenta oferta, por cierto.

—No me interesa —sentenció Jean mientras se acercaba a su mesa. Dejó su maletín sobre la pulida superficie de nogal y recolocó los objetos que formaban parte del orden que solía acompañarlo.

—¿Ni siquiera después del domingo, día de elecciones? —inquirió Muntaner.

—Oh —sonrió Jean con una mueca—, te refieres a después de convertirte en el yerno del presidente. Pues... no —soltó como si de verdad lo hubiese dudado—, tampoco me interesa. En realidad, no me interesáis tú, tu empresa o tu suegro una puta mierda.

—¿Y mi prometida? —volvió a preguntar, al tiempo que se acercaba más a Jean y

lo miraba con ojos lobunos. Ya no tenía que fingir, ni hacerse el encantador. Entraba en una faceta más suya y personal, que Jean conocía perfectamente.

—Tampoco —contestó Jean con seguridad.

—No te creas —dijo Alberto, cerniéndose sobre Jean— que voy a pasar por alto lo que has hecho, puto borracho. Tal vez le haya hecho creer a Emma y a su familia que no me importa lo que ha ocurrido, pero la verdad es que me has jodido, Olsen, no imaginas cuánto. Tienes suerte de que me interese esa alianza, ese matrimonio y emparentar tanto con los Montalbán como con los Vega, porque, si no hubiese sido por eso, Emma hubiera quedado como una vulgar puta delante de toda su familia, la prensa y el resto del país. La hubiesen repudiado hasta en una tienda de chinos, y tú, alcohólico de mierda, no venderías una zapatilla ni en esos mismos establecimientos. Pero —dijo volviendo a mostrar una blanca sonrisa—, como ya te he dicho, has tenido suerte, porque, a pesar de haberla desvirgado tú, yo seré su marido y el padre de sus hijos... y, si te veo a menos de un kilómetro de distancia, te arruino, porque el que te la hayas tirado no va a joder mis planes. —Se llevó el vaso a la boca y se terminó su contenido haciendo una mueca de desagrado—. Joder, ya podrías tener whisky para las visitas, qué asco. ¡Ah, no, perdona! Te amorrarías a las botellas y te las acabarías tú solito.

Jean aguantó aquella diatriba con el mayor estoicismo del mundo. En aquellos momentos no le apetecía nada hablar de Emma o de su futuro matrimonio, y menos con aquel tipo.

—¿Intentas meterme miedo? —le preguntó a Alberto—. Porque, si es así, tal vez necesites saber que os deseo toda la felicidad posible. Tenéis todas mis bendiciones.

—¿Seguro? —replicó el constructor—. Pues yo diría que Emma te ha dejado huella. Esa cara ojerosa no sólo demuestra tus ansias de emborracharte, sino el fracaso que ahora mismo llena tu vida. Deseas a mi mujer, pero nunca más la tendrás. No la verás ni en fotografía.

—Aún no es tu mujer —aclaró Jean—. En todo caso, antes fue la mía.

Jean se arrepintió al instante de haber soltado esa gilipollez, pero ese tipo ya empezaba a tocarle los cojones. Le restregaba a Emma como si fuese un trofeo y, por mucho que le jodiera admitirlo, no soportaba que la trataran así.

—Veo que, a pesar de haberte visto arrastrarte muchas veces por una copa o vender tu alma por un trago, tienes huevos, Olsen —le reconoció Muntaner, intentando contener la furia—. Aunque no deberías cabrearme, y lo sabes. Pero —añadió de pronto de forma jovial y alegre—, como yo, ante todo, soy un hombre de negocios,

voy a proponerte de nuevo mi inmejorable oferta. Mi empresa, Ferrovinsa, tendrá asignada las obras públicas de los próximos cuatro años, a cambio, claro está, de mi aportación al partido que gobernará a partir de ahora. Además, entraré a formar parte de la burguesía catalana, un prestigioso círculo cerrado, tanto por mi matrimonio como por diversos intereses. Aún me estoy pensando si elegiré ser el presidente del Barça o alcalde de la ciudad. No sé qué me haría más ilusión.

Jean comenzaba a estar harto. Sabía lo que venía a continuación, lo que tantas veces le había ofrecido y otras tantas él había rechazado.

—Y tú —continuó Muntaner—, si te crees empresario, deberías seguir el juego. Ya sabes que no puedes seguir fabricando únicamente en España para vender en Europa o Estados Unidos, con las malditas normas de la Unión Europea y su puta madre. La deslocalización se hace imprescindible hoy en día, si quieres fabricar barato y pagar pocos impuestos. Mi empresa se haría cargo de ese traslado, del desmantelamiento de tus fábricas y la posterior construcción en cualquier país que elijas, aunque yo te aconsejo Vietnam, donde nunca se hace una sola auditoría que ponga en evidencia ninguna ilegalidad.

—Y ya de paso blanqueas el dinero que destinas al partido de tu suegro, claro —apuntilló Jean con desprecio—. Escúchame bien, porque será la última vez que te lo diga: no me voy a ir a fabricar a ninguna parte, no voy a esclavizar a nadie y no voy a dejar a personas sin trabajo.

—Eres un maldito estúpido —escupió el constructor—. No esclavizamos a nadie, porque para esa gente cualquier cosa es mejor que lo que tienen, y, si fuéramos con nuestras putas normas, nos tendríamos que ir a otro lugar y no tendrían siquiera trabajo. ¡Eso es economía, joder! Seguro que el alcohol ha quemado tus neuronas.

—Sí, tal vez mis neuronas ya no funcionan —replicó Jean—, porque hasta me estás dando pena. Tú sí que eres un esclavo de este sistema que tenemos y de la sociedad más inútil. A veces, cambiar un poco las cosas es tan sencillo como complicado se quiere hacer ver. Prefiero que la gente me tenga por un puto beodo que por un explotador. Y ahora —dijo señalando la puerta—, largo de mi despacho. Y procura no volver por aquí.

—Por supuesto —aceptó el corrupto magnate—, me voy ahora mismo. —Asió el pomo de la puerta y, antes de salir al pasillo, se giró hacia Jean—. Antes de irme, una cosa más: quiero advertirte que no vuelvas a pensar en Emma, a recordarla o a mencionarla, porque dentro de poco será mi mujer y seré yo quien se la folle, no una vez como tú, sino cientos, miles de veces, hasta que la deje preñada en varias

ocasiones y sólo se dedique a criar a mis hijos. Así que me convertiré en un hombre con mucho dinero —afirmó con suficiencia—, poder, respetabilidad y una familia, mientras que tú te tendrás que conformar con tus escrúpulos y los recuerdos de tus borracheras, porque las mujeres sólo se acercan a ti para hacerse las rebeldes ante sus familias, para pedirte un puto polvo fantasma.

Abrió la puerta y desapareció tras ella sin molestarse en cerrarla.

Jean comenzó a respirar de forma demasiado rápida, intentando inhalar algo de oxígeno del viciado aire que había quedado en su despacho. Inspiró y espiró profundamente, cerró los ojos y trató de serenarse, pero Muntaner lo había puesto al borde de la histeria, guardándose las enormes ganas de partirle las dos piernas y su perfecta nariz.

Observó sus manos, que temblaban, algo que no le sucedía desde sus tiempos de alcoholismo, lo mismo que los sudores fríos o las náuseas. Antes de hacer algo de lo que arrepentirse, cogió su móvil y, con dedos trémulos, pulsó para llamar a su chófer.

—Te quiero en la puerta en dos minutos —le ordenó sin contemplaciones mientras salía del despacho y se dirigía a su secretaria—. Me voy a casa, Estela. CANCELALO todo.

—Señor Olsen —le dijo incrédula la mujer—, ¿ya se marcha? Sólo son las diez de la mañana, y tiene usted varias reuniones y visitas pendientes que...

—Hasta el lunes, Estela. —Dicho esto, desapareció tras las puertas del ascensor, dejando a su asistente con la palabra en la boca.

El resto de los días de la semana continuaron en la misma línea. Jean volvía a dormir demasiado poco y las pesadillas se tornaban más virulentas, con lo que, despertar en medio de la noche, al fin y al cabo, se convertía en una bendición, y luego se machacaba en el gimnasio durante horas. Julio se levantaba también bastante temprano para poder llevar a su jefe al trabajo, aunque él sí dormía profundamente, después de buscarse para la mayoría de las noches una mujer que lo dejase agotado y sin ganas de pensar.

Por otro lado, Julio ya había comenzado a redactar currículos, aunque de sobras sabía que lo único que le daría un trabajo aceptable sería una buena carta de recomendación de su jefe, algo que de momento no le había reclamado. Se limitaban a ir y volver del trabajo cada día, sin hablar más que lo básico, lo mismo que en casa, donde hasta las risas de Ana y Pilar o los chistes de Tomás habían desaparecido como por ensalmo.

Con la llegada del fin de semana la cosa pareció relajarse un poco, incluso se

permitieron la concesión de una cena juntos, Jean, Julio y Amparo, quien, con la excusa de una succulenta sopa casera, los reunió alrededor de la misma mesa.

Y ahí estaban, dando buena cuenta de un sabroso plato caliente, cuando al ama de llaves se le ocurrió poner la televisión. Los tres quedaron en silencio, sin apartar la vista de la pantalla, cuando Manuel Montalbán, uno de los candidatos a la presidencia del Gobierno, se alzaba ante ellos con la victoria tras la jornada electoral. En el balcón de la sede del partido, saludaba a los congregados mientras apoyaba cada uno de sus brazos en su mujer y su hija.

Emma... Allí estaba, tan bonita como siempre, aunque a todos les pareció más delgada y algo tensa. Llevaba el pelo recogido en la nuca y bastante maquillaje en el rostro, lo que la hacía parecer mayor. Durante un instante, la cámara enfocó a la persona que había tras ella, que le colocaba las manos sobre los hombros y la miraba con una sonrisa cargada de dulzura: Alberto Muntaner. También se encargaron de ofrecer un primer plano de la mano de Emma, donde lucía un impresionante anillo de compromiso.

Y Jean comenzó a sentirse terriblemente fatal. De nuevo los sudores, los temblores, las palpitaciones y las arcadas, como cuando experimentaba cada maldito episodio del síndrome de abstinencia. Se levantó de golpe de la mesa, dejando caer la silla sobre el suelo de la cocina y, sin decir nada, se marchó por la puerta.

Unas horas más tarde, Julio se dejaba caer sobre el alféizar de una de las ventanas de su apartamento, contemplando las brillantes estrellas. Esa velada no dispondría de compañía femenina y se tendría que conformar con que lo envolviera el frescor de la noche, pero qué le iba a hacer. No todas las noches triunfaba, y menos cuando no estaba de humor para soportar algunas exigencias.

Frunció el ceño cuando vio un coche acceder a la propiedad a través del camino enlosado de la entrada, y aún más cuando el vehículo rodeó la casa y se dirigió a la parte trasera. Y no era el primero, puesto que ya le había parecido oír, hacía un rato, unas risas ahogadas en aquella misma zona.

Alarmado, se puso con rapidez una camiseta y bajó la escalera de su vivienda para dirigirse a la entrada principal de Olsen House. Entró, subió los escalones de la escalinata principal de tres en tres y se lanzó sobre la puerta del dormitorio de Jean, que, como ya temía, estaba vacío. Bajó de nuevo veloz hasta la puerta del cuarto de Amparo, donde dio unos leves toques para despertarla, aunque ella no tardó más de diez segundos en aparecer con el cabello suelto y una bata.

—Amparo —le dijo con apremio y preocupación—, vístete y baja al sótano.

Tengo un mal presentimiento. ¡Vamos!

Mientras la mujer obedecía, Julio corría esta vez hacia la escalera que bajaba al sótano. Una vez allí pasó por delante de la gran sala habilitada como gimnasio, pero se asomó y estaba totalmente oscura y vacía, con lo que sus peores sospechas comenzaron a tomar cuerpo.

Y se materializaron, en cuanto abrió la última puerta del sótano, la que llevaba más de dos años cerrada.

La sala donde Jean, años atrás, celebraba sus fiestas y orgías.

A Julio casi le fallaron las rodillas al observar aquella escena tan decadente, más propia de un rodaje de película porno que de una fiesta. Sobre los diversos sofás, varias personas practicaban sexo en las más variadas posturas, y en el recargado ambiente flotaban los gemidos, las risas, los efluvios del alcohol y la cocaína.

Con la incredulidad reflejada todavía en sus ojos castaños, Julio barrió la estancia con la mirada, tratando de encontrar a Jean entre aquella profusión de cuerpos desnudos y semidesnudos que se revolcaban y reían, borrachos o colocados la mayoría.

Por fin, dio con él. Sobre un diván, despatarrado y a medio vestir, estaba Jean. Frente a él, arrodillada sobre la alfombra, una mujer le abría los pantalones y se introducía su miembro en la boca para chuparlo con deleite. A uno de sus lados, otra mujer rociaba sus pechos con whisky para que él los lamiera. Al otro lado, una tercera llamaba su atención para poder besarlo y después hacerlo amorrarse a una botella, alternando besos con tragos de whisky. El licor acababa rebosando por la barbilla de Jean, dejando una multitud de regueros ambarinos sobre su pecho y su camisa desabrochada.

—¡Joder, Jean! —bramó Julio—. ¡Me cago en la puta! ¿Qué coño estás haciendo?

Con fuerza y con ira, Julio se lanzó sobre su jefe y, con un par de tirones, le sacó de encima a las tres mujeres, que acabaron rodando sobre el suelo o el diván.

—¿A ti qué te pasa, capullo? —soltó una de ellas, arrastrando las palabras.

—¡Largo de aquí, petardas! —contestó Julio mientras agarraba a Jean por los brazos.

—Eh, Julio —dijo Jean, aunque apenas se le podía entender—, ¿vienes a sumarte a la fiesta? —preguntó entre risas—. ¡Fiesta, fiesta!

—Sí, Jean, sí —gruñó Julio cuando se lo colocó sobre los hombros—. Verás tú la fiesta que te espera.

Al sacarlo a rastras por la puerta, vio a Amparo, con el rostro desencajado, pero

que, de forma diligente, ya le había abierto la puerta del gimnasio y encendido los fluorescentes del techo para guiarlo en su camino hacia el baño.

—Ya me encargaré después de toda esa gente. Ahora ayúdame a llevarlo a la ducha —rogó Julio.

El ama de llaves sostuvo algo del peso que cargaba el chófer y entre ambos lo sentaron en el plato de la ducha. A continuación, Julio accionó el chorro superior del agua fría y dejó que cayera sobre Jean.

—¡Joder! —exclamó éste en un grito ahogado bajo el agua—. ¿Qué coño haces? ¡Sácame de aquí! —Aunque todavía bajo los efectos de la borrachera, intentó hacer lo posible por salir del infierno en el que se había convertido aquella cascada de agua helada.

—¡Ni hablar! —contestó Julio mientras lo sujetaba con fuerza, empapándose él mismo en el intento—. ¡Amparo —le gritó a la mujer por encima del alboroto de las voces de Jean—, trae lo que ya sabes para estos casos!

—¡Ahora mismo, Julio!

Mientras el ama de llaves corría hacia la planta superior, Julio continuaba sujetando a Jean bajo el agua, mientras éste continuaba gritando, maldiciendo y, al final, llorando. A Julio se le encogía el alma al oír cómo su amigo se quedaba casi sin voz, suplicándole que lo sacara de allí, pero sabía que no podía hacer otra cosa mejor por él en aquellos momentos.

Cuando Amparo apareció con una taza, Julio cerró el grifo del agua. Jean tiritaba y balbucía palabras sueltas e ininteligibles.

—Y ahora —intervino la mujer llevando la taza a sus morados labios—, se toma usted esto de un trago.

Y mientras Julio le sujetaba con fuerza la cabeza, le hizo beber aquel brebaje que contenía agua caliente, sal, limón y jengibre. Pero antes de acabárselo del todo, Jean movió frenéticamente los brazos, con lo que sus empleados dejaron que se arrastrara hasta el váter, donde comenzó a vomitar entre arcadas, convulsiones y toses, hasta que terminó abrazado a la taza del inodoro, temblando y sollozando.

Julio ayudó a su jefe a sentarse de nuevo apoyado en la pared, y Amparo humedeció una toalla para limpiarle con cuidado la boca y el resto del rostro.

—Me cago en tu puta madre, Julio —murmuró Jean con el rostro desencajado, aunque un ligero matiz de sonrisa parecía asomar por entre sus mortecinos labios.

—Si no fuera —contestó su todavía chófer, igualmente sonriente— porque ahora mismo eres un maldito desecho y me das lástima, te daría una paliza por decir eso.

—Lo sé —dijo Jean. Intentó volver a reír, pero el sonido se convirtió en lamento y, de nuevo, todo su cuerpo se estremeció por el llanto—. Ayudadme, por favor —les suplicó a sus empleados y amigos—. No me dejes, Julio, quédate conmigo y ayúdame. ¡Ayúdame! —Explotó de nuevo en el llanto más triste y amargo.

—No me iré, Jean —afirmó su amigo, parpadeando para que la humedad de sus ojos no lo delatara.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Jean.

Mientras tanto, Amparo, que sí dejó aflorar las lágrimas, tomó a Jean de los hombros y le apoyó la cabeza en su regazo, para dejar que se desahogara con su llanto, sin importarle que la fría humedad de su cabello traspasara la fina tela de su falda.

CAPÍTULO 12

Durante la cena de aquella noche, era Miranda quien llevaba el peso de la conversación mientras el resto de comensales prácticamente sólo escuchaba. Sobre todo Emma, que no dejaba de escarbar en su plato de verduras, sin comer y sin hablar. Su padre, al menos, hablaba de política y negocios con Alberto aprovechando los respiros que se permitía su madre en su diatriba sobre actos sociales y cotilleos. Aun así, el magnate y constructor no cesaba de reírle las gracias, haciendo aflorar sus impecables modales y su saber estar.

—Ya verás, Alberto —comentó la mujer, tras dar un pequeño sorbo a su copa—, cómo, cuando vivamos en Madrid, todavía habrá mucho más que hacer y comentar. En la capital hay muchos más actos sociales y mi marido tendrá que dar un montón de discursos. Yo lo acompañaré, por supuesto, pero vosotros no hace falta que lo hagáis. Si acabáis viviendo cerca de la Moncloa, ya nos iremos viendo, en alguna gala benéfica, en la inauguración de algún comedor social o en la colocación de la primera piedra de algo. No imagináis la de años que llevo imaginándome con unas enormes tijeras cortando una cinta roja...

A Emma, de repente, le entró mucho calor. Creyó notar un fuego dentro de su estómago cuya combustión se repartía por todas sus venas. Incluso nubes de vapor parecieron salir de su nariz, de sus orejas, por sus ojos...

—Vamos a ver si tenemos aquí todos las cosas claras —soltó Emma, poniéndose en pie, mientras el resto la miraba con gesto de incredulidad por osar interrumpir aquella interesante conversación—, que ya empiezo a alucinar un poquito.

—¡Emma! —la reprendió su madre. Seguro que por utilizar una expresión tan vulgar.

—Papá, mamá —continuó muy seria, obviando a su madre—, ya os dije que seguiría con todo este absurdo mientras durase la campaña, hasta las elecciones. Pues bien, has ganado, papá, así que creo que ya no es necesario que yo siga aparentando que soy la hija perfecta. Para empezar, no pienso irme a vivir a Madrid.

—Siéntate, Emma, por favor —masculló Miranda—. Vas a asustar a tu prometido.

—Ésa es otra de las cosas que habéis dado por hecha. —Se volvió hacia Alberto, se extrajo el anillo del dedo y lo depositó frente a él, que la miraba con expresión

imperturbable—. No puedo casarme contigo, Alberto.

—¿Por qué? —demandó el aludido—. Ya te dije que te perdonaba.

—Pero es que yo no ansiaba tu perdón, Alberto. Hice lo que hice y asumo las consecuencias.

—¿De qué estás hablando, Emma? Por favor, Manuel —exclamó Miranda dirigiéndose a su esposo—, dile algo a tu hija.

—A ver —intervino el padre, después de quitarse las gafas y dejarlas sobre el mantel—, dinos por qué no puedes casarte con tu prometido. Y más vale que sea una razón de peso.

—Pues... porque... porque...

Emma miró a aquellas tres personas que a la vez la miraban a ella, fijamente, expectantes, esperando que no contestara nada, que se volviera a sentar y pidiera disculpas por su comportamiento. Pero aquello ya no se repetiría, se había terminado ser Emma *la Obediente*.

Eso supondría no volver a ver a Alberto... pues le importaba un pimiento, la verdad. En cuanto a sus padres... Sí, eran sus progenitores y les debía mucho, pero ya iba siendo hora de buscar su propio camino. Si las chicas de su entorno social estaban dispuestas a llevar ese tipo de vida, donde una se casaba con alguien de su círculo sólo por seguir en él y con lujos para luego follarse al jardinero o a su monitor de tenis, ella no. Se acabó.

Así que, armada con la fuerza que le otorgó su propio deseo de huir de allí, inspiró, elevó los hombros y contestó:

—Porque estoy embarazada.

«Tictac, tictac, tictac...» Fue lo único que se oyó durante casi un minuto. El reloj de la repisa de la chimenea.

—¡Ésa es una broma de mal gusto! —expresó por fin su madre—. ¡Lo único que quieres hacer es fastidiarnos y castigarnos!

—¡No, mamá! —explotó Emma—. ¡No es ninguna broma! ¡Me he acostado con un hombre, porque me ha apetecido y me ha dado la gana! ¡Sin protección! ¡Y el resultado ha sido un puñetero embarazo!

—No le hables así a tu madre —la amonestó su padre.

El rostro del presidente electo había pasado a tomar el color de un limón, al pensar en la posibilidad del fracaso de su unión parental con Alberto Muntaner.

—Vale, vale —intervino de nuevo Miranda, a la vez que inspiraba con fuerza—, recapitulemos. No nos pongamos nerviosos. Tengo un par de amigas que pasaron por

lo mismo con sus hijas, que se liaron con unos indeseables. Ellas me darán el teléfono de su ginecólogo y mañana mismo solucionaremos el problema.

—No voy a abortar, mamá —afirmó Emma—. Voy a tener al bebé. Lo mejor será que me marche de aquí para no haceros pasar la vergüenza. Puedo irme a casa de la yaya Antonia y...

—¡Mi abuela tiene casi noventa años! —la cortó su padre—. ¡Y vive donde Cristo perdió el gorro!

—Cre... creo que me estoy mareando —dijo Miranda, recostándose en la silla.

—Debería marcharme.

Fueron las primeras palabras que pronunció Alberto desde que Emma soltara aquella bomba. Se levantó de la mesa, cogió el costoso anillo y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Alberto, espera! —rogó Miranda, repuesta del todo de su mareo momentáneo—. ¡No te marches así! —pidió desesperada, poniéndose igualmente en pie—. ¡Disuadiremos a Emma de esta absurda idea!

—No, Miranda —contestó Alberto con tranquilidad—. Creo que veo a Emma muy decidida y con las ideas muy claras. Y yo, la verdad, tendréis que comprenderme... perdonarle a mi prometida un desliz es una cosa, pero cargar con un niño de otro es algo bien distinto. Y usted, señor Montalbán —se dirigió a su suegro frustrado—, no se preocupe, todos nuestros acuerdos seguirán adelante.

—¿Está seguro, Muntaner? —preguntó Manuel, que ya había usado la blanca servilleta para limpiarse el sudor que le salpicaba la frente, preocupado por si la locura de su hija lo privaba de sus ambiciones.

—Por supuesto. Los negocios, primero. Ése sigue siendo mi lema. Y ahora, si me disculpan.

Caminó hasta la puerta de entrada, donde una empleada del servicio le ofreció su gabardina, y luego se marchó.

—Estarás contenta —le espetó Miranda a su hija. Su rostro estaba totalmente púrpura, y las arrugas alrededor de su boca delataban su furia y su odio—. Ya nos has hundido del todo.

—No era mi intención hundiros, mamá —replicó Emma—. Sólo quiero ser yo misma.

—¿Siendo madre soltera? —preguntó su padre—. ¿Eso es con lo que soñabas?

—¿Tan extraño os parece —dijo Emma en tono suplicante— que el día que me case, si lo hago, sea con quien me dé la gana? ¿O que quiera seguir estudiando o

viajando...?

—Por favor, Emma —intervino su madre mientras se servía una copa de vino hasta arriba—, desaparece de mi vista. Ahora mismo no me apetece escuchar tus estúpidos discursos feministas.

—Por supuesto que desaparezco de tu vista —dijo Emma con la voz algo quebrada. A pesar de todo, era su madre, aunque jamás hubiese ejercido como tal. Por lo menos no como ella hubiese deseado—. Me voy a mi habitación, pero mañana mismo me largo de esta casa. Y si no queréis darme dinero, me importa un comino. Seguro que sabré apañármelas.

—Basta, Emma —la cortó su padre—. No te ensañes más. Duerme, consúltalo con la almohada y, si mañana no has cambiado de opinión con respecto a interrumpir el embarazo, yo mismo te llevaré a primera hora a casa de la tía Antonia.

—Gracias, papá.

Totalmente segura de que no cambiaría de opinión, Emma se retiró a su cuarto, metió unas pocas prendas en una pequeña maleta y se metió en la cama. Hacía tiempo que no se dormía tan pronto y tan plácidamente.

—Emma, despierta —oyó susurrar a su padre junto a su oído. Le parecía que habían pasado diez minutos desde que se había dormido.

—¿Qué hora es? —preguntó con un bostezo.

—Las seis de la mañana.

—¿Las seis de la mañana?! —exclamó Emma, incorporándose de golpe.

—Chist, baja la voz —pidió su padre, haciéndole el gesto de silencio con un dedo—, o tu madre se despertará y no quiero más peleas en casa. Vamos.

—Está bien —suspiró Emma mientras se levantaba y se calzaba unas zapatillas—, aunque tú y yo sabemos que sus somníferos no la dejan despertarse hasta bien entrada la mañana.

—También es verdad —reconoció Manuel.

Tal vez quiso sonreír, pero no le salió más que una extraña mueca, y a Emma le dolió pensar que su padre sólo pensase en su carrera política, porque, en realidad, era un hombre bastante decente, cuyo único error consistía en dejarse arrastrar por gente bastante peor que él, como su propia mujer o Alberto Muntaner.

—Papá —le dijo Emma antes de entrar en el baño—, das por hecho que nos vamos a ir. ¿No me vas a preguntar qué he decidido?

—He visto tu maleta —contestó—. Además, sé que siempre has tenido las ideas muy claras. El problema es que no te las hemos dejado aflorar. Vístete —le ordenó—.

Te espero en el garaje. Braulio nos llevará en su coche para pasar desapercibidos.

Durante el trayecto, Emma no dejó de observar el paisaje con la mente en blanco. Sólo se había permitido unos segundos para pensar en su madre, en que no se había despedido de ella.

Momentos más tarde, volviendo a la vida, frunció el ceño. Aquel panorama no tenía nada que ver con lo que ella esperaba ver en el trayecto a un pueblo del norte. Con lo de dejar la mente en blanco únicamente había conseguido no darse cuenta de que aquel itinerario no era el correcto.

—Papá —dijo contrariada—, este camino no es... ¡Joder, papá! ¿Qué estás haciendo?

—Lo que debo hacer, ni más, ni menos.

—¡Esta calle lleva a la mansión Olsen! ¡Por Dios, papá! ¿Qué pretendes?

—Nadie deja preñada a mi hija y se va de rositas. Braulio, por favor —le ordenó al chófer—, quédate ante la verja de entrada para que nos identifiquen las cámaras. Ya he avisado de nuestra llegada.

—¡No! ¡No, no, no, por favor, papá, no me hagas esto! —gritó Emma, presa del histerismo—. ¡Braulio, por favor, da la vuelta!

Pero ni su padre, ni el chófer, ni siquiera la verja, le hicieron caso, y ésta se abrió ante ellos, como un gigante terrorífico, dejándoles acceder a Olsen House.

—A ver, papá —intentó de nuevo convencerlo—, ¿acaso esperas que Jean Olsen acceda a darle los apellidos al niño? Vamos, papá, no seas ingenuo. Lo único a lo que estará dispuesto es a pagarme un aborto, y ya te he dicho que no pienso...

—Cállate de una vez, Emma —la interrumpió su padre—. De aquí ya no nos vamos, por mucho que llores y patalees. Sólo espero que ese perfecto amante tuyo responda como un hombre.

—Creí que eras mejor que mamá —le recriminó—, pero no, no lo eres. Eres peor, porque no se te ve venir y por eso te odio. Os odio a los dos.

«¿Y ahora qué? —pensó Emma—. Mierda, mierda, mierda. Cómo se ha complicado todo...»

Exactamente. ¿Qué le diría ella a Jean? Y, lo más importante, ¿cómo pensaba salir indemne de todo aquel lío?

TERCERA PARTE

EL ACUERDO

CAPÍTULO 13

¿Para qué le habría pedido una cita Manuel Montalbán?

Esperando aún en su despacho, Jean se dejó caer sobre el respaldo de su asiento y miró la hora en su reloj. Ya eran las siete, la hora a la que habían concertado el encuentro. No le había especificado el tema de esa inesperada reunión, pero Jean tuvo que reconocer que le comía la curiosidad. Para nada esperaba que tuviese que ver con Emma, ya que no había motivo para hablar de ella, pero, el hecho de que su padre, el recién elegido presidente del Gobierno, quisiera hablar con él, le resultaba todo un enigma que estaba a punto de descifrar.

—Acaban de acceder a la mansión —le dijo Julio, que miraba a través de una de las ventanas del despacho—. Vienen de incógnito en el coche particular del chófer. Típico de él para darse importancia.

La relación entre Julio y Jean parecía haberse restablecido por completo. En realidad, si Julio era sincero, nunca había llegado a odiar a Jean y, posiblemente, nunca lo hubiese abandonado en aquella tétrica mansión. En cuanto a su hermana... le dolía no saber nada de ella. Él no la había llamado y Emma tampoco se había puesto en contacto con él, por lo que estaba deseando verla, conversar con ella, que le diese un motivo válido para no haber confiado en él, o saber por qué coño había elegido como marido a semejante energúmeno que cualquier día acabaría en la cárcel.

—Oh, joder —se lamentó Julio al observar cómo salían del vehículo—. Viene con Emma.

—¿Emma? —inquirió Jean, sorprendido, mientras se acercaba a la ventana—. ¿Qué coño quieren estos dos ahora?

—Tratándose de Manuel Montalbán —ironizó Julio—, ya puedes esperarte lo peor.

—¿Y qué sería lo peor? —dijo Jean de la misma forma—. ¿Invitarme a la boda?

—Invitarnos a los dos —soltó Julio con una mueca.

Un instante después, el ama de llaves anunciaba la visita, aunque apenas le dio tiempo a terminar de hacerlo cuando el presidente y su hija irrumpieron en el despacho.

—¡Olsen! —bramó Montalbán—. ¡Tengo que hablar con usted, pero en privado!

—exclamó al ver a Julio en la estancia.

—Amparo, cierra la puerta, por favor —pidió Jean tranquilamente, sin dejarse avasallar por aquel hombre—. Ah, y Julio se queda —le comunicó a su ilustre visita.

—¿El chófer? —replicó con desdén—. Es verdad, olvidaba que sus amigos son sus criados.

—Que te jodan —murmuró Julio. A él ya le traía sin cuidado lo que ese gilipollas pensara de él. En ese instante sólo tenía ojos para Emma, que los miraba a todos con el mentón levantado, mostrándose fuerte a pesar de la humillante situación en la que la estaba colocando su padre—. ¿Cómo estás, Emma? —le preguntó a su hermana.

Y ella, al ver que su hermano le sonreía, se derritió al instante y se lanzó en sus brazos.

—Julio —susurró pegada a su pecho—, ¡cuánto te he echado de menos!

—No tenías más que haberme llamado —le dijo él, acariciando su pelo.

—Me daba vergüenza haber montado todo este embrollo.

—Pues a mí me parece —le susurró Julio al oído, todavía dentro de su abrazo— que has sido una chica muy valiente. Que decidieras hacer algo tan drástico para dar por culo a esos estirados sólo se puede tildar de heroicidad por tu parte.

—Me parece una escena muy tierna —interrumpió Jean, imperturbable. Se sentó en su butaca y colocó las manos entrelazadas sobre la mesa—, pero creo que nuestra visita ha venido con algún motivo más urgente que un reencuentro.

—Puede usar toda la ironía que quiera, Olsen —gruñó el presidente—, pero a ver qué gilipollez suelta cuando le diga el motivo de mi visita: mi hija está embarazada. De usted, por supuesto.

En un primer momento, a Jean lo invadió el pánico. Recordó no haber utilizado preservativos en su noche de amor con Emma —por la falta de costumbre— y contempló la posibilidad de aquella inesperada paternidad. Pero luego la miró a la cara por primera vez desde que entrara por la puerta de su despacho. No parecía vulnerable, ni humillada por ese mal trago, sino audaz, plantando cara. En sus ojos danzaba un brillo de triunfo que le hizo recordar el día que se presentó en ese mismo despacho sugiriendo ser su amante.

—No lo dudo, pero ¿qué pretende que haga yo? —preguntó Jean al político, de nuevo de forma mordaz. Su lucha constante contra su adicción y sus pesadillas le había devuelto de nuevo aquel cinismo que lo caracterizó durante su etapa de excesos—. ¿Batirme en duelo con usted?

—Por supuesto que no —le dijo con desdén—. Pero estará de acuerdo en que ese

embarazo no nos beneficia a ninguno de los dos, y lo único que espero es que la convenza para que ponga punto y final a esa absurda idea de tenerlo.

—Veré lo que puedo hacer —contestó Jean con desinterés, mientras se levantaba de su asiento y abría la puerta—. De momento, puede usted salir de mi despacho y dejarme a solas con Emma. Julio —se dirigió a su amigo—, tú puedes quedarte.

—¿Voy a ser el único al que va a echar? —censuró, furioso, Montalbán.

—Amparo lo acompañará al salón y le proporcionará lo que desee beber. — Ignorando sus protestas, le cerró la puerta en las narices. Después, volvió a sentarse y, con serenidad, se dirigió a Emma—. ¿Es verdad que estás embarazada?

Emma, aunque con disimulo, no había dejado de observar a Jean. Verlo de nuevo la inundaba de recuerdos, de distintas emociones y sensaciones. Al gozo de volver a estar tan cerca de él se unía la pena de contemplar su tez amarillenta, sus ojeras o su delgadez. Estuvo a punto de preguntarle si había vuelto a beber, si sus pesadillas lo seguían acosando, o si su pasado lo continuaba persiguiendo, que era lo único que en ese momento le importaba. Pero decidió que, después de todo lo que había sucedido, lo mejor esa vez era ir con la verdad por delante.

—No, no estoy embarazada —contestó serena.

—¡Joder! —exclamó Julio—. ¡Te lo has inventado! ¡Ven aquí y dame otro abrazo! —Ella se dejó hacer con una leve sonrisa—. Vaya par de ovarios le has echado —elogió, con orgullo, a su hermana.

—Gracias —le dijo Emma con una sonrisa—, pero la bola ya se ha hecho demasiado grande y no sé cómo salir de ella.

—Tú no te preocupes —la animó Julio—, que encontraremos una solución. Tengo unos pequeños ahorros, así que podrías irte de nuevo a Inglaterra o a Estados Unidos y seguir con tus estudios.

—Nunca podría aceptar eso, Julio. Vivir y estudiar en cualquiera de esos dos países es muy caro, y no pienso comerme tus ahorros.

—También podrías compartir un piso de estudiantes y buscarte un trabajo a media jornada para mantenerte. Yo te enviaría cada mes una ayuda para tus estudios.

—No pienso dejar que tú me mantengas, Julio —lo cortó Emma, exasperada—. Si no cuento con el dinero de mis padres, lo más lógico es que me olvide de estudiar. La única ayuda que te aceptaría sería que me echaras una mano para encontrar un empleo y así poder pagarme un pequeño alquiler, que yo no sé ni por dónde empezar.

—Pero Emma —protestó su hermano—, no puedes echar por la borda tu vida de esa manera. ¿Y tus estudios? ¿Y la prensa? Te encontrará y te destrozará...

—¿Puedo hacer una sugerencia? —intervino Jean, al tiempo que se levantaba del sillón y se dejaba caer sobre el borde de la mesa.

—Cualquier idea es bienvenida —gruñó Julio.

—Emma —se dirigió a ella de nuevo—, si algo he de reconocer es que has sido muy valiente con todo este tema. Te fuiste de casa huyendo de una situación indeseada y has vuelto a demostrar que no te vas a dejar avasallar por nadie. Pero no puedes seguir con tus planes tú sola. No sólo necesitas dinero, sino libertad. Con tus padres o Alberto Muntaner, dispondrás de dinero sin libertad; si renuncias al dinero, podrás ser más libre, pero también deberás renunciar a tu futuro. Así que —cruzó los brazos sobre el pecho—, te propongo un acuerdo que incluya ambas cosas.

—¿Cuál? —inquirió Emma, interesada.

—Que te cases conmigo.

—¿Cómo?! —exclamó Emma totalmente alucinada—. ¿Por qué todo el mundo piensa que mi única salida es casarme? ¿Y por qué os empeñáis en decidir mi futuro?

—¿Estás loco? —soltó Julio al mismo tiempo.

—Pensadlo bien —propuso, sereno, Jean—. Desaparecerían todos esos problemas que acabáis de mencionar. Tus padres se irían a Madrid y tú te quedarías aquí, incluso vivirías junto a tu hermano. Seguirías disponiendo de tu dinero para estudiar y libertad para moverte. En cuanto pasen un par de meses, podemos decir que has sufrido un aborto espontáneo y tus padres se olvidarán del tema.

—Creo que todo esto ha ido un poco lejos —intervino Julio, algo preocupado—. La idea que más me gusta es la de que vuelvas a estudiar, o tenerte tan cerca, por no contar con que perderás de vista a esos dos hipócritas que tienes por padres. Pero Jean —se dirigió a su amigo—, no acabo de aceptar la idea de que te cases con mi hermana.

—Sólo sería algo simbólico, evidentemente —afirmó Jean, mostrando un exagerado desinterés—, y en cuanto decidamos que ya no es preciso seguir adelante con este acuerdo, nos divorciamos y se acabó. Deja que sea Emma quien decida.

—Me he pasado la vida dependiendo de alguien —intervino Emma algo apagada—. De mis padres, primero; de Alberto Muntaner, después, pensando que casarme con él sería la solución. Ahora dependo de ti, Jean, y no me gusta, pero creo que es la única manera de poder alcanzar mi meta. Al menos, podré seguir accediendo a mis cuentas y disponer de mi propio dinero.

—Entonces —planteó Jean—, ¿aceptas el acuerdo?

—Sólo una pregunta más —contestó Emma, mientras su hermano se dirigía hacia

la puerta, en busca ya de su padre—: ¿Qué ganas tú con esto, Jean?

«Ser un egoísta, porque lo gano todo. Verte. Tenerte cerca. Dejar que vuelvas a hacerme sentir más persona.»

—Ayudar a Julio, por supuesto —contestó, sin embargo—. Él me ha ayudado mucho y mi mayor recompensa es hacer lo mismo por su hermana. Te quiere y te echa de menos.

—Por supuesto —repitió ella algo tensa. Claro que la emocionaba el amor de su hermano, pero era algo con lo que ya contaba.

¿Cómo hubiese sido escuchar eso mismo de parte de Jean?

Se derretía sólo de pensarlo, porque ella lo había extrañado hasta no poder más.

—Aún no has contestado —insistió Jean.

—Sí, Jean —respondió apagada. A ese paso, demostrado quedaba que tendría que renunciar a una boda romántica—. Me casaré contigo —dijo en el mismo instante en que su padre entraba por la puerta.

—¿Casarte? —preguntó contrariado—. ¿Con éste?

—¿No le parezco un yerno apropiado? —replicó Jean con un matiz de sonrisa cruel.

—No lo esperaba —reconoció el hombre—, eso es todo.

—Con esta boda se le acabarán sus problemas —le explicó Jean—. Podrá marcharse a Madrid y centrarse en gobernar el país mientras deja a su hija convenientemente casada.

—Sí, claro —titubeó el presidente—. Si te casas —se dirigió a su hija—, dejaré de ser cotitular de tus cuentas y pasarás a ser la única dueña de tu dinero, de tu parte de las acciones de las empresas familiares, y, como ya te prometí, tendrás como regalo de bodas tu parte de la herencia de tu abuelo materno, ya que será un matrimonio en régimen de separación de bienes. Siempre creí —suspiró el hombre— que utilizarías una parte de ese patrimonio para ponerte un negocio propio de moda o complementos, como las chicas de tu clase... Supongo que lo pensé mientras supuse que te casarías con Alberto.

—Pero se va a casar conmigo —intervino Jean—, y podrá estudiar o hacer lo que quiera.

—No me gusta, Olsen —soltó el presidente con desagrado—, pero no me queda otra que joderme. Lo único que le exijo es que la ceremonia tenga lugar inmediatamente. No quiero que el embarazo dé que hablar.

Emma no daba crédito. Su padre no le había preguntado si estaba convencida de

dar ese paso, si estaría bien o si sería feliz. Fuera de la parte económica, no le había ofrecido su apoyo para nada. Únicamente parecía ansioso por celebrar ese enlace y perderla de vista para poder seguir con sus ambiciones.

—Por supuesto —le contestó Jean—. La boda tendrá lugar en pocas semanas, porque no voy a permitir que se haga un circo de ella. Será algo sencillo.

—Se celebrará en mi casa. Mi mujer se hará cargo de todo —afirmó el presidente. Nadie imaginaba lo feliz que lo hacía tener a su mujer ocupada en la preparación del evento.

—Pero tengo unas cuantas condiciones más que exponerle, señor Montalbán —dijo Jean—: Sólo la familia, nada de prensa y nada de alcohol.

—Sólo una publicación tendrá acceso a mi casa, únicamente antes de la ceremonia, para sacar fotografías de la novia con sus padres —sentenció el presidente.

—De acuerdo —aceptó Jean.

—Un momento —terció Emma, con una sonrisa claramente fingida y forzada—. Si se me permite decir algo: ¡que os den a los dos!

* * *

Una semana antes de la celebración y la fiesta, Jean había convenido con Emma llevar a cabo la ceremonia civil, únicamente con los testigos, y así despistar un poco a la prensa, que ya había publicado diversas fechas posibles para el enlace de la hija del presidente del Gobierno con el enigmático empresario de pasado oscuro. Ya se habían ensañado con la ruptura de Emma con Alberto Muntaner, pero después ya sólo parecía interesarles obtener información de la boda y alguna posible instantánea.

Emma le había pedido a su amiga Chantal que la llevara en su propio coche, para dirigirse a un centro comercial y allí escabullirse por una salida trasera, donde las esperaría un taxi. La novia no se arregló demasiado para no llamar la atención —un sencillo traje de chaqueta color gris y un top blanco— para simular que se encontraba con su amiga en una jornada normal de compras, pero Chantal no permitió que no se notase de alguna forma que iba a contraer matrimonio. Durante el trayecto del taxi aprovechó para darle unos toques nupciales.

—Te he traído tres cosas —le dijo hurgando en el bolso—. Algo nuevo, algo viejo y algo prestado. El pasador es nuevo —le comunicó mientras le ponía en el pelo un pequeño adorno ribeteado en tul blanco—; el chal es viejo, o al menos lo usé una

vez. —Rio, mientras le cambiaba la chaqueta por la prenda blanca—. Y esto es lo prestado. —Con dedos temblorosos, Chantal sacó de una pequeña cajita unos pendientes de perlas y brillantes, y se los colocó a su amiga.

—¡Chantal! —exclamó incrédula Emma—. ¡Éstos son los pendientes que ibas a llevar en tu propia boda! ¡No puedo aceptarlos!

—Sólo son prestados —replicó con una sonrisa—; tranquilízate, estoy bien. Preocúpate mejor por cómo estás tú. ¿Cómo lo llevas?

—No sé —contestó Emma tras bajar del taxi, mientras se dirigían ya a la sala del ayuntamiento—; es como si no me estuviera pasando a mí, como si fuera una mera espectadora.

—Te entiendo. Ha sido todo tan... inesperado. —Chantal se interrumpió y quedó parada sobre las baldosas del pasillo cuando vio aparecer a Julio—. ¿Qué hace éste aquí?

—Es mi otro testigo. —Emma sonrió mientras le daba un abrazo al susodicho.

—Hola, hermanita. ¿Estás segura todavía de lo que vas a hacer?

—No me preguntes eso —dijo ella con una mueca—, o me iré de aquí corriendo y no pararé hasta perderme en alguna oscura jungla.

—Pues, entonces, adelante —la animó Julio—, tienes todo mi apoyo en lo que decidas hacer. Jean te está esperando en la salita de la derecha. Quiere hablar contigo antes de... bueno, eso, de casaros. Joder —soltó pasándose la mano por el rostro—, se me hace tan raro...

—Pues yo no lo veo tan raro —le dijo Chantal a Julio una vez quedaron solos.

—Tú, con tal de llevarme la contraria...

—No te creas tan importante —replicó la chica—. Únicamente pienso que ellos dos se gustan, que se gustaron desde el principio.

—Gustarse anda muy lejos de casarse —objetó Julio.

—Pues a veces —intervino Chantal con los brazos en jarras— el corazón puede más que la cabeza. Cuando los veo juntos pienso que el amor romántico aún es posible. En fin —suspiró—, no sé qué hago hablándole a un tío que sólo piensa con la polla.

—¡Joder, tía! ¿Qué coño sabes tú sobre mí para saber lo que pienso?

—Lo suficiente —afirmó Chantal mientras comenzaba a caminar en dirección a la sala—. No hay más que ver esas greñas que me llevas o los tatuajes, en plan malote, como si tu vida únicamente estuviese dirigida a provocar a las mujeres y follarte a la primera que te salga al paso.

—Empiezo a pensar —dijo Julio, caminando tras ella— que la mala hostia que te gastas cuando estás conmigo va más allá de que yo sea un simple empleado y tú, una chica rica.

—No sé a qué te refieres —saltó ella sin volverse a mirarlo.

—¡Joder, pues que tengo la impresión de que me odias! No sé si estás amargada porque no tienes novio, porque te hace falta un polvo o porque, sencillamente, te crees superior a los demás.

—Me aburres, Julio —bufó ella, altiva, todavía sin dejar de andar.

—¿Sabes una cosa? —añadió Julio antes de acceder a la sala. Empezaba a hartarlo su desprecio y no pudo callarse—. Disertas sobre relaciones y amor romántico, pero creo que ni tú misma sabes una mierda de lo que estás hablando, porque no imagino a ningún tío que haya tenido los huevos de aguantarte en la vida más allá de diez minutos. —Bajó el tono y tomó aire—. Sigo pensando que necesitas un polvo. Si jodieras más, joderías menos al mundo.

—Vete a la mierda, gilipollas —lo imprecó ella, roja de ira, mientras entraba en la sala del juzgado.

—Maldita sea —murmuró Julio para sí.

No sabía por qué, pero se sentía mal por Chantal, incluso culpable por haberle dicho aquellas cosas. Le daba la extraña sensación de que ella sufría por algo... No, imposible. Esa esnob con cuerpo perfecto y demasiado maquillaje no habría sufrido en su puñetera vida por nada. Seguro.

Emma abrió la puerta de la pequeña sala y se encontró a Jean sentado en una silla, con una pierna cruzada sobre la otra, mirando su móvil. Llevaba un traje clásico en color gris, aunque seguramente era uno de tantos de los que usaba para ir a trabajar.

Antes de decir algo, Emma lo contempló un instante. En realidad, se hubiese pasado horas así sin cansarse, y no únicamente por lo atractivo de su rostro, o las sensaciones que despertaba en ella —que también—, sino por seguir notando en el interior de su cuerpo aquella tibieza que la invadía sólo por volver a verlo y estar a solas con él.

Y ahora se iban a casar, pero no de la forma que ella había soñado. Porque sí, comenzó a ilusionarse cuando él le propuso salir juntos y conocerse, aquella noche después de hacer el amor con él...

Sintió de golpe la sangre más caliente correr por sus venas. No habían hablado nada del grado de intimidad que implicaría aquel matrimonio, aunque no tenía muchas esperanzas de que fuera a ser el habitual.

Alertado por su presencia, Jean levantó la vista y la miró, y Emma casi suelta un jadeo cuando aquellos maravillosos ojos grises se posaron en los suyos. Volvían a estar apagados y su tez volvía a lucir pálida, al contrario que sus ojeras, que de nuevo endurecían una mirada que ella ya había contemplado risueña y optimista. Parecía que hacía siglos ya de eso.

—Hola, Emma —la saludó.

La dureza que ella había advertido en su mirada también se dejaba traslucir en su modo de hablar y de comportarse, como si hubiera decidido renunciar a la única esperanza que le quedaba de ser feliz.

Jean se levantó y se acercó a ella.

—He pensado que, por mucho que ésta no vaya a ser la boda con la que habías soñado —explicó mientras sacaba del bolsillo de su pantalón una caja forrada en raso blanco—, no quiere decir que no vayas a tener algunos detalles de los que suelen disfrutar las novias.

—Claro —aceptó ella intentando sonreír—, las alianzas. No lo había pensado.

—Sí, aquí tengo las alianzas —dijo Jean—, pero también se me ha ocurrido que una chica como tú debería llevar anillo de compromiso.

Con cuidado, extrajo un fino anillo de oro blanco con un diamante y se lo colocó en el dedo correspondiente.

—Yo... no sé qué decir —susurró ella.

Era un anillo sencillo pero elegante, y a Emma casi le dan ganas de llorar por aquel delicado gesto.

—No hace falta que digas nada —intervino él, todavía serio y algo tenso—. Deberíamos irnos ya.

—Espera, Jean —lo interceptó ella, agarrándolo de un brazo—. Todavía no he tenido ocasión de pedirte perdón.

—No importa —replicó sin apenas mirarla.

—A mí sí que me importa —insistió Emma—, porque tal vez es cierto que todo comenzó como un acto de rebeldía, incluso como un juego, pero luego te conocí y ya no me pareciste como yo esperaba y me arrepentí de lo que estaba haciendo...

—Ya basta, Emma —soltó él tirando de ella—. Se acabó el tiempo de los remordimientos. Ahora seamos prácticos y acabemos con esto.

—Dime al menos cómo estás, Jean —pidió ella, aún sujetándolo de la chaqueta—. Le he preguntado a Julio, pero no quiere explicarme nada. Me dolería pensar que has vuelto a beber y...

—¿De verdad te importa una mierda si he vuelto o no a beber?! —exclamó de pronto Jean. Si a Emma le había parecido ver su semblante endurecido, eso no había sido nada comparado con lo que contemplaba en ese instante—. Porque, lo que es a mí, me importan un carajo tus remordimientos, tu palabrería, tu carita de niña buena y tu preocupación fingida. ¡Ya no hace falta que te sigas interesando por mí! —Volvió a clavar sus afilados ojos grises en ella—. Ya no vas a tener que utilizar ninguna treta para meterte en mi cama y perder tu virginidad, porque ya lo has hecho.

—¡Mi preocupación nunca fue fingida! —se defendió ella, indignada—. Y lo demás tampoco.

—Claro —replicó Jean con ironía—, la sinceridad es lo tuyo. Como cuando fuiste sincera conmigo y con tu propio hermano del porqué estabas en mi casa. O los numeritos que montaste en mi habitación. ¡O fingir un embarazo ante tus padres y Alberto Muntaner!

—Pensé que habías comprendido mis motivos —expresó ella, furiosa—, pero ahora veo que te he idealizado. Eres exactamente el mismo paria que la gente piensa que eres. Nadie te importa una mierda. ¡Te irías a vivir a una isla desierta y serías el tío más feliz del planeta! Pero no te preocupes —añadió echando a andar delante de él—, que no volveré a molestarte. Voy a matricularme en la universidad y, en cuanto pase el verano, nos perderemos de vista el uno al otro.

Sólo unos minutos después ya estaban casados. Los testigos habían permanecido imperturbables, y para Emma y Jean fue un mero trámite. El único momento donde pareció que flaqueaban fue cuando el juez de paz concluyó la ceremonia con el habitual «puedes besar a la novia». A Emma casi le da un ataque de risa, pensando en lo absurdo de la situación. Se tuvo que morder el labio para no reír cuando contempló el nerviosismo de Jean, que parecía debatirse entre besarla o salir corriendo. Al final, casi se le para el corazón cuando vio su rostro tan cerca de ella, inclinándose para besarla. Cerró los ojos y sintió como si una pluma rozara sus labios, sólo durante un segundo. Cuando los abrió, Jean ya no la besaba, pero seguía igual de cerca. Su frente aparecía perlada de sudor y, durante un diminuto instante, le pareció distinguir en sus ojos un atisbo de ternura.

Sensación que desapareció en cuanto lo vio firmar el registro y marcharse de allí, sin dedicarle una sola palabra de despedida.

CAPÍTULO 14

La verdad, Emma le tenía que reconocer a su madre el haber sido capaz de organizar aquella sencilla boda de una forma tan sublime. Obviando el ataque de histerismo que le entró cuando se enteró de que no sería una espectacular ceremonia digna de las revistas del corazón, lo había llevado todo de una forma la mar de eficiente, porque, por muy sencilla que fuese la celebración en sí, o que hubiera pocos invitados, había que tener en cuenta el tema del *catering*, la decoración, la tarta, el vestido, las flores, las invitaciones y, sobre todo, la seguridad.

Emma había puesto la mejor de las sonrisas desde que esa misma mañana apareciera el fotógrafo en su casa y le hiciera varias fotos vestida de novia junto a sus padres. Ese día sí llevaba un vestido bastante clásico, de color blanco roto, con encaje y tul, aunque sin velo ni cola por tratarse únicamente de una celebración sin ceremonia religiosa. Lucía un elegante moño en la nuca, rodeado de florecillas naturales de jazmín, y el pequeño ramo de lirios que le había regalado el hermano de Jean sólo lo había utilizado para las fotos.

Ahora, en la carpa que habían habilitado en el jardín para aquella reunión, se dejaba caer sentada sobre una de las sillas, sin más ganas de seguir sonriendo, cansada y deseosa de volver a casa.

A casa... Esa simple palabra le parecía más compleja de la cuenta, porque ya no sabía cuál sería a partir de ese momento.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó Marina, la mujer del hermano de Jean, ahora su cuñada también.

Ya las habían presentado antes, pero no habían hablado casi nada. Víctor y Marina habían aterrizado esa misma mañana procedentes de Lanzarote, y no podían quedarse más que el fin de semana debido al trabajo de ella como profesora de instituto.

—Claro —contestó Emma.

—Jean nos lo ha contado todo —comenzó a decir Marina—. Y siento que la cosa se haya complicado tanto.

—Parece ser que tiene personas con las que habla y todo —se quejó la recién casada.

—V́ctor es su hermano y conmigo tiene mucha confianza, pero no te creas que ha sido así siempre —explicó Marina—. Con V́ctor ha mantenido una relación muy superficial hasta hace bien poco. Y en mi caso, creo que tuve la suerte de caerle bien cuando debería haberme odiado.

—¿Qué pasó? —preguntó Emma.

—V́ctor tuvo un rollo pasajero con mi hermana gemela, Coral, y después yo me hice pasar por ella, dejando que él creyera que se había enamorado de su antigua amante. Al final, todo salió a la luz y fue muy desagradable. Le menté, igual que tú a Jean.

—No era mi intención hacer daño a nadie —confesó Emma, apesadumbrada—. Sólo quería escapar de las imposiciones de mis padres, influidos por su entorno social. Pensé que Jean era el típico crápula mujeriego al que no le importaría echarle un polvo a una chica que se lo ofreciese y que, después de hacerlo, si te he visto no me acuerdo. Pero Jean no ha resultado ser nada de eso. —Suspiró y lo buscó con la mirada, pero no lo encontró.

—No, Jean no es así —afirmó Marina—. Es un hombre muy sensible, aunque no lo demuestre con afecto. Tiene demasiado que olvidar y superar. Ha habido personas que le han hecho daño y ahora no confía demasiado en nadie, sólo en unos pocos que no le hemos defraudado.

—¿Quién le hizo daño, Marina? —inquirió interesada—. Si supiera al menos contra qué estoy luchando, tendría una oportunidad.

—Si quieres tener esa oportunidad —le recomendó Marina, comprensiva pero contundente—, tendrás que ganarte su confianza, y cuando la obtengas será cuando él te lo cuente todo. Pero tendrá que ser él quien lo haga, nadie más. ¿Estás enamorada de él? —le preguntó directa.

—Sí —contestó segura—, pero no creo que tengamos futuro.

—No siempre debemos creer —respondió Marina, poniéndose en pie— que el futuro está escrito de alguna forma. A veces somos nosotros, con nuestros actos en el presente, quienes lo comenzamos a construir.

* * *

Julio no habría podido aguantar un minuto más en aquella puñetera carpa ni aunque le fuera la vida en ello. No le gustaban las reuniones sociales, ni en su entorno ni en un nivel superior. Para colmo, en aquella celebración no tenía muy claro a cuál

pertenecía, puesto que era el chófer del novio pero el hermano de la novia, la cual era de clase privilegiada pero sin que eso le afectara a él, puesto que compartían padre sólo en la parte genética, no en la práctica. Bueno, ni en la práctica ni en la teórica, porque nadie lo sabía más que los implicados, aparte de Emma, Jean y Amparo.

Y para rematar el clavo, tenía que aguantar su presencia también, la del tío que era su padre en el aspecto biológico. No se habían cruzado ni una vez, y mucho menos mirado o hablado, pero, aun así, Julio se sentía realmente incómodo. Aunque sólo habían asistido familia y allegados, aquella gente lo miraba de forma extraña, imaginando que únicamente se trataba del chófer que se había infiltrado para gorronear valiéndose de su amistad con el novio.

Un golpe de ira lo atravesó por completo. Aquella podría haber sido su casa, él podría haber pertenecido a esa familia, y toda esa gentuza lo habría mirado de una forma muy diferente. Sólo porque su padre lo hubiese reconocido y no repudiado.

Cabreado, se largó de aquel lugar y se fue en busca de alguna parte del jardín lo suficientemente oscura como para que nadie lo viera. Encontró una profusión de arbustos alejada de toda clase de focos o luces y le pareció perfecta, sobre todo al divisar un banco donde poder sentarse. Únicamente el murmullo de la música y la claridad de la luna le harían compañía.

—Mierda —se quejó—. Está ocupado —dijo cuando ya se iba a sentar en el banco de forja. Otra persona se hallaba acomodada allí en ese momento, aunque una de las ramas había tapado ligeramente su silueta y, junto al color negro de su vestido, había propiciado que no la viera hasta que ya estaba casi encima.

—Vaya —exclamó Chantal—, parece ser que no soy la única que ha salido huyendo. —Con elegancia, se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió con un mechero Zippo dorado y expulsó una bocanada de humo que se disolvió en la oscuridad—. Pues ya ves, está ocupado. Puedes largarte.

—Pues ya ves —replicó Julio— que me importa un carajo que esté ocupado, puesto que no tengo ni idea de dónde encontrar otro. Así que no pienso largarme. —Con total libertad, se dejó caer en el asiento y se apoyó de golpe en el respaldo.

—Está bien, quédate —aceptó ella con indiferencia—. En cuanto me termine el pitillo, me iré yo. ¿Quieres uno? —le preguntó, señalando el paquete que asomaba por su pequeño bolso plateado.

—No fumo, gracias —gruñó él—, y no sabía que lo hicieras tú.

—Sólo en contadas ocasiones —contestó ella, dando una nueva calada—, en momentos puntuales en los que me apetece, sólo por mero placer. Tal vez sólo sea por

el placer de joder a quien me cree perfecta.

—¿Y no lo eres? —planteó Julio con un deje de ironía.

—Ni de lejos —confesó sin dejar de mirar el oscuro cielo.

—Yo fumé durante años —reveló Julio, mientras le quitaba el cigarrillo a Chantal y se lo acercaba a la boca para dar una profunda calada. Saboreó el carmín que impregnaba la boquilla y sintió el humo penetrar en sus pulmones. Después lo expulsó, formando varios anillos blancos que se desvanecieron sobre sus cabezas—, pero ya hace tiempo que decidí dejarlo.

—¿Por qué? —preguntó ella mientras volvía a tomar el pitillo entre sus dedos.

—Porque fumar un cigarrillo me lleva irremediamente a desear con más fuerza una copa —respondió él con tranquilidad—, y eso no volverá a ocurrir nunca.

—Entiendo —contestó la chica.

—Es lo que hay —sentenció él.

Por primera vez desde que conociera a Julio, Chantal se sintió mal por las veces que había pensado en él como en un borracho que siempre arrastraría su adicción. Era un hombre que había superado un pasado complicado, con una vida mediocre mientras veía a su padre cada vez más poderoso, sin poder decirle a nadie que él era su hijo. Pero, a pesar de todo, se había hecho a sí mismo y no se sentía inferior a nadie. La confianza con que le acababa de hablar sobre su problema lo demostraba con creces.

Intentando que aquellos pensamientos demasiado benevolentes acerca del chófer no la confundieran, se inclinó hasta el suelo para apagar el cigarrillo en la tierra, dejando que Julio pudiera admirar la totalidad de su espalda descubierta. Su vestido negro la tapaba hasta los tobillos, pero dejaba a la vista su espalda y un profundo escote. Julio incluso había detectado su falta de sujetador, hipnotizado, cuando la había visto en la fiesta, por el vaivén de sus pequeños pechos libres.

—Pues ya puedo irme —anunció ella poniéndose en pie.

—Espera —la interceptó él—. Puedes quedarte, si quieres; no me molestas.

—Pero a lo mejor tú a mí sí —le dijo ella, girándose hacia él para enfrentarlo—. Porque no suelo perder mi tiempo hablando con el servicio.

—¿Tenías que estropearlo de nuevo? —exclamó, al tiempo que se ponía en pie para estar a su altura.

—Estropear, ¿qué? —ironizó Chantal—. ¿Nuestra posible amistad?

—¿Amistad? —Julio rio—. No, claro que no. Entre nosotros no puede haber amistad porque existe una fuerte atracción. Te pongo, por eso huyes de mí.

—No me hagas reír —soltó ella con desdén—. Jamás me atraerá un tipo tan soez

como tú.

—¿Estás segura? —insistió. Con furia, la atrapó por un brazo y la apoyó en el tronco de un árbol—. Porque yo no lo creo —le susurró, humedeciendo su oreja con su aliento—. Porque creo que ahora mismo andas loca por una buena polla, sobre todo por la mía. —La atrapó fuerte por la cintura e incrustó su duro miembro entre las piernas de ella.

—Eres un gilipollas —lo insultó ella con desprecio—, un engreído que se cree un ligón porque se tira a cuatro casadas amargadas o a tontas que se dejan deslumbrar por un tío en un Bentley, pero al que ninguna toma en serio para nada más, porque no tienes otra cosa que ofrecer que una larga y gorda polla.

—Maldita zorra —murmuró él antes de lanzarse contra su boca y magullar sus labios hasta obligarla a abrirlos.

Chantal, en un principio, forcejeó, pero, tras unos pocos puñetazos en la espalda y un mordisco en la lengua que él ignoró, acabó rindiéndose y dejó que él introdujera su lengua hasta el fondo de su garganta.

Se besaron con desesperación, en un beso salvaje y feroz. Ella tiró de la goma que sujetaba la coleta para introducir los dedos en su pelo y abrió ligeramente las piernas para sentir más directa la dureza de su erección. Entre gemidos, mordiscos y lametones, Julio se dejó caer en el banco de nuevo, colocando a Chantal a horcajadas sobre él. Oyeron el rasgar de la tela de su falda, pero eso sólo le sirvió a él para levantar hacia arriba todo el vestido y que únicamente la separara de él un finísimo tanga. Amasó sus nalgas desnudas, mientras ella se mecía desesperada sobre su miembro dolorido.

Porque era Chantal la que parecía haber tomado las riendas. Seguía besando a Julio con ansia mientras continuaba moviéndose sobre él. Un instante en el que pararon para tomar algo de aire, ella se bajó el escote del vestido y dejó sus pequeños pechos al aire. Julio se lanzó como un hambriento sobre ellos, chupando y mordisqueando, mientras ella echaba hacia atrás la cabeza, gimiendo y jadeando. Su hinchado clítoris golpeaba rítmicamente contra el duro pene hasta parecer que le ardía, provocándole un placer insoportable. Impaciente, comenzó a forcejear con los botones del pantalón de Julio para poder extraer su miembro y culminar así aquella ansia que la quemaba.

—No sigas —jadeó Julio, respirando a gran velocidad—. No tengo condones aquí.

—Joder —gimió ella al sentir que despertaba—. Pero ¿qué coño estoy haciendo?

Cerró los ojos y, al instante, con semblante de arrepentimiento, se levantó de un salto y se puso en pie. Se bajó la falda, se subió el escote y, mirándolo todavía aturdida, se marchó corriendo por entre los arbustos y la oscuridad.

Julio todavía estaba en *shock*. Llevaba años sin que una mujer lo hubiese llevado a tal grado de excitación.

Más valía que aquella pantomima de fiesta acabara pronto y pudiese marcharse a casa. Llamaría a cualquier tía de su agenda para desfogarse o, simplemente, se quedaría bajo el chorro del agua fría durante horas, esperando que hiciese descender la alta temperatura de su cuerpo.

CAPÍTULO 15

Por fin, Julio se sentó al volante del coche, cuyos asientos ya habían ocupado los hermanos Olsen y sus respectivas mujeres. A pesar de salir de la casa de los Montalbán a altas horas de la madrugada, el chófer todavía tuvo que esquivar una lluvia de flashes de los periodistas que, aún apostados en la entrada, pretendían obtener alguna imagen de la pareja recién casada.

Ya en Olsen House, Marina se excusó alegando estar cansada debido a su embarazo, y los hermanos se retiraron a charlar unos minutos al despacho de Jean. Emma, sintiéndose totalmente ignorada, desapareció escaleras arriba en busca de su dormitorio. Entró y se encontró a Amparo preparándole sobre la cama un bonito conjunto blanco de salto de cama. Emma sonrió al advertir lo atrevido de la prenda, compuesto por un minicamisón que apenas tapaba nada, totalmente transparente, y de una bata del mismo color que, a pesar de ser del mismo estilo, tapaba al menos la totalidad del culo.

—Gracias, Amparo —le dijo al ama de llaves—. Ha sido un bonito detalle. Por cierto, me alegro de volver a verte.

—Ha sido cosa de las chicas —explicó con semblante serio—. Deje, la ayudaré a quitarse el vestido de novia.

El ama de llaves comenzó con su tarea de desabrocharle los botones y la cremallera de la parte trasera del vestido.

—Estás enfadada conmigo, ¿verdad? —preguntó Emma—. Debiste sentirte defraudada.

—Yo no soy quién para enfadarme con usted, señorita. Perdón —rectificó—, señora. Me pagan para llevar la casa y que todo marche perfectamente.

Amparo recogió el vestido de novia y lo metió en una bolsa para la tintorería.

—¿Puedo saber, entonces, por qué vuelvo a tener la misma habitación de antes?

—¿No es del agrado de la señora?

—Pues estaría perfecta... si no estuviese a mil kilómetros de la de Jean.

—Me he limitado a seguir las órdenes del señor. Tenga —le dijo al ofrecerle un albornoz—, por si desea ducharse. Buenas noches.

—¡Espera, Amparo! —pidió Emma al ver que se marchaba—. Entiendo que le

tienes cariño a Jean, pero yo no quise hacerle daño, te lo juro.

—Pero se lo hizo —sentenció ésta sin darse la vuelta.

—Pero yo... lo quiero —confesó sin darse cuenta.

—Pues espero que no lo olvide —exigió la mujer antes de cerrar la puerta.

—Genial —murmuró Emma—. Ahora todo el mundo en esta casa me odia.

Se dio una ducha rápida, se colocó el bonito conjunto nupcial y se fue en busca de su recién estrenado marido. Al llegar a la habitación, comprobó que todavía no había subido, así que se sentó en su butaca y se dispuso a esperar.

En el despacho, los hermanos conversaban en aquel instante sobre los motivos que habían llevado a Jean a proseguir con aquel montaje.

—¿Por qué lo has hecho, Jean? —le preguntó Víctor a su hermano.

—No lo sé —reconoció tras un suspiro.

—En realidad —prosiguió Víctor—, estoy bastante contento. Mi hermano pequeño se ha casado.

—No te burles —pidió Jean mientras abría la pequeña nevera y sacaba dos refrescos de lima. Los sirvió en sendos vasos altos y le ofreció uno de ellos a su hermano, que ya había tomado asiento en uno de los sillones—. Ya sabes que no ha sido una boda normal.

—¿Y qué ha sido? —planteó Víctor después de dar un trago.

—Llamémosle... acuerdo.

—Ya —soltó con ironía—. Perdona, Jean, pero olvidas que hablé contigo durante tu última visita a mi casa. Estabas diferente, estabas bien. Parecías feliz, y sabes perfectamente que esa palabra jamás había sido asociada a ti. Estabas enamorado y eso, créeme, no es fácil de encontrar.

—Eso fue antes de que supiera que ella me estaba utilizando.

—Que ella se comportara mal no evita lo que sientes por ella. A ver, me jode que te utilizara, te mintiera y, sobre todo, que haya sido la causante de que vuelvas a ser tan cínico como «antes de» —le dijo, refiriéndose a la época en que, constantemente con una copa en la mano, basaba su vida en el cinismo y en no importarle nada ni nadie—. Pero, Jean —sonrió—, soy yo, no tienes que fingir conmigo.

—No acabo de entender esa sonrisa tuya —gruñó él.

—Sonríó porque esta misma escena la protagonizamos tú y yo años atrás, aunque con los papeles cambiados. Yo despotricaba de Marina porque me había engañado, y tú, sentado en ese mismo sillón, te cachondeabas de mí y de la situación.

—Déjalo, Víctor...

—Y como yo hice —lo interrumpió—, te has inventado una excusa para tenerla cerca. A Marina le hice pagar el dinero que le presté, y tú le has ofrecido a Emma una salida a la mierda de vida que le esperaba, sin otro propósito que tenerla para ti de alguna manera.

—Se acabó —cortó Jean mientras se dirigía a la puerta—. Vete a la cama con tu mujercita, que seguro que te estará esperando con los brazos abiertos. Yo me voy a dormir, que ha sido un día pésimo.

Una vez solo, Víctor sonrió, aunque esa sonrisa sólo durara un instante. Lo único que esperaba era que su hermano no sufriera tanto como le tocó sufrir a él por Marina.

Jean, por su parte, subió la escalera lentamente, suspirando a cada escalón que avanzaba. Se había metido en un berenjenal del que no sabía cómo salir.

¿A quién se le ocurría enamorarse? ¿A quién se le ocurría confiar en la primera que se había preocupado por él? ¿A quién se le ocurría casarse después con ella para liberarla de un matrimonio con un hijo de puta como Muntaner?

A él. Exclusivamente a él.

Cuando accedió a su cuarto, cerró la puerta tras de sí, antes de darse cuenta de que no estaba solo. La luz de la pequeña lamparita que iluminaba el fondo de la habitación y que cada noche dejaba encendida delató la silueta de Emma, sentada en la butaca que él solía ocupar durante largas y tediosas horas.

Al verlo, se levantó y se quedó parada, quedando envuelta en el halo de luz que proporcionaba el contraste con el resto de oscuridad. Jean quedó momentáneamente hipnotizado al observarla. La belleza de su rostro enmarcado por su cabello rubio se complementaba a la perfección con la sensualidad que proyectaba su provocativa vestimenta.

—¿Qué quieres, Emma?

—Joder, Jean, una cosa es que hayas decidido que dormiremos en habitaciones separadas, pero tener la misma de antes, a kilómetros de distancia...

—¿Y qué esperabas? —replicó éste mientras se deshacía de la corbata y la chaqueta—. ¿Una gran cama de matrimonio con pétalos de rosa sobre la colcha y una cubitera con champán? Para tu información —continuó—, no tengo reservada ninguna luna de miel en Hawái.

—Deja de decir chorradas —protestó ella—. Únicamente pensé que podríamos ser amigos, aunque, visto lo visto, veo que vas de protagonista de *El justiciero de la noche*. Pues déjame decirte una cosa. —Con determinación, se acercó a él hasta casi rozarse la nariz, provocando que Jean comenzase a sudar y a ponerse nervioso,

envuelto en su aroma y el roce de su pelo—: En cuanto llegue septiembre me largaré para seguir con mis estudios en Inglaterra. Mientras tanto, pasaré el verano como pueda, haciendo lo que me dé la gana por primera vez en mi vida. ¿No me has ofrecido este matrimonio precisamente para eso? —Con un rápido giro, Emma se alejó de él y desapareció por la puerta del dormitorio.

Muy enfadada, pasó por su habitación a ponerse el albornoz sobre el transparente salto de cama y bajó la escalera, sin tener muy claro su destino. Lo único de lo que estaba segura era de que no estaba para meterse en la cama y ponerse a dormir, a pesar de las cinco campanadas que sonaron desde el vestíbulo y, más lejanas, desde el salón.

¿Para qué tendrían tantos relojes en esa casa?

Le daban escalofríos tantas campanadas a la vez.

Justo al pasar frente a uno de los despachos, frenó en seco al encontrarse de golpe con Víctor Olsen.

—¿Dónde vas tan deprisa?

—¡No lo sé! —dijo ella con furia—. ¡A cualquier parte!

—¿Quieres hablar? —le propuso él, señalando el interior del despacho—. A veces puede resultar de gran ayuda.

—Éste es un caso imposible —refunfuñó Emma, pero haciendo caso a su cuñado, entró en la estancia y se dejó caer en el sofá—. Pero, bueno, ya poco tengo que perder.

—La verdad —confesó Víctor, sentándose en una silla frente a Emma—, no tengo muy claro de qué va todo esto, pero pondría la mano en el fuego sin miedo a quemarme al afirmar que hay algo entre vosotros dos.

—Claro que hay «algo» —bufó Emma—. Nos hemos casado.

—Me refiero a algo de verdad —replicó Víctor con una sonrisa—. Estáis enamorados, pero todo ha ocurrido muy rápido y de una forma tan poco convencional que estáis los dos que mordéis.

—¿Te refieres a que la boda es un simple acuerdo? —soltó ella con ironía—. ¿A que ahora me odia por mentirle? ¿O a que me iré en unos meses de aquí y nos divorciaremos para dar por concluido el acuerdo?

—Supongo que sabes algo del pasado de mi hermano —intervino Víctor, adoptando un semblante mucho más serio—. Ha sufrido mucho y no imaginas lo feliz que me hizo que nos hablara de ti y tuviera planes de futuro. Seguro que todo eso no ha desaparecido, pero ahora ha perdido la confianza en ti, y tendrás que tener

paciencia para que vuelva a recuperarla.

—Sí, tienes razón, Víctor, pero hay que ser realista. Dudo mucho que tengamos alguna posibilidad de tener una relación normal.

—Inténtalo —propuso su cuñado.

—Cuéntame, al menos, qué es lo que lo atormenta, para comprenderlo mejor.

—Eso es algo que...

—No sigas —lo interrumpió—. Seguro que vas a decirme, como todo el mundo, que es mejor que me lo cuente él mismo y blablablá. Es tan posible como que mañana se demuestre que hay vida en Marte.

—No pierdas la esperanza —pidió Víctor sonriente.

—Nunca la he perdido —gruñó ella—. Para lo que me ha servido...

* * *

El domingo todavía resultó ser un día bastante soportable. Víctor y Marina seguían en la mansión y compartieron con ellos risas, comidas y charlas, como si de esa manera fingieran que todo iba bien con aquella especie de tregua. Pero, al llegar la noche, tras la emotiva despedida, el silencio volvió a impregnar las paredes de Olsen House.

El lunes, Emma se levantó temprano. Dentro de lo posible, necesitaba que su vida adoptase un cariz todo lo normal que podían permitir las circunstancias. Nada más bajar la escalera se topó con Julio, que sonrió al verla y consiguió que olvidara muchos de sus males por un momento.

—¿Qué tal todo, hermanita?

—Bueno... —respondió ella—. Todavía tengo que planificar mis días, si no quiero morirme del aburrimiento hasta que empiece el curso.

—El verano acaba de empezar, Emma —le recordó éste mientras le colocaba amorosamente un brazo sobre los hombros—, así que disfrútalo. Recuerda que ya no vives en aquella cárcel que tenías por casa. Puedes salir, divertirte...

—Sólo tengo a Chantal —se lamentó—. Y ya sabes que, en cuanto salga de casa, me esperarán los *paparazzi* en la puerta, dispuestos a comerme viva.

—Esta misma mañana ya esperan a Jean —explicó Julio con una mueca—. Llevar dos días apostados tras la verja, acechando como buitres. Pero soy el mejor a la hora de esquivarlos. Podrías llamar a tu amiga pija y planear algo para daros una vuelta por ahí. Yo os llevo y os recojo, y seguro que los despisto.

—¡Podría ser divertido! —Emma sonrió—. Siempre nos hemos visto en nuestras respectivas casas o en actos oficiales de mi padre, donde teníamos que escabullirnos y escondernos en el baño para poder hablar. Incluso una vez se coló una periodista en uno de ellos para poder grabar nuestra conversación.

—Pues decidido —la animó Julio con un beso en la mejilla—. Convince a tu amiga y esta misma noche comienza la diversión.

—No me hará falta convencerla —afirmó Emma con una carcajada.

—Recuerda que os estaré vigilando —gruñó Julio con fingida severidad.

—De eso nada. —Rio—. Tú te ligas a cualquier tía buena y nos olvidas un rato.

—Cómo me conoces. —Su hermano sonrió mientras la soltaba y se dirigía a la salida.

Emma se encaminó a la cocina, necesitada como estaba de cualquier estimulante que la acabara de despejar. Recordó con nostalgia las mañanas alegres en esa misma pieza de la casa, con todos los integrantes de la mansión tomando café alrededor de la robusta mesa.

Justo al abrir la puerta, Jean salía de la acogedora estancia y a punto estuvo de chocar con ella. Entre los dos apenas hubiese cabido una hoja de papel, por lo que Emma pudo admirar de cerca la piel de su cara recién afeitada, su olor a loción y a hombre, cada imperfección de su rostro perfecto o el olor a café de su aliento.

Pensó con tristeza en lo que le comentó Víctor sobre la confianza. Si la hubieran tenido, ella no habría reprimido las ganas de darle un mordisco en ese momento, en plena mejilla. Y otro en la barbilla. Y otro en...

—Buenos días —masculló Jean, interrumpiendo así sus sensuales pensamientos. Se apartó, la esquivó y se marchó hacia el pasillo que llevaba al vestíbulo. Un instante después sonaba el golpe de la puerta al marcharse.

—Buenos días —murmuró ella—, capullo.

Intentando que su indiferencia no le molestara, la joven entró en la cocina y saludó a las personas que ya se encontraban allí tomando café.

—¡Buenos días a todos! —saludó a Ana y Pilar, que, junto a Tomás, sostenían una taza entre sus manos. Estaban de pie, simplemente apoyados en la encimera, pero sus risas llenaron de tibieza el corazón de Emma—. Me alegro tanto de veros... —Se acercó a cada uno de ellos y les dio un cálido abrazo.

—Buenos días, *señora* —dijeron las chicas, sonriendo al recalcar la última palabra—. ¡Cómo nos alegra tenerla aquí de nuevo!

—Yo también me alegro. O eso creo. —Sonrió con una mueca—. ¡Ah!, y gracias

por el bonito regalo.

—Fue lo más picante que encontramos sin dejar de ser elegante —comentó Ana, sin parar de reír—. ¿Es verdad el rumor que corre sobre que está embarazada?

—¿O eso que dicen de que su matrimonio es concertado? —añadió Pilar—. ¿Esc no ocurría antes, o sigue ocurriendo entre los ricachones?

—Lamentablemente, es verdad —contestó Emma, al tiempo que inclinaba la jarra del café y vertía una buena cantidad en su taza—, aunque no ha sido exactamente mi caso.

—¿Se han casado por amor! —gritó Pilar—. ¡Lo sabía! Se notaba tanto la química entre ustedes dos... —suspiró soñadora.

—Lo cierto es que tampoco ha sido el caso —dijo Emma, frunciendo el ceño.

—¿Entonces? —preguntaron las empleadas, acercando sus cabezas a la de Emma—. Si no ha sido por interés ni por amor, ¿por qué se han casado? Nos ha dejado peor que antes.

—Creo que no lo tengo muy claro —reconoció con un mohín que arrancó las risas de las muchachas. Incluso Tomás reía abiertamente cuando Amparo apareció de pronto en la estancia.

—¿No tenéis nada que hacer vosotros? Tomás —se dirigió al jardinero—, he visto algunas hojas mustias en las hortensias del parterre que bordea la fuente de la entrada.

—Ahora mismo me iba —dijo el hombre cabizbajo mientras salía por la puerta de atrás.

—Vosotras dos —se dirigió después a las chicas—, haced el favor de recoger todo esto y en cinco minutos os espero en el despacho del señor. Hoy toca la planta de abajo. —Antes de marcharse miró un instante a Emma—. Señora... —murmuró como saludo.

—Joder —se lamentó Emma—, Amparo está supercabreada conmigo. Supongo que la relación que tiene con Jean es tan estrecha que lo defiende de quien pueda hacerle daño, como una gallina a su polluelo.

—No sabemos qué ha pasado exactamente —intervino Ana, comprensiva—, pero no se preocupe, siempre se le pasa pronto. Aunque le doy la razón en que Jean es su debilidad.

—¿Os podría hacer una pregunta? —inquirió de pronto Emma, sin dejar de mirar hacia la puerta—. ¿Conocisteis a la madrastra de Jean?

—Pues no, señora —aclaró Ana, mirando a su compañera—. Sólo llevamos aquí

dos años, desde que el señor Olsen se hizo cargo de la casa después de la marcha de su hermano.

—No importa. Gracias por todo, chicas —les agradeció el gesto—. Espero volver a veros al mediodía.

—Por supuesto, señora Emma.

—¡Por el amor de Dios! —bufó exasperada—. ¡Llevo años soportando lo de «señorita» a duras penas, como para soportar ahora lo de «señora»! ¡Hacedme el favor de llamarme Emma!

—No creo que Amparo lo apruebe —replicó una de las empleadas—, pero podemos hacerlo cuando ella no esté. —Dicho esto, se marcharon riendo, en cuanto recordaron que la susodicha las esperaba con un humor de perros que tardaría en cambiar.

A media mañana, Emma llamó a Chantal y ésta recibió encantada la noticia de salir esa misma tarde de incógnito. Miedo le daba lo que su amiga pudiese estar maquinando.

Pero, hasta entonces, aún quedaban muchas horas que pasar en aquella dichosa mansión. Recordando que el ama de llaves había comentado que estarían en la planta baja, decidió subir a echar un vistazo a algo que durante su estancia anterior no tuvo tiempo de investigar: descubrir el dormitorio de la madrastra de Jean.

Había demasiadas incógnitas alrededor de su persona y de su muerte. Además, acrecentaba ese misterio el que nadie de la casa estuviese dispuesto a aclararle ninguna duda. Sí, creía en la sinceridad de las chicas, que habían comentado haber entrado a trabajar en la casa justo cuando Jean acabó su rehabilitación, por lo que no podían saber mucho sobre lo acontecido anteriormente.

Pero eran Amparo y el propio Jean, su hermano o su cuñada, quienes se habían negado «sutilmente» a aclararle cualquier pregunta sobre Diana, la hermana de la madre de Jean y, más tarde, madrastra al casarse con el padre viudo.

Emma tenía la corazonada de que, averiguando algo sobre esa mujer, estaría más cerca de saber de dónde provenía el tormento de Jean.

Con cuidado de no ser descubierta, Emma fue abriendo puertas mientras recorría el corredor principal de la planta superior. Una tras otra, fue dejando aparecer estancias que ya había visto o que permanecían vacías, hasta llegar a una puerta que no pudo abrir. Se mordió una uña durante un instante, pensando, y una sonrisa se le formó de lado a lado de la cara cuando recordó cómo lo hacía para escaparse de su cuarto cuando la encerraban. En un visto y no visto, se acercó corriendo a su

habitación y rebuscó en su bolso para sacar su cartera y, de ahí, alguna de sus tarjetas. Sabía que funcionaban mejor las más grandes y flexibles, como las llaves de hotel, que procuraba quedarse para esos menesteres. Encontró una de su última visita con sus padres al Hotel Palace de Madrid.

«A saber quién pagaba esas estancias en los mejores hoteles», pensó al recordar los lujosos lugares visitados con sus padres en los viajes oficiales del partido.

A continuación, volvió corriendo a la habitación misteriosa, comprobó que no hubiera nadie en el pasillo e introdujo la tarjeta en la ranura para localizar el pestillo, empujando la puerta apoyándose en ella. Cuando notó deslizarse la tarjeta, forzó al pestillo a volver a entrar en la puerta, empujó con fuerza y ésta se abrió.

Despacio, dejó la puerta entreabierta y entró en la estancia, cuya ventana dejaba filtrar tenues rayos de sol a través de las rendijas de las persianas venecianas. Con seguridad se trataba del dormitorio de Diana, pues un gran retrato de ella presidía una de las paredes. Emma se acercó para observarlo de cerca. Los Olsen nunca se habían prodigado mucho en la prensa, así que no recordaba lo guapa que era. Lucía un largo cabello negro y su piel era muy blanca, perfecta, aunque sus ojos grises parecían destilar un atisbo de crueldad.

La habitación estaba completamente ordenada, pero una fina capa de polvo cubría la totalidad de muebles y objetos. La decoración era un tanto suntuosa, con muebles en color nácar con incrustaciones doradas. La colcha, a juego con las cortinas, estaba confeccionada en raso de color ocre y, sobre la cómoda, toda una hilera de pequeños botes de perfume y un joyero de plata todavía permanecían intactos, como esperando a ser utilizados en cualquier momento por su dueña. Incluso pareció que el aire se llenaba de repente de olor a perfume, volviéndose denso, cada vez más pesado, envolviendo a Emma con su presión asfixiante hasta casi costarle respirar. Cada vez olía más y más fuerte...

De pronto, ante el pasmo de Emma, una ráfaga de viento abrió de golpe la ventana, haciendo volar las cortinas, y los postigos de madera se cerraron por completo, al mismo tiempo que la puerta. Tras los golpes secos, la total oscuridad se abatió sobre la chica. Las campanadas de un reloj, o de varios, sonaron al mismo tiempo, aunque perdió la cuenta del número de ellas.

«Nang, nang, nang...»

Emma, invadida por el pánico, se lanzó primero a empujar los postigos de la ventana para poder abrirlos, pero una fuerza exterior parecía impedirselo. Después, con la respiración acelerada y el corazón golpeando con fuerza en su pecho, corrió

hasta la puerta para intentar abrirla, pero tampoco lo consiguió.

—¡Por favor! —chilló—. ¿Alguien me oye? ¡Estoy aquí dentro! ¡Por favor! — volvió a gritar una y otra vez al tiempo que aporreaba la puerta o intentaba girar el pomo inútilmente—. Dios —susurró cuando le pareció notar que no estaba sola. Nunca había sentido tanto miedo en su vida. Era una sensación horrible, pesada, que la ahogaba y le obstruía la garganta, impidiéndole seguir gritando.

Prefirió pensar que fue ese pánico el que le hizo creer que alguien le había rozado el pelo.

—¡Por favor! —volvió a intentarlo cuando sintió que las lágrimas inundaban sus ojos y su rostro—. ¡Que alguien me ayude!

Ahogó el último grito cuando la puerta se abrió de repente.

—¡Señora Emma! —exclamó el ama de llaves—. ¿Qué hace usted aquí?

—¡Por Dios, Amparo! —chilló la joven, echándose en los brazos de ésta, que la acogió en sus brazos y la consoló acariciando su cabello—. Creí que moriría ahí dentro —sollozó en su pecho.

—¿Morir? —preguntó la mujer—. ¿Por qué dice eso?

Aún con miedo, Emma se dio la vuelta y miró en dirección a la habitación. Las hojas de la ventana volvían a estar cerradas y los postigos abiertos, dejando entrar la luz del sol y confiriendo a la estancia la impresión de total normalidad.

—Yo... —titubeó Emma después de separarse de la mujer—. Me he quedado encerrada.

—Ya —replicó Amparo—. No hace falta que se invente una excusa. Ha vuelto a querer curiosear y la he sorprendido de nuevo, ¿no es cierto?

—¡Sí! —respondió Emma—. ¡Pero también es cierto que se me ha cerrado la puerta y no podía abrirla!

—¿Y mientras se moría de miedo se ha entretenido en usar el perfume de la antigua señora? —inquirió Amparo mientras volvía a cerrar la puerta con llave—. No lo niegue, huele usted a su perfume.

—Yo... —balbució Emma, aturdida—, será mejor que salga fuera a que me dé el aire.

Todavía con las piernas temblorosas, Emma bajó la escalera, corrió hacia el jardín y se apoyó en el tronco del primer árbol que encontró, para inspirar todo el aire que pudiese y tratar de serenarse.

—Señora Emma —oyó que le preguntaba Tomás. El jardinero llevaba unos guantes y unas tijeras de podar junto a un ramo de rosas marchitas—, ¿le ocurre algo?

—No, nada —jadeó Emma—, gracias. Por cierto, Tomás —quiso preguntarle antes de que se marchara—, ¿conoció usted a la señora Diana?

—Sí, señora, la conocí.

—Menos mal, alguien que no se va corriendo. —Sonrió a duras penas—. Y dígame, ¿cómo era? ¿Había algo... extraño en ella?

—Bueno —contestó el hombre, pensativo. Se echó hacia atrás la gorra que llevaba para protegerse del sol y se rascó la cabeza con el mango de las tijeras—, a veces parecía decir cosas un tanto... como si le faltase un tornillo, si me perdona la expresión.

—¿Tal vez sufría depresiones o algo por el estilo? —preguntó Emma.

—Puede ser —añadió el hombre de forma taciturna. Se colocó bien la gorra de nuevo y saludó a Emma—. Si me disculpa... Por cierto, señora —añadió el jardinero antes de irse—, huele usted igual que ella.

CAPÍTULO 16

Una ducha. Una larga e intensa ducha con su jabón de vainilla sería lo más efectivo para poder quitarse aquel repelente olor que todo el mundo parecía notar menos ella.

Emma se mantuvo durante varios minutos bajo el chorro del agua caliente, tiempo que aprovechó para recapacitar y llegar a la conclusión de que el miedo, por una vez, la había vencido, ocasionándole aquella serie de sensaciones terroríficas que sólo la propia sugestión es capaz de provocar.

Se embadurnó después con crema hidratante del mismo aroma del jabón, e incluso se puso una camiseta y un pantalón que aún tenía por estrenar.

Ya había quedado con Chantal y estaba a punto de llegar, así que bajó corriendo la escalera y abrió de golpe la puerta principal, por donde apareció Jean y casi vuelven a chocar.

—Parece que estemos destinados a tropezarnos —dijo Emma en un intento por ser cordial.

—Hola, Emma. Perdona, pero tengo trabajo —contestó tratando de esquivarla.

—Esta noche voy a salir con Julio y Chantal —le soltó. La indiferencia con que la trataba estaba empezando a tocarle las narices.

—Ya sabes que puedes hacer lo que quieras.

—¿A ti no te importaría que diese que hablar a la prensa?

—¿A mí? —Jean se dio la vuelta para mirarla y emitió una leve risa mordaz—. Jamás me ha importado la jodida prensa o lo que pueda decir la gente una mierda, así que, ya lo sabes, diviértete con tu amiga.

—Sólo bailaremos un rato —aclaró ella para justificarse.

—No tienes que darme explicaciones —sentenció algo apagado.

—Pues entonces hasta luego. Supongo que volveré tarde. —Antes de que se marchara, Emma lo llamó y se acercó a él—. Perdona, Jean, un momento. ¿A ti te parece que huelo bien?

—¿Cómo dices?

—Huéleme, a ver qué piensas. —Se acercó todavía más y colocó el cuello a la altura de su nariz.

Jean a punto estuvo de largarse corriendo. Ahí estaba, a un suspiro de su boca, el

cuello de Emma, donde latía errático su pulso, para poder ser olido, besado, mordido... ¿Que a qué olía? Pues a frescura, a inocencia, a pecado, a deseo, a misterio, a vida... a Emma.

—Hueles... como siempre.

—Oh, vale, pues nada, entonces. Nos veremos mañana, supongo. —Y se quedó allí clavada, mirando por donde él ya había desaparecido con una inaudible despedida.

—¿Qué te pasa, Emma? —oyó decir a Chantal a su espalda—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Visto no. Tal vez olido.

—¿De qué hablas?

—Ven conmigo —le ordenó a Chantal mientras tiraba de ella hacia su dormitorio. Subieron deprisa para llegar cuanto antes y cerrar la puerta tras ellas—. Vámonos de aquí aunque sean unas horas, antes de que me vuelva loca.

—¿Me vas a decir qué coño te pasa? ¿O es que la vida de casada te acaba trastornando?

—No es eso —suspiró Emma—. Déjalo, no te lo creerías.

—Ya te preguntaré en otro momento más comunicativo. Por cierto —inquirió Chantal mirando a su alrededor—, ¿es ésta tu habitación? No tiene pinta de habitación de matrimonio.

—Te lo dije. —Volvió a suspirar—. Esta boda es un acuerdo, en todos los sentidos.

—Pero... no entiendo. ¿Es que a ese tío no le pica? ¿O es que sigue montándosele con sus amantes?

—No está con nadie —le aclaró Emma con cautela—, eso sí que lo sé.

—No entiendo una mierda, pero, en fin, queda la siguiente cuestión. ¿Y a ti? ¿No te pica tampoco? Ya os habéis acostado, así que, o no estuvo muy bien la cosa o...

—Estuvo perfecta —afirmó Emma, intentando no rememorar aquella noche—. Y deja de preguntar, que tú eres la menos indicada. Sé que tampoco has estado con nadie desde lo de Álex.

—Y lo he intentado, guapa, pero lo tengo bastante crudo. He tanteado la posibilidad de tirarme a cualquier desconocido en un bar, pero, en cuanto averiguan quién soy, procuran chantajearme con chivarse a mi padre si no les doy una buena cantidad de dinero.

—¿Desconocidos en un bar, Chantal? —le recriminó su amiga—. Yo creo que ya

va siendo hora de pensar en ligar con chicos de forma convencional, salir con ellos, tener una relación...

—Ni de coña —respondió—. Se acabaron las relaciones de parejita que acabar mal. No vuelvo a llorar por un tío en mi puta vida, así que, de momento, bien está mi vibrador si no puedo obtener una polla original.

—Será mejor que cambiemos de tema. ¿Qué traes en esas bolsas? —preguntó Emma.

—Nuestro pasaporte para poder divertirnos esta noche sin tener detrás a los putos *paparazzi*.

—¡Dios, Chantal! ¡Estás fatal! —exclamó Emma al ver a su amiga extraer de las bolsas lo que parecían los elementos clave para un par de disfraces de carnaval: pelucas, pañuelos, maquillaje y una ropa de lo más estrafalaria.

—¡Es el único modo de pasar desapercibidas! —explicó Chantal completamente excitada—. ¡Va, di que sí!

—Lo estoy deseando —suspiró Emma—. Por si no lo recuerdas, me acabo de casar casi a la fuerza con un tío que apenas me soporta, lo mismo que Amparo, el ama de llaves, a la que, de repente, le parezco la bruja que ha fastidiado a su señorito. El jardinero dice cosas extrañas y, para colmo, esta casa empieza a darme miedo. ¡Quiero divertirme a la de ya!

—Joder —soltó riendo Chantal—, y yo que pensé que iba a tener que convencerte.

Un par de horas más tarde, en el aparcamiento de una animada sala de fiestas, Julio abrió el portón trasero del maletero de su coche, de donde surgieron las dos amigas entre bufidos y quejidos.

—¡Joder, Julio! —exclamó Emma, ya fuera del maletero—. ¿Pretendías asfixiarnos? ¡Este coche es un huevo!

—¡A ver si te esperabas que viniésemos en el Bentley! —se defendió él, exasperado—. ¡Con mi coche os tenéis que aguantar esta noche si no queréis que os hagan un montón de fotos y seáis mañana pasto de titulares sensacionalistas!

—¿Y era necesario encerrarnos en el maletero, joder? —protestó Chantal mientras trataba de colocarse bien la peluca.

—Me cago en la puta —soltó de pronto Julio a carcajadas, sin dejar de mirar a las dos chicas—. ¡Estáis irreconocibles!

El chófer continuó riendo y contagió a las jóvenes con su risa.

La verdad, el trabajo de Chantal había sido soberbio. Incluso habían hecho la

prueba dejándose ver en la casa por Amparo y Tomás, que apenas las miraron, creyéndolas ligues de Julio.

Emma llevaba una brillante peluca negra al estilo Cleopatra, que hacía resaltar las lentillas azules de sus ojos, los labios rojísimos o las enormes pestañas postizas. Todo ello complementado con un atuendo bastante atrevido, compuesto por chaqueta y minifalda de cuero negro y unas botas hasta más allá de la rodilla.

Chantal, sin embargo, había optado por una larga y ondulada peluca pelirroja, se había deshecho del estridente maquillaje que solía llevar y se había colocado unas grandes gafas de pasta con cristales transparentes. Su conjunto floreado no era tan llamativo como el de su amiga, pero dejaba igualmente a la vista la totalidad de sus piernas, enfundadas también en unas altas botas.

—Una, que tiene ideas increíbles, a pesar de ser una pija sin oficio —soltó Chantal mientras tomaba del brazo a su amiga. Julio y ella parecían haber llegado al acuerdo tácito de olvidar lo que pasó en la boda de Emma. Como si no se hubiesen besado y acariciado, o no hubiesen estado a punto de follar sobre un banco de jardín.

—Sí, lo reconozco —contestó él, animado. Aquélla sería una noche divertida, donde se olvidarían los rencores pasados—. Pero, ahora, escuchadme —les pidió a ambas antes de entrar—: Hoy hay un concierto en la sala principal y hay bastante gente, así que nada de meteros en líos o dejaros sobar por cualquiera, ¿entendido?

—Que sí, papaíto —le dijo Emma con retintín—. Pero ¿y tú? ¿Qué vas a hacer? —preguntó a sabiendas de que el alcohol corría como el agua en esos lugares.

—Tranquila, pequeña —le contestó con un beso en la frente—. Ya he frecuentado locales así otras veces. Sé contenerme. Nada como una tía buena para hacerme olvidar otras cosas.

Sin comprender el motivo, los ojos de Julio se toparon con los de Chantal, pero ella levantó altiva su barbilla y cogió a Emma de la mano.

—¡Vamos! —propuso al entrar por la puerta—. ¡Bailemos hasta caer molidas!

Una vez rodeadas por el tumulto de gente, las dos amigas dieron rienda suelta a su ritmo y se dejaron llevar por la música que sonaba en directo, cantando, saltando y vitoreando. Chantal hacía siglos que no hacía nada parecido, y Emma jamás lo había hecho, por lo que se sintió más viva que nunca. Únicamente se permitió unos segundos para pensar en Jean. Si al menos las cosas con él fuesen mejor... Y se acabó pensar en él un segundo más. Él pasaba de ella y en unos meses, a lo sumo, se habrían divorciado. Ojalá fuese diferente, pero ella ya no podía hacer más.

—¿Vamos a beber algo? —le gritó su amiga en el primer descanso del grupo para

hacerse oír—. ¡Estoy seca!

—Vale, pero nada de alcohol —contestó Emma. Al ver la cara enfurruñada de su amiga, la convenció recordándole que nunca bebía en apoyo a su hermano.

—Pero... ¡si no nos ve! —protestó.

Pero ahí estaban, unos minutos después, dando buena cuenta de dos piñas coladas sin ron.

—Mi plan era emborracharnos —refunfuñó Chantal de nuevo.

—No es necesario, me lo estoy pasando en grande —la consoló Emma—. Imagina que mi hermano me viera ebria. ¿Crees que estaría bien?

—Ya sé que no, no intentes convencerme más. Pero, como nadie sabe lo que llevo en el vaso, iré a hacerme la interesante por ahí.

Emma rio y siguió a su amiga de nuevo frente al escenario. Continuaron saltando y gritando hasta quedar afónicas, lo mismo cada una por un lado que juntas, en grupo o con un par de chicos que tuvieron que sacarse de encima. Los pies ya no aguantaban más y sus vejigas tampoco.

—¡Me meo! —volvió a gritar Chantal en el oído de su amiga—. ¡Acompáñame y de paso nos repasamos el maquillaje!

Seguro que eso fue lo que pensaron justo en ese momento el resto de féminas del local, porque la cola para ir al baño era kilométrica.

—Joder, me voy a mear aquí esperando —se quejó Emma.

—Tranquila —le dijo pícaro Chantal mientras la agarraba de la mano para sacarla de la interminable fila—. Creo recordar, de las veces que vine tiempo atrás, que hay unos baños exclusivos para gente VIP. Lo que se dice para nosotras mismas, vamos, si no nos mantuviéramos escondidas detrás de un disfraz.

Después de recorrer unos cuantos pasillos y escaleras, por fin dieron con unos servicios junto a una pequeña sala donde, al parecer, celebraban una fiesta privada. Emma corrió, sin poder aguantar más, y se encerró tras la primera puerta. Cuando Chantal iba a hacer lo mismo en la siguiente, unos ruidos al final de la hilera de puertas la hicieron detenerse. Sonrió. Aquello eran claramente gemidos de una pareja que se habría encerrado a follar en el baño.

Sin poderse resistir, se coló en el penúltimo hueco, se encaramó a la taza del inodoro y se asomó por encima de la pared. La visión de la pareja la dejó sin aliento.

El chico era Julio, que se estaba follando a una desconocida, demasiado mayor y demasiado bien vestida, aunque en esos momentos no estuviera muy digna, precisamente. La mujer apoyaba las manos en los azulejos de la pared, mientras que

su vestido permanecía remangado hasta la cintura y sus bragas, colgadas de un tobillo. Julio, con los pantalones bajados, la penetraba desde atrás, sujetándola por las nalgas, entrando y saliendo de ella entre jadeos y gemidos ahogados.

Chantal se mantuvo muy quieta, hipnotizada, mirando sin perder detalle de aquella gruesa polla que entraba y salía de la mujer. Observó el semblante de placer de Julio, que apretaba la mandíbula con los ojos cerrados, sin dejar de perder el ritmo del vaivén de sus caderas. Su culo se contraía y empujaba para ayudarse con los envites.

Y Chantal se excitó. Tanto que quiso tomar en ese mismo instante el lugar de aquella mujer, ser ella la que se apoyara en esa pared para ofrecerse a Julio y que la follara con aquel ímpetu. Que expresara aquel placer por ella.

Si sintió celos, no lo admitió. Ni lo admitiría nunca.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba? —susurró Emma mientras se encaramaba a la taza junto a su amiga—. Pero ¿qué...? ¡Julio! —gritó cuando observó el panorama—. ¡Eres un puto cerdo, joder! ¿Follando en un váter?

—¡Emma! —chilló éste también al ver las dos caras mirando desde arriba. Lo mismo que la mujer, que se bajó el vestido para marcharse a toda velocidad, aunque se olvidó de las bragas, que quedaron tiradas en el suelo—. ¿Qué coño hacéis ahí las dos, maldita sea? —siguió gritando mientras se subía y abrochaba los pantalones.

—¡Ya te vale! —exclamó Emma. Pero, al instante, al observar reír a su amiga, no pudo evitar explotar también en una estridente carcajada—. Por Dios, Julio, ¡menudc espectáculo! —soltó sin parar de reír—. Por cierto, ¿ésa no era la mujer del dueño de una famosa cadena hotelera?

—Creo que sí —contestó Chantal, llorando de la risa—. Recuerda que tu hermano sólo se folla a tías con clase.

—Os podéis ir las dos un poquito a la mierda —gruñó el aludido, terminando de colocarse la ropa.

—¿Te has quedado a medias por nuestra culpa? —gimió Chantal entre risas descontroladas—. Pues no te cortes, tío. Continúa follándote a la ricachona, que seguro que tiene al marido ahí fuera. ¡Con dos cojones!

—Lo que vamos a hacer ahora mismo es irnos —sentenció Julio rojo de ira—, que ya es hora de que las niñas vuelvan a casita.

—Sí, será lo mejor —aceptó Emma todavía en los vestigios de las risas. Abrió la puerta y, de pronto, se topó con una pareja joven que parecía mirarla como a un succulento bocado.

—Vaya, vaya —dijeron los desconocidos—, mira a quién tenemos aquí. —De un

tirón, arrancaron la peluca de Emma y dejaron al descubierto su larga melena rubia—. Pero si es Emma Montalbán, la hija del presidente, ni más ni menos. La recién casada —Rieron de forma falsa—. Oye, ¿tú no deberías estar con tu maridito de luna de miel? —preguntaron maliciosos—. Y ésta debe de ser la hija del presidente del Banco Mediterráneo —añadieron señalando a Chantal—. ¿Cuál de las dos se está tirando al chófer?

—No sé cómo nos habéis encontrado, pero dejadnos en paz —les exigió Emma.

Sus ojos se abrieron de par en par, haciendo destacar el color azul de sus lentillas, ante una situación a la que ella no estaba acostumbrada: que la pillaran en una situación comprometida. Sin poder evitarlo, pensó en sus padres, en el daño que podría hacerles una noticia así.

Pero su súplica cayó en saco roto y los flashes cayeron sobre ellos tres como una lluvia de fuegos artificiales.

—¡Me cago en la puta! —bramó Julio lanzándose sobre ambos—. ¡Dadme ahora mismo esas jodidas cámaras!

Tras Julio, Chantal hizo lo mismo y se lanzó sobre la chica mientras él lo hacía sobre el chico. Repartieron puñetazos, tirones de pelo y algunos tortazos para arrebatárles los aparatos fotográficos.

—¡Joder! —gritaron los periodistas, que habían sido pillados desprevenidos—. ¡Sólo estamos haciendo nuestro trabajo!

—¡Tienen razón, Julio! —gritó Emma, alucinada todavía al ver a aquellas cuatro personas peleando en el suelo de un baño—. ¡No te ensañes con ellos! ¡Sólo están trabajando para ganarse un sueldo!

—¿A costa de tu propia intimidad? —le preguntó su hermano mientras tiraba las cámaras el suelo y las pisoteaba, dejando que multitud de piezas y fragmentos se esparcieran sobre las baldosas—. ¿No ves que te harían daño mintiendo o exagerando? No son más que buitres en busca de carroña.

—¡Los famosos no serían nada sin la prensa! —exclamó el chico, todavía en el suelo.

—Pues entonces —dijo Julio mientras tomaba del brazo a las dos amigas—, id en busca del famoso que quiera serlo, y dejad en paz al resto.

CAPÍTULO 17

Después de que Julio dejara a Chantal en su casa, Emma y él fueron directos a Olser House, donde ella entró por la puerta principal de la mansión mientras veía alejarse a Julio hacia el garaje. Una vez dentro, subió la escalera, algo desanimada por el final de aquella noche, que, a su vez, había resultado la más divertida en mucho tiempo.

Necesitó un rato para desprenderse del maquillaje y la ropa, y poder darse una ducha rápida. Se colocó un pijama —ahora de raso y con tirantes—, y se metió en la cama.

Al contrario de lo que pensaba, no concilió el sueño a pesar de lo cansada que estaba. Imágenes inquietantes de las que observó en el dormitorio de Diana seguían flotando por su mente. Inquieta, encendió la luz de la mesilla, pero lo único que consiguió fue desvelarse y pensar aún más en lo que ocurrió allí dentro.

Decidida, se levantó y salió al pasillo, no supo hacia dónde hasta que su propia inercia la llevó de nuevo frente a la puerta de la habitación de la antigua dueña.

Y de nuevo algo la alteró: la penumbra del pasillo, el aire de pronto más pesado, el olor a perfume... Dio un respingo cuando las campanadas de varios relojes sonaron todas a la vez, como en otras ocasiones, desde el salón, el vestíbulo o desde el otro lado de la puerta. Demasiado chocante todo para ella, echó un par de pasos atrás, sin poder desviar la vista de aquella puerta, y fue cuando le llamó la atención la fina línea de luz que asomaba por debajo. Había alguien dentro, no cabía duda, sobre todo cuando una sombra alargada cruzó aquella línea lumínica.

Y entonces sí que echó a correr.

Se dirigió derecha a la habitación de Jean, oyendo únicamente los golpeteos de sus pies descalzos y su propia respiración. Accionó el pomo de la puerta con rapidez una vez allí, pero sólo la sorprendió la oscuridad y una cama deshecha y vacía.

«¿Dónde estás, Jean?»

Forzó a su mente a recordar y, tras un gemido de júbilo, se marchó de nuevo corriendo, esta vez por la escalera principal y después por la que llevaba al sótano. Allí, por fin, distinguió una luz blanca que se colaba a través de la puerta entreabierta de la sala habilitada como gimnasio.

Tratando de aplacar su respiración, accedió a la iluminada estancia y se quedó un

instante apoyada en la pared. Jean corría sobre una cinta a una velocidad lo suficientemente rápida como para haberse cubierto totalmente de sudor. Vestía una camiseta blanca y unos pantalones cortos, y de vez en cuando se secaba la cara con una toalla que llevaba alrededor del cuello. Escuchaba música a través de unos auriculares, y Emma pensó con pesar que ni siquiera sabía la clase de música que podría gustarle.

En cuanto la vio, Jean frunció el ceño y paró la cinta de correr, que se fue aplacando mientras él descendía de ella y dejaba los cascos colgando sobre la pantalla.

—¿Qué sucede, Emma? —inquirió mientras se pasaba la toalla por la cara y el cuello—. ¿No estabas ya en la cama? —le dijo señalando con un gesto su pijama.

—Sí, llegamos hará una hora o así, pero...

—¿Pero?

—He tenido una pesadilla y no hay manera de que pueda dormir —explicó avergonzada tras un suspiro.

—Si no te importa que me dé una ducha primero —le dijo Jean—, puedes acompañarme a la cocina a tomar un vaso de leche caliente. Yo suelo hacerlo cuando me desvelo.

—Estaría bien, gracias. ¿Tenéis Cola Cao? —le preguntó, con una sonrisa tan infantil y auténtica que a Jean se le clavó directamente entre las costillas.

—Creo que sí —le contestó con otra sonrisa que derritió a Emma.

Lo vio marcharse a la ducha sin dejar de observar su ancha espalda y su trasero, marcado por el pantalón corto. Nunca se había fijado en lo perfecto de su culo. En realidad, ¿desde cuándo se fijaba ella en el culo de los tíos? Bueno, en el culo y en todo lo demás, porque, en cuanto oyó el agua correr, se lo imaginó allí dentro, totalmente desnudo, con el agua y la espuma cubriendo todo su cuerpo...

«Joder, ahora entiendo a Chantal. Una vez conoces el sexo, tu propio cuerpo vuelve a reclamarlo...»

Para intentar enfriar sus pensamientos, se entretuvo mirando a su alrededor. En aquella sala se podía disponer de cualquier objeto o aparato de gimnasio, desde la cinta o la elíptica hasta todo tipo de pesas o la sauna, todo ello rodeado de espejos en las paredes. Nunca le había entusiasmado mucho hacer ejercicio, pero, si iba a tener un gimnasio tan a mano, lo aprovecharía. Empezaba a sentirse un poco oxidada.

—Ya estoy —anunció Jean al cabo de menos de cinco minutos. Se había puesto un vaquero y una camiseta gris, pero continuaba descalzo—. ¿Subimos?

—Claro —aceptó Emma, bastante sorprendida de la amabilidad de él. La verdad, estaba deseosa de obtener una tregua con Jean, llevarse bien a pesar de las circunstancias.

Una vez en la cocina, Jean dejó que Emma se sentara a la mesa mientras él trasteaba en los armarios para conseguir dos grandes tazones y llenarlos de leche hasta arriba. Los calentó en el microondas y echó una buena cucharada de Cola Cao a cada uno.

—Así que una pesadilla —rompió el silencio Jean mientras se sentaba frente a Emma y ponía los tazones humeantes delante de ambos.

—Sí, eso parece —respondió evasiva. Le dio un trago a la bebida caliente y cerró los ojos por el placer de sentir de nuevo uno de los sabores favoritos de su infancia—. Me encanta —le confesó a Jean—. Cuando era adolescente, mi madre me obligó a beber café. Me dijo que no tenía nada de *glamour* tomar un cacao siendo ya una jovencita. —Suspiró—. En realidad, me obligó a demasiadas cosas y me prohibió muchas más.

—Por mí —le dijo Jean tras dar otro largo trago—, puedes tomarlo cuando quieras.

—Gracias. Y dime —comenzó a decir Emma para intentar mantener una conversación—, ¿lo haces muy a menudo? Me refiero a correr en tu gimnasio o a bajar a la cocina a beber leche a las cinco de la madrugada.

—Muy a menudo —contestó taciturno.

—Ahora vendría el momento en el que yo te preguntaría por tus pesadillas y tú me mandarías a freír espárragos —soltó Emma, haciendo sonreír a Jean.

—Lo siento —dijo él con una mueca—, es algo de lo que prefiero no hablar.

—Hay muy pocas cosas de las que quieras hablar —le recriminó ella, aunque sin perder la sonrisa—. Hagamos una cosa, Jean. ¿Qué te parece si te pregunto algunas cosas sobre ti? Si te interesa, me contestas, sino, pues me dices «siguiente».

—¿Y sobre ti? —planteó algo receloso.

—Podríamos dejarlo para otra noche de insomnio. —Sonrió.

—Está bien —aceptó Jean tras un nuevo trago de leche—, pero no te prometo nada.

—Vale, ahí va la primera. ¿Qué clase de música estabas escuchando? —planteó para darle algo de confianza y no bombardearlo a la primera de cambio.

—Ésa es fácil —sonrió aliviado—, aunque no sé si será la respuesta que esperas. Estaba escuchando a Led Zeppelin.

—¿Led Zeppelin? —preguntó divertida—. Pues no, no lo esperaba.

—Me gusta escucharlos desde que era adolescente —aclaró él con la mirada algo perdida. Emma se lo imaginó a aquella edad difícil, perdiendo a su madre y cayendo en la bebida, y un hondo dolor se instaló dentro de ella.

—Venga, la siguiente. ¿De qué murieron tus padres?

—Mi madre, de cáncer. Mi padre, de varios infartos.

—¿Por qué la policía investigó al principio la muerte de tu padre?

—Siguiente.

—Vale. —Emma inspiró hondo. Tendría que dosificar bien—. ¿Empezaste a beber por la muerte de tu madre?

—Sí.

—¿Las pesadillas son debidas a la falta de alcohol?

—No. Y procura cambiar de tema, por favor.

—Está bien. A ver... ¿Alguna vez has tenido sexo con varias mujeres?

—Siguiente —contestó Jean, incómodo y exasperado.

—Ésa no es tan difícil —sugirió Emma—. Basta con un sí o un no.

—Volví a nacer hace dos años, Emma —aclaró Jean—, y, lo que hiciese antes de eso, no lo recuerdo o no me interesa hacerlo. ¿De verdad te importa conocer los desvaríos que yo llevara a cabo estando borracho?

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó Emma con retintín—. ¿Te llevabas mal con Diana? —se atrevió por fin a preguntar.

A punto estuvo Jean de soltar «siguiente», pero le pareció que llevaba ya demasiado tiempo temiendo ese recuerdo, soportando unas pesadillas que cada día intentaba vencer. Tal vez, si le quitase importancia a algo que ya había desaparecido de su vida, podría relegarlo algún día a la parte más alejada y oscura de su cerebro.

—Ni bien ni mal —respondió tras el lapso de silencio—. Mi padre se casó con ella por una promesa hecha a mi madre antes de morir, que le pidió que cuidase de su hermana, pero Diana iba a la suya.

—¿Sufría depresiones?

—¿Depresiones? —Jean rio con ironía—. Más bien, su cabeza no iba a la par que la realidad.

Después de la última frase dicha casi con repugnancia, Emma decidió relajar un poco la tensión. Tuvo que admitir que, más que su gran curiosidad por Jean y su pasado, le había encantado entablar una conversación con él.

—Explícame ahora cómo te hiciste amigo de mi hermano —pidió en medio de un

gran bostezo. Apartó la taza vacía a un lado, colocó los brazos sobre la mesa y apoyó la barbilla sobre sus manos.

—Pues, durante mi primer día sobrio...

Jean le narró a Emma cómo Julio había sido tan importante en su vida, cómo se había acercado a él exponiéndose a un puñetazo o a algo peor durante las crisis de abstinencia, cómo había estado ahí para sujetarlo cuando creía desfallecer. Con entusiasmo, le fue contando anécdotas pasadas, momentos divertidos a pesar de la situación. La cadencia de la voz de Jean se convirtió en un bálsamo para Emma, que no pudo aguantar más tiempo despierta y, por mucho que intentó evitarlo, sus párpados fueron cayendo hasta cerrarse del todo.

Jean paró de hablar en cuanto sintió el suave compás de su respiración. Se había quedado completamente dormida sobre la mesa de la cocina.

Ya eran casi las siete y ya mismo comenzaría a moverse el personal, así que, sin más dilación, pasó un brazo bajo sus piernas, otro por su espalda y la cargó sobre su cuerpo. Ella, sin saber si lo hacía o no consciente, se agarró a su camiseta y apoyó la cabeza en su pecho, lanzando después un largo suspiro.

Mientras subía la escalera con aquella carga entre sus brazos, Jean se vio asaltado por un tumulto de emociones. Le apetecía abrazarla, besarla, mimarla, olvidar que ella lo hubiese utilizado para sus propios fines. Pero luego, se imponía la realidad. Emma estaba allí y se había casado con él únicamente para conseguir un nuevo fin, con la idea de abandonarlo en cuanto lo hubiese logrado.

Y él ya no podía permitirse una nueva desilusión. No podría acercarse a ella, abrazarla, besarla y mucho menos hacerle el amor, porque sabía que la próxima vez que ella lo dejara ya no podría soportarlo. No aguantaría un nuevo bajón, una nueva caída en el alcohol, porque, entonces, ni Julio ni nadie serían capaces ya de volverlo a sacar de lo más profundo del infierno.

Con cuidado, dejó a Emma sobre la cama y la tapó con la colcha. Ella se acurrucó de lado y continuó durmiendo, por lo que Jean aprovechó para hacer lo único que podría permitirse: darle un beso mientras estuviera dormida. Se inclinó y le dio un tierno beso en la frente, lo que ya debería haberle parecido una mala idea. En cuanto sintió el calor, la suavidad y el olor de Emma, todo su cerebro pareció volverse de gelatina.

Pero la más pésima de todas las ideas fue bajar un poco más y darle un beso en los labios, donde se mantuvo unos segundos más de la cuenta. Fue cuando Emma abrió los ojos, velados por la inconsciencia, pero abiertos al fin y al cabo. Jean, con el

corazón a mil por hora, miró sus aterciopelados iris marrones y esperó a que volviera a bajar sus párpados. En su lugar, sonrió perezosa y le susurró:

—Quédate conmigo, Jean, y duerme a mi lado. —E, inmediatamente, se quedó dormida.

Jean se vio obligado a tragar con fuerza la gran bola que se le formó en el pecho. No volvería a hacer nada parecido. Ya se había arriesgado bastante.

* * *

Ya en la sede de la compañía Olsen, Jean se centró en su trabajo, al cual agradecía el haberlo mantenido ocupado la mayor parte del tiempo de los dos últimos años. Acababa de tener lugar una reunión en la sala de juntas, donde había debatido y llegado a diversos acuerdos con directivos, accionistas y principales ejecutivos, tanto de forma presencial como a través de videoconferencia, el modo en el que habían asistido algunos de los responsables de la marca en Estados Unidos y diversos países de Europa, lo mismo que su hermano, Víctor, que aparecía en la pantalla del ordenador desde su despacho en Arrecife.

Al concluir la reunión y apagarse las imágenes de los asistentes a distancia, excepto la de Víctor, los hermanos aprovecharon para llevar a cabo una reunión más cercana y personal con sus propios directivos. Las cosas no andaban demasiado bien esos días en la compañía Olsen.

—Sé que algunos de ustedes —se dirigió a ellos Jean— están recibiendo ofertas muy sustanciosas para dirigir algunas de las empresas del señor Muntaner. —Los aludidos se lanzaron miradas muy significativas—. No se lo reprocho, todos tenemos derecho a tener ambición, pero, cuidado, no se dejen embaucar por algo muy brillante pero con unos cimientos recubiertos de sospechas de corrupción, porque podrían desmoronarse. Les recuerdo —prosiguió— que Olsen es de las pocas empresas de prestigio que puede presumir de total transparencia, que reúne todos los requisitos medioambientales o fiscales, de la misma manera que mantiene al trabajador en lo más alto de su lista de prioridades. Dicho esto —concluyó—, espero que no sólo tengan en cuenta los sueldos que les puedan ofrecer, o las primas o regalos que les hayan prometido y de cuya procedencia yo dudaría de su legalidad. Esto es todo y gracias por asistir.

En medio de leves murmullos, los asistentes se dispersaron hacia sus puestos de trabajo, la mayoría de ellos móvil en mano, mientras Jean quedaba solo en la sala

frente a la imagen de su hermano en una pantalla.

—Delante del resto has sonado suave —dijo Víctor—, pero sé que la cosa se está poniendo fea. Nos quieren quitar a los mejores.

—Lo sé —contestó Jean tras un suspiro—. Muntaner pudo aparentar que se retiraba de forma elegante, pero nunca me lo tragué. No soportó ni la negativa a nuestra expansión, ni, por supuesto, que le desbaratara sus planes de emparentarse con el presidente del Gobierno.

—Yo creo —añadió Víctor— que le jodió más el fracaso de nuestras negociaciones, porque ya le he visto muy sonriente en alguna revista junto a la hija del presidente de la Generalitat catalana. Por lo que se ve, está decidido a entrar en política.

—No entiendo que no lo hayan pillado todavía por sus múltiples delitos —gruñó Jean—. Está de mierda hasta las cejas.

—Porque está demasiado bien relacionado —replicó Víctor—. Y porque se necesita a alguien que lo denuncie, pero ese alguien sería el primero al que le salpicaría la mierda. Lo sé porque conozco a un par de periodistas que trabajan en cooperación con la policía. Llevan años detrás de él, pero sólo podrían demostrar cuatro trampas a Hacienda que se saldarían con una simple multa, y eso no les conviene. Se necesita algo más, algo que lo lleve directamente a la cárcel, pero para eso... —Víctor paró unos instantes y esperó la reacción de Jean, que no dijo absolutamente nada—. Para eso habría que demostrar la financiación ilegal de un partido político, blanqueo de dinero y un largo etcétera, que supondría...

—Lo sé —dijo Jean—. Supondría relacionar al presidente con varios delitos de corrupción.

—Exactamente. A tu suegro.

—¿Mi suegro? —ironizó Jean—. No me hagas reír.

—Es el padre de Emma —le recordó Víctor—. Por mala que haya sido su relación, no deja de ser su padre.

—Ya —suspiró Jean—. Será mejor que nos limitemos a encarar la situación de la mejor manera posible.

—Sí, será lo mejor. Por cierto, ¿cómo te va la vida de casado?

—No empieces, Víctor —se quejó Jean. Se puso tenso y comenzó a recolocar papeles sobre la mesa—. No me hables como si estuviera casado de verdad.

—No, no lo estás —aceptó Víctor desde la pantalla del ordenador—. O sí, según lo mires.

—¿Según lo mire? —preguntó Jean alzando una ceja.

—Bueno —contestó su hermano con una sonrisilla—, mejor dicho, según tú quieras o no estarlo.

—Joder —gruñó Jean al ponerse en pie—. ¿Cómo te tengo que decir que jamás me habría casado, y menos con alguien que me trató como a un semental de alquiler?

—Pero te has enamorado, Jean, maldita sea, y no puedes evitarlo. Por mucho que corras, por mucho que huyas, por mucho que te hagas el cínico y el malote.

—Uno se enamora, muchas veces, de quien no debe —afirmó todavía tenso.

—Pero Emma no es un amor imposible —aclaró Víctor más tranquilo—. Es una buena chica, que ha cometido un error de juventud, pero que te quiere, y eso se nota a la legua. ¿Por qué no darle una oportunidad a lo vuestro?

—¡Porque no! —gritó Jean, al mismo tiempo que lanzaba contra la pared una carpeta, haciendo que los papeles salieran volando en distintas direcciones y se arremolinaran en el suelo de mármol—. ¡Porque no confío en ella, Víctor! —agregó con la voz quebrada—. ¡Porque no soportaría que ella volviera a hacerme daño! Por eso prefiero dejarla marchar, que se vaya a estudiar lo más lejos posible y se olvide de mí. Es demasiado joven todavía, no ha visto mundo, no se ha enamorado nunca, ni siquiera ha salido de fiesta con amigas. ¿Cómo voy a convencerla para que siga casada conmigo? ¿Y si, cuando me ilusione y crea que tenemos un futuro, se arrepiente y vuelve a dejarme?

—Te destrozaría —suspiró Víctor.

—Pues, entonces, no vuelvas a insistir en ello, por favor. Nos vemos, Víctor.

Y desconectó el ordenador.

CAPÍTULO 18

—Hacía siglos que no nos relajábamos tú y yo juntas. Deberíamos hacerlo más a menudo.

—Tienes razón. Mientras duren las vacaciones puedes venir todos los días que quieras. Cuando me vuelva a marchar te voy a echar tanto de menos...

Emma y Chantal charlaban tranquilas y relajadas en el jardín de Olsen House Tumbadas sobre dos hamacas junto a la piscina, tomaban un refresco mientras el sol se iba poniendo y se alejaba más de ellas a cada minuto que pasaba, dejando en el cielo un leve rastro anaranjado.

Llevaban muchos años de amistad, desde bien pequeñas, pero espaciando a veces demasiado las ocasiones en las que podían verse, muchas de ellas en un entorno demasiado hostil. Pero, entre otras cosas, el matrimonio de Emma les había otorgado un grado superior de libertad, aprovechando para verse casi todos los días. Al menos, mientras durase el verano, pues después los diferentes caminos elegidos las llevarían a separarse de nuevo.

—Pero ahora te llevas mejor con Jean, por lo que parece —planteó Chantal.

—Sí —respondió Emma mientras estiraba sus músculos—, la verdad es que sí, lo que ha contribuido a que mi estancia temporal en esta casa se haga un poco más llevadera.

—Pero ¿tú quieres largarte de verdad, Emma? —inquirió Chantal con el ceño fruncido—. Estás perdidamente enamorada de ese tío, así que no intentes convencerme de que estás deseando perderlo de vista. Además, te ofreció esta salida para que pudieses evitar la mierda de vida que te esperaba junto al gilipollas de Alberto y los pesados de tus padres, a quienes, ahora que son dueños de la Moncloa, no habrá quien los aguante. Y eso, créeme, es motivo suficiente para amarlo eternamente.

—Hay que ser realistas, Chantal. No sé con qué fin me ofreció Jean este acuerdo pero te aseguro que no con el de seguir juntos como una pareja normal. Nunca va a perdonarme lo que le hice, así que lo mejor será hacerse a la idea de que en un par de meses me habré ido de aquí, para vivir en otro país y poder continuar con mis estudios como quería. Me compraré mi propia casa, nos divorciaremos sin montar

ningún escándalo, de manera discreta, y se acabó.

—Oh, sí, ya veo cómo saltas de alegría al imaginarlo —soltó Chantal con ironía—. ¿Estás segura de que es eso lo que quieres todavía? Estar casada con Jean Olser no les pareció demasiado horrible a tus padres. Es un poco rarito, para qué negarlo —dijo con una mueca—, pero tiene pasta y eso les parece suficiente como para dejarte tranquila. Si a ti te gusta, podrías tratar de convencerlo para que sigáis juntos.

—¿Convencerlo de que me quiera? —exclamó Emma, indignada—. No confía en mí, Chantal; me mira como si fuera a saltar en cualquier momento sobre su yugular. Sólo le falta ir con escudo y lanza para mantenerme alejada de él.

—¿Y a través del sexo?

—Eso sería lo último —suspiró Emma—. Además, después de la que monté para que se acostara conmigo, dudo mucho que volviera a caer.

—Joder, mira que lo estáis haciendo complicado —refunfuñó Chantal, exasperada—. Con lo fácil que sería que os dejaseis llevar.

—Oh, vamos, Chantal, no me cuentes milongas. Tú sí que te lo has puesto complicado a ti misma para relacionarte con los tíos. Eres guapísima, elegante, inteligente y culta. Te licenciaste en ADE y Derecho con notas excelentes y en septiembre comenzarás un máster en banca y finanzas, pero, claro, «Voy a hacerle creer al mundo que soy una pija gilipollas y más tonta que las piedras, no sea que se me acerque alguien y tenga que demostrar que soy humana».

—Creo que será mejor que me vaya a mi casa —dijo Chantal con el semblante pálido, poniéndose en pie—. Ya hemos oído llegar a tu hermano y tu marido y seguro que cenaréis enseguida.

—Joder, lo siento —se disculpó Emma después de levantarse también de la tumbona—. Perdóname, cariño, sólo lo he dicho porque me gustaría que levantas cabeza. Ya ha pasado más de un año desde aquello y no te he visto ni hablar con un chico en todo ese tiempo.

—No pasa nada —suspiró su amiga—, no hace falta que te disculpes. Me voy a casa y volveré en unos días para que vayamos de compras como hemos quedado.

—¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros? —propuso Emma de repente con entusiasmo.

—¿Con vosotros?

—Pues claro. Dime, ¿acaso alguien te espera en casa para cenar?

—No, nadie —suspiró—, como siempre. Imagino que mi padre estará con su nueva amante, que seguro que será más joven que yo, en algún hotel de lujo, y mi

madre se habrá tomado su dosis de somníferos para olvidar lo que le está haciendo su marido. O lo mismo anda metida en la cama de su último *personal trainer* para vengarse de mi padre o ponerlo celoso y así esperar que le haga el caso que no le ha hecho nunca.

—Pues asunto arreglado —concluyó Emma, sin asombrarse de la clase de familia que había descrito su amiga, tan normal en su círculo—. Te dejo algo de ropa y nos cambiamos ahora mismo —le anunció tomándola del brazo.

—Espera, espera —la paró un instante su amiga—. Vosotros cenáis en la cocina, con el servicio. ¿No crees que quedará un poco raro que la pija de tu amiga acepte acompañaros?

—Pues tal vez vaya siendo hora de que mi amiga la pija se vaya despojando de la puta máscara y se muestre un poquito más natural y accesible. Más o menos como tú eres en realidad.

Entre tiras y aflojas, una hora más tarde, en la mesa de la cocina se servía un plato más. Amparo, si encontró algo extraña la visita, no dijo nada, lo mismo que Tomás o las chicas. Ana y Pilar se mostraron un tanto cohibidas al principio, con la presencia de aquella joven de aspecto altivo y esnob, pero en pocos minutos se comportaron con ella con la naturalidad que las solía caracterizar.

Los últimos en aparecer fueron el dueño de la casa y su chófer. Jean saludó a Chantal de forma cordial, todo lo contrario que Julio, quien no pudo reprimir un comentario jocososobre aquella inesperada visita.

—Pero ¿qué estoy viendo? —se burló mientras se sentaba y se servía él mismo en su plato la ensalada de la fuente—. ¿A una princesa que ha decidido acercarse al pueblo?

—Julio —le recriminó su hermana—, te agradecería que te comportaras en presencia de mi amiga. Es mi invitada y, si Jean no ha puesto objeción, dudo mucho que debas hacerlo tú.

—¿Mi propia hermana va a recordarme que en esta casa no tengo ni voz ni voto porque soy el puto chófer?

—Seguro que no ha querido decir eso —lo tranquilizó Jean—, pero tiene razón, Julio. Cenemos tranquilamente y dejemos las discusiones para otro momento.

—Tranquilo, Jean —dijo Chantal con indiferencia—, hace tiempo que ignoro a tu amigo. Te agradezco que no te incordie que me pase aquí la vida últimamente.

—Claro que no —respondió éste—. Eres la amiga de Emma, y ella ya sabe que para eso nos casamos, para que pudiera estar tranquila mientras durase su estancia

provisional en esta casa.

A punto estuvo Emma de lanzarle a Jean el maldito plato de sopa, achicharrarle las pestañas y dejar colgando todos los fideos sobre su bonita cara. Parecía no dejar de recordarle lo de «provisional».

Chantal, sin embargo, se sintió cada vez más cómoda, disfrutando de una comida en compañía, algo que ella no hacía desde tiempos remotos, a pesar de observar con disimulo el semblante de cabreo de Julio.

Se descubrió a sí misma sonriendo cuando una idea que llevaba tiempo danzando en su cabeza tomó cuerpo en ese instante. O quizá ya la había considerado y ni siquiera se había dado cuenta.

—Creo que esta noche ya no me apetece comer más —comentó Julio, al tiempo que echaba su silla hacia atrás.

—Pero Julio —le dijo el ama de llaves, sorprendida—, serías capaz de comerte una vaca y apenas has tocado la carne. Y todavía queda el postre, una deliciosa tarta de arándanos, de esas por las que sueles hacerme la pelota para que te ofrezca un pedazo más.

—Te lo agradezco, Amparo, pero esta noche paso. Me voy un rato a ver la tele a mi *garaje* —dijo recalcando la última palabra y mirando a Chantal sin disimulo—. Buenas noches a todos.

—Lo siento —se lamentó Chantal—. Supongo que no estáis muy acostumbrados a las visitas durante la cena.

—Tú no eres una visita —replicó Emma—, y más vale que mi hermano se vaya acostumbrando a verte por aquí. Ésta es ahora mi casa, ¿no es cierto, Jean? —le dijo de una forma tan inocente a su marido que sólo le faltó abanicarlo con sus pestañas.

Aunque él captara la mala intencionalidad del comentario.

—Claro —contestó él.

Jean tuvo que esforzarse por no reír ante aquellos constantes piques entre los dos. Emma podía aparentar ser una chica dulce e ingenua, pero no siempre todo es lo que parece. Tenía un mal genio que a Jean le parecía de lo más irritante, aunque a veces se sorprendiera a sí mismo con ganas de reír. Sin tener claro el motivo, le satisfacía que ella se comportara con él tal y como era, sin volver a utilizar ninguna artimaña para ganárselo, tal y como hizo en el pasado.

Recordarlo, sin embargo, lo puso de mal humor.

—Gracias a todos por la cena y la compañía —agradeció Chantal cuando terminó su pedazo de tarta de postre. Junto a Emma, salió de la cocina y se dirigió al vestíbulo

y a la puerta de salida.

—¿No quieres quedarte más rato? —le propuso Emma a su amiga—. Podríamos volver a dormir juntas, como hacíamos de adolescentes.

—No, Emma —negó convencida—. Vendré por aquí muy a menudo y estaré contigo hasta que me aborrezcas, pero dejemos las noches aparte. Creo que tienes por ahí a alguien que desearía pasarlas contigo, y no en la otra punta de la casa, precisamente.

—No digas chorradas, Chantal —bufó Emma—. Seguro que está deseando que pase el verano para perderme de vista y volver a su vida de aburrimiento, a su despacho, a su gimnasio, a su soledad...

—Si tú lo dices... —Chantal sonrió; no le pasaba desapercibida la química que existía entre su amiga y Jean Olsen. ¿Acaso nadie más lo veía? ¿No se daban cuenta esos dos testarudos de que se gustaban hasta el punto de no dejar de observar cada uno cada sutil movimiento del otro?

No se podía estar más ciego. O ser más cabezota que un puto adoquín.

Tras despedirse de su amiga, Chantal se dirigió al camino enlosado que llevaba a la verja de entrada, donde, supuestamente, la esperaba su chófer.

Pero el mensaje que ella había tecleado en su móvil no había llegado a ser enviado... porque tenía otros planes.

Miró hacia un lado, hacia el otro, y se cercioró de que no hubiera nadie, aunque exageraba en la cautela al pensar que alguien pudiese andar por allí a esas horas.

Chantal no solía mostrarse insegura. El único problema consistía en la rapidez con la que había llegado a esa resolución. Había sido en un instante, durante la cena, aunque tenía que reconocer que esa idea llevaba flotando en su mente hacía ya bastante tiempo. Pero así era ella: lo pensaba y lo hacía.

Decidida, a pesar de sus reservas, se encaminó al garaje y subió la escalera que llevaba a la planta superior. Tocó a la puerta, esperó y Julio apareció ante ella.

Parecía acabar de ducharse, puesto que únicamente llevaba un pantalón negro de chándal, iba descalzo y su largo cabello húmedo caía suelto por los hombros, dejando escurrir todavía algunas gotas de agua que resbalaban sobre su pecho. Hasta el tatuaje que cubría por entero su brazo derecho parecía más vivo que nunca.

Chantal sonrió. Esa visión no hizo sino reiterar lo acertado de su repentina decisión.

—¿Chantal? —preguntó Julio totalmente asombrado—. ¿Qué haces aquí? ¿Todavía te apetece seguir torturándome? ¿O has venido a rematarme?

—¿Puedo pasar? —pidió ella, al tiempo que pasaba por su lado y entraba tan campante. Toda la estancia aparecía ordenada y en penumbra, con la única iluminación de la pantalla del televisor, que emitía una película de acción, aunque casi sin volumen.

—La princesa no necesita permiso para acceder a mi humilde morada. Adelante —dijo él, todavía parpadeando ante la seguridad que mostraba ella. Cerró la puerta, se cruzó de brazos y esperó, algo confuso, lo que tuviera que decirle la pija con nombre de chihuahua—. ¿Qué quieres?

—Verás, Julio —se arrancó ella, todavía de pie frente a él—, voy a ser breve, clara y concisa. Por alguna extraña razón que desconozco, llámalo física, llámalo química o como te dé la gana, tú y yo nos atraemos. No sé si serán las feromonas, las hormonas o algún extraño influjo lunar que soy incapaz de determinar, pero la cosa es innegable. Te atraigo y me atraes.

—¿Y qué pretendes demostrar con esa afirmación? —planteó Julio, que hacía todo lo posible por contener su interés.

—Llevo un año sin sexo —explicó ella—, porque, obviamente, no puedo llevarme a cualquier tío a mi casa para echar un polvo. Lo intentaría con desconocidos, pero no puedo fiarme desde que un cerdo me chantajeó al descubrir quién era. El resto de los tíos que conozco tienen pareja o son gais, por no hablar de los que pretenden tener algo más serio conmigo para dar un buen braguetazo.

—Así que te quedo yo —dedujo Julio. Se sintió ofendido como no recordaba haberse sentido en la vida—, después de una lista interminable. Como tu última puñetera opción.

—Sólo quiero sexo, Julio —prosiguió ella, ignorándolo—, y no creo que sea la primera que te viene con el mismo discurso. Estoy sola, necesito un polvo si no quiero explotar, y tú me atraes hasta el punto de soñar que follo contigo casi de manera obsesiva.

—Y dime —replicó todavía algo perplejo—, ¿lo llevas pensando durante largo tiempo o acabas de sentir un calentón? Porque, perdona que te diga, pero no estoy tan acostumbrado a que las tías se presenten en mi casa como si fuese un consolador a domicilio.

—¿A qué viene tanto remilgo? —protestó ella, exasperada—. ¿Quieres follar conmigo o no?

—Pues claro que quiero —afirmó él, acercándose.

En un principio le había parecido que le estaba gastando una broma, pero ya no.

Chantal se veía decidida, segura y confiada, y si en algo tenía que darle la razón era en que, en verdad, existía esa atracción sexual entre ellos, a pesar de las discusiones y las peleas. Además, lo miraba desafiante, altiva, como si suplicarle sexo al chófer no tuviera que suponer ninguna baja.

Como si estuviese segura de que él no se negaría ni loco.

Se pegó a ella completamente y la aprisionó entre él y la pared.

—Sí, princesa —le susurró, tan cerca que su aliento quemaba los rojos labios de ella—, quiero follarte ahora mismo, porque lo llevo deseando desde hace mucho tiempo. Yo también sueño contigo y no puedo evitar tocarme mientras tanto. Sueño —siguió susurrando— que lamo cada centímetro de tu cuerpo, y que sientes tanto deseo que sólo oigo de tu boca gemir mi nombre, implorarme. Me suplicas que te folle, y en cuanto lo hago, gritas hasta que te quedas sin fuerzas.

La humedad comenzó a brotar de entre las piernas de Chantal. Su sexo comenzó a palpar, al mismo ritmo que su corazón o que las bocanadas de su respiración.

—Sí —gimió ella.

Decidida y alentada por aquellas sensuales palabras, bajó los tirantes de su vestido de rayas, y éste cayó al suelo, seguido de su tanga, quedando únicamente con sus zapatos negros de tacón. A continuación, posó sus manos sobre el torso de Julio, para reseguir sus pectorales, sus tatuajes y, por último, pellizcar sus duros pezones.

—Joder —gimió él al sentir su miembro arder con aquellas simples caricias—. Ven, vayamos a la cama —le propuso señalando hacia el lugar donde se encontraba.

—¡No! —exclamó ella enmarcándole el rostro—. No, por favor, nada de camas. Aquí mismo, en la pared. Quiero que me folles de pie. Y esta vez vengo preparada —le dijo, mostrando el brillante envoltorio del preservativo que había sacado de su bolso.

—Pero... para todo lo que pienso hacerte necesito tenerte cómoda...

—No es necesario —susurró ella—. Aquí está todo lo que necesito.

De un tirón, le bajó los pantalones, que él terminó de sacarse en dos patadas. Acto seguido, lo pegó a su cuerpo, mientras ella clavaba sus manos sobre los prietos y duros glúteos masculinos, para acercarlo al máximo y colocar su grueso y duro miembro sobre su pubis depilado.

Acciones que tenían un único cometido: distraerlo y que no volviera a pensar en acostarse en una cama. Porque ella no quería eso. Nada de caricias, nada de abrazos, nada de quedarse después a charlar...

—Está bien, como prefieras —aceptó Julio cuando la dejó caer sobre la pared.

Porque no le importaba ceder en lo que fuera con tal de tener a esa mujer para él.

Julio comenzó a darle pequeños besos mezclados con suaves mordiscos, tomando su labio inferior entre los dientes para tirar de él una y otra vez. Al mismo tiempo, empezó a deslizar sus manos por la suave piel de las caderas de ella, para terminar en sus pequeños pechos y pellizcarlos, pero Chantal elevó los brazos sobre su cabeza, cerró los ojos y comenzó a gemir y a moverse, exigiendo un placer que estaba por llegar. Excitado al máximo, Julio se arrodilló ante ella, le abrió los muslos y hundió su boca en el palpitante vértice femenino. Chantal, obligando a sus piernas a no doblarse, se aferró a su cabello y embistió con sus caderas contra su boca, buscando un mayor contacto de la lengua de Julio sobre sus húmedos pliegues. Un par de pasadas más de aquella lengua fueron suficientes para que alcanzara un ardiente clímax que la hizo gritar como nunca.

Todavía sintiendo aquellos temblores en su boca, Julio se incorporó, cogió el envoltorio que ella todavía aferraba entre sus dedos y extrajo el preservativo, que se colocó con rapidez y pericia. Buscó la entrada al cuerpo de Chantal con su pene, la agarró de los glúteos y la penetró hasta el fondo al mismo tiempo que la elevaba y la sujetaba contra la pared.

Un largo gemido emergió de la garganta de Chantal. Aferrada con fuerza a sus anchos hombros, miró a Julio a los ojos, quien la observaba al mismo tiempo fijamente con sus oscuros y penetrantes iris. Tenerlo tan adentro era una sensación única, maravillosa, excitante... casi olvidada. Antes de seguir pensando, se centró en las sensaciones de su cuerpo, en sus piernas rodeando la cintura de Julio, o en sus pechos rozando su duro torso. Ella comenzó a subir y bajar, pero él la aplacó un instante y la besó con fuerza, introduciendo su lengua directamente para enredarla en la de ella, saborearla y beberse su aliento. Entonces, sí la dejó moverse, ayudándola a subir y bajar agarrándola por la cintura. El ambiente se hizo eco de gemidos, choques de la carne y golpes de la espalda de Chantal contra la pared. Cuando ambos alcanzaron el orgasmo, ralentizaron sus movimientos, bajando el ritmo sin dejar de mirarse. La calma después de la tormenta. Cada uno exhalaba el aliento en la boca del otro a toda velocidad, y Julio aún se mantuvo en pie con ella aferrada a sus hombros durante varios minutos, al cabo de los cuales Chantal se desligó de su cuerpo, dio un salto al suelo y empezó a ponerse la ropa.

—¿Te vistés ya? ¿En serio? —preguntó Julio, extrañado y ceñudo.

—Sí, tengo que irme —contestó ella sin mirarlo. En pocos segundos, se puso el vestido, guardó el tanga, cogió su bolso y se repasó los labios con su rojo carmín

frente a un pequeño espejo—. Hasta la próxima, Julio —dijo abriendo la puerta.

—Espera un momento, joder —la increpó Julio—. ¿Y ya está? ¿Un polvo, me corro y me largo?

—Yo juraría que es algo a lo que tú estás muy acostumbrado —respondió ella, después de darse la vuelta para encararlo—. Sólo que eres tú el que suele hacerlo.

—La mayoría de amantes me piden quedarse a dormir conmigo.

—¿Para pasarse la noche suplicándote mimitos? ¿Para que las despaches a la mañana siguiente? —Chantal rio de forma cínica y se volvió a dirigir a la puerta—. Nada de mensajes, Julio. Ya me iré pasando.

Tras sus últimas palabras, Chantal cerró la puerta y dejó a Julio en mitad de la estancia, desnudo, aturdido. Por primera vez, supo lo que sentían las mujeres a las que él utilizaba para un simple desahogo sexual.

CAPÍTULO 19

Cinco campanadas volvieron a despertar a Emma de un sueño convulso y extraño. Todavía con los ojos cerrados, se removi6 inquieta en la cama y se abraz6 a la almohada para tratar de volver a conciliar un sueño que llevaba demasiadas noches esquivándola, hasta que caía rendida de cansancio.

Algo muy raro volvía a impedirselo de nuevo. No podía definir qué o por qué, pero el aire de la habitación pareció espesarse de pronto, volviéndose pesado y cargante, hasta parecer que dejaba su peso sobre el cuerpo de Emma.

Todavía boca abajo en la cama, abrió los ojos. Esa pesadez se había transformado en olor, un olor que ella recordaba demasiado bien: el perfume de Diana.

Pero había algo más, algo llenaba la habitación además del olor. Una respiración, una presencia de la que somos conscientes aunque no la veamos...

Con el corazón galopando en su pecho, decidió darse la vuelta, aunque el miedo parecía agarrotarle todos los músculos. En cuanto se posicionó de espaldas, sus ojos fueron derechos a la ventana, que, con la persiana abierta, dejaba entrar el resplandor de la luna a través de las blancas cortinas. Y allí precisamente, tras las cortinas, una sombra, una silueta de mujer, que la miraba directamente aunque no pudiese ver sus ojos, pero sí intuir el cabello negro y su camisión blanco...

¡Dios!

Emma dio un grito que apenas se materializó, al mismo tiempo que saltó de la cama sin saber de dónde sacó las fuerzas, o, quizá, que el propio pánico le otorgó. Se lanzó desesperada a abrir la puerta y se vio de pronto corriendo por el largo pasillo, oyendo de nuevo los golpes de sus pies descalzos y su propia respiración acelerada. Pasó primero, por inercia, por la habitación de Jean, pero, como la vez anterior, permanecía oscura y vacía.

Dio media vuelta y se dirigió a la escalinata principal, que empezó a bajar a mil por hora, lo mismo que la escalera del sótano. Por suerte, la mansión permanecía levemente iluminada durante todas las noches, con pequeños apliques y lamparitas situados de forma estratégica sobre muebles y paredes, creando círculos de luz a través de casi todas las estancias. A pesar de ello, ayudaban también a crear contrastes de luces y sombras, que conseguían perturbar todavía más a Emma y la

obligaban a correr cada vez más aprisa. Ya no sabía si la perseguía su propia sombra o la de alguien, o si el murmullo que oía era el sonido de su respiración o una voz susurrando su nombre.

«Emma... Emma...»

Cuando aterrizó de golpe en el sótano, ya no veía ni por dónde iba. Las lágrimas habían empañado sus ojos y las sentía deslizarse sobre las mejillas, por lo que, prácticamente a ciegas, entró en el gimnasio, donde la cinta de correr y el resto de aparatos permanecían solitarios y vacíos.

El sonido del agua correr la llevó hacia la ducha, cuya puerta abrió con ímpetu para encontrarse a Jean desnudo bajo el chorro del agua.

—¡Emma! —dijo sorprendido mientras cerraba el grifo—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

Y Emma ya no pudo más. Emitiendo un fuerte gemido, se lanzó a los brazos de Jean, que la acogió en su cuerpo mojado mientras dejaba que ella desahogara su llanto.

Jean no le hizo más preguntas mientras ella continuó llorando, aferrada a su cuello. Él la abrazó para ofrecerle consuelo, a sabiendas de que la estaba empapando, pero a ella no parecía importarle. Cuando los sollozos acabaron, Emma separó su rostro del hombro de Jean, pero sin que sus brazos abandonaran su cuerpo, húmedo y caliente.

Durante un largo instante se miraron a los ojos, y pudieron leer fácilmente cada uno en los del otro el deseo y el anhelo que los embargaba. Emma, con el rostro todavía cubierto de lágrimas, se desprendió un instante de él, sin dejar de mirarlo, y se sacó con destreza las dos piezas del pijama empapado. Quedó desnuda, lo mismo que Jean, y le pidió sin palabras lo que en ese momento más necesitaba: a él.

—Emma... —susurró Jean, cerrando los ojos. Pero, un segundo después, la había estampado contra una de las paredes de gresite de la ducha. Ella estaba allí, desnuda, frente a él, suplicando lo que él llevaba semanas deseando.

—Jean, por favor —le rogó, ansiosa.

Su cuerpo y su mente parecían haberse aliado para desearlo. Su parte emocional lo necesitaba desesperadamente, como consuelo. Su parte física lo deseaba como nunca, y lo revelaban sus pezones, duros y tensos; el palpito de su sexo, húmedo y dolorido; el dolor de su bajo vientre.

Emitió un quejido de alivio cuando Jean se lanzó contra su boca y la besó de forma brusca y desesperada, haciendo chocar sus labios, sus dientes y sus lenguas, al

tiempo que se encajaba en su cuerpo y se convertían casi en uno solo.

El roce de sus pezones contra el vello del pecho de Jean constituyó un leve consuelo para el ansia de Emma, al mismo tiempo que provocó un mayor deseo. Excitada como no recordaba haberlo estado jamás, colocó una pierna alrededor de las caderas de Jean, buscando encajar su sexo con el de él. Comenzó a embestir contra él, gimiendo, desesperada por encontrar la satisfacción que sólo él le había otorgado.

A Jean le daba vueltas la cabeza. Para él, habían desaparecido las paredes, el suelo y hasta la gravedad, y apenas podía razonar. Sólo existía Emma, su boca, su cuello, sus pechos duros, que lamió hambriento. La agarró de los glúteos, la levantó del suelo y la deslizó arriba y abajo, haciendo frotar sus sexos mientras ella se aferraba a su cuello y jadeaba en su oído. El placer quemaba su pene y sus testículos, y ya sólo podía pensar en penetrarla, allí, de pie, contra la pared de la ducha.

—No puedo más, Jean —gimió ella—. Y no quiero correrme así. Hazme el amor ahora, por favor, Jean...

Ésa fue la clave que abrió el raciocinio de Jean. Si al menos ella hubiese dicho «fóllame», tal vez lo hubiese tomado como el desahogo físico que aparentaba ser. Pero no. Ella, excitada, incluso a punto de alcanzar el clímax, había dicho «hazme el amor».

—¡No! —exclamó Jean, desprendiéndose de pronto de Emma. Ella, tuvo que sujetarse a los grifos para no caer tras el impacto de verse arrojada de sus brazos; estaba aturdida, al sentir interrumpido su placer—. No, Emma. Es mejor que no.

—¿Por qué? —susurró ella, todavía confundida—. Nos deseamos, Jean.

—Lo nuestro fue un acuerdo, Emma —soltó él, mientras se pasaba la mano por el pelo y trataba de recuperarse de la pasión insatisfecha. Extrajo un par de albornoces de un armario, ayudó a Emma a colocarse uno de ellos y después se vistió él con el otro. Permanecer desnudos era una muy mala idea—. No somos pareja, métetelo en la cabeza.

—¿Y qué?! —le espetó ella—. ¡La gente lo hace todos los días!

—Yo no —afirmó él, rotundo.

—¿Que tú no? —ironizó ella—. Por favor, no me hagas reír. Parece mentira que sea yo la inexperta y tú, el que se habrá tirado a cientos de tías.

—¿Te refieres a cuando estaba tan borracho que no sabía quién era yo mismo ni me importaba? Si lo prefieres —replicó Jean con ira—, puedo darte alguna explicación detallada de cómo me lo montaba con varias a la vez mientras me ahogaba en alcohol. Siempre basándome en lo que me han contado, porque no me

acuerdo de una mierda, desgraciadamente.

—No, claro que no —murmuró Emma, sintiéndose culpable.

—No pienso dejar que nos creemos esa falsa intimidad, Emma —le dijo él, ya más calmado—. Si tú y yo nos acostamos juntos, crearemos un vínculo que no debe forjarse. Dentro de poco tú te irás y pasaremos a ser el uno para el otro una mera anécdota.

—Entiendo —dijo Emma.

Su desconcierto había pasado a transformarse en rabia, para hacerlo más tarde en comprensión. Jean tenía miedo a quererla y que después se marchara, porque ya había vivido eso mismo con ella: le había pedido salir juntos, le había dicho que la quería, y después había sentido el golpe de la traición.

—Creo que lo próximo que tienes que hacer —señaló Jean— es informar a tus padres del supuesto aborto. No me parece justo que estén esperando todavía que vayamos a formar una familia. De esa manera, les será más fácil aceptar lo del divorcio.

—Tienes razón —aceptó Emma. Jean parecía dar por zanjada la cuestión esperando que ella se marchara, pero parecía reticente a hacerlo.

—Perdona, todavía no te he preguntado por qué llorabas —le dijo, algo arrepentido de lo brusco de sus palabras.

—Sólo ha sido una pesadilla, tranquilo.

—¿Otra? —suspiró—. ¿Te apetece también hoy un vaso de leche?

—Estaría bien, gracias.

De nuevo en la cocina, sentados a la mesa ante dos tazones de Cola Cao humeante, ambos intentaban entablar una conversación que sonara trivial, pero la cosa no resultaba fácil.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó la joven.

—Claro —contestó Jean tras un largo trago de su taza.

—¿Podría cambiar de habitación?

—Por supuesto, díselo a Amparo. ¿Tienes algún problema con la tuya?

«¿Aparte de estar a mil kilómetros de ti?»

—No, no, todo está bien. Es sólo que —titubeó—, creo que debe de haber algo de energía negativa en ella que me provoca esos horribles sueños. O tal vez sea la orientación... no sé —sonrió—, suena algo absurdo.

—No te preocupes —contestó él comprensivo—. Si algo sobra en esta casa son habitaciones.

—La de Diana permanece cerrada —comentó en un intento por hablar algo del tema que no fuese decirle directamente nada sobre sus pesadillas—. ¿Nunca entra nadie en ella? ¿Ni para limpiarla?

—Ni lo sé ni me importa —la cortó Jean—. Creo que deberías volver a la cama —añadió tras ponerse en pie—. Apenas has dormido. Yo debo cambiarme, así que te acompaño.

—Sí, será lo mejor, gracias.

Una vez en el cuarto de Emma, los dos permanecieron en el vano de la puerta antes de entrar, mientras ella se decidía a hacerlo.

—¿Todavía tienes miedo? —preguntó Jean, frunciendo el ceño—. No pensaba que sufrieras tanto de pesadillas.

—Nunca he tenido —contestó ella molesta, accediendo al dormitorio—. Sólo desde que estoy aquí.

Con un mal presentimiento, Emma se giró hacia Jean, que había decidido entrar tras ella en un intento por tranquilizarla. Lo que vio en el rostro de Jean la asustó tanto como aquellos sueños que no dejaban de acosarla.

—¿Qué... qué significa esto? —susurró Jean, mortalmente pálido—. Esta habitación huele a perfume. Al perfume de Diana...

—Yo... —titubeó Emma sin saber qué decir y que no sonara inverosímil.

—¡Es cierto, has entrado en su habitación! —exclamó Jean, cada vez más furioso—. ¡No podías evitar alimentar tu curiosidad y has tenido que usar su perfume!

—¡Pues claro que no! —protestó la chica.

—¡No lo niegues! —continuó increpándola Jean—. ¡Me ha dicho Amparo que te ha pillado más de una vez curioseando en las habitaciones de la casa, tanto en la de Diana como en la mía!

—¡Eso no significa que vaya por ahí usando el perfume de nadie, y menos si está muerto!

—Acabas de preguntarme hace un momento por la habitación de Diana —replicó Jean, acercándose a ella—. ¡No has dejado de preguntar por ella desde que llegaste aquí! ¡Lo mismo que por mi relación con ella! ¿Acaso quieres torturarme con su puto perfume?

—¡No! —vociferó Emma, alucinada por el cariz que estaba tomando la discusión—. ¡Ni siquiera te he contado que mis pesadillas son con ella, con Diana!

—¿De qué coño estás hablando?

—De pronto, mi habitación se llena del olor de su perfume. Casi cada noche —le

explicó—. Incluso me han llegado a decir que huelo como ella. Y esta noche, hace un rato... se me apareció aquí mismo, ante la ventana, detrás de las cortinas. Llevaba un camisón blanco y parecía observarme... —Emma calló de pronto al advertir cómo Jean se tambaleaba hacia atrás y su rostro se desencajaba hasta formar una cruel expresión de horror.

—Basta —susurró—, no sigas. —Todavía inestable, se llevó las manos a la cara, intentando respirar un aire que de repente le había faltado—. ¿Pretendes obligarme a contártelo todo atormentándome de esta manera?

—¡Claro que no! ¡Cómo se te ocurre!

—¿Qué es lo que sabes? —la increpó—. ¿Qué es lo que te han contado? ¡Dime! —le gritó mientras la zarandeaba.

—¡No sé de qué me estás hablando! —dijo ella zafándose de su agarre—. ¡Me da tanto miedo como a ti!

—Mientes —afirmó Jean con desprecio—. De alguna manera has averiguado algo y pretendes enterarte de todo inventándote la patraña de las pesadillas, dándome pena para que vuelva a confiar en ti, cayendo en tus brazos con el numerito de la ducha y las lágrimas. Pero escúchame bien, Emma Montalbán: no me creo nada, no me das pena y no confío en ti. Ni lo haré nunca.

—¿Has acabado? —dijo ella totalmente estática en medio de la habitación.

—No, no he acabado —replicó, desprendiendo rayos grises de odio—. Procura no venir a buscarme, ni a mi habitación, ni al gimnasio, ni te metas en mi cama o en mi ducha. Habla con tus padres, cuéntales lo del aborto y ve allanando el terreno para el inminente divorcio. Ya tienes tu dinero y vía libre para tus estudios, tu diversión y tu independencia, que era lo que querías, ¿no?

—Por supuesto —respondió ella, elevando la barbilla—. Aunque, en estos momentos, lo que más me apetece es mandarte a la mierda.

—Vas de niña buena y eres una mentirosa y una farsante.

Jean la obsequió con una última mirada de desprecio y desapareció tras la puerta.

—¡Gilipollas! —chilló ella, lanzando contra la puerta un par de zapatos, lo único que tenía cerca, aunque únicamente consiguió que rebotaran y cayeran al suelo en un golpe sordo—. Que te den, capullo. Idiota, imbécil... ¡Te odio!

Ya era demasiado tarde para echarse de nuevo a dormir, por no contar que le sería imposible hacerlo, así que cambió radicalmente sus lágrimas por rabia y se dirigió derecha al escritorio que había junto a la pared. Levantó la tapa de su portátil y buscó la página de Google.

—Los fantasmas no existen —murmuró—. Así que veamos qué encontramos por aquí sobre Diana.

Pero tras pasar un buen rato indagando, descubrió que poco se sabía de aquella mujer. Los Olsen se habían mantenido siempre al margen de la prensa y los cuchicheos, y apenas existían fotografías, y menos titulares o noticias. En todo caso, una brevísima biografía, en la que mencionaba su boda con el empresario Jacob Olsen, el marido de su recién fallecida hermana, y su prematura muerte hacía casi tres años a causa de un accidente en casa al caer por la escalera.

Emma suspiró. Acababa de demostrar que sí era cierta la parte que había mencionado Jean, pues no se quitaba de la cabeza la extraña figura de Diana Olsen. Pero creer que había montado todo aquel embuste de pesadillas para sonsacarle información... En fin, todo por mentir. Mientes una vez y serás una embustera para siempre.

Antes de cerrar el portátil, un último fragmento llamó su atención en aquella nota sobre Diana. Hablaba sobre el posible misterio que rodeaba la vida y la muerte de la anterior señora de Olsen House, ya que el abogado de la familia, Bruno León, había sido acusado de intentar matar al padre de Jean, al tiempo que había resultado culpable de los cargos de apropiación indebida, evasión y fraude fiscal, falsificación de documentos, suplantación y un largo etcétera. Por todo ello, permanecía encerrado en la cárcel, cumpliendo una condena de quince años.

Abriendo los ojos de par en par, y con una sonrisa de satisfacción, Emma cogió su móvil y marcó el número de Chantal.

—¿Todavía conservas aquellas pelucas que nos pusimos para el concierto? —le preguntó Emma a su amiga.

—¿Me vas a explicar para qué?

—Para pasar desapercibidas, claro.

—¡Emma, joder! Dime algo más o vas a cara descubierta.

—Está bien. Tú y yo vamos a hacer una visita a un recluso en la cárcel.

CAPÍTULO 20

La visita de la madre de Emma a Olsen House hizo mantener en alerta a servicio y seguridad, poniendo patas arriba la tranquilidad que solía reinar en aquella mansión inglesa. Con aún mayor porte en su caminar y en su vestir, Miranda entró en el salón principal, donde su hija la esperaba sentada en el sofá de piel marrón. Nada más verla entrar, se levantó y esperó a que le ofreciera uno de aquellos besos que se correspondían más con los de una extraña que con los de una madre.

—No he podido venir antes —se excusó la mujer. Se atusó su melena pelirroja, se alisó la falda y se sentó en el filo del sofá, a más de un metro de su hija—. Ahora tu padre y yo no paramos, entre recepciones y viajes, sobre todo viajes. Acabamos de volver de Bruselas, de la última cumbre europea del Consejo, y la semana próxima tenemos toda una gira por Latinoamérica.

—Qué bien —dijo Emma sin emoción. Eso era lo único que le había importado siempre a su madre. Como ya tenía dinero, lo siguiente había sido el poder y la fama.

Esperaron unos minutos a que Amparo les sirviera té y pastas en el mejor servicio de plata del que disponían. Miranda le hizo un gesto imperceptible para que se marchara y ella misma sirvió el té de forma impecable.

—Bueno —intervino mientras añadía un poco de azúcar a su taza y removía el contenido—, menuda contrariedad, lo de perder al niño. Pero ya lo intentaréis más adelante. Todavía eres demasiado joven e inmadura, por no hablar de tu misterioso marido. Por cierto —añadió interrumpiendo a su hija, que todavía apenas había pronunciado palabra—, ¿al final seguirás con esa absurda idea de seguir estudiando o me harás caso y dejarás que te ayude a convertirte en presidenta de alguna asociación?

—Ya me he matriculado en Oxford, mamá —la informó Emma, indignada—, en la escuela de antropología y etnografía, lo que siempre quise hacer.

—Ya, bueno —murmuró Miranda—. No creo que largarte por ahí a otro país y hacer tu vida al margen de tu marido vaya a beneficiar tu imagen.

—Me importa un comino mi imagen, mamá, ya he estado pendiente de ella demasiado tiempo. Toda mi vida he llevado tantos lazos y repollos, esperando a salir en alguna fotografía, que ahora sólo quiero vivir tranquila. Además —dijo obviando

la mueca de disgusto de su progenitora—, tal vez eso sea lo de menos. Jean y yo... en fin, que nuestro matrimonio no va muy bien.

«Menuda gilipollez acabo de soltar.»

—Emma —dijo Miranda de forma acusatoria—, ni se te ocurra pensar en divorcio, ¿me has entendido? Oh, por favor, ¿qué clase de educación te he dado? —soltó de forma dramática—. ¿No comprendes que en nuestra clase social nadie se divorcia a no ser que sea por algo muy gordo? Tú haz tu vida, de forma discreta, por supuesto, y que ese marido raro que tienes haga la suya.

—Perdón, buenas tardes —las interrumpió Jean al entrar en el salón—. Miranda, un placer, ¿cómo está? —preguntó al mismo tiempo que la obsequiaba con el cortés gesto de besarla en la mano.

—Supuse que se hacía prioritario venir a haceros una visita, después de enterarme de la fatal noticia. Aunque veo que lo lleváis bien —dijo mientras se ponía en pie.

—Sí, una contrariedad —convino Jean mirando de reojo a Emma—. ¿Y qué tal su marido? —añadió en un intento por quedar bien.

—Preparando nuestro viaje por América —comentó cogiendo ya su bolso—, al que yo también he de acompañarlo, así que será mejor que me marche ya, que tengo mucho por hacer.

—¿Te vas ya? —preguntó Emma contrariada—. Pensé que te quedarías más tiempo...

—No puedo, cariño —afirmó dando a su hija otro imperceptible beso en la mejilla—. Ya nos veremos —se despidió de Jean con el mismo gesto. Aprovechó cuando estuvo cerca de su oído para susurrarle—: Ten paciencia con Emma, pero procura atarla un poco en corto.

Llamaron a Amparo para que la acompañara y se marchó, dejando tras de sí la estela de su intenso perfume y el repiqueteo de sus tacones.

—¿Estás bien? —planteó Jean una vez solos.

—¡No, no estoy bien! —exclamó Emma, furiosa—. ¡Me siento mal porque le he mentado a mi madre, cuando ella ni siquiera ha sido capaz de preguntarme cómo me encontraba!

—Lo siento —fue lo único que pudo pronunciar Jean.

—Y no me refiero a interesarse sólo por mi salud —dijo Emma, mientras dejaba resbalar un par de finas lágrimas por sus mejillas—, sino a preguntarme si soy feliz, si estoy bien contigo. Se supone que me casé con casi un desconocido —añadió sin poder parar de llorar.

—Tranquilízate, Emma —le pidió Jean, mientras trataba de secarle las lágrimas con la yema de su pulgar—. Que tu madre no lo demuestre no quiere decir que no te quiera. ¿Cómo podría no quererte? —susurró.

Por un instante, los dos se quedaron quietos, mirándose, como una imagen congelada. Creyeron leer muchas cosas en los ojos del otro, sentimientos y anhelos no expresados, palabras no pronunciadas, pero, sobre todo, sinceridad.

Aun así, Emma no dijo nada. Tomó la mano de Jean, que aún permanecía suspendida sobre su rostro, y la apartó. Después, ambos desviaron la vista y emprendieron cada uno un camino diferente para salir del salón.

* * *

Hasta pasada una semana Chantal no pudo aparecer por Olsen House, días que Emma pasó leyendo, con el móvil o, afortunadamente, charlando con su hermano. Si no hubiese sido por Julio, se habría vuelto loca en aquella tétrica mansión. Al menos, el cambio de habitación parecía haberle devuelto el sosiego a sus sueños. Eso, o que arrastraba tanto cansancio por no dormir que, aunque hubiese aparecido en su cuarto toda una horda de zombis, no se habría percatado.

—¿Qué significa que vamos a hacer una visita a la cárcel? —preguntó Chantal mientras conversaban tranquilamente en un rincón del bonito jardín.

Para esa ocasión, buscando intimidad, Emma había escogido uno de los muchos pintorescos parajes de aquel maravilloso jardín, situado al resguardo de un frondoso sauce, para conversar sentadas en unas robustas sillas de forja blanca, rodeadas de parterres circulares con petunias y lirios. Como guinda a aquel remanso de paz, las envolvió el olor a hierba mojada y recién cortada mezclado con el de las flores y el sonido de los zumbidos de las abejas.

—Ya sabes que hemos hablado a veces del misterio que rodea a Jean, las muertes de esta casa o la vida en general de los Olsen.

—Sí, bueno —dijo Chantal. Se dejó caer en la silla y elevó su cara cubierta por las gafas de sol hacia el brillante cielo azul—. Secretos y misterios, como en todas las familias ricas.

—Pero hay algo que no te he contado. —Emma tragó saliva y se dispuso a compartirlo todo con su amiga, porque, si no se lo explicaba a nadie, acabaría por contagiarse de la misma locura que le adjudicaban a Diana—. Sueño con Diana, la tía y madrastra de Jean.

—Bah —expresó la chica con un gesto de desdén—, seguro que te han afectado las historias que te ha contado el servicio, o si has visto alguna fotografía. Creo recordar que era muy guapa, pero que inspiraba una especie de desasosiego, como si temieras que en cualquier momento fuera a clavarte un puñal por la espalda.

—Mi habitación huele a su perfume, Chantal, incluso en mitad de la noche.

—Lo robará alguien del servicio y lo usará a escondidas. He pillado a más de una en mi casa hurgando en mi tocador.

—¡Joder, Chantal, que se me aparece en mi cuarto!

—Oh, vamos, Emma —bufó su amiga—. No me digas que ahora crees en esas chorradas.

—¡Claro que no! Pero no me digas que no te habrías cagado de miedo. Sobre todo si te hubieses quedado encerrada en su habitación a oscuras, como me pasó a mí.

—¿Encerrada? —De un salto, Chantal se levantó de la silla y cogió de la mano a Emma—. Ven, vayamos ahora mismo a fisgar en esa habitación, a ver si nos topamos otra vez con la muerta viviente.

—Tendremos que tener cuidado con Amparo —pidió su amiga, dejándose arrastrar—. Siempre me pilla.

—Mírala, ahí está —dijo Chantal sin mover los labios—. Con su constante omnipresencia. Disimula, ahora que no nos mira, y sigue caminando. No te pares...

Una vez ante la puerta del citado dormitorio, Chantal extrajo una pequeña lima de uñas metálica y comenzó a hurgar en la cerradura.

—Vaya —exclamó Emma—, me sorprendes. No sabía de tus dotes de ladrona.

—Es un truco que me enseñó Álex. ¿Ves? Ya está abierta.

Emma se sintió feliz por la facilidad con la que su amiga había expresado el nombre de su antiguo novio, al que no mencionaba más que en contadas ocasiones. Aunque esa alegría sólo le duró un nanosegundo, el tiempo que tardó en observar de nuevo el retrato de Diana colgado en la pared.

—¡Jo-der! —soltó Chantal cuando entraron en la habitación—. Qué mal rollo se respira aquí.

Observó la fotografía, los frascos de perfume alineados sobre la cómoda, los recargados muebles, el polvo suspendido sobre los tenues rayos de sol que se filtraban entre las rendijas de la persiana...

—Ya te lo dije —susurró Emma, observando de nuevo todos aquellos objetos, tratando de no perder de vista la puerta de la habitación.

—Qué pasada —murmuró Chantal. Deslizó los dedos sobre el ostentoso marco

del espejo, o sobre las columnas del cabecero de la cama—. Parece que hayamos retrocedido en el tiempo.

—Ya está, vámonos de aquí —le rogó Emma—, por favor. Ya has saciado tu curiosidad. Seguro que el otro día, como estaba sola, me cagué de miedo y en realidad me lo imaginé todo.

—Espera... —susurró Chantal—, ¿no notas como... frío?

—Joder, sí —respondió Emma nada más percibir cómo el vello de sus brazos se ponía completamente de punta—. ¡Vámonos ya!

Antes de que su amiga la obedeciera, una súbita ráfaga de viento entró en el dormitorio, volviendo a hacer cerrar los postigos de madera y la puerta que daba al pasillo, en dos golpes secos y sordos.

—¡Mierda! —gritó Emma al verse de nuevo a oscuras en el mismo lugar—. ¡Te lo dije, Chantal, te lo dije!

—Tranquila, Emma, cálmate —la apaciguó su amiga—. Todo tiene que tener una explicación. Los muertos no vuelven, que te lo digo yo. Ahora, serénate, que me he traído el móvil y lo pondré en modo linterna, ¿de acuerdo?

—Va... vale —susurró.

En cuanto la luz blanca del teléfono se activó, sus pálidos rostros destacaron en medio de la habitación, refulgiendo en la oscuridad.

—¿Has visto? —dijo Chantal con tranquilidad—. Todo sigue igual que cuando hemos entrado. No hay nada ni nadie aquí dentro.

Emma lo corroboró, puesto que, como decía su amiga, nada había cambiado. Seguro que el día que quedó encerrada estando ella sola, el pánico le hizo olvidar que llevaba el móvil en el bolsillo y podría haberlo utilizado para guiarse. Quedaba claro que la luz, por tenue que fuera, hacía cambiar bastante la cosa.

Lo único que sí pudieron notar con claridad fue la bajada de temperatura. La ráfaga de viento se había difuminado, pero el frío seguía latente y continuaba manteniendo el vello de sus pieles totalmente de punta.

—Pero hace frío —insistió Emma.

—Primero echaremos un vistazo a la puerta. —Chantal intentó girar el pomo, pero ésta continuaba sin poder abrirse—. Vale, calma —dijo—. Ahora lo intentaremos con la ventana. —Empujó con fuerza los postigos de la ventana, pero tampoco cedieron a sus intentos—. Joder, tampoco se abren. ¿Cómo es posible?

—¡Y yo qué sé! —chilló Emma—. ¡Deja de hacer preguntas y utiliza tu teléfono para llamar a mi hermano!

—El caso es que... —Chantal continuó con sus indagaciones, ignorando la insistencia de su amiga—, esta ventana cede un poco hacia fuera, pero algo la impide abrirse del todo, como un pestillo exterior.

—¡Sigue haciendo cada vez más frío, Chantal! —volvió a suplicar Emma—. ¿Quieres usar el puto teléfono?

De pronto, una nueva ráfaga de aire las envolvió, y esta vez, vino acompañada de un susurro que Emma ya conocía.

«Emma... Emma...»

—¿De dónde coño vienen esos susurros? —preguntó Chantal después de pararse en medio de la estancia.

—¡Tampoco lo sé!

—Me ha parecido que venían de por aquí... —dijo antes de agacharse ante la recargada cómoda.

—¡Joder! ¡No me haces ni puto caso! ¡A la mierda, Chantal! —Y empezó a aporrear la puerta con fuerza—. ¿Me oye alguien? —vociferó—. ¡Por favor! ¡Estamos aquí!

Tras unos pocos golpes, la puerta se abrió de repente.

—¿Otra vez aquí, señora? —le recriminó el ama de llaves con semblante de exasperación—. ¿No le parece que ya ha curioseado bastante?

—¡Hemos vuelto a quedarnos encerradas! —chilló Emma.

—La puerta estaba abierta —contestó Amparo con tranquilidad—. No he tenido más que girar el pomo para abrirla. En cuanto a la ventana —dijo accediendo al dormitorio—, se habrá cerrado por el aire, pero basta con empujar un poco los postigos. —Ante la atónita mirada de las jóvenes, la mujer presionó ligeramente y las contraventanas se abrieron, dejando pasar de nuevo la luz del día.

—¡Vamos, Amparo! —exclamó Chantal—. Sé muy bien lo que he visto y lo que he tocado. Ni la puerta ni la ventana se podían abrir.

—Pues no sé qué ha podido pasar —replicó lacónicamente el ama de llaves—. Será que no hay explicación. Y ahora, si me disculpan, tengo que cerrar la estancia. Por orden del señor Olsen ha de permanecer cerrada.

—¿Que no hay explicación? —bufó Emma—. ¿Qué está ocurriendo aquí, Amparo? —le exigió saber—. Todo esto es demasiado extraño.

—No sé a qué se refiere, señora —contestó ella mientras le daba dos vueltas a la cerradura de la puerta.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Algo pasa en esta casa y tú debes de saberlo

muy bien. Lo que hemos visto ahí dentro o lo que yo veo y siento en mi dormitorio desde hace semanas no me lo he imaginado, te lo aseguro. Pero no entiendo cómo es posible, pues ni mi amiga ni yo creemos en fantasmas ni en fenómenos paranormales.

—Yo tampoco, señora —sentenció Amparo, envarada.

—Entonces, ¿qué coño está pasando? —gritó de nuevo Emma.

—Basta, Emma, tranquila —le dijo Chantal asiéndola del brazo—. Déjalo, no lo pagues con ella.

—¡Me pone de los nervios, joder! —exclamó Emma una vez a solas con su amiga en su propia habitación—. Con ese gesto congelado que me dedica desde que me he casado con su señor... Ya no sé cómo agradecerle, Chantal. Para colmo, todas estas apariciones y fenómenos extraños, en los que, indudablemente, no creo, pero que me obligan a dudar. He llegado a pensar que esta casa alberga un pasado tan oscuro en sus paredes que esa energía negativa ha de rebosar por alguna parte. Incluso —añadió dejándose caer en el filo de la cama— he creído que me estoy volviendo paranoica y que acabaré medio loca, como Diana.

—No digas sandeces —la cortó Chantal—. No sé quién pretende asustarte ni por qué, pero ten la seguridad de que lo averiguaré. Por lo pronto —añadió abriendo las bolsas que albergaban los disfraces—, vamos a ponernos las pelucas y a salir de aquí. ¿Me contarás mientras tanto a quién vamos a visitar a la cárcel?

—A un tal León, Bruno León. Era el abogado de la familia y está acusado de intentar matar al padre de Jean y de robarles dinero, poco a poco, para llevárselo a Suiza.

—Menudos pájaros, algunos abogados —soltó Chantal mientras se colocaba la peluca pelirroja y Emma hacía lo mismo con la morena.

—Ya he pedido cita y nos han aceptado —anunció Emma—. ¿Dispuesta a averiguar algo más de esta familia?

—Por supuesto —contestó Chantal encantada—. Fue todo un acierto tu plan de ligarte a Jean Olsen —dijo guiñando un ojo—. Desde entonces nuestra vida es mucho más apasionante.

Una hora más tarde, un taxi las dejaba en el aparcamiento de la prisión. Esta vez no habían querido molestar a Julio ni contarle lo que estaba pasando o lo que querían averiguar. Seguro que seguiría en sus trece de proteger a su amigo y a su familia y no le gustaría nada ver a su hermana cotilleando por ahí.

Ya en el interior del vehículo, se deshicieron de sus pelucas, que sólo utilizaban para poder salir de la mansión sin que un fotógrafo les echara una instantánea y, sobre

todo, para que no sospechara y decidiera seguir las.

Ninguna de las dos amigas había visitado jamás una cárcel, así que les sorprendió encontrarse con un edificio distinto al que esperaban, mucho más gris y desangelado. Éste aparentaba ser bastante nuevo, incluso tenía muros pintados de alegres colores y estaba rodeado por un perímetro de verde y cuidado césped, a pesar de la seriedad que otorgaban al lugar una buena cantidad de policías ante la puerta.

Del interior no pudieron sacar conclusión alguna, puesto que lo primero fue esperar en una fría sala hasta oír decir su nombre por megafonía.

—Tranquila —dijo Chantal cuando llamaron a su amiga—, yo te esperaré aquí.

Unas cristaleras automáticas se abrieron ante Emma, tras las cuales, un policía detrás de una ventanilla le exigió su DNI para comprobar que estuviese en la lista. Emma le entregó su bolso, firmó en el registro y obtuvo el pase, que se prendió en la solapa de la camisa. A continuación, un funcionario la acompañó hasta el lugar de encuentro, una sala donde tenían lugar las visitas. Allí, alrededor de varias mesas, se hallaban algunos presos recibiendo a sus parejas, hijos, familiares o amigos, custodiados por los funcionarios, que se apostaban en el recinto. Emma tomó asiento tras una de aquellas mesas y aguardó un breve instante.

Acompañado por uno de esos funcionarios, se acercó hasta su mesa un hombre que la miró con curiosidad. Era joven y bien parecido, aunque sus negros ojos parecían desprender demasiado rencor. En cambio, su sonrisa no podía ser más cínica. Había dado su consentimiento para aquella visita sin tener idea de quién deseaba verlo ni para qué.

—Vaya, vaya —dijo el hombre al sentarse—. Años sin recibir una puta visita y resulta que ahora me viene una con forma de bombón. Podrías haber avisado de lo guapa y jovencita que eras. Me habría puesto el traje de gala —soltó con sorna.

De todos modos, vestía un pantalón y una camisa bastante impecables. Emma hizo una mueca mental. Con tanta película americana, se lo esperaba con un mono naranja y las manos esposadas. La cosa era mucho más normal en la realidad.

—¿El señor Bruno León? —preguntó ella.

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Emma Montalbán —se presentó la chica extendiendo su mano hacia el preso. Él ni se inmutó ante el gesto de cortesía.

—Si eres periodista, ya puedes coger tu precioso culo y sacarlo de aquí.

—No soy periodista —continuó ella—. Únicamente quería preguntarle sobre Diana Olsen, de forma confidencial.

—Estoy aquí por ella —contestó con desprecio—. ¿Qué más quieres saber?

—Quiero saber por qué nadie de la familia me quiere hablar de ella; por qué todos parecen estar de acuerdo en no contar nada. ¿Cuál era la relación de Diana con los hermanos Olsen?

—Mira, guapa —dijo el exabogado al tiempo que se ponía en pie—, estás muy buena y esta noche posiblemente me haga una paja pensando en ti, pero creo que lo mejor va a ser que te largues de aquí. Tienes cara de pija recatada y no pintas nada en este lugar.

Cuando Emma lo vio levantarse y decidido a marcharse, obligó a su mente a pensar algo con rapidez que lo mantuviera allí, para que ella pudiese obtener, de una vez por todas, alguna respuesta para tanta pregunta.

—¡Soy la mujer de Jean Olsen! —le anunció. Al instante, él ya se había girado y se había vuelto a sentar.

—¿Su mujer? —planteó alzando las cejas—. ¿La mujer de Jean?

—Sí —afirmó Emma.

—Así que mi amigo Jean se ha casado —dijo con sus oscuros ojos brillando de regocijo—. Ha tenido buen gusto —añadió mirándola de arriba abajo con gesto lascivo—. Y dime, preciosa, por las noches, ¿a quién mete en la cama? ¿A una botella o a ti?

—Jean ya no bebe —replicó elevando su barbilla.

—¿Al final se rehabilitó? No puedo creerlo —siguió diciendo de la forma más cínica posible—. Cuesta imaginarlo sobrio o sin una copa en la mano.

—Él es un hombre nuevo —sentenció Emma con orgullo—. Serio, responsable y con una gran compañía a la que atender.

—Un dechado de virtudes que no se molesta en explicarle a su mujercita qué pasó con Diana —se burló Bruno, divertido.

—Él... me lo ha contado todo, sobre su pasado y su familia, excepto...

—Qué pasó entre Diana y los hermanos Olsen —concluyó el preso—. Sólo una pregunta —dijo mirándola con interés—: Jean y tú, ¿folláis? Me refiero... ¿de forma normal?

—No voy a contestar a eso —negó Emma apretando los dientes con fuerza, en un intento de aguantar sin largarse de allí para poder seguir averiguando.

—No te pongas así, guapa —replicó con una media sonrisa—. Tengo mis razones para preguntarlo. ¿Se te ha ocurrido preguntarle a él directamente? —planteó algo más comunicativo.

—Sí, bueno —titubeó Emma—, pero sólo he averiguado lo más básico. Además, empiezo a pensar que no gusta mi presencia en esa casa. Han empezado a pasarme cosas... extrañas.

—¿Cosas extrañas? —demandó el reo, interesado.

—De repente mi habitación huele al perfume de Diana, su dormitorio parece tener vida propia, o se me aparece ella en medio de la noche, delante de la ventana, vestida con un camisón blanco como el que llevaba...

—La noche en que murió —la interrumpió el hombre, expresando por primera vez algo de seriedad y pesar.

—Lo siento —se disculpó Emma—. Sé que fue un accidente y usted lo presencié...

—¿Crees que siento lástima por ella, por Diana? —se mofó—. ¿Crees que lamento su muerte? La muy zorra... Así arda en el infierno eternamente. Y seguro que tu maridito piensa lo mismo.

—¿Vas a contarme algo o no? —requirió Emma exasperada, olvidando la formalidad.

—Escúchame, preciosa —le dijo él, bajando el tono, como si a alguien fuera a importarle aquella conversación—. Te voy a dar una semana de plazo para que sea Jean quien te lo cuente todo. Si no lo consigues, vuelve y estaré encantado de darte hasta el más mínimo detalle.

—¿Y por qué no ahora? —quiso saber Emma, sorprendida.

—Hazme caso, guapa. Sería mejor que te lo explicase él mismo. Digamos que os hago ese favor por los años de amistad y orgías que disfrutamos él y yo.

—No entiendo —se quejó la chica.

—Ya lo entenderás, bombón. En cuanto a lo que te está pasando en esa casa... yo intentaría convencer a Jean para irme a vivir a cualquier otro lugar. Olsen House se puede revelar en cualquier momento y, créeme, volverse muy hostil.

—Pues me has dejado peor que al principio —gruñó Emma.

—Te doy una semana —le repitió—. Te estaré esperando, por si decides volver. Aunque una visita tuya siempre será bienvenida —añadió lamiéndose los labios.

—Me da la sensación de que lo único que has hecho es divertirme a mi costa —refunfuñó Emma mientras se ponía en pie—, y no me has llegado a tomar en serio en ningún momento.

—Por supuesto que te he tomado en serio, preciosa, pero debes entender que los días aquí son bastante tediosos, por si no te has hecho una idea.

—Gracias de todos modos —dijo Emma—, por tu tiempo.

—Encantado, rubia. Por cierto —añadió él antes de que se marchara, todavía sentado—, ¿todavía celebra Jean aquellas inolvidables orgías en el sótano?

—Por supuesto que no —afirmó ella tensa.

—Pues deberías tener más comunicación con tu maridito —le aconsejó Bruno, volviendo a su cruel sonrisa—, porque un amigo al que acaban de encerrar aquí me ha contado que se lo pasaron en grande en aquel sótano, hace muy poquito tiempo.

—Eso no es cierto —replicó Emma con seguridad.

—¿Ah, no? Pregúntale, guapa. Pregúntale si es cierto o no que recibió a unos cuantos amigos y unas cuantas putas, todo ello bien regadito con whisky y cocaína. Oh, perdona —la miró de forma cruel—, tal vez pensaste que lo habías redimido. Pues olvídale. Jean no es el ángel que te ha hecho creer, cara bonita.

—Que te jodan, Bruno León —soltó Emma con rencor—. Y espero que pases aquí mucho tiempo.

—Eso ya lo tengo asumido, preciosa, pero veo que tú no puedes decir lo mismo sobre tu vida.

Una carcajada despiadada surgió de la garganta de aquel tipo. Emma, descolocada, se dio media vuelta y salió de aquel lugar bastante más confundida que al principio.

CAPÍTULO 21

—Pues te has lucido con esta visita —la riñó Chantal una vez en casa. Ya se habían desprendido de sus pelucas y se dejaban caer sobre la cama, después de que Emma la hubiese informado sobre su surrealista conversación—. Ese tío ha demostrado ser un capullo y, para colmo, no te ha aclarado una mierda.

—Lo sé —suspiró Emma—. Pero que conste que la intención era buena. ¿Vas a quedarte a cenar?

—No, hoy no —declinó Chantal mientras se ponía en pie de un salto y miraba su reloj de pulsera—. Esta noche ceno con mi padre —comentó despreocupada—. Algunas veces me pide que quedemos en mi restaurante favorito y charlamos un poco. ¡Nos vemos, Emma! —Le dio un beso a su amiga y salió por la puerta.

Y Emma supo con certeza que mentía.

Cuando Chantal ya había atravesado uno de los laterales del jardín, dio un par de pasos rápidos hacia la parte posterior de un arbusto, para camuflarse al oír el chirrido que hizo la verja de entrada al abrirse. Tras ella apareció el Bentley conducido por Julio y, aunque ya empezaba a caer el día, pudo ver perfectamente cómo una mujer surgía del vehículo, lo rodeaba y se inclinaba ante la ventanilla para darle un beso al chófer. Después se marchó y el coche atravesó la verja para terminar aparcado frente a la puerta del garaje. Cuando Julio salió del vehículo, subió la escalera de su vivienda mientras jugueteaba con las llaves del coche y silbaba una alegre melodía.

Chantal esperó cinco minutos, por si el chófer recibía alguna visita o tenía pensado salir. En vista de que no sucedía ninguna de las dos cosas, inspiró fuerte y salió de su escondite para presentarse de nuevo ante la puerta de aquella vivienda sobre el garaje.

—Chantal —saludó Julio al abrir la puerta y verla entrar—, qué agradable sorpresa.

—No son necesarias palabras corteses ni chorradas varias —soltó la chica plantándose ante él con los brazos en jarras—. He venido a follar. Si te apetece.

—Eso siempre —contestó él.

Julio cerró la puerta y se abalanzó sobre Chantal para poder besarla y devorar su boca como deseaba, sin preámbulos, sin más palabras de cortesía. Sus lenguas se

enzarzaron en una batalla, a ver cuál de ellas lamía la del otro más rápido. Ella asió el bajo de su camiseta y tiró de la prenda para sacársela por la cabeza, y así tener a su disposición su pecho duro y fuerte, para lamerlo también con ansia, mientras sus manos se enredaban en el largo cabello de él.

—Joder, princesa —gimió Julio cuando la boca de la chica lamió desesperada la totalidad de su pecho y sus pezones—, me pones a cien.

El chófer tiró del vestido de Chantal hacia abajo, dejándola sólo con un pequeño tanga de color burdeos, que desapareció al instante en cuanto ella dio un par de golpes de cadera.

—Voy a comerte entera —susurró Julio mientras lamía y pellizcaba sus pezones e introducía una mano entre sus muslos—, pero esta vez sobre mi cama.

—¡No! —exclamó ella—. Te dije que nada de camas.

Para distraerlo y que no volviera a pensar en ello, Chantal tiró con fuerza del cinturón de sus vaqueros, los desabrochó y se los bajó hasta los tobillos junto con los calzoncillos. El miembro grueso y palpitante de Julio le saltó a la cara, con lo que ella no tuvo más que cogerlo por la base e introducirse por completo en la boca.

—Dios... —gimió Julio al ver a la joven de rodillas ante él y sentir la totalidad de su miembro dentro de su cálida boca.

Chantal, con maestría, tomó en sus manos los hinchados testículos y se movió hacia delante y atrás, de manera que sintiera la punta al fondo de su garganta y no quedara un centímetro fuera de su boca. Cuando Julio empezó a sentir la llegada inminente del orgasmo, cogió a la chica por su corto cabello para separarla de él. La asió de una mano y la arrastró hasta una butaca, donde él se sentó, después de deshacerse de sus ropas.

—Tendrás tu polvo sin cama —gimió Julio—, pero no será de pie esta vez. En el sillón; ni para ti, ni para mí.

Chantal no dijo nada, obnubilada como estaba por el deseo. Se limitó a trepar sobre el cuerpo desnudo de Julio y a colocar sobre su miembro el preservativo que aún llevaba entre sus dedos. Cuando lo hizo, se posicionó a horcajadas y comenzó a deslizar su húmeda vulva sobre la longitud del pene del chófer, arriba y abajo, con rapidez, gimiendo desesperada mientras él pellizcaba sus pezones con fuerza.

—Fóllame ya, princesa —jadeó él—. ¡Fóllame!

—¡Cuando yo quiera! —gritó ella.

Aunque, precisamente, fuera eso lo que hiciera al instante. Se alzó para alcanzar la punta del miembro con la entrada de su cuerpo y bajó de golpe hasta hacer chocar

sus glúteos contra los muslos velludos de él, una vez, y otra, y otra... Su vagina ardía, sus pechos dolían, y sus entrañas se disolvían.

Sólo unos segundos después, los dos estallaron juntos en un potente orgasmo que los hizo gritar y jadear durante un largo e intenso instante. El cuerpo húmedo de Chantal cayó sobre el igualmente empapado pecho de Julio, entre gemidos y suspiros que no parecían tener fin.

Julio aprovechó, a sabiendas de que ella no permanecería sobre él mucho tiempo, y la cubrió con sus brazos, disfrutando de la suavidad de la piel de sus hombros y su espalda. Con una mano, hizo que levantara su cabeza y volvió a buscar su boca, para besar sus gruesos labios, que todavía conservaban parte del rojo carmín.

—¿Quién era la mujer del coche? —preguntó Chantal cuando finalizó el beso, todavía sentada sobre las piernas de Julio.

—¿Qué mujer? —contestó Julio con expresión inocente.

—La que venía contigo en el coche y te ha dado un beso antes de irse.

No sólo lo había visto con ella, sino que se había fijado en el detalle del beso.

«Bien», pensó Julio con un regocijo que no pensaba demostrar.

—Oh —soltó con indiferencia—, la vecina de enfrente. Me la he encontrado en la ciudad y me he ofrecido a traerla a casa.

—¿Te la follas? —quiso saber Chantal. Aprovechó el momento para desprenderse del abrazo de Julio y levantarse para recuperar su ropa.

—A veces —reconoció él con despreocupación, sin moverse del sillón ni preocuparse por cubrirse—. Otra de la lista de mis casadas insatisfechas. Precisamente —dijo recuperando su móvil del bolsillo de sus pantalones—, habíamos quedado para esta noche, porque su marido está de viaje, pero voy a decirle que ya no es necesario.

—¿Por qué? —inquirió Chantal mientras fijaba la vista en los botones de su vestido—. Puedes tirarte a quien te dé la gana. Seguro que se te vuelve a poner dura en un santiamén.

—Me había parecido que no estaría bien estar contigo y con otra el mismo día.

—No digas sandeces. —Chantal rio, al tiempo que cogía su bolso y se dirigía a la puerta—. Yo vendré de vez en cuando, sólo cuando me apetezca un polvo, así que eres libre de hacer lo que te venga en gana.

—Tienes razón —aceptó Julio mientras comenzaba a teclear en su móvil—. La he visto muy cachonda. Le diré que aproveche que está sola para pasar la noche conmigo, en mi cama. Toda la noche juntitos. Horas y horas follando cómodamente

sobre las sábanas...

Chantal no dijo nada. Ni siquiera lo miró, aunque pareció tensarse de repente. Cerró la puerta y bajó con rapidez los escalones de la vivienda para desaparecer tras el camino enlosado, en busca del taxi que ya la esperaba.

Julio guardó su móvil y sonrió. Estiró las piernas, colocó los pies sobre el pul acolchado y puso las manos detrás de la cabeza. Estaba satisfecho, muy satisfecho.

En todos los sentidos.

* * *

En el interior de la mansión, Emma volvía a cenar, una noche más, sin la presencia de Jean; ni siquiera su hermano se había dignado aparecer. Si no fuera por la agradable compañía de las chicas del servicio, se hubiese muerto del asco, porque Amparo seguía de morros con ella. Hasta Tomás parecía mirarla de forma extraña.

Jean se encontraba muy ocupado los últimos días, incluso preocupado por temas laborales. Se pasaba la vida encerrado, entre el despacho de la ciudad y el de la casa, frente al ordenador o con el teléfono pegado a la oreja. Las sombras bajo sus ojos habían alcanzado un nivel máximo de oscuridad y parecía más taciturno que nunca, pero Emma no había encontrado el momento oportuno para preguntarle. Por eso, cuando el ama de llaves preparó una bandeja con café y unos dulces para llevarlos al despacho de su jefe, Emma casi se la arrebató de las manos para llevarla ella misma.

—No es necesario, señora —le dijo la mujer, visiblemente molesta—, es mi trabajo.

—¡Joder, Amparo! —replicó Emma al tiempo que arrancaba la bandeja de las manos del ama de llaves—. ¡Deja de hablarme en plan empleada sumisa! Y llámame Emma, por favor, como siempre has hecho.

—Está bien —suspiró, resignada—. Emma.

—Gracias —dijo la joven, indulgente—. No voy a estar aquí mucho tiempo, así que estaría genial llevarnos bien, como al principio.

Le dio un beso a Amparo en la mejilla y se fue en busca de Jean.

Antes de entrar en el despacho, tocó a la puerta y Jean dio su permiso. Sin levantar la vista de su mesa, siguió enfrascado en sus asuntos.

—Puedes dejarlo sobre la mesita. Gracias, Amparo —musitó Jean.

—Soy yo —anunció Emma mientras dejaba la bandeja donde le había indicado su marido. Sirvió el café en una taza, sin azúcar, como sabía que le gustaba, y se lo

ofreció.

—Gracias —dijo Jean algo reticente. Le dio un sorbo a su café sin dejar de mirarla por encima del borde de la taza—. ¿Querías algo? —le preguntó después de dejar la taza en una esquina de su mesa.

—Sí —contestó—, hacer las paces contigo.

—Emma —suspiró él—, tengo mucho trabajo y no estoy para tonterías.

—No son tonterías. —Cogió una silla y se sentó frente a él, al otro lado del escritorio—. No tienes tiempo ni para comer, Jean, y tienes una cara de preocupación que acabará por producirte una úlcera. A veces es bueno hablar de tus problemas con otras personas. ¿Va algo mal en la compañía?

—Han surgido algunas complicaciones. —Jean se dejó caer en el respaldo del sillón y se presionó las sienes con los dedos—. Pero no quiero aburrirte.

—Me aburren los *reality* de la tele, Jean, no tú.

—Se trata de...

Jean miró a Emma a sus ojos oscuros, tratando de averiguar si decía la verdad, como siempre. Algo se removió en su interior, como cada vez que la tenía cerca y, sobre todo, si pretendía acercarse a él, como en ese instante. Y no sólo con un acercamiento físico.

—No confías en mí, ¿verdad? —planteó Emma con tristeza—. Al menos, no como para contarme cosas de tu trabajo.

Jean no dijo nada, se limitó a seguir mirándola.

—¿Crees acaso que voy a ir con el cuento a cualquiera? ¿Que planeo seducirte para obtener información, en plan espía industrial? Por si no lo sabes —soltó furiosa—, seducir a hombres para obtener algo a cambio es algo que sólo he hecho una vez, contigo, y no pienso hacerlo más.

—No es eso... —murmuró Jean. Se pasó las manos por el pelo y después se frotó el rostro—. Tu exprometido me está poniendo las cosas muy difíciles —acabó por declarar.

—¿Alberto? Joder —se quejó, comprensiva—. Tiene demasiados aliados en las más altas esferas —le explicó—. Ser su enemigo se paga caro, lo siento.

—No importa —contestó Jean—. Sólo espero que le llegue su día y se puedan probar todas y cada una de las veces que incumple la ley.

—Yo también, pero no será fácil. Al final, se ha salido con la suya y se acaba de prometer con la hija del presidente de la Generalitat, con lo que su sueño de verse respaldado por un político influyente se verá cumplido.

—En fin —suspiró Jean—, tendremos que apañárnoslas. Ahora, si me disculpas...

—Claro, me voy a dormir.

Emma se levantó de la silla y, antes de dar un paso hacia la puerta, pareció pensarlo mejor y se giró hacia Jean. Rodeó la mesa y, cuando estuvo a su lado, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Jean.

Cuando Emma cerró la puerta del despacho, Jean cerró los ojos y se llevó la mano derecha a la mejilla, como si de esa forma pudiese conservar ese beso para siempre.

* * *

Un par de horas más tarde, Emma continuaba sin poder conciliar el sueño. Reconocía que desde el cambio de habitación no había vuelto a padecer pesadillas o insomnio. Hasta ese momento.

Pulsó su teléfono móvil y miró la hora. Sólo eran las doce de la noche. Bufó y trató de acomodarse la almohada y las ropas desordenadas de la cama. A pesar de la casi total oscuridad reinante, debida a las nubes que tapaban esa noche la luna, un tenue resplandor argentino entraba por la ventana. Suficiente para que pudiese captar una sombra entre las cortinas.

La silueta de una mujer.

Como movida por un resorte, Emma giró su cuerpo hacia la mesilla y pulsó el interruptor de la lamparita, creando el círculo de luz necesario para poder ver bien la totalidad de la habitación. La sombra ya no estaba, pero estaba convencida de que alguien había estado allí. Ya no la había pillado en mitad del sueño, sino lo suficientemente lúcida debido al insomnio como para saber que no lo había soñado.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Silencio.

—Joder —dijo saliendo de la cama de un salto—. ¿Quién eres y qué quieres? —volvió a gritar hacia ninguna parte en concreto.

Despacio, se acercó al ventanal. Con el corazón a mil por hora, apartó la cortina con una mano y observó que el cierre no estaba echado. Qué extraño. Abrió el ventanal y se asomó al balcón, desde donde se observaba la total oscuridad de la noche cubriendo aquella parte del jardín. Le pareció ver movimiento en un arbusto, percibir el sonido de sus hojas, pasos... pero ya no estaba segura de nada. Dio un paso atrás, cerró bien la ventana, y volvió a quedar paralizada cuando el olor a perfume

volvió a envolverla.

—¡No te tengo miedo! —soltó a voz en grito—. ¡Diana o quienquiera que seas!

Sin recibir respuesta, salió del dormitorio, dejando el miedo dentro y cambiándolo por furia. Por suerte, la habitación de Jean se encontraba ahora mucho más cerca y no tenía que pasar frente a la de Diana. Sin pensarlo mucho, abrió la puerta con cuidado y se internó en el cuarto que ocupaba su marido.

Una pequeña luz auxiliar seguía emitiendo un tenue resplandor amarillento, lo que le sirvió para poder observar mejor cómo Jean se movía de forma convulsiva sobre la cama. Aún dormido, y con sólo unos calzoncillos blancos sobre su cuerpo, no dejaba de mover la cabeza a uno y otro lado y de dar manotazos al aire. Su cabello, así como su rostro y su tórax, brillaba por el sudor, y no dejaba de emitir gemidos y sonidos incoherentes.

—No... por favor... no... vete... por favor... no... —gemía y sollozaba.

Emma se acercó y se sentó en el filo de la cama, llena de pesar al verlo así.

—Jean —susurró—. ¿Me oyes?

En ese momento, Jean dio un grito desgarrador y levantó de golpe la parte superior de su cuerpo, llorando y jadeando, lo que hizo que Emma se tapara la boca para ahogar el llanto que la atenazaba.

—¡Jean! —gritó echándose en sus brazos—. ¿Qué te ocurre? —le preguntó entre sollozos—. ¡Cuéntame qué te hace ponerte así, por favor!

—¿Emma? —balbució él, aturdido.

Pero se dejó abrazar por ella y a la vez la estrechó entre sus brazos con fuerza. Enredó sus dedos en los dorados cabellos e inhaló su suave fragancia, llenando sus pulmones de aquella paz que ella desprendía.

—¿Qué te ocurre? —le volvió a preguntar, mientras levantaba su rostro y lo miraba.

La humedad de las lágrimas cubría las mejillas de Jean y ella se las enjugó con la punta de la sábana, sorprendida porque él no se resistiera. En realidad, la miraba con ternura y la rodeaba todavía con sus brazos.

—Sólo son pesadillas —dijo él, apoyando su frente en la de ella—. No es nada.

—¿Que no es nada? —preguntó Emma, indignada—. ¡Has gritado, llorado y casi caído de la cama! ¡Me mata verte así!

—Yo... lo siento. No quería preocuparte.

El cuerpo de Emma comenzó a aflojarse y a llenarse de calor. Jean le cogía el rostro entre sus manos y exhalaba su cálido aliento en su boca. Todo él desprendía

calor.

—Cuéntamelo, Jean —le pidió—. Necesito saber qué te ocurrió, para poder consolarte, para poder ayudarte. Para poder luchar juntos contra lo que sea que no te deja seguir adelante.

—Yo... —titubeó él, mirándola de nuevo a los ojos.

—Sigues sin confiar en mí, ¿verdad? —lamentó ella.

—Quiero hacerlo —susurró él—, quiero hacerlo...

—No temas nada —murmuró ella—. Por favor, Jean...

Jean todavía tenía sujeta la cabeza de Emma entre sus manos, y sus rostros se hallaban a tan sólo un aliento de distancia. A pesar de la reciente pesadilla, Jean se encontraba relajado, sin ganas de pensar en nada, ni en su oscuro pasado ni en su turbio futuro alejado de Emma. Movido por su instinto, se acercó aún más a ella y depositó sus labios sobre uno de sus párpados, después sobre el otro. A continuación sobre su nariz, sus suaves mejillas y, por fin, sobre los labios de Emma.

Se acabó pensar en preguntas, problemas o porqués. Emma sólo podía pensar en abrir su boca y sentir la lengua de Jean enlazarse con la suya.

¡Dios!, de nuevo su excitante sabor, tan misterioso, tan masculino. A pesar del tiempo que hacía que no se besaban, Jean movía sus labios con ternura, suavemente, de forma lenta y pausada, adaptando sus labios para no despegarlos ni un segundo.

Ninguno supo quién pudo haber emitido un largo gemido cuando el beso se hizo más intenso, cuando Jean tumbó a Emma sobre la cama y se acomodó sobre ella para seguir besándola, sin prisas, sin impaciencia, saboreando y disfrutando de su boca como no lo había hecho nunca. Emma, complacida y feliz, se sacó su camisola por la cabeza y el pantalón por los pies para quedar desnuda bajo el cuerpo de Jean.

Él no pareció impaciente, como otras veces, únicamente continuó besándola con delicadeza, aunque sus manos hubiesen dejado de sostener sus mejillas para pasar a deslizarse sobre su anhelante cuerpo.

—Emma... —gimió él cuando paró el beso para tomar aire.

—Chist, no digas nada, Jean —susurró ella, al tiempo que asía la cinturilla de sus calzoncillos y lo dejaba igualmente desnudo—. No hables, no pienses, sólo siente.

Y entonces sí que Jean intensificó su abrazo. La apretó con fuerza entre sus brazos y volvió a besarla, más fuerte, más decidido, más osado. Sus cuerpos se habían unido y sus sexos se acoplaban a la perfección, obligándolos a mecer sus caderas mientras Emma abría las piernas y él se frotaba contra su vulva, húmeda e hinchada.

—Te deseo tanto... —gimió Jean, mientras continuaba besando su cuello, sus

hombros, sus pechos.

—Pues no dejes que se quede en deseo —contestó Emma, que acariciaba su ancha espalda y la suave piel de sus glúteos—. Hazlo realidad, Jean.

—Al infierno, con todo —murmuró él.

La deseaba hasta el punto de olvidar por unas horas que hacer el amor con ella seguía siendo una mala idea; que la unión de sus cuerpos significaba desproteger de nuevo su corazón; que ella al final se marcharía y volvería a dejarlo solo.

Pero el deseo a veces no atiende a razones. Lo mismo que el amor.

Jean hundió su lengua aún más al fondo de la boca de Emma, besando, lamiendo, mordiendo, mientras ella abría su cuerpo y sus piernas, exigiendo que la poseyera cuanto antes.

—Un momento —jadeó Jean, separándose de ella un instante—, esta vez lo haremos bien. Creo que en la mesilla guardo todavía una caja de preservativos sin estrenar.

Jean estiró su cuerpo al máximo, intentando que su mano llegara hasta el tirador del cajón de la mesita de noche, que resultó estar más lejos de lo que pensaba. Consiguió llegar hasta allí pero, una vez conseguido su botín, no se percató de que más de la mitad de su cuerpo estaba fuera de la cama.

—¡Mierda! —exclamó cuando resbaló sobre las sábanas y cayó al suelo con un golpe sordo. Se vio de pronto ridículo, desnudo, con la caja en la mano y tirado en el suelo.

—¡Vaya porrazo! —soltó Emma con una carcajada.

—Joder —refunfuñó Jean.

Intentando recuperar su orgullo, se encaramó de nuevo a la cama, aunque, en cuanto advirtió la risa compulsiva de Emma, no pudo evitar reír él también.

Le resultó tan preciosa, desnuda sobre la cama, riendo sin parar...

—Gracias por reírte de mi torpeza —rezongó Jean, cruzando los brazos.

—No era mi intención —exclamó ella entre risas convulsivas—, pero estabas tan gracioso, ahí tirado... Y tu cara de vergüenza... —Y continuó riendo.

—Espero que esto no te resulte tan gracioso. —Jean rasgó uno de los envoltorios, obtuvo el preservativo y comenzó a deslizarlo sobre su miembro.

Emma cesó su risa de inmediato. No, aquella imagen tan sensual de Jean no le provocaba risa precisamente, aunque reconociera que haber reído juntos le había supuesto la mayor felicidad. Reír con él había sido tan gratificante como una caricia, como un beso. Como si hubiese acariciado su corazón.

Ateoraría ese instante para siempre.

—No, pero lo estoy deseando —le contestó.

Jean buscó la entrada de su cuerpo y se deslizó dentro con inesperada facilidad. Ambos emitieron un profundo gemido al mismo tiempo, cuando se descubrieron unidos. Jean se apoyó en sus codos y miró a Emma a los ojos, para no perder contacto mientras sus caderas embestían con fuerza. Ella abrió su cuerpo al máximo y lo rodeó con sus piernas, para sentirlo más adentro, más intenso.

—Dios, Emma —gimió Jean—. Llevaba tanto tiempo deseándote, volviéndome loco, fingiendo no necesitarte... tratando de ignorarte cuando lo que más deseo es tenerte cerca...

—Jean...

Las palabras de Jean ayudaban a que Emma lo deseara aún más. Las embestidas en su cuerpo, su aliento en su boca, su mirada fija en ella, la totalidad de su piel unida a la suya... Cuando ambos alcanzaron el clímax, unieron sus manos y se besaron, para tratar de beberse los gemidos y jadeos del otro, para estar aún más cerca si eso era posible. Cuando las convulsiones del placer fueron remitiendo, continuaron abrazados, pegados por el sudor y por el abrazo que no pensaban deshacer. Y así, juntos y enlazados, se quedaron dormidos sobre las sábanas revueltas.

CAPÍTULO 22

—¡Señor, se ha dormido! —dijo Amparo mientras descorría las cortinas y dejaba que la luz del día iluminara la habitación—. ¡Son las siete y... media!

El ama de llaves interrumpió sus exclamaciones de atención y se quedó parada en medio de la estancia. Dos cuerpos desnudos y entrelazados yacían sobre la gran cama de Jean.

—Amparo... —murmuró Jean, parpadeando para adaptar sus ojos a la luz—, ¿qué haces aquí? —Con cuidado, tiró de una esquina de la sábana y tapó la desnudez de Emma.

—Me pareció muy extraño que no hubiese bajado todavía —explicó el ama de llaves, tensa, intentando no mirar hacia la cama—. Julio y yo lo hablamos y decidí subir a despertarlo. Lo siento.

—Eso está bien —dijo Jean—, y te lo agradezco, pero creo que la próxima vez deberías tocar a la puerta antes de entrar.

—Nunca lo he hecho, señor —explicó la mujer, aún más tensa.

—Pues quizá deberíamos cambiar esa norma, Amparo —recalcó Jean, contundente pero con una leve sonrisa ante la consternación del ama de llaves—. Dile a Julio que bajará enseguida.

—Por supuesto, señor. —Dicho esto, se marchó cerrando la puerta tras ella.

—Joder... —bufó Emma, sacando de pronto la cabeza de debajo de la almohada—, pensé que no se iría nunca.

—¿Estabas despierta? —preguntó Jean sonriente.

—Pues claro —dijo ella—, pero me daba vergüenza que me viera.

—Ella nunca diría nada —contestó Jean frunciendo el ceño—, tiene mi total confianza. Amparo es como de mi familia. En realidad, es mi familia.

—O sea —bromeó, riendo, Emma—, como mi suegra.

—No seas mala —la regañó, también riendo, Jean.

Se miraron un instante sin decir nada, sólo con una sonrisa de oreja a oreja, mitad felices, mitad avergonzados, por aquella situación tan íntima. Sí, habían hecho el amor esa noche, pero, aplacada la pasión del momento, les pareció un acto de mayor intimidad hablar por la mañana en la cama, desnudos, juntos, riendo. Como un

matrimonio. Como un matrimonio normal.

Y eso que, lo de la pasión aplacada, era mucho decir.

Jean, travieso, levantó la sábana y admiró el cuerpo desnudo de Emma.

—Eh —se quejó ella, tapándose—, ¿qué miras?

—¿A estas alturas te da vergüenza que te mire yo también? —planteó Jean, divertido.

—No —dijo ella, seria de pronto. Se acercó a él, posó la mano en su áspera mejilla y le dio un beso en los labios—. No siento vergüenza, siento miedo. Miedo de que esto haya sido tan sólo un espejismo, de que nada se haya solucionado. Tú sigues con tus secretos y yo me iré en unas semanas para no volver.

Jean lanzó un fuerte suspiro. El día los había recibido acompañado por la cruda realidad. No podían pensar en nada más serio si se sustentaba en algo tan frágil como lo que ellos tenían. Demasiados secretos, demasiados reproches, demasiada desconfianza...

—Tienes razón —aceptó Jean—. Anoche yo acababa de tener una pesadilla y tu compañía me hizo mucho bien. A la vista está, pues he dormido de un tirón el resto de la noche. Pero no deberíamos confundir las cosas. Así que —añadió mientras se pasaba la mano por el rostro— será mejor no repetir, o esto podría volverse muy complicado.

—¿Te refieres a que podríamos enamorarnos? —susurró Emma.

Ella lo vio levantarse de la cama y dirigirse al baño, sin contestar y sin mirar atrás.

«Demasiado tarde», pensó ella.

* * *

Aunque un poco más tarde que de costumbre, Julio dejó a su jefe en las oficinas de la ciudad. Había una reunión importante y algo no andaba bien en la compañía, donde llevaban días de reuniones a horas intempestivas y con caras muy largas. Así que Julio decidió que ese día la cosa iba para largo y tendría tiempo de hacer una visita que llevaba demasiado tiempo posponiendo.

Una hora después, aparcaba el coche frente a una casita pareada, en un pueblo del interior, a unos sesenta kilómetros de la ciudad. Nada más bajarse del vehículo, pudo ver a su madre barriando el pequeño patio de la entrada.

Le seguía pareciendo una mujer joven y guapa. Vestía en ese momento un chándal

de color rojo y llevaba el pelo rubio sujeto en una alta coleta.

—Deja de barrer, mamá —le dijo como saludo—. Tu casa ya está perfecta. ¿No sabes quedarte sin hacer nada?

—¡Julio! —exclamó antes de echarse en brazos de su hijo y tirar la escoba a un lado—. ¡Ya era hora de que te dignaras venir a verme!

—Te prometo que no volveré a dejar pasar tanto tiempo —le aseguró tras darle un sonoro beso en la mejilla.

—Ay, mi niño —exclamó su madre jugueteando con su pelo—. Mira qué pelos me llevas, hasta te los has de atar para que no se te vengán a la cara.

—Sólo lo llevo por los hombros, mamá —replicó Julio tras deshacerse de su abrazo.

—Era broma. —Sonrió—. Estás guapísimo. Ven, pasemos dentro.

Sentado ya en una silla en la cocina, Julio no dejó de observar a su madre moverse por la estancia, abriendo y cerrando armarios, preparando café, partiendo un bizcocho y sirviéndolo todo a su hijo en un abrir y cerrar de ojos.

—Qué eficientes sois las madres. —Sonrió.

—Los años y la experiencia nos obligan a serlo —contestó ella mientras se sentaba frente a él—. Y dime, ¿cómo van las cosas por Olsen House?

—Como siempre, más o menos.

—¿Qué tal está Emma?

—Bastante bien, dentro de lo que cabe.

—Qué respuestas tan ambiguas, hijo —protestó la mujer—. Siempre hemos hablado de esa casa y de tu hermana con toda la naturalidad del mundo. Te ocurre algo, ¿no es cierto?

—Además de eficientes, las madres sois adivinas. No sé cómo lo hacéis — declaró Julio con una sonrisa.

—Cuéntame, cariño.

—Empiezo a no estar satisfecho con mi vida, mamá.

—Y eso está bien —le dijo ella con tranquilidad—, que te des cuenta por ti mismo. Hace mucho tiempo que te vengo diciendo que podrías aspirar a algo más que a vivir en un garaje y a acostarte con casadas.

—Mamá...

—Oh, vamos, hijo, seamos francos. Tus problemas con el alcohol te han hecho creer que no mereces más, pero estás muy equivocado. Lograste salir del pozo, terminar tus estudios, y ahora eres un chico sensato y trabajador. ¡Con razón no estás

satisfecho con tu vida! ¿Por qué no dejas esa dichosa mansión de una vez?

—Jean me necesita...

—No, Julio —lo interrumpió su madre—, no te engañes. Te haces creer a ti mismo que sigues allí por tu jefe, pero la realidad es que eres tú el que lo necesita, porque no tienes más amigos que él. Por eso te da miedo irte, porque dejarías atrás la seguridad que te ofrecen los altos muros de la mansión y tendrías que enfrentarte al mundo real. Incluso te han facilitado el tema de las mujeres, puesto que no tienes más que chasquear los dedos para que una tropa de ricachonas insatisfechas se meta en tu cama.

—Joder con tus dotes de videncia —se quejó el chófer.

—Nunca te he criticado, Julio —suspiró su madre—. Sabes que te he dejado elegir tu propia vida, pero, si a una madre le dice su hijo que no está conforme con ella, sacamos las uñas y hacemos lo que haga falta.

El joven no pudo sentirse más orgulloso de su madre. A los diecisiete años había huido de un padre maltratador y pudo subsistir trabajando de camarera en un local nocturno, donde conoció a un joven concejal que se aprovechó de su falta de cariño. La preñó y la abandonó. Aun así, había salido adelante sola, con un niño pequeño, que encima no dejó de darle quebraderos de cabeza. Cuando Julio le confesó su alcoholismo, ella lo ayudó como sólo haría una madre, sin reproches ni condena.

Sólo cuando su hijo se rehabilitó, se concedió a sí misma la oportunidad de rehacer su vida y compartirla con el hombre del que se había enamorado, con el que ahora vivía en aquella acogedora casita.

—Cuánto me arrepiento —expresó el joven mientras jugueteaba con la cucharilla y la taza— de haberme pasado mi infancia preguntando por mi padre, como si su presencia hubiese sido indispensable, como si tú no hubieras trabajado por los dos y no me hubieses ofrecido el cariño de padre y madre juntos.

—Eras un niño y te faltaron muchas cosas que yo no podía darte —replicó ella, comprensiva.

—Podía tener la peor bicicleta de todas —sonrió Julio con nostalgia—, pero tenía una madre que valía por todos los padres juntos.

—Anda, deja de pelotearme —bromeó la mujer, intentando aguantar la emoción— y cuéntame algo más de la gente rica a la que conoces.

—Creo que me gusta demasiado una de esas pijas ricas —confesó Julio.

—Vaya —suspiró su madre—. ¿Está casada?

—No, pero no estoy seguro de si me desprecia por lo que soy o por lo que le hago

sentir.

—Pues averígualo —sentenció ella—, y después escoge el camino que más te convenga. Ya sabes que, elijas el que elijas, te apoyaré.

—Lo sé, mamá —contestó Julio, animado como hacía mucho tiempo que no estaba.

* * *

En ciertas oficinas de la ciudad, un hombre también se encontraba realmente satisfecho. Alberto Muntaner seguía de cerca los preparativos de su boda, organizada por sus futuros suegros, al tiempo que los negocios no podían ir mejor. Ya tenía adjudicadas varias obras y construcciones por obra y gracia del que debía haber sido su suegro, a cambio de donaciones a su partido, más otras que sus buenos contactos le habían proporcionado, algunas de ellas verdaderamente faraónicas, como la fabricación de kilómetros y kilómetros de tuberías para la construcción de un gasoducto que atravesaría varios países del Este y por las que los rusos le habían pagado una fortuna. Pronto, casado con la sosa de Nuria, tendría, además, el poder, que era lo mejor para acompañar el dinero. Algunos lo tachaban de ambicioso, pero nunca se es demasiado si se quiere triunfar, y él era un triunfador.

Se recostó en su sillón de cuero y se giró hacia la ventana, desde donde podía observar el puerto de Barcelona y el mar Mediterráneo. Inspiró el olor a sal que llegaba hasta allí y un ramalazo de excitación recorrió su cuerpo al pensar en la visita de esa noche a El Círculo, donde pensaba follar hasta caer desfallecido. Buscaría dos, tres o más mujeres que le pudiesen compensar el tiempo que llevaba sin aparecer por allí por culpa de su prometida, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Se había podido deshacer de ella para esa noche y, por fin, podría satisfacer sus necesidades. Joder, sólo de pensarlo ya se estaba poniendo muy cachondo.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su nube de lujuria, aunque volvió a subirse en ella cuando vio de quién se trataba.

—Señor Muntaner —dijo su secretaria al entrar en el despacho—, aquí le traigo los contratos firmados con varios ayuntamientos.

—Gracias, Mónica —contestó.

La miró de arriba abajo, desde su blusa blanca hasta el culo que le marcaba su falda gris. Morena, de gruesos labios y exuberante, seguía estando buenísima, pero su relación estaba pasando por un paréntesis, desde que ella le exigiera cosas que él no

estaba dispuesto a conceder.

—Mónica, cariño, ¿por qué no cierras la puerta por dentro? Te echo de menos.

—Mentiroso —replicó ella, tratando de no demostrar demasiada ira—. Tu prometida no te da la caña que necesitas y pretendes seguir teniéndome para cuando te pica. Ya sabes que no me conformo con eso.

—Sabes que no es por eso —dijo Alberto, desplegando su carisma y su encanto irresistible—, que me veo obligado a casarme con esa insulsa sólo como un negocio más. Tú y yo podremos seguir viéndonos en tu casa, y yo te colmaré de regalos, porque eres la mujer de mi vida, siempre lo has sido. Anda, acércate, preciosa.

Aunque algo reticente, Mónica cerró la puerta y se acercó. No podía resistirse a ese hombre, del que estaba enamorada hacía cinco años, el tiempo que llevaba trabajando con él. A pesar de sus novias perfectas, de sus dos prometidas o de sus visitas a El Círculo —que ella conocía y aceptaba, como parte de sus fantasías—, sabía que él siempre acababa volviendo a ella.

La secretaria se sentó en la mesa frente a él, que permanecía sentado en su sillón. Se desabrochó la camisa y se bajó el sujetador, haciendo rebosar sus pechos. Mientras él los amasaba y pellizcaba, ella se remangó la falda hasta la cintura, se deshizo de las bragas y colocó los pies a cada lado de su jefe, abriéndose para él.

—Humm, mira qué tenemos aquí —dijo él después de abrir aún más sus muslos. La agarró por la cintura, la acercó al filo de la mesa y hundió su rostro en su sexo para chuparlo y lamerlo.

—Oh, joder —gimió Mónica. Se agarró al pelo de su jefe y cerró los ojos ante aquel asalto de placer. Sólo ese hombre era capaz de llevarla al límite, de ponerla a cien, de hacer que lo deseara más que a ningún otro.

Cuando el placer comenzaba a ser insoportable, la chica apoyó su espalda sobre la mesa, colocó sus piernas en los hombros de él y se abrió al máximo para dejar que la experta lengua de Alberto la condujera a un maravilloso orgasmo que la hizo temblar y convulsionarse durante un largo instante.

—Dios, Alberto, cariño... —susurró ella mientras se bajaba de la mesa y lo besaba en la boca. Un beso apasionado y profundo como sólo él sabía dar.

—Ahora espero que me recompenses —murmuró el empresario, abriéndose los pantalones y extrayendo su miembro erecto y brillante.

La secretaria se arrodilló ante él y se introdujo el miembro en la boca. También de forma experta, lamió toda la sedosa longitud, con énfasis y entusiasmo, parando para explayarse en la corona o los testículos. Alberto gimió y se relamió los labios,

sin dejar de apartar el pelo de la cara de la chica para poder observar el movimiento de su lengua o su polla follando su boca.

—Para, para o me correré —gimió el hombre.

A continuación, la hizo levantarse, se levantó él también, y la colocó sobre la mesa boca abajo. La tomó de los glúteos y la penetró con fuerza, consiguiendo que con cada embestida ella se viera obligada a sujetarse al borde de la mesa para no salir disparada. Cuando ambos alcanzaron el orgasmo, Mónica mordió un fajo de papeles para no gritar y él ahogó su gemido de placer en la garganta, como ya estaba acostumbrado a hacer.

El móvil de Alberto vibró sobre la mesa y él atendió la llamada, todavía con su miembro en el interior de la vagina de su secretaria.

—Sí, cariño, ahora mismo voy. ¡Mierda! —exclamó al colgar—. ¡Joder, mi prometida está subiendo! —le gritó a la chica. Mientras tanto, salió de su cuerpo y limpió su miembro con las bragas que ella había dejado sobre la mesa. Después, se las tiró a la cara—. ¡Que te largues, coño! ¡No vas a ser el polvo más caro de la historia!

La cogió del brazo y, a empujones, la sacó del despacho por la puerta lateral que daba a una estancia auxiliar, con archivos, ordenadores e impresoras, cerrando la puerta tras ella con un fuerte portazo.

Mónica, todavía con la blusa abierta y la falda remangada, no se había sentido tan sucia y humillada en toda su vida.

Pero ésa sería la última vez.

El amor que llevaba años sintiendo por Alberto se acababa de transformar en un odio tan intenso que pensar en la venganza sería lo más gratificante que hubiera sentido jamás por él.

—Me las pagarás todas juntas —murmuró asqueada, después de arreglar sus ropas y tirar las bragas a la papelera.

* * *

En las oficinas de la compañía Olsen las cosas continuaban bastante mal. Tras varios días de reuniones, litros de café y noches en vela, los hermanos Olsen se lamentaban de la situación, intentando no desesperarse y hallar una solución. Incluso Víctor se había visto obligado a volar desde Arrecife para estar presente en las reuniones en persona.

—Ya no es sólo que nuestros mejores hombres se estén largando a la competencia —manifestó Víctor, furioso—, sino que nuestros clientes están desapareciendo en manada, marchándose a esa misma competencia. Para colmo —continuó—, no paramos de tener inspecciones, auditorías y visitas inesperadas del Ministerio de Industria, intentando encontrar cualquier mierda que nos obligue a cerrar o a pagar una multa. ¡Hasta los huevos estoy ya!

—Y por si no lo recordabas —intervino Jean—, el banco ha desestimado nuestro último préstamo. Si necesitamos dinero en efectivo, tendremos que vender, y no podría ser en peor momento.

—Joder, Jean —gruñó Víctor—, vender acciones sería perder gran parte de nuestro voto en la empresa, además de que casi tendríamos que regalarlas. No puedo creer que perdamos con tanta facilidad lo que nuestro padre nos legó.

—Lo siento, asumo mi responsabilidad —se lamentó Jean—. Si no hubiese ido por la vida de caballero andante rescatador de princesas en apuros... Tal vez nunca debí asumir la presidencia —declaró Jean, desanimado y con la moral por el suelo—. Es un cargo demasiado grande para un borracho que necesita un psiquiatra más que comer.

—No digas eso —replicó Víctor mientras apoyaba su mano en el hombro de su hermano—. Yo habría hecho lo mismo por Marina. Recuerda que, antes de morir Diana, ya había renunciado a mi herencia y estaba dispuesto a vivir en un piso de cincuenta metros y a pedir tanda en la cola del paro. Hace tiempo que descubrí que lo mejor que me ha pasado en la vida no lo obtuve con dinero. Si ahora he de hacer lo mismo por ti, no me importará en absoluto, Jean. Eres la única familia que me queda y te quiero. Además —añadió volviendo a la furia anterior—, el único culpable aquí es el hijo de puta de Muntaner, al que me gustaría mandar a la cárcel de una patada en los huevos.

—Señor Olsen —los interrumpió la secretaria tras un único toque en la puerta—, tienen ustedes una visita.

—Por favor, Estela, no es momento.

—Señor Olsen —persistió ésta—, insiste mucho y me ha dicho que viene de parte del señor Muntaner. Aunque —titubeó—, no sé si creerlo, con el aspecto extraño que lleva.

Los hermanos se miraron y asintieron.

—Dígale que pase.

La secretaria dio paso a la extraña visita y se despidió. Tras cerrar la puerta, tanto

Jean como Víctor quedaron un tanto descolocados, cuando una mujer con vestimenta árabe apareció ante ellos.

—Lamento aparecer de esta guisa —se disculpó la chica, mientras se desprendía del velo que le tapaba la cara—, pero no podía arriesgarme.

—Espere —dijo Jean con el ceño fruncido—. Usted es la secretaria personal de Muntaner.

—La misma —contestó ella—. Y como sé perfectamente lo que está pasando con su empresa, he pensado que podría interesarles lo que les traigo.

Dicho esto, sacó una gruesa carpeta de debajo de su chilaba y la puso sobre la mesa.

—Sé que sólo es una infinitésima parte —explicó—, pero suficiente como para que se pueda obtener una orden de registro o para colocar escuchas y pinchar algunos teléfonos. En su oficina, el señor Muntaner dispone de docenas de archivos en papel, aparte de la información de sus ordenadores.

—Joder —murmuró Víctor, que ya había empezado a echar un vistazo a aquellos documentos—, aquí hay mucha tela, Jean. Financiación a partidos políticos, pago de comisiones, adquisiciones ilegales de obras públicas, blanqueo de dinero y un largo etcétera que da miedo sólo de mencionar.

—Y ya les he dicho que esto es sólo una parte —intervino la secretaria—. Les puedo dar el resto, pero tienen que ser ustedes quienes me pongan en contacto con alguien de la policía o de la fiscalía que sea de confianza, porque a partir de ahora ya no podré salir a la calle sin poner en riesgo mi vida.

—No se preocupe —la tranquilizó Víctor cogiendo su teléfono—. Conozco exactamente a las personas apropiadas.

Sólo media hora más tarde, se reunían con ellos un policía y una periodista. Víctor había hablado con ellos apenas unas semanas antes de aquel mismo tema.

—Os presento a Marc Puig, inspector del Grupo Anticorrupción de los Mossos d'Esquadra, y a María Molina, periodista del diario *Actualidad*. Los dos llevan tiempo colaborando en la investigación del caso Muntaner.

—El caso no es tan fácil como parece —comentó el inspector—. Hace tiempo que sabemos todos sus tejemanejes con la justicia, pero, para agarrarlo bien por los huevos, necesitamos la colaboración de alguno de sus *amigos*, que alguno de ellos *cante* a pleno pulmón, a sabiendas de que él también caerá.

—¿Y si yo le dijera que tengo una lista con un montón de esos *amigos* y que estoy segura de que cantarían encantados? —preguntó la secretaria de Muntaner. Su mirada

estaba cargada de regocijo.

—Pues que queríamos verla ahora mismo —dijo la periodista frotándose las manos.

—Tú tranquila, María —la apaciguó el inspector—. No te precipites. No publicarás nada hasta que yo te lo diga.

—Vale —contestó ella sacándole la lengua—, inspector de pacotilla.

Estaba claro que esos dos ya habían librado unas cuantas batallas juntos.

—Aquí la tienen —dijo Mónica, tras extraer un documento, de nuevo de debajo de su ancha vestimenta—. En este papelito —anunció triunfal— tienen ustedes una larga lista de nombres, a cuál más importante.

—¡La hostia! —soltó el inspector—. Aquí tenemos banqueros, empresarios, políticos... ¡El mismísimo presidente está en ella! Pero ¿cómo pillarlos por los huevos a todos?

—Al final de la hoja hay una dirección —explicó la secretaria—. Es la de una antigua masía, donde se llevan a cabo unos encuentros bastante... inusuales. Si ustedes se presentan allí, serán testigos de esos encuentros entre las personas que hay anotadas en esa lista. Y seguro que la mayoría de ellos querrán colaborar, si quieren evitar el mayor de los escándalos y que sus perfectas vidas burguesas se vayan por el desagüe. ¿Qué diría la sociedad si viera a estos perfectos padres de familia acudiendo a un club donde se drogan y follan en público, gastando cantidades desorbitadas de dinero proveniente del contribuyente?

—¡Joder! —volvió a soltar el inspector—, con esto tenemos más que suficiente. Y no se preocupe, señorita —le aseguró a la secretaria—, tendrá usted vigilancia permanente a partir de ahora.

Cuando Víctor y Jean se quedaron solos, el hermano mayor pudo leer perfectamente la pesadumbre en los ojos del pequeño.

—Piensas en Emma, ¿verdad?

—Su padre está en esa lista —se lamentó Jean.

—Sí, hermano, pero no es ése su delito, sino ser un corrupto.

—Lo sé. Sólo espero que Emma no me odie.

CUARTA PARTE

LAS CONFESIONES

CAPÍTULO 23

—¿Tienes un momento? —preguntó Jean.

—Claro —contestó Emma.

La joven se encontraba sentada en una de las sillas del porche, frente a una mesa de mármol y forja, aprovechando la sombra para guarecerse del calor de ese día. Aunque cálida, una leve brisa se colaba por entre las arcadas, aliviando un poco el sofoco que causaban los rayos del sol desde primera hora de la mañana. Sobre la mesa, un portátil, donde Emma leía y escribía sumamente concentrada.

—¿Qué haces? —preguntó Jean cuando se sentó a su lado.

—Organizarme. Terminar de confirmar mi matrícula, mirar dónde voy a vivir, escoger las asignaturas... De todo un poco.

—Me alegro —dijo Jean, intentando no demostrar ninguna emoción—. Yo... quería hablarte de algo, antes de que te enteres por otros medios.

—Tú dirás —lo animó ella, algo sorprendida. Apartó la vista de la pantalla y se volvió hacia él, intentando no recrearse mucho en su rostro, antes de que su corazón comenzara a latir con fuerza, demasiado esperanzada en lo que tuviese que decirle.

—Sabes que la compañía Olsen está pasando momentos muy difíciles.

—Lo sé —afirmó Emma—, y también sé que el culpable es Alberto. No le gusta que le entorpezcan sus planes y sé de lo que es capaz.

—Pues... resulta que hemos encontrado la manera de pararle los pies.

—¿Sí? —preguntó esperanzada—. Me alegro. Si nos estaba fastidiando, se le tiene merecido. ¿Cómo lo has conseguido?

A Jean no le pasó desapercibido ese «nos», que los englobaba a los dos.

—Hay pruebas que lo incriminan en multitud de delitos de corrupción, entre muchos otros. Su secretaria y amante lo ha sacado todo a la luz.

—Pobrecilla —dijo ella con una mueca—. Se creería que tendría algún futuro con él, como si no conociera su ambición.

—Ya tienen lo necesario para acusarlo —siguió explicando Jean.

—Me alegro —expresó Emma—. Se lo tiene merecido por ser un cerdo avaricioso y un cabrón con las mujeres. Se había degradado tanto que ya no le importaba pisar a nadie, utilizar a las personas, robarles o cosas peores.

A Emma no le pasó por alto el semblante taciturno de Jean.

—Deberías estar contento. Supongo que la empresa está a tiempo de resurgir, ¿verdad?

—Sí, sí, con eso no hay problema. Nuestros clientes han vuelto, incluso con mejores condiciones, suponemos que avergonzados por dejarse avasallar por Muntaner. El palo económico sí será gordo y tendremos que vender algunas acciones, pero saldremos de ésta.

—Entonces, Jean, ¿por qué no acabo de verte feliz?

—Hay muchos nombres relacionados con esta operación policial —suspiró Jean—. Sabíamos que, si Muntaner caía, muchos caerían con él.

—Entiendo —susurró Emma—. Mi padre está entre ellos, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Hay pruebas contra él? —preguntó, al tiempo que se ponía en pie y se quedaba ante la blanca balaustrada, mirando hacia los árboles del jardín—. Me refiero, de delitos graves.

—Las suficientes como para encerrarlo una temporada, aunque, visto lo visto, no creo que acabe en la cárcel. Tal vez, como máximo, deba dejar su cargo.

—A mi madre le dará un ataque. —Emma sonrió con tristeza—. Supongo que se lo tienen merecido, por sus ansias de poder sin medida, por perder la ética y por venderse, pero no puedo alegrarme. Son mis padres y los quiero, a pesar de todo.

—Mi hermano y yo hemos colaborado con la policía y la fiscalía —le contó Jean; se levantó también de su silla y se situó detrás de Emma—. Podríamos tratar de convencerlos para que su nombre sea tachado de la lista.

—¿Eso se puede hacer? —inquirió esperanzada, al tiempo que se volvía para mirarlo.

—Hay demasiadas personalidades involucradas, que estarán dispuestas a hacer tratos —contestó Jean con una triste sonrisa—. Y tu padre es lo suficientemente importante como para que se lo exculpe de todo a cambio de su dimisión.

—¿Harías eso? ¿Por mi padre? ¿Después de todo el daño que os ha hecho?

—No lo haría por tu padre —la rectificó Jean, mirándola a los ojos—. Lo hago por ti.

De nuevo, como tantas otras veces ocurría, sus miradas conectaron al instante, ojos oscuros reflejados en otros grises y claros. Emma sintió un pinchazo en el corazón, no sólo ya de anhelo o de amor por ese hombre, sino de pena, por saber a ciencia cierta que ya no podrían estar juntos, que demasiadas cosas los separaban.

—Gracias, Jean —expresó Emma mientras se acercaba a él y le rodeaba la cintura con los brazos. Apoyó unos instantes la cabeza en su pecho, sintiendo el rápido compás de su corazón. Después, le dio un beso en la mejilla, se separó de él y se marchó por la galería hasta una de las cristaleras que daban acceso a la mansión.

Desde ese día, Emma se vio obligada a estar más recluida que nunca. Los periodistas de diarios y noticiarios se agolpaban a las puertas de la mansión, forzando a Jean a duplicar los efectivos de vigilancia que la custodiaban. Ahora, ver la televisión había pasado a formar parte de la vida cotidiana de Emma —siempre y cuando no fueran noticias—, pasando las tardes sentada en el sofá con una lata de refresco y una bolsa de patatas fritas.

Así se la encontró Julio una tarde. Se sentó junto a ella, dio un trago de su lata y le arrebató la bolsa de patatas.

—¿Qué haces? —le preguntó a su hermana mientras se echaba un aperitivo a la boca.

—Viendo una serie de un canal de pago —contestó Emma—. Intento esquivar todos esos magazines que se emiten a todas horas para hablar del último caso de corrupción, el más escandaloso de la última década. O eso dicen.

—¿Qué tal lo llevas?

—Bien —contestó, encogiendo los hombros. Aprovechó para dejar caer su cabeza y apoyarla en el hombro de su hermano.

—¿Has hablado con tus padres?

—Sí, he hablado por teléfono, hasta que las aguas se calmen y podamos vernos. Aunque no tengo muy claro si el deseo es recíproco —admitió con una mueca—. Mi madre está histérica, a base de ansiolíticos, encerrada en su habitación todo el día. Y mi padre... pues tres cuartos de lo mismo... intentando capear el temporal y preparando el que será su discurso de dimisión, con el que posiblemente quedará como un mártir. Les espera una buena temporada de ser el centro de las noticias, hasta que haya otra que atraiga más la atención del público.

—No me digas que esos gilipollas te culpan de algo —quiso saber Julio, con el ceño fruncido.

—A mí, a Jean... ¿A quién, sino?

—¡Pues a su puta avaricia! —exclamó Julio—. Joder, Emma, podrá ser tu padre, pero no ha demostrado ser diferente a otros políticos, deseando únicamente subir al poder para enriquecerse a costa nuestra. ¡Qué les den a todos! ¡Ojalá dimita hasta el apuntador! Aunque sea un castigo bastante indulgente.

—Te recuerdo que también es tu padre —dijo Emma divertida.

—El capullo que preñó a mi madre y la abandonó. Pero ¿sabes una cosa, hermanita? —añadió tras darle un beso en el pelo—. Por primera vez en mi vida pienso que nos hizo un favor largándose. Lo mismo un día de éstos me acerco a él y le doy las gracias.

—Julio...

—Lo siento, Emma —se disculpó junto con otro beso, esta vez en un hombro—. Será mejor que cambiemos de tema. ¿Podría hacerte una pregunta sobre tu amiga Chantal?

—¿Sobre Chantal? —se extrañó Emma—. ¿Qué quieres saber?

—Sobre su pasado, si hubo novios, por qué sigue viviendo en casa de sus padres...

—Bueno, ella tuvo un novio y... Pero ¿por qué quieres saber todo eso ahora? —preguntó Emma, suspicaz.

—Porque me la estoy tirando —contestó Julio mientras se echaba otra patata a la boca.

—¿Qué?! —gritó Emma, dando un salto del sofá para plantarse frente a su hermano.

—Bueno —dijo él con tranquilidad—, nos acostamos de vez en cuando, si te resulta más cómodo de oír.

—Pero... ¡estoy flipando! —exclamó de nuevo Emma—. ¿Y por qué yo no sé nada?

—¿No te lo ha contado tu amiguita? —preguntó Julio con ironía.

—¡No! ¡Lo mismo que mi hermano, que no me ha contado una mierda! Joder —murmuró, llevándose una mano a la frente—, mi hermano y mi amiga se lían y no me entero. ¡Ya os vale!

—Tranquila, hermanita —la tranquilizó Julio—. Tal vez haya sido un rollo pasajero que acabe esta misma noche.

—¿Esta noche? ¿Por qué?

—He hablado con Jean, Emma —dijo tras un suspiro—. Me voy de la mansión.

—¿Que te vas? —soltó Emma con cara de pánico—. ¿Cómo que te vas?

—Voy a montar mi propio taller mecánico —le explicó—, especializado en coches de alta gama. Mis estudios y mi experiencia con los cochazos de esta familia me han ayudado bastante. Bueno —agregó con un gesto torcido—, eso y los buenos contactos de Jean, claro.

—Oh, Dios —se lamentó de pronto Emma—. Nos vamos a ir tú y yo de la casa Jean se quedará tan solo...

—Te preocupas por él —dijo con ternura—. La verdad, es un buen tío que se merece a alguien tan bueno como tú. ¿Has pensado bien lo de irte a Oxford?

—Si Jean hubiese querido que me quedase, me lo habría dicho, ¿no?

—¿Le has dicho acaso tú que quieres quedarte?

Julio sonrió y desapareció del salón con la lata de refresco y la bolsa de las patatas fritas, dejando a su hermana pensativa en medio de la estancia. En la televisión, volvían a hablar de Alberto Muntaner, que salía de la cárcel en libertad bajo una fianza millonaria que se habría pagado con el mismo dinero por el que se lo imputaba.

Triste paradoja.

* * *

Esa misma noche, cuando tocaron a su puerta, Julio abrió con una amplia sonrisa nada más ver a Chantal. La joven entró en su vivienda y, sin mediar palabra, comenzó a desnudarse, como el resto de las veces. Julio, de la misma forma, se deshizo de su ropa y se acercó a ella para comenzar a besarla, abrazarla y tocarla por todas partes. Mientras la atrapaba con un beso lento y profundo, aprovechando que ella parecía perdida en las sensaciones, la cogió de la cintura y la arrastró hacia la cama para después lanzarla sobre las sábanas.

—¡Eh! ¿Qué coño haces? —gritó Chantal mientras intentaba levantarse.

—Chist, tranquila, princesa —replicó Julio después de atraparla entre su cuerpo y el colchón.

—¡Me has pillado a traición! —protestó sin parar de removerse debajo de Julio—. ¡Quítate de aquí ahora mismo!

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

Ayudándose con sus manos para sujetarle la cabeza, y de sus piernas para inmovilizar el resto de su cuerpo, Julio atrapó la boca de Chantal y comenzó a besarla con fuerza, introduciendo su lengua hasta el fondo de su garganta. La chica continuó forcejando, hasta que besar a Julio se convirtió en su prioridad. El chófer percibió su rendición en cuanto ella comenzó a gemir, a acompañar su beso, a acariciar su espalda y a mover sus caderas.

—Eso es, no te resistas, princesa —susurró Julio.

Cuando comprobó que ella ya se había rendido del todo, Julio bajó la cabeza para besar sus pequeños pechos, lamer sus pezones, y seguir bajando por su vientre para lamer su ombligo. Chantal ya no podía ni quería luchar, sobre todo cuando sintió la lengua de Julio lamer su sexo y golpear su clítoris, chuparlo y absorberlo hasta conseguir que le quemara. Dejándola a las puertas del clímax, el chófer dejó aquel manjar para ponerse un preservativo, colocarse sobre ella y penetrarla. Chantal elevó los brazos y se sujetó al cabezal de la cama con el fin de arquear al máximo su cuerpo y notar el miembro de Julio aún más adentro, más intenso, más fuerte, en cada envite, en cada golpe de cadera, lo que la catapultó a un intenso y estremecedor orgasmo como no recordaba haber tenido nunca.

Cuando Julio eyaculó con una última embestida, cayó sobre Chantal y la besó de forma lenta y profunda, prolongando de esa manera el placer que sacudía su cuerpo.

—Y ahora —dijo Julio, echándose a un lado de la cama, dejando a Chantal fría por la pérdida de su peso—, puedes irte, princesa.

—Ya lo sé —replicó ella, molesta—. Déjame al menos coger aliento.

Irritada, se levantó de la cama y buscó sus prendas de ropa por los rincones donde habían ido cayendo.

—No me refiero sólo a esta noche —explicó Julio—, sino al resto de noches. Ya no es necesario que vuelvas.

—¿Cómo dices? —preguntó Chantal después de quedarse quieta con su vestido en las manos. Nunca la habían descolocado tanto.

—Lo que has oído —corroboró Julio mientras se ponía los calzoncillos—. Que nuestra aventura sexual ha terminado.

—Pero ¿por qué? —quiso saber la joven, aún desconcertada—. Joder, Julio, ¿escoges para arrastrarme a tu cama el día que te has cansado de mí?

—No me he cansado de ti —la rectificó Julio con tranquilidad, dejándose caer delante de una cómoda donde guardaba parte de su ropa.

Chantal, por un momento, perdió la noción de la realidad. Julio se había apoyado en un mueble y había cruzado los brazos sobre su ancho pecho. Vestido sólo con unos bóxers blancos, su cabello suelto por los hombros y sus tatuajes luciendo en sus bíceps, exudaba una masculinidad perfecta. Una imagen tan atrayente e irresistible que casi obliga a Chantal a exigirle volver a la cama; a no salir de ella en toda la noche; a hacer el amor con él hasta el amanecer.

—Lo que ocurre es que ya no me conformo con esto —le aclaró Julio.

—¿Qué quieres decir?

—Me voy de Olsen House —explicó—. Siguiendo los consejos de alguien a quien le importo, creo que puedo aspirar a algo más que a ser chófer. Reconozco que estar en esta casa se debía a mi miedo a enfrentarme al mundo, a temer no ser capaz de resistirme a beber si me movía fuera de estos muros.

Chantal seguía quieta, mirándolo. Ni siquiera había comenzado a vestirse.

—Otro de mis errores —continuó— fue creer que yo utilizaba a las mujeres, cuando en realidad eran ellas las que me utilizaban a mí. Ha llegado el momento de dejar de ser el puto desahogo de casadas insatisfechas o pijas amargadas. Creo que merezco algo mejor que cuatro polvos. No soy tan poca cosa como para que alguien no me quiera por lo que soy.

—Claro, te entiendo —balbució Chantal, algo aturdida, todavía tratando de localizar sus prendas.

—¿Estás bien? —le preguntó Julio.

—Oh, sí, claro, estoy bien. —Despacio, comenzó a ponerse la ropa interior—. Sólo que... no lo esperaba.

—¿Esperabas acaso tenerme a tu disposición durante el resto de tu vida? —planteó Julio.

—¡Claro que no! —contestó ella, irritada.

—No creo que tengas problema en encontrar otro amante —le aclaró Julio con una sonrisa ladeada—. Estás buena, estás forrada y no hablas mucho, una combinación perfecta. Ah, y follas genial.

—Oye, gilipollas —pareció despertar de repente, con el vestido a medio colocar—, tu manera de describirme demuestra que no tienes ni puta idea de cómo soy. No me conoces una mierda.

—Oh, tienes razón —aceptó Julio sin mover un ápice su postura—, no te conozco una mierda porque tú no me has explicado una mierda. Con venir aquí y abrirte de piernas, lo tenías todo hecho. Casi torturo a mi hermana para sonsacarle únicamente que tuviste un novio hasta hace algo más de un año, pero no he podido averiguar nada más.

—¡Ni falta que te hace! —exclamó ella. Estaba tan tensa que los dedos se le agarrotaron y le fue imposible seguir con los botones del vestido.

—¿Y por qué lo dejaste? —preguntó Julio con expresión taimada—. Seguro que fue él quien te dejó, harto de aguantarte a ti, tus cambios de humor y tu mala hostia.

—Cállate, Julio...

—O tal vez te engañó y se tiró a alguna de tus amigas, porque era un puto rico

amargado que no tenía suficiente contigo y...

—¡Basta, joder! —gritó por fin Chantal. Dos finas lágrimas surcaban sus mejillas y caían hasta sus labios—. ¡Él no era así, él me quería! Él... está muerto, joder.

—Mierda —se lamentó Julio. Su única intención había sido desquiciarla y cabrearla para que le contase algo, para que se volviera un poco más humana. Pero se le había ido la mano—. Lo siento, Chantal, no hace falta que sigas si no quieres...

—¡No, ahora te jodes y escuchas toda la historia! —chilló fuera de sí—. Me enamoré hace tres años de mi guardaespaldas, un expolicía de origen humilde, la mejor persona del mundo. Lo mantuvimos en secreto durante un tiempo, pero él prefirió hablar con mi padre. —Se dejó caer sobre una silla; las piernas comenzaban a temblarle, igual que su voz—. Mi padre no lo aceptaba, pero él continuó sin rendirse, haciendo méritos que demostraban que me quería más que a nada. Por fin, tuvimos el permiso de mi padre para casarnos, algo que sí me exigió para evitar que me fugara con él.

Chantal paró un instante para limpiarse las lágrimas. No miraba a Julio, pero él sí tenía los ojos fijos en ella.

—Me dijo mil veces que debía buscarse otro empleo, que estando a mi lado no podía tener los cinco sentidos alerta. Pero yo no lo tomaba en serio y le decía que no se fuera, que se quedase conmigo. Todo por mi afán de tenerlo más tiempo a mi lado. Un día —siguió tras realizar una pausa para coger aire—, sufrí un intento de secuestro. Álex se lanzó sobre el secuestrador cuando éste sacó un arma y fue él quien recibió un disparo en el cuello. Mientras el delincuente escapaba, yo traté de taponar la herida con mis propias manos, presionando en su cuello, pero la sangre no paraba de brotar y brotar... Murió desangrado en mis brazos.

—Por eso luces ahora esa máscara de chica dura —murmuró Julio tras un largo silencio—, haciéndome creer que no me querías por mi falta de clase. Lo siento, Chantal. Lo siento mucho.

—Y ya está —concluyó ella, tratando de limpiarse con cuidado las lágrimas que le extendían el rímel por toda la cara—, eso es todo. —Intentó de nuevo abrocharse el vestido, pero sus dedos continuaban sin responder.

—Ven, te ayudaré —propuso Julio antes de comenzar a abrochar los botones que cerraban el vestido por la espalda.

—¡No hace falta! —sollozó ella—. ¡No necesito tu ayuda! ¡No te necesito a ti para nada!

Pero, contrariamente a sus palabras, dejó que Julio la girara y la envolviera en sus

brazos para que se desahogara aferrada a su cuerpo.

—El problema —le susurró mientras acariciaba su pelo corto—, es que yo sí te necesito a ti.

Ella no dijo nada, sólo continuó llorando sobre su pecho desnudo.

—Perdóname, Chantal, por hacerte recordar. Yo... sólo quería que admitieras que mi marcha te afectaba, como me afecta a mí el pensar en no volver a verte, y decirte que me gustaría seguir contigo a pesar de marcharme de aquí y pasar a ser un simple mecánico... que me gustas mucho, y que quiero saber quién eres en realidad. Me muero por conocerte.

Con cuidado, elevó el rostro de la joven y contempló su maquillaje totalmente desparramado sobre su cara. Su propio pecho presentaba restos negruzcos después del llanto que había desahogado sobre él.

—Mírame, Chantal —le pidió con ternura—. Si yo sólo era un polvo más para ti, si no sientes nada por mí o te avergüenzas de lo que soy, entonces eres libre de marcharte por esa puerta y no volver a verme ni a llamarme. Y no te condenaré por ello.

Con el corazón en un puño, latiendo a mil por hora, Julio esperó lo que le pareció una eternidad a que ella contestara. La chica, sin embargo, continuó sin decir nada, sin ofrecer la respuesta que él esperaba o temía.

Pero no hizo falta, porque a veces sobran las palabras. Julio cerró los ojos y emitió un suspiro de alivio cuando ella se limitó a abrazarlo y a quedarse allí, con él.

Esa noche la pasaron juntos en su cama. Hasta el amanecer.

CAPÍTULO 24

Por fin parecía que las noches volvían a ser tranquilas. Emma no se había despertado esa mañana por nada más extraño que no fuese la alarma de su móvil. Satisfecha por las horas de descanso, saltó de la cama y se lanzó sobre el ventanal para abrir las cortinas y dejar entrar el sol de la mañana.

—Hummm, qué maravilla —dijo desperezándose ante la brisa suave que entraba por la ventana a primera hora y refrescaba su cara.

Los aspersores ya regaban el césped del jardín, emitiendo el zumbido del agua y las gotas que formaban un pequeño arcoíris, como una lluvia en miniatura.

A pesar de la grata euforia, Emma sintió erizarse ligeramente el vello de su nuca. Fue un leve escalofrío o tal vez una sensación extraña lo que hizo que se diera la vuelta lentamente para mirar el interior de la habitación, que todavía no se había parado a observar. El móvil que aún llevaba en la mano cayó al suelo en un golpe sordo, y su corazón, directamente, dejó de latir.

Toda superficie de la habitación estaba cubierta con pintadas hechas con lápiz rojo de labios: el espejo de la cómoda, la puerta de entrada, las lunas del armario, la puerta del baño... Al concentrarse en su lectura, pudo apreciar que todas las pintadas decían lo mismo, una y otra vez:

«Diana»; «Diana»; «Diana». Por todas partes.

Un ligero velo cubrió los ojos de Emma y sus piernas temblaron ligeramente, todo ello propiciado por la angustia y la desagradable sorpresa. Pero esta vez no la pillaría desprevenida. Hasta las narices estaba ya.

Con diligencia, salió de su habitación en busca del cuarto de Jean. Sin llamar, abrió la puerta y se plantó en la estancia, dispuesta a que la tomara en serio con el tema y no volviera a creerla una farsante.

Eran las siete de la mañana, la hora en que Jean solía prepararse para ir a trabajar. Ya había pasado por el gimnasio y por la ducha, o por la cocina para desayunar. Lo que no había terminado era de vestirse.

—Perdón —carraspeó Emma.

Su pantalón, todavía sin abrochar del todo, dejaba ver la cinturilla de sus bóxers de color negro, y sus manos aún terminaban de abotonar la camisa blanca sobre su

pecho desnudo.

¡No se pueden tener tantas emociones en tan poco tiempo!

A Emma pareció olvidársele el motivo de haberse presentado allí con esas prisas para reclamar la atención de Jean.

¡Ah, sí! Diana. Otra vez.

—¿Qué sucede, Emma? Estás... roja como un tomate. Además de estar —la miré de arriba abajo— en pijama y descalza.

—¡Porque estoy enfadada! —gritó—. ¡Tienes que venir conmigo ahora mismo! —Y tiró de él con rabia, arrastrándolo hacia el pasillo mientras él, alucinado, la seguía a medio vestir.

—¿Se puede saber a dónde me llevas a la fuerza? —continuó quejándose Jean.

—Quiero que veas una cosa. Algo relacionado con Diana, otra vez.

—¿Con Diana? —preguntó él, desconcertado.

—Antes de entrar ahí —le dijo Emma cuando lo hizo parar en la puerta—, quiero que me prometas que no te asustarás, ni te pondrás nervioso. Que lo que hay ahí dentro seguro que tiene alguna explicación.

—¡Está bien! —exclamó exasperado—. ¡Pero entremos de una vez!

Emma inspiró con fuerza, abrió la puerta y entró en la estancia junto a Jean.

—¿Qué es esto, Emma? ¿Una broma?

—Yo... no entiendo... —balbució ella totalmente clavada en el suelo mientras su vista recorría cada superficie de la habitación.

Porque ya no quedaba ni una sola de las pintadas realizadas con carmín rojo. Ni una sola. La estancia tenía el aspecto más normal del mundo, con los espejos limpios, así como las puertas y las paredes. Ningún vestigio de que ahí mismo, hacía tan sólo un momento, hubiese habido un montón de pintadas que daban escalofríos sólo por lo que representaban.

—No sé qué pretendes con este numerito, Emma, pero no tengo tiempo para tus juegos y tus adivinanzas.

—¡No pretendo jugar a estas horas, Jean, joder! —vociferó—. ¡Estaba escrita la palabra «Diana por todas partes»!

—Pues yo no veo nada —dijo él, tenso y estático.

—¡Porque alguien lo habrá limpiado! ¡Pero te juro que estaban ahí, ahora mismo!

—¿Y en cuanto tiempo lo han limpiado? —preguntó Jean con ironía—. ¿En un minuto? ¿Y quién?

—Te digo —insistió ella de nuevo, acercándose todo lo posible a Jean, mirándolo

con súplica a la vez que con contundencia— que hace un instante esta habitación estaba toda llena de pintadas de pintalabios rojo.

—Y yo te digo —contestó él furioso— que es mentira, porque aquí no hay nada. No sé si pretendes volverme loco o qué —añadió con una mueca cruel—. ¿No se suponía que nos estábamos llevando bien? ¿No estabas agradecida por cómo me estoy comportando con el tema de tu padre?

—¡Sí, y por eso te lo cuento, joder, para que tú también confíes en mí!

—A veces no sé quién está más chalado de los dos —soltó Jean con crueldad—, o quién arrastra más traumas y menos cariño. O tal vez ha sido otra de tus tretas —añadió señalando su escueto y diáfano pijama— para darme pena, volver a meterte en mi cama y echar otro polvo. Puede que le hayas cogido gusto al sexo y lo practiques por ahí. Se te vio muy suelta la otra noche.

—Joder —murmuró Emma, a la vez que cerraba los ojos por la incredulidad de lo que acababa de oír—. ¡Joder! —chilló después, mientras de un empujón lo echaba fuera de la habitación—. ¡Lárgate de mi cuarto! ¡Y vete a la mierda!

Cerró de un portazo y se dejó caer en la cama tan fuerte y con tanta furia que rebotó dos veces sobre el colchón.

—¡Joder, joder, joder! —gritó mientras se limpiaba las lágrimas a manotazo limpio.

Eso era lo último, que Jean se transformara en el capullo que había sido siempre.

Sin pensárselo un segundo, cogió su teléfono y llamó a Chantal, que en poco menos de una hora se presentaba en Olsen House.

—Te lo dije, Emma —parloteaba Chantal, mientras caminaba delante de su amiga por uno de los pasillos de la casa—, que aquí está ocurriendo algo muy raro, y no fantasmagórico, precisamente.

—No sé, Chantal —replicó Emma mientras seguía a su amiga—. Tal vez me lo he imaginado, sugestionada como estoy por el tema, por mis pesadillas o por la visita del otro día a la prisión...

—¡Y una mierda! —contestó Chantal—. Ni sugestión ni gilipollecas.

—Oye, guapa —dijo Emma, parando a medio camino con los brazos en jarras—, que ahora seas la novia de mi hermano no te da derecho a contestarme mal.

—¿Ya ha hablado Julio contigo? —preguntó, levemente avergonzada.

—¡Ya que mi amiga no lo ha hecho! Joder, tía, ya te vale, acostarte con Julio y ocultármelo.

—Fue un arrebató, no pensé que fuera a durar —se defendió Chantal—. Él... al

final me ha ganado, con su insistencia, su confianza y por creer que yo era algo más que una tía hueca.

—Muy bonito discurso, guapa, pero esto lo único que ha conseguido es que deje de confiar en ti —soltó Emma, con la ira acumulada en su semblante—, y que nunca más vuelva a hacerlo. Me has decepcionado, Chantal.

—Emma, por favor, no me digas eso...

En un microinstante, Emma transformó su gesto de desagrado en una impecable sonrisa, acompañada por un divertido guiño.

—¡No me has replicado cuando he dicho que eras novia de mi hermano! ¡Ja!

—Te voy a matar —gruñó Chantal a su amiga al descubrir la pesada broma—. Me has dado un susto de muerte, mala pécora.

—¿Cómo iba a hablar en serio? —dijo Emma, dando un cariñoso abrazo a su amiga—, si eres la persona que más tiempo lleva a mi lado, la que ha aguantado todas mis tonterías, mis historias, mis sueños. Te quiero mucho, tonta.

—Y yo a ti, mi niña soñadora con la cabeza llena de pájaros —bromeó a la vez Chantal, dejándose abrazar mientras depositaba sonoros besos en la mejilla de Emma.

—Pero a Julio también lo quiero —dijo Emma al separarse de Chantal—. Así que procura no hacerle daño o le prenderé fuego a tu maravilloso y exclusivo vestidor con todos tus modelitos dentro.

—¿Y si es él quien me hace daño a mí?

—Me haré un collar con sus intestinos.

—Vaya con la amorosa Emma —soltó riendo Chantal.

—En serio —intervino Emma, dulcificando su expresión—, me alegro por los dos. Por mi hermano, que ya era hora de que empezara a buscar su propio camino. Y por ti, porque ya era hora de que te deshicieras de esa estúpida máscara de mujer tonta, inútil, engreída e intolerante.

—Madre mía —Chantal rio—, me parece que se me fue un poco la olla.

Las dos evitaron hablar de Álex. Emma sabía sobradamente lo que su amiga había sufrido, lo que le había costado salir del agujero de la culpa. Y Chantal sabía, por su parte, que, a pesar de que jamás lo olvidaría, tenía derecho a intentar ser feliz.

—No creas que no te he aguantado estos meses con infinita paciencia —bromeó Emma—. Lo que ocurre es que estaba segura de que las personas nos acabamos cansando de fingir, que al final, de un modo u otro, terminamos siendo nosotros mismos.

—Tú siempre has creído en la magia y en los príncipes azules —le dijo Chantal

—. Pero siempre has tenido los pies en la tierra, por eso no me acaba de convencer mucho que creas en fantasmas —comentó mientras retomaba su camino.

—Yo no he dicho eso —gruñó Emma—. Es sólo que no encuentro explicación posible para los hechos que últimamente no paran de tener lugar ante mis narices. Por cierto —añadió al ver pararse a su amiga frente a la puerta del dormitorio de Diana—, ¿qué hacemos aquí otra vez?

—Chist, calla —susurró Chantal—. No te preocupes, tú te quedarás aquí fuera para sujetar la puerta, evitar que se cierre y nos volvamos a quedar encerradas en este puto mausoleo.

De nuevo, forzó la cerradura y accedió al dormitorio de Diana mientras Emma se instalaba como muro de contención ante la puerta.

La estancia seguía en idéntico estado. El marco con la foto de Diana la continuaba presidiendo, junto a los recargados muebles, los dorados cortinajes y el olor a cerrado.

—Qué extraño —murmuró Emma mientras su amiga observaba su entorno en plan detective—. No comprendo que mi cuarto huela a su perfume algunas veces si su propia habitación huele a polvo y a moho.

—Ya te lo dije —murmuró Chantal, todavía mordiéndose una uña y con el ceño más fruncido que nunca—, que seguramente alguien lo utiliza.

—¿Qué piensas? —inquirió Emma. De momento, ni rastro de aire u oscuridad.

—Estaba pensando...

La joven no dejaba de mirar a su alrededor, aunque sin fijar la vista en ninguna parte. Por fin, se centró en la cómoda y, decidida, la separó de la pared, arrastrando las torneadas patas que dejaron surcos en el suelo polvoriento.

—¿Qué buscas ahí?

—Pues... no sé todavía... —murmuró, arrodillándose bajo el mueble. Estuvo en esa postura durante unos minutos, inspeccionando algo que parecía interesarle de verdad—. ¡Bingo! —exclamó Chantal, antes de deslizarse de nuevo por el suelo y ponerse en pie para sacudirse el polvo y la pelusa de las rodillas—. Ven, vayamos a ver algo al jardín.

—¿Al jardín? —se extrañó Emma.

Sin comprender nada, cerró la puerta y siguió a su amiga.

—¿Por qué ahora no ha pasado nada ahí dentro? —preguntó Emma, que intentaba seguir el ritmo de Chantal—. ¿Y por qué debemos ir al jardín?

—Paciencia, paciencia —fue murmurando su amiga.

Una vez en la parte trasera de la casa, Chantal paró. Miró hacia arriba, a su alrededor, y asintió satisfecha.

—Aquí es —sentenció.

—Aquella de arriba es la ventana del dormitorio de Diana —observó Emma.

—De nuevo bingo, bonita. Y ahora, déjame buscar por aquí... a ver...

La joven rebuscó con meticulosidad por aquella parte de terreno, palmo a palmo, arrodillándose de nuevo sin importarle que sus vaqueros rotos de diseño se estuviesen quedando para trapos.

—¡Sí! —exclamó sin gritar—. ¡Lo sabía! —Y extrajo una especie de bastón oculto por entre las frondosas hortensias.

—¿Qué es eso? —demandó Emma—. ¿Y qué sabías? Joder, Chantal, te recuerdo que soy yo la que se enfrenta a esta puta casa cada día y cada noche.

—Ahora mismo te lo explico, no te preocupes —la tranquilizó su amiga, completamente entusiasmada—. Creo que antes me dijiste que Amparo y las chicas llevaban rato en la cocina.

—Sí —aceptó Emma—. Están todos afanados en preparar los dulces favoritos de Jean para darle una sorpresa mañana. A veces me da la impresión de que libramos una batalla a ver cuál de nosotras es su favorita.

Cuando accedieron a la cocina, cerraron la puerta tras de sí. Amparo, Ana y Pilar estaban llenas de harina hasta los codos, sumidas en la masa de los boles y bandejas llenas de moldes de diversas formas. Incluso Tomás coincidió en pasar por allí, llevándoles algún tipo de ingrediente que ellas le habrían encargado.

—Vaya, vaya —dijo Chantal—. Si están todos aquí, juntitos.

—Señorita —se giró hacia ellas Amparo, visiblemente sorprendida—, ¿desean alguna cosa?

—Pues sí —contestó Chantal, aprovechando sus dotes de actriz para parecer la más prepotente—. Deseo que dejes de asustar a mi amiga.

—¿Cómo dice?

—Vamos, Amparo, deja de poner esa cara de madre amorosa, con tu moño, ese primoroso delantal y embadurnada de harina. Deja de fingir y admite que estás detrás de los extraños sucesos que tienen atemorizada a Emma.

—No sé de qué me está usted hablando —replicó la mujer, tan tiesa que parecía que iba a quebrarse de forma inminente.

—Oh, yo diría que lo sabes perfectamente —la contradujo Chantal, con una extraña mueca entre la candidez y la perversión—. Pero, de todas formas, voy a

ayudarte y voy a explicarlo, para que nuestro interesado público pueda enterarse. Cada vez que mi amiga ha entrado en el dormitorio de Diana —comenzó a relatar—, tú lo has sabido, y no has tenido más que darle al máximo al termostato del aire acondicionado, al que se le puede añadir la función de ventilador, para que se pueda crear una corriente de aire frío capaz de cerrar puertas y ventanas de un solo golpe. Termostato que, casualmente, se encuentra en tu habitación.

—Es la forma más cómoda de controlar la temperatura de la casa —se defendió la mujer, elevando su barbilla—. Hace años que soy la encargada de la armonía de esta mansión, donde se incluye la temperatura.

—Pero cada habitación tiene control independiente —razonó Chantal—, y la de Diana debería haber tenido el acceso cerrado, porque hace años que no se usa. Pero todas sus rejillas permanecen abiertas, para que puedas crear una buena corriente de aire.

—No creo que tenga usted prueba alguna para acusarme —soltó el ama de llaves con semblante altivo, a pesar de que su postura rígida indicaba tensión.

—Se supone que no entras para nada en esa habitación, ni siquiera para limpiar.

—Exacto —contestó seca.

—Entonces, ¿cómo explicas que una de tus horquillas haya aparecido bajo la cómoda? —preguntó satisfecha mientras mostraba el pequeño objeto—. Justo donde está un conducto de aire que, sospechosamente, tenía la protección quitada, para que, por ejemplo, se pueda susurrar desde otra salida del conducto y se pueda oír mejor.

—Dios mío... —murmuró Emma, al atar los cabos que estaba mostrando su amiga.

—Y ahora viene lo mejor —anunció Chantal—. La puerta y la ventana se cerraban por efecto del aire, hasta ahí todo normal. Lo que no era normal es que la puerta estuviese preparada para abrirse únicamente desde fuera, nunca desde dentro. O que la ventana dispusiese de un pestillo exterior para cerrarla, hasta que tú entrabas en la habitación y, casualmente, ya se podía abrir.

—Tal vez vaya a creer usted que puedo volar para poder cerrar y abrir ese pestillo desde el exterior —la retó el ama de llaves, cada vez más roja por la ira—, pero ya le digo yo que no.

—No —declaró Chantal—, claro que no. Pero con este bastoncito que me he encontrado bajo la ventana es más que posible que pueda hacerse.

Ante la mirada estupefacta de los presentes, Chantal extendió el bastón toda la longitud que permitía la cocina.

—¿Veis? —dijo sonriente—. Con ganchito en la punta y todo. Y dudo mucho que

sea un palo *selfie* para gigantes.

—Sigue sin convencer a nadie —afirmó Amparo—. No puedo estar en dos sitios a la vez. Le recuerdo que era yo la que abría la puerta para rescatarlas mientras la ventana permanecía cerrada.

—En eso tienes razón —coincidió la joven amiga—, no hubieses podido hacerlo sola, pero sí con la ayuda de otra persona, quien, mientras tú te presentabas en plan rescatadora, se encargaba de abrir y cerrar el pestillo.

Ni siquiera hizo falta preguntar quién podía ser ese cómplice.

Mientras Pilar se mantenía pálida y totalmente asombrada, Ana, su compañera, rompió a llorar.

—Yo me negué —sollozó la muchacha—, pero me dijo que me echaría, que le diría al señor que yo había robado alguna cosa para poder despedirme sin carta de recomendación. ¡Y yo no puedo permitirme quedarme sin trabajo! —exclamó atormentada—. Necesito mi sueldo para poder irme a vivir con mi novio... —Y continuó con sus desgarradores sollozos, hundiendo el rostro entre sus manos.

—No me lo puedo creer... —dijo Emma, cubriéndose la boca.

—Ana, por Dios, cómo has podido... —lamentó, llorando también, Pilar.

—Y así fue —sentenció Chantal— cómo, entre tú y Ana, nos hicisteis creer que Diana, o su fantasma, permanecía todavía entre las paredes de Olsen House.

—¿Fuiste tú quien pintó y más tarde limpió las pintadas con carmín de mi habitación? ¿La que susurraba mi nombre? —le preguntó Emma a Ana, a lo que ésta contestó con un nuevo arranque de llanto.

—Y seguro que fue ella también quien utilizaba el perfume de Diana —dijo Chantal de forma triunfal—, o quien se presentaba en tu habitación vestida con un camisón blanco.

—Yo nunca utilicé ningún perfume —gimoteó Ana—, se lo juro, señora Emma, ni me presenté jamás en su habitación.

—Entonces fuiste tú misma, Amparo —le espetó al ama de llaves.

—Por supuesto que no —respondió la mujer, más altiva que nunca—. Yo jamás me rebajaría a algo así.

—¡Pero te rebajaste a urdir este tétrico plan! —vociferó Emma—. ¿Por qué, Amparo? ¿Por qué? ¿Para asustarme y que me fuera?

—¡Sí! —explotó al fin—. Sí, porque estábamos muy a gusto en esta casa hasta que llegó usted y lo fastidió todo.

—Pero —titubeó Emma—, la primera vez que vine te comportaste muy bien

conmigo. ¿Por qué esa hostilidad la segunda vez? ¿Porque me casé con Jean?

—¡Exactamente! —sentenció Amparo; de pronto, su dulce mirada, su semblante maternal y la confianza que mostrara antaño se convirtieron en toda una demostración de maldad—. ¡Jean no se merecía enamorarse de alguien que le hiciera tanto daño! Usted lo engañó, manipuló y utilizó, dejándolo sumido en la pena. ¡Era mucho más feliz antes de que usted apareciera y lo destrozara!

—Te apreciaba, Amparo, pero no tenías derecho —le soltó Emma, furiosa como no había estado en su vida—. Veremos qué dice Jean cuando se lo contemos.

—Ya la cree medio loca —afirmó el ama de llaves, triunfante—. No creo que la crea a usted antes que a mí.

—¿Estás segura de eso, Amparo?

Varios pares de ojos se giraron en la dirección de la voz. Jean permanecía plantado en el vano de la puerta. Nadie se había percatado de su presencia, absortos como estaban por seguir el hilo de aquella macabra historia.

—¡Señor! —se asombró Amparo al verlo allí—. No sé qué habrá escuchado, pero...

—He escuchado lo suficiente —afirmó Jean, serio y rotundo—. Ana —se dirigió a la joven empleada—, coge tus cosas y vete de esta casa. Ahora.

La chica obedeció, saliendo de la cocina con un gemido desgarrado. Su amiga y compañera la acompañó.

—En cuanto a ti... —le dijo a su fiel ama de llaves.

—Señor, por favor —lo interrumpió—, todo lo hice por usted, por nosotros. He convivido con esta familia durante muchos años, he vivido de cerca sus miserias y su destrucción, pero también fui testigo de su resurgimiento de sus propias cenizas. Verlo sin una copa en la mano fue lo mejor que pude ver en esta casa. ¡Y esta mujer hizo peligrar todo aquello por lo que habíamos luchado! —gritó—. ¡Éramos una familia!

—No somos una familia, Amparo —negó Jean, apenas alterado—, por mucho que te hayas esforzado. Te agradezco tu entrega y tus cuidados, pero, en realidad, sois mis empleados. Y lo lamento de veras, porque a veces te veía casi como a una madre.

—¡Intenté comportarme como tal! —volvió a gritar desesperada—. ¡Cuidándote, protegiéndote!

—Una madre jamás hubiese hecho algo así —sentenció Jean—. Te doy un mes para que encuentres dónde trabajar y vivir, por el cariño que te tengo y por la fidelidad que me has demostrado durante todos estos años. Pero, al pasar ese tiempo, te quiero fuera de esta casa.

—Espero que no se arrepienta de esa decisión —dijo Amparo antes de desaparecer por la puerta.

—Tomás, por favor —se dirigió Jean al jardinero—, quiero que busques ayuda y vayas desmantelando el dormitorio de Diana. Quiero que saquéis de él hasta el último clavo y le prendáis fuego, incluida la puerta de entrada, para que cada vez que pasemos por delante podamos verla bien. Y quiero que, por último, cambiéis el color de las paredes por colores alegres. Pintad, no sé, un cielo azul con arcoíris y papagayos rojos, por ejemplo.

—Sí, señor Olsen —convino el empleado, saliendo también de la estancia.

—Será mejor que vaya a ver a Julio —murmuró Chantal.

Jean se acercó a Emma y, con una sonrisa que iluminó toda la cocina con una luz prístina y blanca, le cogió una mano. A Emma le latía tan fuerte el corazón que pensó que se le saldría por la boca.

—Perdóname, Emma —le rogó.

Por fin, sus preciosos ojos grises irradiaban lo que ella contempló la primera vez que lo vio: esperanza e ilusión.

—He tenido que venir a esta hora para coger en persona un documento de la caja fuerte —explicó Jean— y ahora es muy importante que vuelva al despacho, pero te prometo que esta noche hablaremos tú y yo.

Le dio un beso en la mano que a Emma le supo a gloria y a punto estuvo de hacerla llorar. Después, le dedicó una nueva sonrisa y se marchó.

CAPÍTULO 25

A pesar de que las cosas se habían aclarado y de que Emma pareció sacarse un enorme peso de encima, ese día se respiraba tristeza en Olsen House.

Sí, se había destapado la verdad de aquellos extraños sucesos y, por suerte, no había tenido que convencer a Jean de que la creyera porque la había escuchado en persona, pero, no podía evitarlo, Emma se sentía mal por Amparo. Le daba pena pensar que el cariño que el ama de llaves sentía por Jean le hubiera valido como excusa para llevar a cabo aquel diabólico plan y para odiarla a ella de aquella forma casi enfermiza.

Y, si no tenía suficiente con ese malestar, su hermano, nada más llegar a casa, la hizo hundirse un poquito más en la miseria.

—¿Jean ha venido contigo? —le preguntó Emma al verlo entrar en el salón.

—Sí —suspiró Julio; con apatía se dejó caer en el sillón—, pero ahora ha tenido que meterse con urgencia en su despacho. Una llamada importante, creo.

—Supongo que esa cara se debe a lo que ha pasado hoy.

—Es que todavía no puedo creerlo, Emma —comentó Julio, volviendo a suspirar—. Tanto tiempo con Amparo, viéndola como esa mujer amorosa que te cuida, sin una gota de malicia en su cuerpo. Estoy... consternado.

—Lo siento, Julio —se lamentó Emma.

—Y yo lo siento más —expresó su hermano—, porque no sabía nada, no tenía ni idea de lo que esa mujer te estaba haciendo pasar. Tú, una chica que se reía con las películas de terror, has tenido que conocer el sabor del miedo de la forma más real. Tendrías que haberme contado algo.

—No quería preocupar a más gente de la cuenta —explicó Emma—. Al final, tuve que desahogarme con Chantal, pero Jean no me creyó ni una sola vez.

—No lo crucifiques —lo defendió Julio—. Era demasiado fuerte para él pensar que Diana pudiese volver a aparecer o regresara de entre los muertos. Bastante la soportamos ya estando viva.

—En algún momento de su explicación —dijo Emma, acercándose a mirar por la ventana—, Amparo llegó a hacerme sentir culpable, porque, en cierto modo, yo he causado demasiado alboroto desde que entré en esta casa a hurtadillas vestida de

chico.

—No digas eso —la consoló—. Puedo estar sobrecogido por el impacto de saber que una fiel amiga ha resultado ser una arpía, pero no por ello voy a culparte a ti. Ha sido ella la que nos ha traicionado a todos, la que ha abusado de nuestra confianza. Tú —le dijo con ternura— lo único que has hecho es traer alegría a este cementerio. Y por eso —añadió con resolución mientras agarraba del brazo a su hermana—, vamos a ir ahora mismo a hablar con ella, a ver qué cojones de explicación piensa darme a mí.

Sólo unas cuantas puertas más allá de la cocina, se encontraba la de la habitación de Amparo. Julio dio un par de toques y después abrió sin esperar el permiso de su ocupante.

Ésta se encontraba sentada en el borde de la cama. Ya había sacado una maleta del altillo, que aún permanecía vacía en un rincón de la estancia.

Parecía tener la mirada fija en ninguna parte y, por primera vez, Emma la contempló con el negro cabello suelto y una ropa diferente a la que solía llevar. Había cambiado su blusa blanca y su falda negra por unos pantalones vaqueros y una blusa azul.

A los dos hermanos les pareció más joven que nunca, a pesar de las nuevas líneas de expresión que surcaban el contorno de su boca.

—¿Qué queréis? —preguntó sin acabar de girarse hacia ellos.

—Amparo —le dijo Emma, incapaz de recriminarle nada más—, sabes que dispones de un mes, no es preciso que comiences ya con la maleta.

—Sólo necesitaré unos días —contestó la todavía ama de llaves—. En cuanto disponga de una vivienda, me marcharé.

—¿Tienes a dónde ir? —preguntó Emma.

Entonces sí que Amparo se volvió hacia ellos y los miró con aquella nueva mirada cargada de rencor.

—Por supuesto —contestó—. Que lleve viviendo años en esta casa y que sienta cariño por Jean no significa que no tenga a nadie en este mundo.

—¿A lo que nos has hecho pasar lo llamas «cariño por Jean»? —intervino Julio, que todavía sentía el aturdimiento de lo acontecido en la casa.

—Aunque no lo creas, Julio, sí, todo lo he hecho por él.

—¡Mentira! —explotó el joven chófer—. ¡Y mírame cuando te hablo, joder! ¿O es que la vergüenza que sientes te impide mirarme a la cara?

La mujer se puso en pie y se colocó frente a él. Ciertamente, la presencia de Julic

la estaba descolocando más de lo que pensaba. Mucho tiempo de confidencias y bromas habían desaparecido de un plumazo.

—¡Sentía aprecio por ti, Amparo! —exclamó Julio, al mismo tiempo que de sus ojos comenzaba a brotar la humedad de las lágrimas contenidas—. ¡No tenías puto derecho a portarte así de mal conmigo! Todo este tiempo de camaradería, joder...

—¿Que yo no tenía derecho? —le recriminó Amparo a su excompañero—. ¿Tenía acaso derecho ella a hacer lo que hizo? —preguntó señalando a Emma—. ¿O es que ya no lo recuerdas, Julio? ¿Se te ha borrado la memoria? —inquirió mordaz.

Julio, de pronto, perdió algo de color en el rostro.

—¿No le has contado a tu querida hermana cómo destrozó a Jean con su engaño? ¿O cómo nos lo encontramos aquella noche?

—No es necesario, Amparo —susurró Julio.

—¿A qué se refiere? —se dirigió Emma a su hermano, temerosa de lo que pudiese escuchar, a la vez que interesada.

—Me refiero a que lo indujiste de nuevo a la bebida —le anunció Amparo de forma ladina, como si aquella explicación fuese a proporcionarle una medalla y un atenuante en su comportamiento—. A que volvió, como antaño, a organizar una orgía en la sala del sótano, donde se rodeó de la peor depravación. Cuéntale —le pidió al chófer—, cuéntale a tu hermana cómo nos encontramos a Jean borracho, drogado y follando como un descosido con varias mujeres a la vez.

Nadie hubiese sido capaz de decidir cuál de los dos hermanos estaba más pálido en ese instante.

—Pues sí, querida Emma —continuó la mujer—. Tu perfecto Jean, el que crees tan serio, responsable y educado, se ha pasado la vida ebrio, yendo a su rollo, pasando de todo el mundo y de fiesta en fiesta. Claro que, afortunadamente, su hermano y su cuñada, la única familia que le quedaba, lo ayudaron a decidirse a ingresar en un centro. Más tarde, Julio lo ayudó a convertirse en persona y yo estuve ahí siempre, para sujetarlo, para limpiar sus lágrimas o para cambiar sus sábanas llenas de vómito. Pero entre todos, logramos que se convirtiera en un buen hombre. Por eso —dijo subiendo el tono y la furia—, cuando te marchaste y volví a verlo en esas condiciones, te odié con todas mis fuerzas. Cuando lloró desconsolado sobre mi regazo, prometí que, si te volvía a ver por esta casa, haría lo que estuviese en mi mano por hacerte la vida imposible.

—Yo... no lo sabía —murmuró Emma, absolutamente hundida—. ¿De verdad volvió a emborracharse y a estar con varias mujeres? —le preguntó a su hermano.

—No te atormentes, Emma —le pidió Julio, mirando de reojo a Amparo con el más fuerte de los odios—. Jean estaba destrozado. Nada ni nadie lo había trastornado tanto como tú, por eso verse sin ti fue lo suficientemente fuerte como para caer de nuevo, pero nos pidió ayuda y no ocurrió nunca más.

—¿Tienes alguna idea de la que montaba Jean en el sótano de esta casa? —intervino de nuevo Amparo, con la mirada más diabólica posible; su sonrisa siniestra daba verdadero pánico—. ¿Nunca has oído hablar de las famosas fiestas de Olsen House? Tendrías que haberlo visto aquella noche —continuó relatando sin piedad—, rodeado de cuerpos follando, tumbado en un sofá, medio desnudo, chupando tetas y coños empapados en whisky mientras rociaban igualmente su polla con licor para chupársela una zorra tras otra...

—¡Basta! —la cortó Julio—. Toda la pena que sentía por no volver a verte acaba de desaparecer por la ventana. Ojalá te largues pronto de esta casa y no volvamos a verte en nuestra puta vida.

Pero la mujer se había salido con la suya. Emma apenas se mantenía en pie y su rostro surcado por las lágrimas aparecía más lívido que nunca.

—Vamos, Emma —le susurró Julio—, ni puto caso. Jean no se acuerda de nada. Además, todo lo bajo que cayó no puede ser por nada más que por el dolor de haberte perdido. Te quería tanto que...

—¡Oh, vamos! —Amparo rio—. ¿Vas a hacerle creer a tu hermana que es el amor de Jean? ¿Que no se ha enamorado de nadie antes? ¿Por qué no le hablas de Marina?

—Vete al infierno —gruñó Julio.

—¿Sabías que Jean está enamorado de su cuñada, que siempre la ha querido? —le preguntó a una Emma cada vez más destrozada—. Si no me crees, piensa en este detalle: la primera vez que se acostó contigo fue la noche en que había vuelto de Lanzarote de visitar a su hermano. Seguro que verla a ella y pensar que era imposible para él fue lo único que lo llevó a meterse en tu cama. Marina lo calienta y tú le sirves de consuelo.

—Que te jodan —la increpó Julio mientras aferraba del brazo a su hermana y salían de la habitación de Amparo.

Una vez alejados de allí, Emma se soltó de Julio y le pidió explicaciones.

—Dime, Julio, ¿todo lo que ha dicho es verdad?

—Vamos, Emma, ¿no la has visto? Está completamente desquiciada por no haberse salido con la suya. Jean la ha despreciado a ella en lugar de a ti, como esperaba, y trata de joderte lo máximo posible...

—¡Pero ¿es verdad o no, joder?! —lo interrumpió su hermana—. ¿Es cierto que ha estado siempre enamorado de Marina?

—¡Sí! —contestó Julio—. ¡Pero sólo de forma platónica! Marina fue la primera mujer que se interesó por él, que lo animó a dejar el alcohol y que lo quiso, pero de manera fraternal. Él creyó que la amaba, pero yo pienso que sólo es admiración.

—Eso es lo que tú crees.

Emma se deshizo de su hermano y se lanzó por el pasillo en busca del despacho de Jean.

—No es el momento, Emma. —Trató de que no entrara.

—Por supuesto que es el momento. Y déjame a solas con él, Julio, por favor. Es algo que tengo que aclarar con Jean de una vez por todas. Esto que estoy viviendo no es más que una vida a medias, y ya estoy harta.

—Está bien —suspiró Julio—. Pero no digas o hagas nada de lo que más tarde puedas arrepentirte. Deja que él se explique; seguro que todavía hay mucho de su pasado que aún puede sorprenderte.

Emma accedió al despacho de Jean y cerró la puerta tras de sí. Él frunció el ceño al verla y cortó la conversación telefónica que estaba manteniendo.

—Emma, tu cara... ¿has llorado?

—He estado hablando con Amparo —le explicó.

—Dios, Emma —dijo al levantarse de su sillón y acercarse a ella—, siento mucho todo lo que esa mujer te ha hecho, pero no escuches más sus desvaríos...

—¿Te refieres a que no me habías dicho que habías vuelto a beber y a follar en grupo?

Jean se detuvo en seco y la recuperada calidez de sus ojos grises se convirtió de pronto en afilados rayos de tormenta.

—Me habías engañado y me habías dejado —contestó totalmente inmóvil—. No tienes derecho a recriminarme algo así.

—No dejas de hablar de engaños —le escupió Emma—, como si fueras el único agraviado de la historia. ¿Y qué me dices de tus mentiras? Me dijiste que nunca te habías enamorado, que yo había sido la primera, que si nuestro primer encuentro fue un flechazo... ¡Y una mierda! Me parece que se te olvidó hablarme de Marina y del amor que sentías o sientes por ella.

—Sentía y siento —dijo Jean, todavía estático como una estatua—, pero no de la forma que tú crees.

—¿Y qué me dices de la «casualidad» de que nos acostáramos por primera vez la

noche que volviste de Lanzarote?

—Le hablé de ti a Marina —continuó explicando; casi parecía un autómatas, carente de sentimientos y de alma—. Ella me animó a tener una relación contigo, cuando le conté que me había enamorado.

—Ya no puedo creerte —suspiró Emma—. No después de que me hayas ocultado tantas cosas. Tu pasado es un oscuro e infinito agujero negro del que es imposible conocer nada. Lo mismo me haces creer que me quieres, que me apartas a un lado como a un molesto mueble que ya no te apetece tener. Pues bien —soltó con rabia—, cómete tu pasado y tus secretos con patatas, todos para ti. Estoy cansada de intentar acercarme a ti, para saber más de ti y poder estar contigo, porque resulta, aunque te cueste entenderlo, que te quiero, que me importas y que daría lo que fuera por conocerte. Pero no me dejas, Jean —dijo como rendición—. Ni siquiera sé qué sientes por mí, si estás deseando que me vaya o te gusta estar conmigo.

Ante la aparente impasibilidad de Jean, Emma elevó sus hombros y se decidió a no dejar que le afectara.

—Creo que no voy a esperar al comienzo de curso para marcharme. En cuanto me confirmen que está preparado mi alojamiento, me largaré. Siento que coincida que nos marchemos todos de golpe y te quedes solo.

«Tú solito lo has provocado», pensó mientras se dirigía a la puerta.

—No me importa quedarme solo —habló Jean, por fin, antes de que Emma pudiese llegar a tocar el pomo de la puerta—. Amparo no tiene más remedio que irse, y me hace muy feliz que Julio se marche en busca de su propia vida. Sólo me importa que te vayas tú.

Emma, muy lentamente, se volvió de nuevo hacia Jean. Le impactó ver de pronto la piel de su rostro de un tono gris ceniciento, como si un profundo tormento rescatado del pasado lo sacudiera y él hiciese lo posible por contenerlo.

—La muerte de mi madre me afectó demasiado —comenzó a relatar; permanecía clavado al suelo y Emma se mantuvo a una distancia prudencial—. Por eso, con tan sólo trece años, me trastornó que mi tía se convirtiera de pronto en mi madrastra. Ella tenía algo que me repelía. Me miraba como un depredador haría con su próxima presa.

Con dedos temblorosos, Jean sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por la frente perlada de sudor.

—La vi varias noches colándose en la habitación de mi hermano. A mis ojos adolescentes no le pasaron desapercibidas las miradas de lujuria que le dedicaba, o

las veces que lo tocaba bajo la mesa con disimulo. Víctor la temía, igual que yo, pero tenía más huevos que yo y la echó de su habitación, harto de ella, en cuanto adquirió su propia experiencia con las mujeres. Justo a la noche siguiente, entró en mi dormitorio.

Emma se llevó una mano a la boca, intentando tapar el gemido de incredulidad que estaba a punto de soltar.

—Me... me hizo cosas que escapaban a mi básico entendimiento del sexo, con el añadido de su desprecio, de las veces que me decía que mi hermano era mil veces mejor que yo, que en realidad sólo Víctor la excitaba, pero que yo era tan débil y pusilánime que le servía para imaginarse que estaba con él.

Lo siguiente que hizo Emma fue empezar a llorar, en silencio, en absoluto silencio.

—Fue en aquella época cuando empecé a beber. Mi hermano me pilló borracho y me echó la bronca del siglo, pero, cuando le conté lo de Diana, pensé que iba a matarla, de la furia que le entró. Luego me enteré de que, a cambio de no volver a molestarme, Víctor llegó con ella al acuerdo de dejar únicamente que lo mirara mientras se llevaba chicas a la cama. Así, ella permanecía entre las sombras, tras las cortinas, mirando a Víctor. Por si te lo has preguntado, lo soportamos y no lo revelamos porque amenazaba con matar a mi padre, que estaba muy enfermo del corazón.

—Dios mío... —murmuró al fin Emma, sin poder contenerse más.

—A partir de entonces, yo me limité a tolerar su presencia mientras tuviese alcohol en una copa y en mi cuerpo, recorriendo mis venas y embotando mi mente. Es cierto que mi hermano fue mucho más fuerte y salió adelante, le plantó cara y se la sacó de encima. Yo fui más cobarde. No tuve los suficientes huevos como para obligarla a dejarme en paz.

—¿Cómo murió? —se atrevió a preguntar Emma.

—Tal y como se cuenta, se cayó por la escalera. Forcejeaba con León, nuestro antiguo abogado, mientras Víctor y Marina estaban presentes.

—Pero todo acabó ya —dijo Emma con suavidad, acercándose a él esta vez—. Ya no tienes de qué preocuparte. Lo pasado, pasado está. Al final has resultado ser mucho más fuerte de lo que creías.

—No —murmuró Jean; con movimientos lentos y rígidos, se acercó a una silla y se dejó caer en ella—. Siempre ha sido oficial, al menos dentro de estas paredes, que Diana se limitaba a explorar sus fantasías con nosotros, pero sin llegar a consumir

una penetración. Víctor así lo certifica y yo nunca lo he rebatido, pero, en realidad, no he sido sincero. Yo... sí llegue a hacerlo realmente con ella, Dios...

Entonces, sí que Emma no dudó en acercarse, arrodillarse frente a él y tomar sus manos. Sintió el dolor de Jean como el suyo propio, y las lágrimas derramadas por él parecían salir de sus propios ojos.

—Estabas borracho, Jean...

—Ésa no es excusa —continuó Jean, dejando que Emma sujetara sus manos—. Cuando despertaba en el sótano, en medio de aquel caos de gente desnuda, la veía a ella, mirándome, con una expresión tan demoníaca que me hacía sentir verdadero pánico. Estaba desnuda y su cabello negro se desparramaba a su alrededor, lo que me hacía imaginar que eran serpientes que me atormentaban, como la imagen de Medusa. A veces creí estar seguro de que ella era un auténtico demonio hecho persona.

—Deberías haberlo contado antes —le dijo Emma con ternura—, y no haber convivido con esa culpa y esa obsesión. Diana era maligna y ninguno de vosotros tuvo culpa de nada. Trata de olvidar, Jean...

—Pero es que hay algo más —dijo Jean; cerró sus ojos porque no se atrevió a mirar a Emma—. Poco antes de morir, Diana le confesó a Víctor que ella, en realidad, no era hermana de nuestra madre, sino su hija. ¡Que era nuestra hermana! —exclamó, tras abrir, por fin, los ojos—. Que mi madre la había tenido muy joven y le ocultó el hecho a mi padre, al que le hizo prometer que cuidaría de ella. Si Víctor quedó consternado por haber hecho ciertas cosas con ella, imagínate yo, que follé con mi propia hermana. Para colmo, la persona que mató a mi padre.

—¿Fue Diana? ¿Tu padre no murió del corazón?

—De infartos que siempre le provocó ella.

—Joder —susurró Emma—, es muy fuerte, Jean, pero creo que te atribuyes una culpa que no existe. Eras muy joven y sensible, y la falta de tu madre te marcó. Tuviste la mala suerte de cruzarte con Diana, pero ella ya no está y ya no seguirá haciéndote daño, nunca más.

Con cuidado, confiando en que no hubiese rechazo por parte de Jean, Emma, todavía arrodillada, lo rodeó con sus brazos y apoyó el rostro en el pecho de él.

Y Jean no sólo no la rechazó, sino que la abrazó con fuerza, enredando las manos en el cabello dorado de ella, dejando aflorar una última lágrima, de aquellas que ya no pensaba volver a dejar salir. Al menos, por el mismo motivo.

—Tus recuerdos forman parte de ti —le dijo ella—, pero también puedes fabricar otros nuevos y mejores que venzan al resto y los oculten y silencien para siempre.

—No entiendo que hayas podido quererme —dijo Jean, todavía dentro del cálido abrazo—. Sólo soy un hombre atormentado que poco tiene que ofrecerte.

—No, Jean —replicó Emma a la vez que le enmarcaba el rostro con las manos—, eres un luchador, y por eso, entre otras cosas, te quiero.

—Yo también te quiero, Emma —confesó él, dejando caer su frente en la de ella y acariciando su pelo.

—¿Ves cómo tienes mucho que darme? —dijo Emma, parpadeando para evitar llorar—. ¿Te parece poco quererme?

—A ti es fácil. —Sonrió—. Después de toda una vida inútil y estéril, el destino me sorprendió y te puso en mi camino cuando ya no esperaba a nadie.

—Jean —susurró Emma, ya sin intentar evitar llorar—, sigamos juntos. Deseo seguir casada contigo, vivir contigo. Quiero compartirlo todo, desde la misma habitación hasta un Cola Cao en la cocina cuando nuestras pesadillas no nos dejen dormir.

—No puedo hacerte eso, Emma —le dijo él con ternura—. Apenas has vivido. Saliste de casa de tus padres para encerrarte entre estas paredes. Cumple tus sueños de estudiar y viajar.

—Pero Jean...

—No quiero que te sientas atada a mí de ninguna forma —la interrumpió—; por eso, ya tengo preparados los papeles del divorcio. Quiero que los firmemos, te marches, y luego, si todavía deseas esto, vuelvas y lo intentemos.

—Ése es una mierda de plan —refunfuñó ella—. Yo tengo otro mejor: quedarme contigo.

—Sí, pero sólo hasta que debas marcharte —concluyó Jean.

Por mucho que él le sonriera de repente, con aquella sonrisa suya tan especial por aparecer tan poco, la acariciara y la mirara con ternura, Emma sintió ganas de darle un tortazo para ver si espabilaba. Por otro lado, prefirió no decirle nada, seguirle la corriente y esperar que él mismo le pidiera que se quedara a su lado.

Pero Jean no tenía eso en mente. Intentó, sencillamente, asimilar el sentimiento agrídulce que le provocaba saber que Emma lo quería y que sería para él... hasta que tuviese que marcharse.

—Está bien —suspiró Emma; esperaría a que él mismo le pidiera que permaneciera a su lado—, pero me gustaría que comenzáramos a comportarnos como pareja ahora mismo.

Antes de que él pudiese replicarle, Emma comenzó a repartir pequeños besos por

el rostro de él; por sus ojos, sus mejillas, su áspera barbilla. Bajó después por su cuello, que raspaba sus labios, para poder lamer su nuez de Adán, que se movió inquieta.

—Emma... —suplicó Jean con los ojos cerrados—, sabes que te deseo, pero...

—Nada de peros —contestó ella—. Si vamos a permanecer juntos hasta que me vaya, estaremos juntos. Tú me deseas y yo te deseo, aunque no sé si soy lo que necesitas, después de tantas historias de orgías y sexo depravado —soltó con una mueca divertida.

—Eres todo lo que necesito —gimió Jean.

Harto estaba ya de contenerse. Atrapó a Emma por el pelo con fuerza y atrajo su rostro al de él para poder besarla, de una forma profunda, desesperada, urgente. La besó como si no deseara nada más en este mundo que besarla, que tenerla, que tratar de fundirse con ella en aquel abrazo.

—Oh, Dios, Emma —volvió a gemir cuando ella se sentó en su regazo sin dejar de besarlo. El trasero de Emma se retorcía sobre él y provocó que toda la sangre de su cuerpo se concentrara en su miembro implorante—. Vayamos a mi cama...

—Tengo una idea mejor —le anunció ella, sonriente.

Se la veía tan feliz que Jean se arrepintió mil veces de no haberse sincerado antes con ella. Había estado completamente equivocado, pesando que ella rechazaría la verdad cuando lo único que deseaba era la mutua confianza... saber que cada uno podría contar con el otro y que no volvería a haber secretos o mentiras.

Ésa era Emma Montalbán, así de auténtica y de imperfecta, y por eso la quería. Ya no importaba una mierda que fuese la hija de un presidente de Gobierno a punto de dimitir, la exprometida de un corrupto o la hermana de su único amigo.

—¿Qué has pensado? —le preguntó con el cejo fruncido—. Miedo me das.

—Nunca hemos hecho ninguna locura, Jean —dijo ella, al tiempo que se ponía en pie y lo arrastraba a él también—, siempre pendiente de las obligaciones, de la empresa, de los negocios, de mi padre y Alberto, o de esta maldita casa. Nos hemos limitado a permanecer entre estas putas paredes. Ya es tarde y todo el mundo debe de estar acostado. Salgamos ahí fuera, al jardín, a la noche.

Antes de que Jean pudiese reaccionar, Emma había abierto la vidriera que daba al jardín, salía fuera y, entre carcajadas, comenzaba a quitarse la ropa.

—¡Vamos! —lo animó, mientras se sacaba la blusa y el pantalón—. ¡Quítate tú también la ropa!

Jean sonrió por aquella muestra de entusiasmo. Aunque, al ver a Emma con un

escueto conjunto de ropa interior blanca, pronto se le congelara la sonrisa en la boca. Todo lo contrario que su cuerpo, en el que ya notaba el calor brotar por cada poro de su piel. Llevaba mucho tiempo soportando el deseo, y, sólo de pensar que esa noche no tendría que aguardar más, la excitación lo atravesó como un puñal afilado.

—¡Te estoy esperando! —oyó decir a Emma en la oscuridad.

La buscó con la mirada, pero sólo fue capaz de ver, por un segundo, el reflejo blanco de su ropa interior entre los arbustos. Sin perder más tiempo, se sacó la chaqueta, la camisa, el pantalón y, en dos movimientos, los zapatos y los calcetines. Vestido sólo con los ajustados bóxers, se dedicó a buscarla y perseguirla.

—¿Emma? —la llamaba—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —contestaba ella entre risas, sin dejarse ver.

Pero Jean sí la vio, o al menos un par de piernas correr hacia la piscina, donde se zambulló a esperar a que él la siguiera.

—¡Se está genial aquí! —exclamó la chica, apartándose la maraña de pelo mojado de la cara.

Cuando él llegó al filo de la piscina, ella, con mirada lujuriosa, se sacó las braguitas y el sujetador y los tiró hacia atrás, aterrizando con un «plof» sobre el césped.

—¿Quieres nadar un ratito conmigo? —le propuso agitando las pestañas.

—¿Nadar? —dijo Jean alzando una ceja.

Jean no se lanzó a la piscina con un espectacular salto ni nada parecido. No le gustaba mucho el agua y decidió sumergirse bajando tranquilamente por la escalera. Una vez que el agua lo cubrió hasta el pecho, imitó a Emma, se sacó los calzoncillos y los lanzó al mismo lugar.

Ella, como si de un juego infantil se tratara, reía mientras nadaba hacia el otro lado, como si huyera de él. Jean tragó saliva y cerró los ojos un instante, para facilitar que aquel momento y aquella risa quedaran grabados en su memoria para siempre.

Cuando los abrió, cogió aire y se sumergió bajo el agua para ir a emerger justo al lado de Emma, tan rápido que ella no lo esperaba y emitió un agudo grito cuando él apareció encima.

—¡Joder, qué susto! —chilló.

—Eres tú la que me ha arrastrado hasta aquí —le recordó Jean mientras la acorralaba entre él y la pared de gresite.

Emma dejó de reír. El cuerpo de Jean aprisionaba el suyo, notando cada porción de piel acariciar la suya propia. Maldijo por un instante su inexperiencia, pues fue

incapaz de pensar en nada que no fuese aquella cercanía e, instintivamente, comenzó a mecerse sobre Jean, haciendo frotar sus pezones en el pecho velludo y su sexo sobre el miembro endurecido de él.

Aunque a punto estuvo de penetrarla en aquel instante, Jean también quería alargar aquellos inolvidables momentos. Quería jugar, compartir, reír; en definitiva, vivir.

Con una expresión totalmente traviesa, Jean deslizó su lengua por el rostro de Emma, saboreando el gusto de su piel mezclado con el del cloro de la piscina. Y lo mismo hizo con su oreja, y luego con la otra...

—¡Me haces cosquillas! —rio Emma divertida.

Cuando aquella lengua bajó hasta sus pezones, la risa se convirtió en jadeo.

—Eso es trampa —gimió ella.

—Pero ¿hay reglas? —inquirió con pose interesante.

Siguiendo el juego, Emma negó con la cabeza, acercó su boca a la de Jean... y se deslizó por debajo del agua para nadar con rapidez y salir de la piscina.

—¡Ja! —gritó—. ¡Eso no te lo esperabas!

—¡Serás bruja!

Jean dio unas cuantas brazadas y salió también del agua para encontrarse con Emma. Al contrario de lo que él creía, ella no corrió ni se alejó. Simplemente, se dejó caer sobre el manto natural de césped y se tumbó de espaldas. Jean casi se atraganta con su propia saliva al verla así, desnuda, mojada, abierta para él.

—Hagamos el amor aquí, Jean, bajo las estrellas.

Él dejó doblar sus rodillas, que cayeron junto a Emma. Su pecho subía y bajaba al mismo ritmo que el de ella. Tal vez Emma sólo fuera un bonito sueño temporal, pero, esa noche, él se dedicaría a soñar sin parar.

Emma notaba sus pechos duros, y sus pezones apuntaban directamente al cielo nocturno, esperando que Jean calmara esa ansia y ese anhelo que sentía con sus manos y su boca.

Pero Jean no estaba para sutilezas y, directamente, se colocó sobre ella, provocando a que ella emitiera un hondo quejido al sentir su peso, que él atajó en cuanto introdujo su lengua en su cálida boca. Esta vez la besó más despacio, muy lentamente, conquistándola y excitándola simplemente con un beso. Emma, ansiosa, onduló su cuerpo, elevó sus caderas y, con un enérgico giro, se posicionó sobre Jean para ponerse a horcajadas sobre él.

—Nunca lo hemos hecho así —gimió Emma, mientras deslizaba sus manos sobre el pecho húmedo de Jean y situaba sus pechos a la altura de su boca. Él los tomó entre

sus labios y dientes, y a punto estuvo ella de alcanzar el clímax con esas caricias y el roce de sus sexos.

Cuando ella misma estaba aferrando el hinchado miembro para introducirse en su cuerpo, Jean la detuvo sujetándola por la cintura.

—Para, para, Emma...

—¡Y una mierda! —jadeó ella—. ¡Si no me lo haces ahora mismo, me muero!

—Me ha encantado tu plan de aventura —gimió él con una forzada sonrisa—, pero, ¿te cuento un chiste? Aquí no hay preservativos.

—Joder —se lamentó ella, al tiempo que dejaba caer su cabeza en el pecho de él y comenzaba a reír a carcajadas—. ¡Mira que somos torpes!

—También podemos utilizar la imaginación —murmuró Jean.

Ante la asombrada y excitada mirada de Emma, Jean, todavía tumbado sobre el césped, la agarró por los glúteos y situó su sexo sobre su boca. En cuanto ella sintió la húmeda lengua entre sus piernas, se movió adelante y atrás, deseosa de la satisfacción final. Aunque, durante un segundo de lucidez, fuera capaz de preguntarle a él:

—¿Y tú? ¿Qué pasa con tu placer?

—No te preocupes por mí —gimió.

De reojo, Emma observó cómo Jean tomaba su miembro con una de sus manos y comenzaba a acariciarse.

—¡De eso nada! —exclamó ella.

Podía ser una chica inexperta, pero a veces el instinto es suficiente.

Con pericia, volvió a colocar su sexo sobre la boca de Jean, pero dándose la vuelta, de forma que, al inclinarse hacia delante, pudiese tener el pene de Jean a la altura de su propia boca.

Y el instinto los guio. Emma sintió la lengua de Jean penetrar en su vagina y, entre profundos jadeos, se llevó a la boca el excitado miembro. Aquella postura tan excitante, en el jardín, al aire libre; sentir en su boca aquella dureza, suave y caliente, su sabor picante...

Nunca creyó que fuera posible tener más de un orgasmo seguido, pero ella los disfrutó, uno tras otro, hasta que sintió el estremecimiento de Jean y los envites de sus caderas. Cuando un torrente caliente estaba a punto de inundar su boca, se retiró con rapidez y utilizó su mano para que él obtuviera su propio orgasmo. Fascinada, observó cómo surgía de un pequeño agujero una cascada de semen que bañó sus pechos y las piernas de Jean.

Satisfecha, se dio la vuelta y se tumbó junto a Jean, apoyando la cabeza sobre su pecho y su acelerado corazón.

—Creo que al final no lo hemos hecho tan mal —comentó Jean tras recuperar el aliento.

—Hummm —lo abrazó Emma—, me gusta lo de echarle imaginación. Lo malo es que ahora mismo damos verdadero asquito.

Los dos estallaron en carcajadas al contemplarse tumbados sobre el suelo, con las briznas de hierba adheridas a sus cuerpos, húmedos del agua, del sudor y de los restos de semen.

—Te invito a una ducha —le propuso Jean después de besarla.

—En la de tu cuarto —indicó ella, resuelta y animada—, que es donde guardas la caja de preservativos.

—¿Todavía te has quedado con ganas de más? —preguntó Jean, divertido.

—Quiero que hagamos el amor en la ducha —dijo ella, con sus oscuros ojos brillantes por la expectación—, en tu cama, en el suelo... Quiero que lo hagamos hasta el amanecer, hasta que estemos tan cansados que no nos podamos mover.

Sin decir palabra, Jean se puso en pie y tomó a Emma en brazos. Mientras recorrían el camino hacia el dormitorio, ella lo abrazó y situó su boca junto al oído de él.

—Una vez me ofreciste todas tus noches.

—Lo serán —contestó Jean—, todas para ti. Hasta que vuelvas a marcharte.

CAPÍTULO 26

—¡Joder! ¡Qué tarde! ¡Me cago en la puta!

Emma no pudo evitar estallar en risas al observar a Jean correteando desnudo por la habitación a la pata coja mientras trataba de ponerse un par de calcetines.

—Creo que estabas muy mal acostumbrado a que tu ama de llaves te despertara — se rio Emma.

—La culpa es tuya —la acusó en broma Jean, mientras se enfundaba los pantalones entre traspiés—. ¡Por dormir contigo no me he despertado a la hora de siempre!

—¿Te refieres a las cinco de la mañana después de tus pesadillas?

Jean paró un instante sus histéricos movimientos. Emma reía y reía, tumbada desnuda sobre las blancas sábanas. Imposible renunciar a eso.

De un salto, se colocó sobre ella y la besó con ímpetu, lamiendo y mordiendo sus labios y su lengua. Emma lo recibió gustosa, disfrutando de la sensualidad que le provocaba sentir en la piel el roce de la tela de su ropa y su olor a limpio.

—Gracias —le dijo él después—, por hacer que mis noches se hayan convertido en las de una persona decente y normal.

—Gracias a ti, Jean —contestó ella—, por hacer que mi vida deje de ser «normal».

—Vaya dos —rio Jean—. Por cierto, ¿dónde coño se ha metido Julio? —preguntó, volviendo a la agitación anterior—. ¿Por qué no me ha llamado?

—Me parece que él también se ha debido de dormir. —Emma sonrió—. Ahora tiene cada noche la misma compañera de cama y eso relaja demasiado.

—¿Compañera definitiva? —interrogó, interesado, Jean—. Por la cara que has puesto...

—¡Mi amiga Chantal! —exclamó Emma.

—¡No jodas! ¡Con lo mal que se llevaban! —soltó, riendo, Jean—. Se va a enterar Julio, el viajecito que le voy a dar. No voy a parar de meterme con él. Ahora tengo que irme —se despidió de Emma—. Hasta luego, cariño.

Una vez sola, se levantó, se colocó unos *shorts* y una camiseta y se asomó a la ventana. El sol ya apretaba con fuerza, aunque a esa parte de la casa todavía no

llegaba y la sombra de la mañana aún proporcionaba un bienvenido frescor. Emma lo inspiró con fuerza y se dejó inundar por él.

Después suspiró. Aquello con Jean estaba siendo un paréntesis, pero debía idear algo si quería que fuese definitivo.

Momentos después, Chantal entraba en tromba en su habitación.

—¡No te encontraba por ninguna parte de la casa! —gritó—. ¡Y mira dónde estás! Por cierto —dijo olisqueando el aire—, aquí huele a sexo y humanidad. Se hace cada vez más apremiante que busquéis personal de servicio. La pobre Pilar ha dejado el trabajo y se ha marchado con su amiga y Amparo pasa olímpicamente de hacer una mierda.

—Yo voy a marcharme pronto, así que...

—Entonces, ¿no ha cambiado nada que duermas aquí?

—¡Y yo qué sé! —contestó Emma, dejándose caer en la cama—. Jean me quiere, yo lo quiero, pero está empeñado en que viva un poco más antes de encerrarme aquí.

—¿Y lo que tú quieras no cuenta?

—¡Eso digo yo! En fin —suspiró—, ¿y tú? ¿Vas a irte a vivir con mi hermano?

—Ya hemos encontrado un bonito apartamento en la ciudad, cerca del local donde va a ubicarse su taller. Desde allí le resultará más fácil ir y venir para supervisar todo. El muy capullo no ha querido ni oír hablar del dúplex que poseo también en la ciudad.

—Tiene su orgullo, Chantal —lo defendió su hermana—. ¿Qué te han dicho tus padres?

—Pues nada, Emma —contestó Chantal con un deje de tristeza—, absolutamente nada. Bueno, que haga lo que me dé la gana. Tengo propiedades a mi nombre, tengo dinero y, aunque todavía he de hacer el máster, ya tengo trabajo en cualquier sucursal del banco. Supongo que han visto el cielo abierto al deshacerse de mí, porque les importo una mierda.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dijo Emma con una mueca torcida—. Pero me tienes a mí —sonrió—, y yo os deseo a los dos que seáis muy felices. El único problema va a ser con los *paparazzi*; en cuanto descubran la historia de amor entre la chica rica y el chófer de Olsen House...

—Pues, ¿sabes una cosa, Emma? No me importa que hablen de nosotros. En realidad, me parece una bonita historia, y yo estoy orgullosa de ser la protagonista.

—¡Ay, cuánto te quiero! —Emma la abrazó con fuerza—. Mi mejor amiga, ahora mi cuñada... Estamos destinadas a estar juntas.

—Ahora somos más hermanas que nunca —confirmó Chantal todavía dentro del abrazo—, pero debo marcharme —le dijo dando un paso atrás—. Tengo un montón de cosas por hacer y probablemente esta noche no la pasemos aquí. ¡*Ciao*, nos vemos mañana!

Emma, aburrída, se dedicó a arreglar la habitación de Jean, a prepararse el desayuno y a tomárselo después en el jardín. Estuvo leyendo, bañándose en la piscina —cuyos recuerdos de la noche anterior la excitaron— y tomando el sol. Después de comer al mediodía un plato de ensalada que se preparó ella misma, Tomás, el jardinero, se presentó ante ella.

—Disculpe, señora, no encuentro a Amparo, así que le informo a usted de que ya me marchó. Ya he comenzado a desmontar los muebles de la habitación de la anterior señora y seguramente mañana acabaremos de vaciarla.

—Gracias por avisar, Tomás —le dijo Emma—. Hasta mañana.

¿Dónde estaba Amparo?

La casa se notaba más vacía que nunca. Parecía como si la vida transcurrida entre aquellas paredes y muebles, junto con sus recuerdos, se estuvieran extinguiendo poco a poco. Sin querer, sus ojos fueron a parar a la puerta del dormitorio de Diana. Estaba cerrada, y dentro seguramente apenas quedaba ya nada, pero daba la extraña impresión de guardar algo importante en su interior.

Nada, ni rastro de la todavía ama de llaves.

Jean tardaría en llegar y aún era temprano, así que Emma decidió, después de bostezar tres veces seguidas, que le vendría bien una siesta después de la noche movidita que había pasado.

Ya en la habitación de Jean, cerró los postigos para dejar el ambiente en penumbra y se echó sobre las frescas sábanas. En cinco minutos se había quedado completamente dormida.

Una pesada y agobiante sensación la despertó. Algo no la dejaba respirar bien y un olor fuerte y acre inundó su nariz. Emma, desorientada por el largo y placentero sueño, parpadeó para despertar del todo y poder ubicarse. Tras levantarse de la cama, todavía descalza, abrió la puerta que daba al pasillo.

Una inmensa ola de humo y calor la cubrió por completo, dejándola aturdida durante unos diminutos instantes. Afortunadamente, reaccionó con rapidez.

—¡Dios! —jadeó—. ¡Es fuego! ¡Dios mío! —gritó más fuerte—. ¡Amparo ¿Dónde estás? ¡Amparo!

El humo espeso y ardiente empezó a hacerle llorar los ojos y a toser. Le picaba

tanto la garganta que temió vomitar en aquel momento. Corriendo, fue en busca del baño de la habitación, empapó una toalla bajo el grifo del lavabo y volvió a salir al pasillo con ella sobre la boca, lo que no le impidió dar un grito al ver que las llamas ya alcanzaban la planta superior, dejándola acorralada.

—¡Emma! —gritó Amparo, que surgió de entre el humo que ya no dejaba ver nada—. ¡Estoy aquí!

—¡Amparo, por Dios! ¿Qué has hecho? —le recriminó Emma—. ¿Por qué está ardiendo la casa? ¿Qué has hecho, por el amor de Dios? —insistía una y otra vez.

—¡Yo no he sido, te lo juro! —contestó la mujer, olvidando ya los formalismos—. Cuando he notado el olor a humo, he subido corriendo a esta planta, pero las llamas ya estaban devorándolo todo sin remedio.

El ama de llaves comenzó a toser con fuerza y Emma le ofreció su toalla húmeda.

—¡Vamos, Amparo! —gritó—. ¡Debemos bajar rápidamente!

Las mujeres se cogieron de la mano para descender a la planta baja, pero la escalera hacía ya la función de una enorme chimenea y las llamas trepaban por ella, derritiendo la barandilla, que caía hecha cenizas sobre los escalones.

—¡No se puede bajar por aquí! —gritó Emma—. ¡Tendremos que volver arriba!

Antes de huir de las llamas, las dos quedaron un instante atónitas ante la visión que tenía lugar frente a ellas, al otro lado del pasillo superior.

La puerta del dormitorio de Diana se abrió de golpe, dejando a la vista el interior de la estancia, inundada ya por las llamas. En primer plano, la fotografía de la antigua señora, que cayó al suelo cuando el fuego comenzó a devorarlo, deformando la bella imagen de Diana y transformando su rostro en otro deforme y demoníaco. Unas diabólicas risas parecieron surgir de entre los restos del cuadro e inundaron el aire irrespirable de la mansión.

—Dios santo —susurró Amparo—. ¡Ha sido ella! —chilló llena de pánico—. ¡Diana ha provocado el fuego!

—¡No digas tonterías! —contestó Emma—. ¡Lo que tenemos que hacer es salir de aquí!

—¡Es la verdad! —continuó gritando la mujer mientras se dejaba arrastrar por Emma—. ¡Ya lo oíste! ¡Nadie usó su perfume y nadie se coló en tu habitación con un camisón blanco! ¡Era ella! ¡Diana!

—¡Basta! —la zarandéó Emma—. ¡Diana está muerta! ¡Y ahora, salgamos de aquí!

Las dos, sin embargo, emitieron un grito cuando parte del techo de la mansión

comenzó a caer sobre la escalera y la baranda de la planta superior. Agachando las cabezas por instinto, corrieron hacia la habitación de Jean, que aún resistía el envite de las llamas.

Emma cerró la puerta y colocó la toalla mojada en la rendija del suelo.

—¡Vamos, Amparo! ¡Salgamos por el balcón!

—¿Estás loca? —gritó ésta, abriendo al máximo sus ojos—. ¡Está demasiado alto!

—¿Pretendes intentarlo atravesando las llamas? —preguntó Emma, mientras, con diligencia, abría las vidrieras que daban al jardín. La sensación del aire fresco del crepúsculo entrando por sus pulmones fue como aprender de nuevo a respirar—. ¡Ven conmigo, Amparo!

Emma pretendía ser la valiente de las dos, pero, al asomarse por el balcón, tuvo que tragarse su propio pánico cuando comprobó la distancia que las separaba del suelo.

Sin perder un segundo, intentó localizar cualquier cornisa o agarre por el que poder bajar por la pared, pero no había nada a menos de un metro y más amplio que el ancho de un pie.

—¡Ya sé cómo bajar! —intentó contagiar a Amparo de optimismo—. Saltaremos la barandilla y apoyaremos el pie en esa cornisa blanca que sobresale hasta llegar al canalón del agua. Nos iremos agarrando a los ladrillos y...

—¡No! —la interrumpió el ama de llaves—. ¡Yo no podré hacerlo! ¡Es demasiado estrecha y el canalón está muy lejos!

—¡Tenemos que intentarlo! —insistió a gritos Emma—. ¡No hay otra alternativa! ¡Intentarlo o morir, tú eliges!

—No voy a ser capaz de hacerlo —sollozó Amparo—. Me dan mucho miedo las alturas.

—Claro que vas a poder —afirmó Emma con seguridad, aunque no la sintiera realmente—. Tú fíjate en mí y me sigues. Luego me coges de la mano, ¿de acuerdo? Verás cómo todo va a salir bien.

—Yo... —gimoteó la mujer—, siento mucho haberme comportado tan mal contigo...

—Olvida eso ahora —le ordenó con sinceridad—. Concéntrate en salir de aquí.

Emma inspiró con todas sus fuerzas antes de pasar una pierna por encima de la barandilla, y después la otra. Se volvió para aferrarse a la baranda y comenzó a dar pequeños pasos hasta que estuvo junto a la pared de ladrillos.

«No mires hacia abajo, no mires hacia abajo», se repetía una y otra vez. Aunque,

por suerte o por desgracia, la oscuridad ya empezaba a hacerse presente y disimulaba un poco la sensación de vértigo.

Agarrándose con una mano al pasamanos de hierro, estiró la otra y se asió a una de las filas de ladrillos, clavando hasta las uñas para sentirse más segura. Después, adelantó un pie y lo colocó sobre la cornisa que sobresalía en medio de la pared. Ya tenía medio cuerpo fuera, pero necesitó de todo el coraje y la valentía que pudiese acumular para adelantar el otro medio y quedar aferrada a la fachada.

En aquellos momentos no pensaba que pudiese caer, que su cuerpo temblaba como una hoja o que pudiese morir. Sólo se concentraba en sus pies y en sus manos, en dar pequeños pasos mientras arrastraba una mano, después la otra; en mover un pie y luego el otro...

El corazón le latía violentamente en el pecho y sólo oía su respiración. La distancia estaba siendo más larga de lo que creía y las uñas comenzaron a romperse y a sangrar por la fuerza con que las clavaba.

Por fin, tuvo a su alcance el bajante del agua. Parecía lo suficientemente robusto como para aguantar su peso y, si conseguía llegar hasta él, ya sólo tendría que deslizarse hasta el suelo. Con un impulso que nunca supo de dónde salió, se lanzó sobre él y lo abrazó con fuerza, con los brazos y las piernas, apoyando ligeramente la punta de los pies sobre el saliente de ladrillos.

—¡Sí! —gritó entusiasmada—. ¡Lo he conseguido! ¡Vamos, Amparo! ¡Ahora te toca a ti!

—Dios —gimió la mujer—, no puedo. No puedo...

—¡Claro que puedes! —la animó Emma—. ¡Si yo he podido, tú también!

Amparo no dejaba de llorar. Su rostro reflejaba el más absoluto pánico, pero, aun así, se decidió y levantó una pierna sobre la barandilla del balcón. Justo en aquel momento, una explosión tuvo lugar en el interior de la habitación, lo que hizo que la mujer detuviera su movimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emma a gritos.

—¡La... la puerta! —respondió Amparo de la misma forma—. ¡Se ha abierto de golpe! ¡Las llamas están entrando! ¡Me persiguen!

—¡Date prisa! —gritó Emma con todas sus fuerzas—. ¡Salta ahora mismo!

—Oh, Dios mío —murmuró el ama de llaves mientras dirigía su vista al interior de la estancia—. Dios mío, Dios mío...

—¿Qué sucede, Amparo?

—No, por favor —suplicó ésta, como si hubiese alguien frente a ella que Emma

no podía distinguir con el humo negro que salía ya por el balcón—. Por favor...

—¡Amparo, joder, salta ya y yo te cogeré la mano! ¡Escucha! —gritó con entusiasmo real—. ¡Ya se oyen las sirenas de los bomberos! ¡Ya mismo nos rescatan! ¡Vamos —insistió—, un esfuerzo más!

Pero Amparo ya no pudo decir nada. Se oyó un crujido estremecedor y de pronto se hundió el techo del balcón, sepultando a la mujer bajo escombros, cenizas y humo.

—¡No! —gritó Emma—. ¡No, no, no!

De la incredulidad pasó al llanto y comenzó a llorar ruidosamente mientras no dejaba de llamar a Amparo una y otra vez. Cuando su mente ya no parecía razonar y las lágrimas ya no la dejaban ver, su cuerpo decidió por ella y se dejó deslizar por el bajante, hasta que, a falta de un par de metros para llegar abajo, el tubo se desprendió y la hizo caer de espaldas sobre un parterre de hortensias, quedándose sin respiración. Lo último que vio, o que le pareció ver, fue una figura femenina asomada a una de las ventanas. Tenía el cabello largo y negro y vestía un camisón blanco. La mujer la miró fijamente y después todo se volvió negro.

* * *

Jean volvía por fin a casa. El trabajo esos días debía ser arduo si quería devolver el esplendor a la compañía, pero le estaba robando unas horas que nunca antes le habían parecido tan valiosas.

Esa noche hacía el trayecto en taxi, durante el que seguía repasando algunos documentos apenas ya sin luz. Se alegraba de que Julio hubiese decidido dejar la mansión y abrirse camino a una nueva vida, pero le traería algún que otro quebradero de cabeza sustituirlo. Tendría que hacerle caso y realizar una entrevista a un par de candidatos que habían llamado y que eran de confianza. O tal vez siguiera haciendo uso del taxi y un problema menos.

Jean dejó de leer. El sonido agudo de las sirenas que iban y venían por aquella carretera le estaba dando dolor de cabeza.

—Debe de haber algún incendio gordo por aquí —le comentó el taxista—, porque no paran de pasar bomberos y ambulancias. ¡Mire! —exclamó—. ¡Allá, a lo lejos! ¿Lo ve? Allí ha de ser, porque menuda columna de humo sale. Como ya es de noche no me había dado cuenta, pero creo que hasta veo ceniza en el parabrisas y ya se nota el olor a humo en el ambiente.

—Dios mío —susurró Jean al estar seguro de que aquel incendio tenía lugar en

Olsen House—. ¡Dios mío, por favor, acelere! ¡Creo que es mi casa la que está ardiendo!

El taxista obedeció y pisó el gas, preocupado porque aquel cliente de verdad se estuviese quedando sin casa por culpa de un incendio.

Cuando llegaron a la calle, Jean sintió un pánico como no recordaba haber sentido en toda su vida. Ni pesadillas, ni Diana ni el alcohol; nada era comparable al miedo que sintió en aquel momento al pensar que Emma pudiese estar dentro de aquel infierno.

Bajó del taxi antes de que éste llegara a pararse y corrió para atravesar la verja de entrada, por donde habrían pasado toda aquella cantidad de camiones de bomberos y ambulancias.

El paisaje resultaba dantesco: Olsen House estaba totalmente envuelta en llamas, creando una enorme montaña incandescente en medio de la oscura noche. El humo era negro y espeso, y quemaba la garganta incluso a aquella distancia. El sonido de la madera al crujir y desprenderse, de pedazos de tejado y paredes al caer, resultaba terrorífico, casi irreal. Desesperado, Jean corrió hasta la mansión, donde un policía y un bombero le cortaron el paso con decisión.

—¡Es mi casa! —gritó—. ¡Y dentro había personas! ¡Mi mujer estaba dentro!

—Que nosotros sepamos —dijo el que parecía el jefe de los bomberos—, había dos personas dentro. Una la hemos encontrado inconsciente fuera del edificio y está a salvo en una de las ambulancias. La otra... está muerta, lo siento. Pero no sabemos todavía su identidad.

—No... —murmuró Jean mientras trastabillaba hacia atrás, negándose a considerar que pudiera ser cierto—. Emma no puede estar muerta. Ella no, por favor...

Aturdido, desorientado y aterrorizado, intentó localizar la ambulancia que había mencionado el bombero. Dio varias vueltas en círculo, se topó con varias personas que iban y venían, largas escaleras, gritos, mangueras y chorros de agua que intentaban vencer aquellas lenguas de fuego, pero él sólo podía sentir el latir errático de su propio corazón y las lágrimas que ya quemaban sus ojos.

Por fin, la vio. Estaba sentada en la parte trasera de una ambulancia, con una manta sobre los hombros y una mascarilla en el rostro. Parecía cansada y sus mejillas estaban pálidas y manchadas de negro, lo mismo que su cabello, tizado y enmarañado, pero estaba viva. Estaba viva.

—¡Emma!! —gritó Jean, lanzándose sobre ella.

Ella lo oyó al instante y rompió a llorar al verlo allí. Dejó que la abrazara con fuerza, sintiendo dolor en las costillas por la caída y la presión del abrazo, pero nunca un dolor le había parecido tan maravilloso. Se quitó la mascarilla y lo abrazó ella también.

—Jean —sollozó—, lo siento, se ha quemado todo, Dios... Todo quemado, todo perdido...

—No, todo no —contestó Jean, mientras la cogía del rostro y la miraba para cerciorarse de que estaba con él realmente—. Lo más importante está aquí fuera, conmigo. Lo demás puede irse al infierno. Yo mismo debería haber quemado Olsen House hace mucho tiempo.

—Yo... Amparo está muerta. Lo siento mucho, Jean.

Jean cerró los ojos un instante y lamentó de veras la muerte de su empleada y amiga. Ojalá se hubiesen ido todos de esa casa tiempo atrás. Ojalá...

—Yo también lo siento, Emma —le dijo—, de verdad. Pero ahora tenemos que seguir adelante. Dios —susurró, apoyando la frente en la de ella—, cuando he creído que te había podido pasar algo... pensaba que me volvía loco.

—Jean...

Jean acalló a Emma con un beso. Unió sus labios con los de ella y luego los abrió para poder introducir su lengua y sentir su sabor inconfundible, su humedad y su tibieza, para cerciorarse de que estaba viva.

—Te quiero, Emma, te quiero. Y daré las gracias eternamente a aquella lista y a que aparecieras en mi vida.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la chica tras apoyarse en el cálido pecho de Jean.

—De momento, iremos a un hotel. Nos daremos una ducha, cenaremos y después, por primera vez en mi vida, dormiré toda una noche fuera de esta casa. Junto a ti.

CAPÍTULO 27

Dos semanas después

Julio y Chantal bajaron del coche después de estacionarlo junto a la vivienda que habían estado buscando. Ambos con gafas de sol, observaron la alta valla que protegía la nueva casa del expresidente del Gobierno.

—Para haber sido presidente tan poco tiempo y encima relacionado con casos de corrupción, veo que sigue viviendo bastante bien —ironizó Julio.

—Venimos aquí por Emma —lo apaciguó Chantal, mientras pulsaba el botón del videoportero—, recuérdalo.

Cuando la puerta automática se abrió, Chantal dio un seguro paso adelante, mientras que Julio pareció dudar.

—Entra, cariño —le pidió su novia—. Aquí vive tu hermana, que es mi amiga, y venimos a traerle un recado. No tienes por qué esperar en la calle. No tienes nada de qué avergonzarte, si acaso es el dueño quien debería hacerlo.

—Tienes razón —contestó él; le dio la mano a Chantal y juntos accedieron a la vivienda.

La casa no podía estar más oculta. Si no había bastante con la valla, en lugar de jardín había una espesa arboleda de pinos, abetos y encinas que apenas dejaban entrar un rayo de luz, sin contar la enredadera que cubría la fachada por entero y que no dejaba apreciar ni el color de la misma.

—Joder —murmuró Julio—, no vaya a ser que les entre un rayo de sol por una ventana y los joda vivos.

—Madre mía —dijo Chantal—, pobre Emma. Sale de la Mansión Fantasma para caer en la Casa de Drácula.

Un sirviente les hizo pasar al salón, donde Miranda departía y tomaba el té con varias mujeres con el mismo aspecto estirado que ella. Los recién llegados pensaron que, por lo que parecía, mientras que a esa mujer no le faltase su vida social, podría tolerar todos los fundados rumores que vertieran sobre su marido.

Por la amistad de los años, saludó a Chantal con un brevísimo abrazo. A Julio ni lo miró, como si fuera totalmente transparente.

—Hola, cielo —le dijo Miranda—, me alegro de verte. Emma está en su habitación. Romina os acompañará —le indicó señalando a una muchacha del servicio.

La pareja la siguió hasta una puerta en el piso superior y accedieron por fin al dormitorio que ahora era el de Emma.

—Gracias por venir —dijo ésta, abrazándolos a los dos—. Aunque ya veo que traéis noticias de Jean. —Y señaló un sobre que llevaba Julio en las manos.

—Sí... —titubeó su hermano mientras se lo extendía—, son los papeles de...

—Del divorcio, ya lo sé.

Emma se sentó ante su escritorio y abrió el sobre para extraer la documentación. Un agudo dolor la atravesó de lado a lado cuando descubrió la firma de Jean al final de cada página.

—Veo que ya estás preparada —dijo Julio al advertir las maletas que se alineaban a un lado de la cama—. ¿Cuándo te vas?

—En una hora.

—Sabes que puedo llevarte al aeropuerto —propuso su hermano.

—No es necesario, Julio. El chófer de mi padre me llevará. Además, no me gustan las despedidas en los aeropuertos. Prefiero hacerlo aquí.

—¿Vas a firmar eso? —le preguntó Chantal.

—Pues...

—¿Es eso lo que quieres? —insistió.

La pregunta de su amiga hizo despertar una parte dormida del cerebro embotado de Emma. Recordó lo perfecto que había sido convivir en el hotel con Jean, hasta que, de nuevo, él volvió a recordarle que el curso comenzaba y que debía marcharse a Oxford.

No le había pedido que se quedara con él, a pesar de las veces que ella lo sugirió. Maldito cabezota...

—¿Sabes qué? —le dijo a su amiga—. No pienso firmar nada. —Y volvió a guardar los documentos en el sobre.

—Bien hecho —la animó Chantal—. Que se dé cuenta el muy capullo de que tú también tienes voz y voto en esto.

—¿Me he perdido algo? —intervino Julio.

—Pues que vas a devolverle esto a tu amigo —comentó Emma, ofreciéndole el sobre—, porque no me da la gana de firmar el puto divorcio. Que hubiese venido él a dar la cara.

—Sabes que lo está pasando mal, Emma —lo defendió Julio—, pero que desea lo mejor para ti.

—¿Por eso me mandó a casa de mis padres de una patada? Mira, Julio —dije poniéndose en pie—, tal vez coja ahora mismo un avión para Inglaterra, pero no pienso firmar nada.

—¡Vale! —exclamó Julio con los brazos en alto—. Pero no lo pagues con el mensajero.

—Claro que no... ¡Os voy a echar tanto de menos! —Emma rompió a llorar.

—Nosotros también a ti —expresó la pareja, haciendo un sándwich con Emma en su abrazo. Los dos sembraron de besos las mejillas y el pelo de su hermana y amiga.

—Yo... creo que voy a esperarte fuera —se dirigió Julio a Chantal, parpadeando para evitar las lágrimas—. Que tengas suerte, hermanita.

Julio bajó la escalera de la casa, con el único ánimo de salir al jardín a que le diera el aire. O mejor dicho, al bosque de Transilvania.

—¿Julio?

Una voz relativamente conocida lo hizo detenerse. Su padre salía de su despacho y le cortó el camino que llevaba a la salida.

—¿Qué quieres? —soltó con tono hastiado.

—Pasa un momento a mi despacho. Tengo que decirte algo.

—Joder...

—Sólo será un segundo, por favor —rogó el expresidente.

Una vez en el interior, Julio se sintió más incómodo que nunca en su vida. Sería porque jamás en su vida había hablado a solas con su padre.

—He pasado por momentos realmente difíciles que me han hecho reflexionar —comenzó a explicar el político.

Julio emitió una risa irónica que su padre ignoró.

—No voy a pedirte perdón a estas alturas, ni nada parecido. Sólo quiero que sepas que, si en el pasado hice algunas cosas mal contigo, fue porque estuve asesorado por las personas equivocadas.

—¿Te refieres a tu mujer y a tu suegro? —inquirió Julio, mordaz.

Lo que su padre volvió a ignorar.

—A estas alturas ya no puedo resarcirte, pero me gustaría, al menos, hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—Si te refieres a reconocer que soy tu hijo, ya no es necesario —soltó Julio con ironía—. Y no creo que otro escándalo vaya a beneficiarte mucho.

—Ahora mismo ya me importa una mierda lo que la gente pueda hablar de mí — aseguró su padre—. Me refiero a algo más personal. Quiero legarte la parte que te corresponde de tu herencia.

—¿Para limpiar tu conciencia? No, gracias.

—Julio, por favor —lo imploró. A Julio le pareció más humano y frágil que nunca—. Sé que has demostrado con creces lo que vales y de lo que eres capaz. Incluso se ha enamorado de ti una chica rica y preciosa que también lo ha sabido ver. Hazlo por ella o por los hijos que puedas tener.

—No quiero tu dinero —replicó Julio con desprecio—, y no pienso arrebatarte nada a Emma de lo que es suyo por derecho.

—También es tu derecho y, si te sirve de algo, lo he hablado antes con ella. Por supuesto, está encantada.

—¿Por qué ahora? —preguntó desconcertado—. No te has dignado en tu vida ni a hacerme una puta visita. Podrías haberme explicado que no podías hacerlo público y yo lo hubiese entendido, pero preferiste dejarme crecer sin padre, convirtiendo mi vida en una mierda. Cada vez que veía a los niños jugar con sus padres, ir con ellos al fútbol o aprender a montar en bicicleta, ¿tienes idea de lo que sentía? Era mil veces peor que pensar que habías muerto. ¡Mi padre no me quería!

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? —replicó con desdén—. Lo peor es que ahora quieras arreglarlo a golpe de talonario, con un dinero que, para colmo, apesta.

—Sabía que ibas a reaccionar así —dijo el expresidente—, lo tenía asumido. Por eso ya te he hecho el ingreso en tu cuenta, y he puesto a tu nombre un par de propiedades que...

—Métete todo eso por el culo.

Julio no dejó continuar hablando a su padre. A grandes zancadas, salió del despacho, de la casa y de la propiedad. Chantal ya lo esperaba junto al coche.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

—Vámonos de aquí —pidió él.

Por supuesto, Julio tenía que encargarse de devolverle a Jean el sobre con los papeles del divorcio sin firmar. Cuando él y su novia llegaron al hotel que ahora era el alojamiento provisional de su amigo y exjefe, Chantal reconoció que sería mejor que lo esperara en el bar de la planta baja tomando un refresco y que fuera Julio quien hablara con Jean a solas.

Jean se encontraba en esos momentos sentado en uno de los sillones de la *suite*,

tan quieto y pensativo que parecía un elemento más de la decoración. Con su eterno traje gris, su mirada plateada y soñadora, y su cabello algo más alborotado que de costumbre, parecía más joven y desamparado que nunca.

—Aquí tienes, Jean —le anunció Julio al lanzarle el sobre; Jean no se inmutó ni hizo amago de recogerlo de la mesita donde cayó—. ¿No vas a preguntarme qué me ha dicho? ¿Si estaba triste o le ha importado un pimiento estampar su firma ahí?

—¿Qué quieres que te diga? —contestó Jean, encogiéndose de hombros—. Supongo que se habrá marchado ya.

—Pues sí, se ha marchado —aclaró Julio—, pero ha pasado olímpicamente de firmar los documentos de tu preciado divorcio.

—¿Qué? —exclamó Jean con los ojos muy abiertos. Veloz, tomó el sobre entre sus manos y lo abrió para extraer aquellas páginas que sólo él había firmado—. Pero... ¿por qué...?

—¡Pues porque tiene más huevos que tú! —afirmó Julio, que ya comenzaba a cabrearse en serio—. De verdad, he intentado verlo como tú, a tu manera, incluso he llegado a pensar que era lo mejor, que mi hermana todavía es muy joven y blablablá... ¡Y una mierda! Eres un puto cobarde, Jean.

—Joder, Julio... —exclamó Jean, descolocado.

—¡Sí, eso es lo que eres! Nunca te he dicho algo así, porque nunca has demostrado serlo. En contra de lo que piensas, me pareces el tío más valiente del planeta, capaz de enfrentarte a años de mierda y dejarlos atrás, pasando totalmente de los demás. Pero —lo acusó con el dedo índice—, en esta ocasión, me has parecido un auténtico cobarde.

—Lo he hecho por ella, Julio; no me parecía justo.

—Y ahora querrás que te hagan un monumento —ironizó su amigo—. Pues como no esculpan una gallina de bronce en tu honor...

—¡Maldita sea, deja ya de decir sandeces! —explotó Jean—. Estarás de acuerdo conmigo en que, a la edad de Emma, no se pueden tener las cosas claras, mucho menos si no se ha vivido como ella. Y también lo estarás en que yo no sé todavía qué clase de compañero puedo ser, porque, en cierto modo, tampoco he vivido.

—Claro —Julio volvió a ponerse mordaz—, y piensas averiguarlo mientras tú vives en Barcelona y ella, en Londres. Esperando a... ¿qué? ¿A que pase el tiempo? ¿A que pasen los años, esos que ya no vuelven? ¿Para ver cómo después os arrepentís? No sabía que para enamorarse había unas pautas —le recriminó—, como tener un mínimo de edad, o haber vivido una cantidad de hechos concretos en tu vida.

—Basta, Julio —exigió Jean al tiempo que se ponía en pie y comenzaba a caminar arriba y abajo—. No me lo hagas más difícil.

—Yo no soy quien ha puesto las cosas difíciles aquí, sino tú solito, Jean. Porque no hay nada más fácil que ir en busca de mi hermana y pedirle que no se marche.

—Joder...

—Pero, claro —se burló Julio—, qué bien quedas diciéndole al mundo que lo haces por ella, que la quieres tanto que la dejas libre y ese montón de chorradas, cuando tú y yo sabemos que únicamente lo haces por ti, para no sufrir, por el puto miedo a que ella vuelva a dejarte. ¡Arriésgate, Jean! —le gritó su amigo—. Arriésgate y confía en alguien por una vez. Creo que mi hermana ha demostrado que te quiere y que es digna de tu confianza. Igual que yo he decidido cambiar mi vida y encontrar mi camino, tú deberías encontrar el tuyo. Deja ya ese pasado de mierda atrás e intenta ser feliz. Emma y tú os lo merecéis.

Jean se dejó caer sobre la mesa y enterró el rostro entre sus manos. Notó la piel de su cara totalmente empapada en sudor y trató de enjugarlo con el dorso de las manos, pero no hizo más que extenderlo hasta su pelo.

Julio sintió pena por él, por primera vez en la vida. Si no se decidía e iba en busca de Emma, seguramente su vida se convertiría en un simple sucedáneo, en una imitación a vivir que se limitaría a trabajar y respirar.

—¿Crees que daría tiempo a pillarla todavía? —preguntó Jean, cuya expresión había pasado del desespero al pánico.

—Si te llevo yo, sí —sentenció Julio con una amplia sonrisa—. ¡Pero debemos irnos ya!

—¡Sí, sí! —exclamó Jean mientras seguía a su amigo hacia la escalera, seguros de que no soportarían un solo segundo de espera del ascensor.

Cuando Chantal los vio aparecer en el vestíbulo del hotel, corriendo como locos y sin respiración, soltó una carcajada y corrió delante de ellos hasta el coche.

—¡Yo esto no me lo pierdo!

Julio condujo por la ciudad como un experto piloto, sorteando coches, motos, gente, bicicletas, y saltándose los semáforos en rojo con pericia para no estamparse con ninguno de ellos. Seguro que el montón de radares que se apostaban en la carretera de entrada al aeropuerto se pondrían ese día las botas con ellos, pero en esos momentos no estaban como para pensar en multas.

—Todo esto te pasa —gritó Julio, mientras manejaba el volante con maestría— por no hacerme caso el día que te ofrecí la lista, cuando te advertí la primera y más

básica norma. Te dije «sobre todo, nunca te enamores de las chicas de mi lista». Pero tú, ni puto caso.

—Emma no estaba en la lista —replicó Jean, agarrándose al asiento por la velocidad.

—Pero eso tú no lo sabías —contestó Julio—. Y te enamoraste de ella nada más tenerla delante.

Cuando llegaron a la terminal, Jean bajó del vehículo estando éste aún en marcha. Chantal fue a bajar para seguirlo, pero Julio la paró sujetando su manga.

—Déjalo —le pidió—. Dejémosle unos minutos de intimidad.

—Sólo unos minutos de ventaja —aceptó la chica con pícaro expresión—. Después, no te prometo nada.

* * *

Emma bufó con fuerza mientras esperaba en la cola del control. Se le estaba haciendo eterna la espera, viendo cómo el detector de metales saltaba cada dos por tres, obligando a más de uno a deshacerse de cinturones y hebillas, o cómo algunos otros seguían con la manía de llevar agua, zumo o tónico facial en el bolso.

A punto estuvo de gritarles para que espabilaran de una vez.

A falta de sólo una persona para su turno, un revuelo hizo girar la cabeza a más de un viajero, incluida ella. Alguien corría por los pasillos y escaleras mecánicas, lo que llamó la atención inmediata de los agentes de seguridad.

Pero quienquiera que fuera el corredor de fondo en mitad del aeropuerto, no se dejó atrapar hasta que llegó a su destino. Y su destino era Emma.

—¡Dios, es Jean! —susurró en voz alta.

No sabía si reír o llorar y, definitivamente, hizo las dos cosas a la vez cuando lo vio tratando de convencer a varios de sus captores de que aquello que iba a hacer era algo de vida o muerte.

—¡Emma, espera! —vociferó—. ¡No pases el control todavía! ¡Escúchame un momento!

—Hagan ustedes el favor —les dijo uno de los policías— de hablar fuera de la cola sin entorpecer el control de pasajeros, por favor.

Los dos obedecieron y se apartaron de la misma, aunque todo un grupo parecía mirarlos con interés, incluido un tipo con pinta de motero, una señora con dos niños y una anciana que no dejaba de sonreír. Tenían cara de llevar allí tantas horas que

debió de parecerle la más entretenida emoción del día.

—¿Qué haces aquí, Jean? —le preguntó por fin Emma.

—Yo... —comenzó titubeando él.

Todavía respiraba deprisa por la carrera que se había pegado desde la calle, aunque el motivo más fuerte fueran sus propios nervios. Tenía miedo; más que miedo, pánico. No sabía cómo ni qué decirle a Emma y menos su posible reacción.

—¿Qué, Jean? ¿Qué tienes que decirme? —insistió ella, expectante y ansiosa, pero temerosa de que él todavía no fuera capaz de sincerarse con ella.

—Sé que eres muy joven —se arrancó Jean, al que le temblaban hasta las orejas — y aún debes estudiar, conocer gente, a otros chicos...

—¡Por el amor de Dios, Jean! —gritó incrédula—. ¡Dímelo!

—Quiero que... —continuaba dudando mientras se pasaba la mano por el pelo y su cara se cubría por una pátina de sudor.

—¡Pídemelo, Jean!

—No te vayas, por favor, Emma —le rogó por fin—. Quédate conmigo.

Emma soltó una carcajada, aunque sus ojos comenzaran a hacer brotar verdaderos arroyos de lágrimas al mismo tiempo.

—No tengo ni idea de lo que nos deparará el futuro —prosiguió Jean—, pero de lo que sí estoy seguro es de que, sin ti, mi vida volverá a ser oscura y fría. Porque gracias a ti he aprendido a amar, a confiar, a creer. Porque te amo —le confesó, apoyando su frente en la de ella—, aunque sé que mereces algo mejor que yo.

—Tienes razón —replicó Emma, mientras trataba de no tragarse las lágrimas que ya se deslizaban por sus labios—, yo merezco lo mejor. Y lo mejor para mí eres tú, siempre has sido tú. Porque no necesito más tiempo ni más fiestas para darme cuenta de que te quiero. Porque, si cojo ese avión y me voy, no volveré a verte en mucho tiempo y ya estoy harta de separarme de ti.

—Tus estudios en Oxford... —se lamentó Jean.

—Estudiaré aquí —contestó ella, al tiempo que lo rodeaba con sus brazos—. Chantal me matriculó en la universidad, aquí en Barcelona, hace tiempo, esperando que nos diésemos cuenta a tiempo de lo idiotas que estábamos siendo.

—Por idiota he estado a punto de perderte —reconoció Jean antes de enmarcar su rostro entre sus manos temblorosas. Con las puntas de los dedos enjugaba sus lágrimas mientras sembraba de besos sus mejillas.

—No me perderás —afirmó Emma, correspondiendo a sus besos. Parecían dos sedientos que hubiesen encontrado un oasis tras demasiado tiempo de sed—. Pero ya

no me voy a conformar con una relación a medias, Jean. Quiero dormir contigo cada noche, despertarme a tu lado. Reír contigo, y llorar si es necesario, porque me cuentes tus secretos y tus miedos. Quiero tus besos nada más empezar el día y cuando acabe, y, si me necesitas o me echas de menos, quiero que me llames, porque yo vendré y te daré ese abrazo que te consuele.

—Sí —respondió Jean, su rostro impregnado de emoción—, eso es exactamente lo que yo quiero. Ahora y siempre.

Los dos se fundieron en un abrazo y un apasionado beso, mezclando sus alientos, sus lágrimas y su consuelo.

Mientras tanto, Julio y Chantal observaban en la distancia, tratando de tragarse la emoción de ver a aquellas dos personas juntas, que se merecían lo mejor. El resto de los espectadores no hizo nada. No aplaudió como en las películas, ni silbó o exclamó alguna tontería. Cada uno volvió a lo suyo, excepto la anciana con sonrisa adorable, que le guiñó un ojo a Jean antes de que él le devolviera el pícaro gesto.

EPÍLOGO

Un año después

—¿Qué tal las notas, Emma? ¿No tendrás que venir a recuperar nada?

—No, todo ha ido genial —le dijo a una de sus compañeras y amigas de la facultad—. ¡Ya comienzan las vacaciones para mí!

—¿Vendrás a la fiesta de fin de curso? —quiso saber uno de los chicos de aquel grupo de compañeros.

—¡Por supuesto! ¡No me la perdería por nada! —contestó entre risas.

El soleado día complementaba a la perfección el ambiente universitario de final de curso. Se respiraba el buen tiempo y la euforia que supone acabar con meses de trabajo y darle la bienvenida al descanso, al ocio y al verano.

Emma paró en seco al advertir un coche conocido a la salida del campus. Una amplia sonrisa de pura felicidad se instaló en su rostro cuando reconoció a la persona que la esperaba apoyada en él.

—¿Ese tío te espera a ti, Emma? —preguntó una de las chicas que la acompañaba.

—Sí —contestó Emma, sonriente—, me espera a mí.

—Joder, hija, ¿no tenías bastante con el pedazo bombón de tu marido? ¿Quién es el tío bueno de la coleta?

—Mi hermano. —Sonrió.

—Dios, menudo monumento de hombre. ¿Nos lo puedes presentar?

—Sí, claro —contestó Emma—, pero os advierto de que está pillado. Muy pillado.

—Mierda —bufaron las jóvenes—. Los mejores siempre lo están.

Emma corrió hacia Julio y se lanzó en sus brazos entre carcajadas de alegría.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vengo a buscarte, aunque más en calidad de chófer que de hermano.

—¿De chófer? —le preguntó mientras se acomodaba a su lado, en el asiento delantero del vehículo.

—No preguntes tanto y ten paciencia.

Un par de atascos después llegaban a la nueva residencia de Emma y Jean. La

antigua Olsen House había sido demolida en su totalidad, reduciéndola las excavadoras a un montón de escombros ya sepultados bajo los cimientos de la nueva. Las obras para su construcción iban viento en popa, y la pareja ya podía vivir en la primera parte construida de la casa.

Como memoria a su padre, el nuevo proyecto de construcción había sido diseñado con la idea de no perder la esencia inglesa de la antigua mansión, pero, al mismo tiempo, que ni su estética ni su distribución pudiesen recordar en ningún momento al que había sido el hogar de la familia Olsen durante tantos años.

De momento, sólo grúas, hormigoneras y obreros con casco constituían el paisaje que los rodeaba.

Emma subió la escalera principal, que aún permanecía sin el mármol que la cubriría, y se dirigió al dormitorio, seguida de Julio. Éste esbozaba una sonrisa tan pícaro que Emma no podía estar más mosqueada.

Sobre todo cuando entró en la habitación y se encontró a Chantal en su interior.

—A ver —bufó Emma mientras soltaba el bolso sobre una silla—, ¿qué está pasando aquí?

—Nosotros nos limitamos a seguir la petición de tu marido —contestó su amiga—. Parece ser que hoy hace exactamente cuatro años que os conocisteis.

—¿Se ha acordado? —susurró Emma, emocionada.

—Eso parece —anunció su cuñada—, por lo que el primer paso será que te des una ducha mientras yo preparo la ropa que te vas a poner.

Entre empujones por parte de Chantal, y preguntas sin respuesta por parte de Emma, ésta entró en el baño y se dio una rápida ducha. Si tardó un poco más fue por secar su pelo para dejarlo bonito para la ocasión.

Cuando salió envuelta en su albornoz, no dio crédito a lo que vieron sus ojos: sobre la cama, un vestido rojo exactamente igual al que había llevado aquella noche. Lo mismo que los zapatos, tan rojos como el vestido.

—No es una copia —dijo su amiga, satisfecha—. Es, ni más ni menos, el mismo que luciste aquel día.

—Sé que yo lo tenía guardado de recuerdo —comentó Emma con nostalgia—, pero ¿cómo es posible que lo hayas rescatado de las garras de mi madre? Ella se deshacía de toda la ropa que ya habíamos lucido. Le horrorizaba repetir modelito.

—Creo que supuso que era importante para ti si te habías tomado la molestia de guardarlo en el fondo de un altillo, y decidió conservarlo. Al final —ironizó Chantal—, va a resultar que Miranda tiene corazoncito y todo.

—En cuanto la vea le daré las gracias —susurró Emma, mientras acariciaba la sedosa tela de la prenda.

Tal vez para otra chica, el que su madre le hubiese conservado un vestido y unos zapatos, podría resultar algo sin importancia. Pero no para ella. Para Emma, que su madre hubiese tenido ese detalle representaba uno de los mayores actos de amor por su parte. Sería la excusa perfecta para visitarla y abrazarla, aunque supiese de antemano que Miranda apenas abriría sus brazos, que no le diría ni una sola palabra de cariño, y hasta puede que negara haber guardado el vestido porque seguramente ni recordaría haberlo hecho.

Pero a Emma no le importaba.

—Espero que me quepa el vestido y los zapatos —dijo Emma mientras, entusiasmada, se colocaba las prendas.

—Te queda todo perfecto —la halagó su amiga al contemplarla.

Un suave maquillaje y unas gotas de perfume, y estuvo lista. Su hermano Julio ya la esperaba en la puerta, ataviado con su antiguo uniforme de chófer.

—Lo guardaba en casa de mi madre —dijo con una mueca al ver la sorpresa de su hermana.

—Pero... no es necesario, Julio...

—Quiero que la noche sea perfecta —dijo él con ternura—. Si me acompaña, la señorita.

Chantal ocupó el asiento del copiloto, junto a Julio, mientras que Emma, para seguir con el plan trazado, se situó en el trasero. Su estómago burbujeaba de la emoción, como si se tratase de verdad de una primera cita con Jean.

Cuando llegaron a la puerta del hotel, Julio bajó del vehículo y le abrió la puerta a su hermana.

—Gracias, Julio —le dijo Emma después de darle un beso en la mejilla—. Gracias por todo. Gracias a los dos —añadió mirando a su amiga, que la observaba con emoción contenida.

Emma no preguntó dónde se encontraría Jean, porque ya lo imaginaba. Accedió por la suntuosa entrada, cubierta de luces y marquesina, llegó hasta el salón de actos donde aquella lejana noche había tenido lugar el mitin de su padre y a partir de ahí realizó el mismo recorrido.

Sin poder contenerse más, comenzó a correr a través del largo pasillo. La vaporosa falda de su vestido rojo ondeaba tras ella, lo mismo que su largo cabello rubio, lo que le provocaba la sensación de ir volando. Cuando llegó a la cristalera

que separaba el edificio del jardín, paró y se mantuvo unos instantes tras el cristal.

Tuvo que repetirse a sí misma varias veces que no estaría bien estropearse el maquillaje de los ojos, así que reprimió las ganas de llorar. Jean la esperaba en el mismo lugar de hacía cuatro años, sentado solo en aquella mesa apartada, en un rincón de la terraza jardín. También había gente en el resto de las mesas, hablando, riendo y tomando una copa.

Jean tenía ante él un vaso de zumo de arándanos. Hasta el último detalle.

Era como si el tiempo hubiese retrocedido; como si nada hubiera interrumpido la felicidad de aquella noche.

Con dedos temblorosos, Emma empujó la puerta y bajó el par de escalones que separaban el edificio del jardín. Caminó, de nuevo tratando de que sus tacones congeniaran con la gravilla del suelo, y una emoción indescriptible la embargó al oír de fondo la misma música de aquel día: su todavía cantante favorito, Shawn Mendes, y su preciosa *Life of the party*.^[2]

Y siguió pareciéndole tan apropiada para ellos dos...

El corazón de Emma dejó de latir cuando Jean se levantó, aunque estuviese a punto de reír cuando observó de nuevo caer su silla por el torpe movimiento. Parecía tan nervioso como ella, aunque en sus preciosos ojos grises, algo, o mucho, había cambiado: la tristeza que los cubría y la oscuridad que los rodeaba tiempo atrás habían sido sustituidas por una nueva y brillante luz.

Tal vez la de la ilusión; la que por aquel entonces no tenía.

Emma sintió agitar miles de mariposas en su pecho cuando ya estuvo a su altura y se miraron.

—Hola, ¿me esperabas? —le preguntó. Estaba incluso más nerviosa que cuatro años atrás.

—Sí, te esperaba a ti —contestó él.

Por supuesto que Jean también estaba nervioso. Volver a ver a Emma aparecer por aquella misma puerta había supuesto casi un *shock* para él. Sólo durante unos instantes, tuvo que tragarse un atisbo de tristeza, al pensar en que aquella noche se hubiesen podido conocer de verdad, y ahorrarse el tiempo que estuvo sin ella. Pero volvió al presente con rapidez, a Emma y a él, que era lo que en realidad importaba. Si algo le había enseñado la vida era que, el tiempo de reproches, era tiempo perdido.

Así, sin más demora, hizo lo que más deseaba en ese instante, lo que sí se atrevió a hacer aquel día a pesar de su inexperiencia: besar a Emma. Le enmarcó el rostro y unió sus labios con los de ella, paladeando su sabor único, que aún era fresco, de

inocencia. Continuó introduciendo cada vez más su lengua, aunque se viese obligado a parar tras el gemido que ambos acabaron emitiendo. La gente no parecía percatarse, pero tampoco podían abusar.

A Emma todavía le temblaban las piernas. Sí, era su marido, llevaban juntos más de un año, pero habían creado entre los dos un instante de magia.

—¿Te vienes conmigo? —preguntó Jean.

—A donde quieras —contestó Emma.

—¿Esta vez no tienes que ir a buscar nada? —añadió Jean con una pícaro sonrisa.

—No voy a perder esta vez ni un segundo —sentenció Emma con rotundidad—. No pienso volver a arriesgarme.

—Sabes que te esperaba —replicó él—. Tengo la sensación de no haberme movido de aquí, de haberte esperado durante cuatro años.

—Pues eso es demasiado tiempo —dijo Emma, cogiéndolo de la mano—. En esta ocasión hagamos las cosas bien.

Emma se dejó llevar, mientras Jean la conducía al ascensor y, de ahí, a la habitación que había reservado previamente.

—¿Fue aquí donde subiste con la rubia tetona? —quiso saber Emma ya en el interior de la *suite*.

—Aquí, exactamente —contestó Jean mientras se acercaba a ella.

—Y tuviste que decirle a la pobre que nada de nada —continuó diciendo Emma, divertida.

—Exacto.

Jean le dio la vuelta y bajó la cremallera del vestido, obligando a la vaporosa prenda a caer al suelo para formar un rojo charco alrededor de los pies de la chica. Después volvió a girarla hacia él y fue ella, entonces, la que comenzó a desvestirlo.

—Así que —comentó ella mientras le quitaba la chaqueta, la corbata y empezaba a desabrochar su camisa—, esto es lo que habríamos venido a hacer si no hubiese vuelto al salón de actos.

—¿Decepcionada? —inquirió Jean.

—Pues, no sé. Eso habrá que verlo.

Había transcurrido todo un año en el que habían compartido muchos momentos de pasión, con los que ambos habían aprendido y experimentado, juntos. Ahora, cada uno sabía exactamente qué le gustaba al otro, cómo hacerlo vibrar.

Jean cerró los ojos cuando Emma deslizó la camisa por sus hombros y comenzó a besar su pecho, sus duros pezones, su cuello, su áspera barbilla. En un solo

movimiento, la había cogido en brazos para que ella rodeara con sus piernas las caderas de él, de forma que sus redondos pechos se alzaran a la altura de su boca.

Emma rodeó también su cuello con los brazos, gimiendo por el placer que le producía en sus pezones la lengua de Jean, sus dientes, la aspereza de su barba. Pronto comenzó a subir y bajar, haciendo que, con sólo el tanga y los tacones sobre su cuerpo, su clítoris golpeará directamente sobre el bulto de la bragueta de Jean.

—Oh, Dios, Jean —gimió Emma—, sabes que ésa es la parte más sensible de mi cuerpo, que me derrito en cuanto me rozas.

—¿Te refieres a tus tetas? —preguntó él divertido.

—Capullo —jadeó ella—. Te vas a enterar.

Inclinando la cabeza para besarlo y poder distraerlo, bajó también una mano para introducirla por la cintura del pantalón y buscar su miembro, que estaba grueso, suave y caliente.

—Emma...

Lo había conseguido. Emma rio a carcajadas cuando Jean trastabilló hasta que los dos cayeron sobre la cama. A una velocidad supersónica, se deshizo de los pantalones, calzoncillos, zapatos y calcetines, mientras Emma se arrancaba el tanga y se arqueaba sobre las sábanas, impaciente por sentirlo sobre ella. Todavía necesitaban más tiempo, más noches de pasión y sexo para poder controlar el ansia que los devoraba, por todas las veces que la habían contenido.

—Oh, cariño... —gimió Jean cuando, por fin, se instaló sobre el cuerpo de Emma.

Comenzó de nuevo a besar sus pechos, morder y lamer sus pezones, pero decidió abandonarlos antes de que Emma obtuviera su clímax de aquella manera, como ya le había ocurrido otras veces. Así que descendió por su cuerpo para seguir besando y mordiendo su piel dulce y tibia, hasta llegar a donde ella más lo ansiaba. Emma abrió las piernas al máximo y elevó las caderas para que él tuviera mejor acceso con su boca, y dejó que Jean la llevara al esperado orgasmo con su lengua y sus labios.

Después, volvió a ascender por su cuerpo y sólo tuvo que encajar sus caderas para que su miembro se deslizara con facilidad dentro de ella. Cogió sus manos y buscó su boca, para poder besarla mientras tanto, embestirla con la lengua al tiempo que lo hacía con sus caderas. Ambos llegaron al clímax con sólo unos envites más.

Con el tiempo, aprenderían a alargar el placer. Con la experiencia de estar juntos y amarse, conocerían mil formas de hacerlo durar. Pero, de momento, primaba el deseo, las ganas, el ansia del tiempo perdido y del que no querían volver a perder.

—Mira —dijo Jean, una vez restablecida la respiración y acomodado junto a

Emma, los dos desnudos y con las sábanas revueltas—, tengo una cosa para enseñarte.

Jean estiró su cuerpo hacia el suelo y sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de su chaqueta. Se la ofreció a Emma en espera de su reacción.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, con la cabeza apoyada en el pecho de él.

—Tienes el privilegio —le explicó con una sonrisa— de ser la primera mujer que tiene acceso a esa lista. La lista que me confeccionó Julio hace ya más de cuatro años.

—Pero —dijo Emma, frunciendo su ceño al tiempo que se incorporaba sobre Jean— yo estoy en la lista.

—Claro, yo mismo te añadí. No estabas en esa lista y era algo que no podía ser. Te he puesto la primera. Porque ése es tu lugar.

—Gracias, cariño, pero ¿ya la puedo romper?

—Por supuesto —contestó Jean mientras observaba divertido a Emma hacer pedazos la hoja de papel.

—Ahora eres sólo para mí —sentenció ella, levemente enfurruñada, mientras volvía a abrazarse a su cuerpo—, y yo para ti. Ésta y todas las noches que vengan serán exclusivamente para mí.

—Eso ya lo sabes —contestó Jean, de nuevo acomodándose sobre Emma—. Hace tiempo que dejé de caminar solo. Hace tiempo que decidí que todas mis noches serían para ti.

AGRADECIMIENTOS

Por mucho que me repita, continuaré agradeciendo siempre todo su apoyo, en primer lugar, a mi familia. A mi marido y mis hijos, los primeros que sufren mis horas frente al teclado, y porque cada vez me ayudan más (es la suerte de tener hijos mayores); a mis padres, cuya ayuda infinita no cesa, a los que, ni en más vidas que viviera, podría agradecerles tanto; a mi hermano, por tanta ayuda y apoyo, y a mi hermana, mi primera e incondicional lectora.

A mi amiga Montse, juntas desde el colegio, para lo bueno y para lo malo. A mi amiga Coral: un día sin hablar contigo es un día mucho más gris. No puedes imaginar lo afortunada que me siento por haberte conocido.

A todos los lectores, que hacen posible que esto tan bonito que me está pasando siga sucediendo. A tantas personas que me envían mensajes de ánimo y apoyo y me alientan a seguir adelante.

A mi editora, Esther, para la cual ya no me quedan palabras de agradecimiento: eres maravillosa.

¡Gracias a todos!

NOTAS

[1] *Life of the party*, Copyright: © 2016 Island Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Shawn Mendes. (*N. de la e.*)

[2] Véase nota n.º 1.

BIOGRAFÍA



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, hace sólo algo más de un año decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para todos esos lectores que disfrutaban con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en: <https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>

Todas mis noches serán para ti
Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2017

ISBN: 978-84-08-17477-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

